LVII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

ÓSCAR SOTO COLÁS

EL ÁNGEL Y LA MUERTE



Sevilla, siglo XVII. Fray Diego de Luna vuelve del Nuevo Mundo para esclarecer unos crímenes rituales. Pero el pasado no olvida... y la verdad podría arrastrarlo al abismo.

SEVILLA, SIGLO XVII

Después de quince años en el Nuevo Mundo, fray Diego de Luna vuelve a su ciudad natal. No lo hace por gusto: un antiguo superior le impone un encargo inquietante, investigar una serie de crímenes de apariencia ritual. Pero la investigación despierta algo más: una huella de su propio pasado que lo obliga a enfrentarse al misterio… y a sí mismo.

En una Sevilla de claroscuros, donde la fe convive con la corrupción y el poder huele a azufre y a incienso, fray Diego se mueve entre callejones, sacristías y pasadizos secretos. Le acompaña un joven aprendiz; lo acechan sus fantasmas. Y cada paso lo acerca a una verdad inesperada, peligrosa… y demasiado próxima.

¿Puede un hombre de fe convivir con la duda? ¿Hasta dónde se atreverá a llegar para alcanzar justicia?

¿Y qué precio tendrá que pagar por ello?

El ángel y la muerte es una novela que funde intriga criminal e historia con la intensidad de un *thriller* y la riqueza de la mejor narrativa histórica. Una inmersión fascinante en el corazón oscuro de la Sevilla barroca.

Óscar Soto Colás

El ángel y la muerte



Título original: *El ángel y la muerte*
Óscar Soto Colás, 2025

Revisión: 1.0



10/02/2026

«Nobody wants him
He just stares at the world
Planning his vengeance
That he will soon unfurl».

Iron man. Black Sabbath

«Tente, que aquesta venganza
me toca a mí; pues no quedo
satisfecha de mi agravio,
si yo propia no te vengo».

Progne y Filomena.
Francisco Rojas Zorrilla

Dicen que a perro flaco todo son pulgas, y ha de ser cierto, pues solo quince años habían pasado desde que la terrible peste asolara Sevilla, el funesto año de 1649, cuando una nueva fatalidad cayó sobre la ciudad.

En esos días, la Híspalis romana, Isbiliya la almohade, la perla del Betis, era todavía la capital del mundo, aunque, como un amante que ha visto pasar sus mejores días, se acicalaba con polvos y recurría a ungüentos para olvidar su inevitable ocaso.

Era aquella ciudad de contrastes, de luces y de sombras, de misas y de riñas. De palacios y ruinas.

De día, era el Arenal un trasiego continuo de barcos. Un bosque de mástiles y velas tan denso que podía ocultar el sol. Así mismo era en las jornadas gloriosas en que la armada de Felipe el cuarto navegaba río arriba, cargada de tesoros del otro lado del mar, tronando culebrinas y sacres para celebrar su regreso triunfal.

Mas de noche, cuando los buenos cristianos se van a dormir, los arreglos entre ganapanes y rufianes, los embustes de siete machos y macandones, y los naipes y el vino, hacían de aquella una ciudad que nunca se permitía dormir.

Y así, donde hay bolsas hay vendimiadores dispuestos a aliviar del peso de ellas a sus dueños, y en corral con abundancia de gallos siempre hay hembras de trato. Sea en la calle o en boticas, así llamadas no por las enfermedades que quitan, sino por las que traen.

Izas, marquisas, barraganas, tributarias, públicas, bordoneras, regatonas o cantoneras, que es como se dice a las palomas que

deambulan por las esquinas; de tal suerte que devotas a las que buscan clientes en las cercanías de iglesias y conventos.

Una de estas últimas, a la que llamaban, con muy mala baba, la Chata, por ser de nariz generosa, apuraba la madrugada. Buscaba la sombra de la catedral tras la caída del sol. Zona de paso para marinos que marchaban al puerto y que buscaban darse una alegría de última hora antes de embarcar.

No bien la campana del reloj de la Giralda daba las tres cuando una pareja pasó cantando a voz en cuello una jácara de moda esos meses. Por el hablar supo que eran vizcaínos.

—Bien dicho está que os digan mareantes, ya que vais de lado a lado de la calle —murmuró, viendo la turca que aquellos llevaban.

Se recolocó el escote antes de salirles al paso.

—¿Alguno de vosotros quiere festejar antes de echarse a la mar? —alzó la voz a la par que las sayas.

Uno de ellos bufó con desprecio; no obstante, su compañero pareció pensárselo. Echó mano a la bolsa y preguntó precio.

—Por cuatro reales te llevó al cielo, príncipe.

El vizcaíno rebuscó en su bolsa y mostró una reluciente moneda de plata.

—Que sean dos.

La buscona bufó entre dientes. Pero era aquella ya mala noche para andar despreciando dinero.

—¡En malas galeras te veas! —maldijo por lo bajo antes de extender la palma de la mano.

Los dos se perdieron en el que llamaban corral de los Olmos, por la abundancia de árboles de esta especie que crecían en él.

Era este un patio cerrado por sus cuatro lados. Al sur lindaba con el hospital de Santa Marta, con el palacio arzobispal al norte, y, a poniente, con la catedral. Tal insignes vecinos no impedían que el trasiego de noche fuese habitual.

Caminaban a tientas, sin encender hachón o lamparilla alguna. Tampoco la luna brillaba aquella noche. Solo las teas que ardían en la fachada del palacio de su excelencia el arzobispo aportaban algo

de luz. Pero la mujer podría haber caminado con los ojos vendados sin tropezar con piedra alguna. Tomó al marinero de la mano y lo urgió.

El vizcaíno se dejó llevar y les dio un tiento a las posaderas de la mancebita. Eran de su agrado las nalgas anchas y prietas como aquellas. Se relamió pensando que aquellos iban a ser los dos reales mejor invertidos de la noche.

Llegados a un lugar donde los árboles los ocultaban de miradas indiscretas, la putarazana se subió las sayas y mostró la grupa. Acababa de decidir que aquella sería la última faena de la noche y tenía urgencia por acabar. Si a su jaque le parecía poco lo recaudado, que pusiera él el culo en vez de gastarse el dinero jugando a las cartas.

El marinero se bajó las calzas con la mejor de las disposiciones, pero los manjares que ante sí tenía no parecían ser del gusto de su hombría. Juró entre dientes. Temía haber piado demasiado tinto en las bayucas de la calle de las Sierpes para izar el mástil en todo su esplendor.

Viendo que la posibilidad de regresar a Las Cueñas antes de que saliera el sol se esfumaba, la mujer soltó un suspiro quedo.

—Apúrate, embrollón —le urgió—. Y avisado estás que en esta tabla no se devuelve el dinero si la carne no es del gusto del cliente.

—Aguarda, mujer, deja que haga aguas menores —alegó el vizcaíno alejándose unos pasos.

La iza chasqueó la lengua para dejar a las claras que aquel roto no se enmendaba con tal remiendo. Se recolocó las sayas. La experiencia le decía que aquella noche no le iban a estorbar más. Aunque por razones diferentes, no se equivocaba.

Puso los brazos en jarras y amusgó los ojos para auscultar la oscuridad. Vio que, satisfechas sus necesidades, el marinero regresaba en su dirección. De repente, como si se lo hubiese tragado la tierra, desapareció de su campo de visión. El ruido característico y el posterior juramento le hizo saber que el marino había caído a tierra.

—No vayas a quebrarte ahora el palo mayor, que sería de lamentar tan grave pérdida —se burló.

Echó a andar hacia el hombre, quien pugnaba a cuatro patas por volver a la vertical. Tanteaba el suelo tratando de intuir con qué había tropezado. Al sentir de qué se trataba soltó otro grito.

—¡Cuerpo de tal! ¡Un muerto!

La devota se quedó mirando en la dirección que señalaba el marino. Tal y como este decía, había un bulto echado en la tierra y no había que ser muy avispado para darse cuenta de que se trataba de un cadáver.

Alertaron a los hombres que vigilaban de noche la entrada al palacio del arzobispo. A la luz de sus teas descubrieron el cadáver de un hombre.

Tenía el cuerpo embadurnado de pintura azul y en sus brazos y piernas había grabados extraños signos en color rojo. El pecho abierto desde el cuello al estómago al estilo de lo que los matarifes hacen con una res, y, como si de un libro abierto se tratase, dos pliegues de carne mostraban el interior. Las costillas, quebradas, sobresalían amarillentas como ganchos de los que colgaban jirones de carne desgarrada. Le habían arrancado el corazón y los testículos que, descubrieron con horror, tenía introducidos en la boca.

Así, y no de otro modo, se descubrió aquel crimen, que sería el preludio de más y que pondría a la ciudad de Sevilla en jaque en los siguientes meses.

I

La actividad en el puerto de Villa Rica de la Vera Cruz era frenética. Abarloados los dos galeones que formaban el convoy, se mecían en las aguas cálidas y transparentes del Seno de México. Aguardaban pacientes mientras se ultimaban los preparativos de la expedición. De aquí para allá, los hombres estibaban las últimas libras de carga. Se daban graves voces, y juramentos y blasfemias se alternaban con los adioses y deseos de buena travesía.

Las bostas de caballos y reses adornaban el suelo y el olor se hacía perceptible desde el cercano mercado de abastos. Sumado a los charcos, ponían en serio peligro la verticalidad de los marinos que se afanaban en cumplir los últimos trámites antes de la partida.

Como un vigía silente, la fortaleza de San Juan de Ulúa se recortaba contra el cielo eternamente azul del Caribe.

La partida de la Flota de Azogues se había retrasado casi dos semanas por un asunto administrativo. Un tiempo que bien podía considerarse poca cosa si se comparaba con los retrasos habituales, y que frecuentemente excedían del mes. Las cosas en palacio van despacio, y más cuando se trata de dineros; ya que casi siempre se resumía en quién ponía los ducados en la caja de averías para armar los navíos.

Si en esta ocasión se habían acometido todos los preparativos con celeridad era porque a los pocos días de desestibar los casi dos mil quintales de azogue transportados desde Sevilla, el general del

convoy, Francisco Martínez de Granada, había iniciado los trámites para partir cuanto antes. Sus órdenes dejaban claro que debían regresar a España con la mayor premura posible. Ni para aguardar al virrey saliente se debía demorar la partida.

El azogue era indispensable para limpiar de impurezas el oro y la plata que se extraían de Nueva España. Tal era su importancia que, en caso de escasez, la minería de los territorios de Ultramar se resentía, pudiendo incluso llegar a detenerse por completo. Por ello se había creado un correo que regularmente entregaba el preciado bien en los territorios de Ultramar: la Flota de Azogues.

Ceñudo y con gesto de urgencia, fray Diego de Luna no quitaba ojo de los quehaceres de mareantes y estibadores.

Aunque a primera vista parecía reinar el caos, todo estaba sujeto a una férrea burocracia. Cada pertrecho, aparejo, bien, mercancía o artículo que era subido a bordo se registraba escrupulosamente. Otro tanto sucedía con los pasajeros, fuesen estos marinos, nobles, colonos, encomendadores o simple soldadesca.

Para tal fin se ubicaba una mesa al inicio del puerto, donde un funcionario de la Corona tomaba buena nota de quien pasaba camino de las naos.

El fraile soltó un bufido. Decidió que ya había aguardado tiempo suficiente. A grandes zancadas recorrió la distancia que lo separaba de la mesa del funcionario y se plantó frente a él con rictus imperturbable.

Cuando el burócrata reparó en los hábitos pardos del franciscano, compuso un gesto de fastidio tal que ver al Santo Oficio no le hubiese agriado más el día.

—¡Voto a tal! ¿Otras vez vos, fraile?

—¿Habéis hablado ya con vuestros superiores? —preguntó el franciscano, ignorando el tono despreciativo.

—Mirad a vuestro alrededor. —El funcionario hizo amago de querer abarcar el puerto entero con los brazos—. Todo el mundo está ocupado. No hay tiempo para vuestros asuntos. Marchaos.

—Tengo que embarcar. He de regresar a España —insistió el

fraile—. Ya os lo he dicho.

—Y yo os he dicho que sin un documento firmado por el virrey o el mismísimo Felipe el cuarto no subís a bordo. Y ni eso os garantizaría pasaje.

El franciscano decidió rebajar el tono y utilizó la voz más amable que supo articular.

—Si no subo a uno de esos barcos habré de esperar hasta la partida de una nueva flota —se lamentó—. Eso puede demorarse más de medio año. No puedo aguardar tanto. Os lo ruego. Dejadme hablar con alguien al mando.

—Por lo que a vos respecta, yo soy quien está al mando y os digo que no podéis embarcar.

El funcionario dio por zanjada la discusión con un aspaviento al tiempo que regresaba a sus anotaciones. Haciendo con ello gala de la fama de hideputas que tan bien merecida tienen. Bien dice el buen Platón que, para conocer la naturaleza de un hombre, darle poder y aguardar a su proceder.

Pero el fraile no pensaba darse por vencido.

—Puedo viajar en cualquier parte de la nao —suplicó—. No necesito un camarote, me basta con una hamaca en la bodega.

El oficial perdió la cuenta de las libras de galleta embarcadas y juró entre dientes. Miró al fraile con clara hostilidad.

—No hay coy ni en sollado ni en cubierta que valga. No insistáis u haré que os echen del muelle —amenazó.

El franciscano gruñó de pura frustración, pero no se movió ni una pulgada.

—Permitidme hablar con alguien al mando —repitió.

El oficial volvió blasfemar, esta vez a viva voz.

—No digáis que no os lo he advertido. —Buscó con la mirada a dos soldados, que más que mantener el orden en la fila parecían haraganear por las inmediaciones—. Llevaos a este fraile de aquí —ordenó.

La pareja de militares se miró indecisa un instante antes de acometer la labor de mala gana.

—Vamos, frey. No nos obliguéis a echaros a la fuerza —advirtió uno de ellos.

Pero el franciscano no dio muestras de retroceder un solo paso.

—No pienso moverme hasta hablar con vuestro superior —vociferó.

Para entonces, el alboroto organizado había llamado la atención de numerosos entre los presentes, que miraban en dirección a aquel frailecillo enjuto y de corta estatura. El funcionario de la Corona se puso en pie y su voz tronó con cólera.

—Echad a este hombre del muelle. ¡Voto a Cristo!

Su juramento lo interrumpió una voz que se elevó por encima de todos.

—¿Qué está pasando aquí?

Un hombre que ya peinaba abundantes canas y entrado en arrobas se plantó brazos en jarras frente al grupo. Lucía hábitos religiosos, pese a que su tono autoritario y pose marcial lo acercaban más a la carrera de las armas que a la fe.

Como el cagalindes que era, el funcionario real se apresuró en rendirle explicaciones, lo que dejó claro a Diego de Luna que el recién llegado se trataba de persona importante.

—Este fraile pretende viajar a España en el convoy. Le estaba explicando que eso es de todo punto imposible.

Echó un somero vistazo el extraño a Diego con una mezcla de curiosidad e interés. Luego, volvió al oficial.

—Más bien parecía que lo estabais amenazando con echarlo del puerto.

El burócrata tragó saliva.

—Yo solo estaba haciendo mi trabajo, *pater* —titubeó.

La atención del hombre basculó del oficial al franciscano.

—Hermano, soy Hernando de Ulloa, capellán del Nuestra Señora de la O —comenzó con deje amistoso—. ¿Estáis en posesión de algún documento que os permita embarcar?

—No. Tan solo pido poder hablar con alguien al mando.

Un gesto resuelto del hombre detuvo al fraile.

—Me temo que en tal caso no podéis subir a bordo.

El capellán amagó con dar media vuelta ante la evidente satisfacción del oficial real, que lanzó una mirada desdeñosa al franciscano.

Diego resolvió sincerarse. Estaba ante la única posibilidad de embarcar que iba a tener. No podía desperdiciarla. Instintivamente, la yema de sus dedos acariciaron la carta que guardaba entre sus ropas.

—Si no subo a uno de esos barcos, tendré que esperar hasta el verano a que la Flota de Indias parta de regreso. Es de gran importancia que viaje a España cuanto antes. Si tenéis la potestad de interceder por mí, hacedlo. Os lo ruego.

El capellán estudió unos instantes el semblante de Diego, finalmente, concedió con la cabeza.

—Dejad pasar a este hombre. Yo mismo hablaré con el general Martínez de Granada para ponerlo al tanto.

El funcionario de la Corona alzó un índice para protestar, con el que señaló al religioso.

—¡Padre! —rezongó—. Eso va en contra de las normas dictadas por Su Majestad.

Hernando de Ulloa giró sobre sus talones con una energía y velocidad impropias de su edad y clavó una mirada acerada en el burócrata.

—Yo de vos no mentaría las normas reales o tal vez mande revisar esos libros de cuentas vuestros.

El funcionario dibujó un mohín de fastidio, pero se sentó a la par que alzaba las palmas de las manos en señal de rendición. Por nada del mundo quería que aquel cura revisase las cuentas, o podían salir a la luz ciertas mercaderías con las que hacía la vista gorda.

El capellán alzó la testa de modo orgulloso antes desfilar frente a la mesa del funcionario. Diego de Luna interpretó aquello como una invitación y lo siguió. El corro que los marineros habían formado se abrió al paso del cura.

Se encaminaron en dirección a la rampa de acceso al galeón que

hacía las veces de nave almiranta, el Nuestra Señora de la O.

—¿Dónde está vuestro equipaje? —inquirió el capellán momentos antes de ascender la rampa.

Diego de Luna señaló una talega que portaba colgada del hombro derecho.

—Esto es todo cuanto llevo.

El capellán solo necesitó un instante para juzgar que poco morral era aquel.

—O sois parco con vuestras posesiones o teníais verdadera prisa por embarcaros —opinó.

—Un poco de ambas cosas —reconoció el fraile.

Al menos habéis sido previsor y vestís la cogulla. Os vendrá bien para combatir el relente de la noche a bordo.

Nada más poner un pie en cubierta, fray Diego hubo de hacer un esfuerzo por no irse a tierra con el vaivén del galeón. Trastabilló y dio un par de pasos inseguros antes de retomar la vertical. El contratiempo provocó una carcajada general entre los mareantes cercanos.

—Vive Dios que, si esto os hace tambalearos, lo vais a pasar mal en altamar —dictaminó el capellán.

Diego sacudió la cabeza para negar.

—Me acostumbraré en un par de días.

—¿Cuántas veces habéis hecho la travesía?

—Solo una. Cuando llegué a Veracruz. Sospecho que vos os manejáis con más tino en estas lides.

—Si Dios quiere, con esta serán veintidós las veces que haya cruzado la Mar Oceana. —Al decir aquello, el capellán se persignó con vehemencia, más por superstición que por fe—. Y también la última. Regreso a España para hacerme cargo de una iglesia en mi tierra natal, Galicia. Después de más de dos décadas de servicio a bordo de la flota del rey me merezco un retiro en calma.

El franciscano entendió que aquello era una invitación para que él mismo diese cuenta de los asuntos que con tanta urgencia le requerían en España, pero guardó silencio. Hernando resolvió dejarlo

estar.

Siguieron recorriendo la cubierta en dirección a popa. Pese al trajín más que evidente a bordo, los marinos con los que se cruzaban dejaban paso expedito a su capellán.

—¿En qué convento cumplíais los votos, hermano?

—En el de San Francisco de la Veracruz, estaba al cargo de la librería.

—Espero que hayáis tenido presente que las comodidades que allá pudieseis tener no las tendréis a bordo de este galeón. La travesía en la Flota de las Azogues es cualquier cosa menos placentera. Además, la lista de pasajeros está completa, así que no hay un solo camarote disponible.

—Nos os preocupéis por mí. No estoy acostumbrado al lujo. Dormiré en la bodega, con la tripulación.

Os alojareis en mi camarote y no se hable más —zanjó el capellán. Su tono autoritario dejaba a las claras que no estaba acostumbrado a que se le llevase la contraria.

Fray Diego de Luna no pudo sino agradecer el gesto y con paso lento siguió al capellán a las tripas del inmenso galeón.

* * *

Hacía tiempo que el sol brillaba con fuerza en lo alto cuando el puerto se llenó del rechinar de los cabestrantes levando anclas y del flamear de las velas. Los gritos deseando suerte en la travesía y las oraciones por su buena fortuna se cruzaron de uno a otro navío.

—Largad trinquete y que la Santísima Trinidad nos lleve a buen puerto —gritó alguien en la nave almirante.

—Que haga nuestro viaje seguro —le respondió una voz desde el otro galeón.

Sonó el tiro de leva y el aire de la mañana se llenó del olor de la pólvora de los cañones.

Lentamente, como si estuviera despertando de un sueño profundo, el Nuestra Señora de la O comenzó a moverse. La maniobra de desatraque era de compleja ejecución, pero el piloto estaba más que acostumbrado y se daba buen tino en aquellas aguas mansas. Al poco, el bauprés encaraba levante. El convoy se ponía en marcha.

El rezo para desear buena travesía había concluido y Veracruz quedaba atrás. Instalado en la amura de babor, Diego de Luna observaba desfilar las aguas bajo el casco de la nave. Le maravillaba aquella especie de baile sincronizado, en el que todas las partes que componían el galeón se coordinaban para mover aquella enorme mole de madera.

Hernando de Ulloa se le unió. Ambos religiosos encaraban barlovento y sus capuchas se agitaban nerviosas. El capellán fijó su atención en el fraile.

—¿A qué parte de España os dirigís? —inquirió.

—A Sevilla.

—¿Sois natural de allí?

Diego concedió moviendo la cabeza arriba y abajo con pesadez.

—Hace quince años que partí de ella —dijo.

Las frases del franciscano parecían cortadas por un filo. Había hielo en sus palabras. Saltaba a las claras que no estaba por la labor de desvelar demasiado de su pasado. El capellán resolvió no andarse más por las ramas.

—No me habéis dicho la razón que os lleva de regreso a España tan precipitadamente —dijo.

El franciscano elevó la vista al cielo y tardó varios segundos en responder.

—Un fantasma, padre. Es un fantasma lo me lleva de regreso a Sevilla.

II

Fray Diego de Luna aspiró el olor amargo y áspero que traía el aire de la mañana. Bandadas de aves desfilaban ágiles en el cielo plomizo de invierno. Había amainado el viento hasta prácticamente no soplar y la barcaza remontaba el Guadalquivir con lentitud, como sumida en el sopor. El barquero manejaba la pértiga en silencio, apenas había abierto la boca desde que salieran de Sanlúcar.

El Guadalquivir era el mismo hervidero de actividad que recordaba, con barcones y tartanas yendo y viniendo incansablemente de una a otra orilla para descargar sus mercancías en los numerosos muelles que poblaban ambas vegas. Aquí y allá se veían pequeñas embarcaciones de una sola vela, a la que los pescadores llamaban cascarones, y con las cuales salían cada mañana en busca de anguilas, barbos, carpas y otros peces.

La mirada del franciscano se perdió en las aguas, como si en ellas se encontrase la respuesta a la pregunta que llevaba haciéndose desde hacía tres meses.

«¿Qué hago aquí?».

Deslizó las manos bajo sus hábitos y los dedos acariciaron la carta. Había repetido aquel gesto en infinidad de ocasiones desde que partiera de Veracruz. Deseó no haberla recibido, desandar sus pasos y nunca haber embarcado hacia Sevilla. Como si nunca hubiese traspasado aquel umbral al que se asomaba y cuyo interior le producía un terror paralizante.

¿Era cierto lo que se decía en ella? Hacía quince años había navegado aquellas mismas aguas en dirección contraria, para huir de un pasado que ahora regresaba de nuevo.

—¿Qué hago aquí? —volvió a preguntarse, esta vez en voz alta.

Al dejar atrás el meandro al que decían torno de Coria por lo tortuoso, Sevilla apareció en la lejanía.

Sintió que se le iba la cabeza y hubo de asirse a la regala de la barcaza. Estaba seguro de que el malestar se debía a la cercanía con el lugar al que había jurado no volver jamás.

Una voz a su espalda le hizo dar un respingo.

—Se os ve taciturno. ¿Tan poco os alegra regresar a vuestra ciudad natal?

Diego se volvió para comprobar que a su diestra se hallaba Hernando de Ulloa. Una sonrisa amable surgió de modo espontáneo en sus labios.

Había compartido con aquel hombre suficientes paseos en cubierta y charlas desde que partieran de América para tenerle afecto. Tres meses encerrados en una cárcel de madera y a merced de los caprichos del mar eran buenos mimbres para forjar algo similar a la amistad entre dos desconocidos.

—Sevilla es como una doncella a la que duele amar, pero que no puede olvidarse —respondió el franciscano de modo lacónico.

—¿Qué sabemos nosotros, hombre de Iglesia, de amoríos? —bromeó el gallego.

También él se apoyó en la regala y dedicó unos segundos a contemplar el horizonte.

Diego de Luna sonrió con tristeza. Era cierto, ¿qué sabían ellos del amor?

—¿Se conocen ya la razones por las que el convoy atracó en Cádiz y no en Sanlúcar? —dijo para cambiar de tema.

El capellán negó con parsimonia.

—No me explico qué motivos pudo tener Martínez de Granada para incumplir sus órdenes. Las autoridades no van a estar muy contentas con la decisión. Aunque, si os soy honesto, creo que esto

no es más que una representación de lo que tarde o temprano acabará por suceder. Cádiz sustituirá a Sevilla como puerto principal con las Américas. ¡Al tiempo! —sentenció.

Aquella desviación de última hora había hecho que Diego tuviese que hacer noche en Cádiz y se viese en la necesidad de buscar un carro que lo llevase a Sanlúcar a la mañana siguiente. Para tales avíos, había sido vital la intercesión del capellán. Después, ambos habían tomado una barcaza que los llevara a Sevilla, río arriba. Tenía mucho que agradecer a Dios por haberlo puesto en su camino.

—Padre —dijo el franciscano—, antes de desembarcar, quiero aprovechar la oportunidad para volver a expresaros mi gratitud. Sin vuestra ayuda, aún seguiría aguardando en Veracruz.

El capellán restó importancia al comentario sacudiendo la mano con energía.

—Sé por experiencia que la vida a bordo es especialmente dura para un hombre de fe. Me alegro de haber podido ayudar a un hermano —dijo.

Diego volvió a sumirse en la vista del río. Durante unos instantes, el capellán lo estudió en silencio. Desde que partieran de América, había podido comprobar que todo en aquel fraile resultaba un misterio. Apenas hablaba de su pasado antes de recalar en el convento de San Francisco de Veracruz. Su vida anterior en Sevilla pertenecía a un terreno vedado al que el fraile no permitía acceder a nadie.

Igualmente, los motivos de su regreso estaban sumidos en la más impenetrable negrura. Aparte de aquel breve y enigmático comentario acerca de fantasmas, nada más había podido sonsacarle. Con el paso de las semanas, había aprendido a respetar el deseo de callar del franciscano.

Aquel fraile se había descubierto como un hombre sagaz y harto lleno de saberes. Dominaba varios idiomas, además del lógico latín, y era experto en varias materias que iban de la medicina a la teología. Por si fuera poco, sus años en Veracruz lo habían convertido en un experto en la cultura indígena de Nueva España.

Ajeno al interés que despertaba, Diego observaba cómo Sevilla se iba haciendo más grande. Su corazón comenzó a batir con celeridad. En unos pocos minutos estaría pisando la tierra que jamás habría pensado volver a hollar.

Regresaba a casa.

Regresaba a Sevilla.

Hacía quince años que no veía aquella ciudad, pero parecía que había sido ayer mismo cuando se embarcara hacia América. Todo estaba tal y como lo recordaba.

La torre de la Giralda se alzaba orgullosa sobre una ciudad que crecía más allá de sus murallas y el trajín en el Arenal era, como de costumbre, frenético. En Triana, la fortaleza de San Jorge velaba la ciudad con su rotunda forma acastillada y chata. El humo de cientos de chimeneas se elevaba en estilizadas columnas.

Desde uno de los muelles del Arenal se dio orden a la barcaza de atracar en el muelle de las Mulas, así llamado por estar hecho con restos de antiguas muelas de molinos. Aquel era paso obligatorio para los navíos de Ultramar, y en aquel mismo lugar, hacía casi siglo y medio, habían recalado los dieciocho supervivientes del viaje de Magallanes y Elcano.

Diego desembarcó con la agilidad que le proporcionaban los meses a bordo. Sus posesiones seguían siendo tan magras como cuando embarcara en Veracruz, así que ayudó a desembarcar las de Hernando de Ulloa. Las del capellán distaban mucho de poder considerarse como mínimas. Al fin y al cabo, atesoraba en aquellas talegas y bolsas toda una vida de servicio en la mar.

—¿Estáis seguro de que no queréis pernoctar en Sevilla? —inquirió Diego, depositando una pesada bolsa sobre el tablado del muelle.

El capellán negó con ímpetu.

—Os lo agradezco, pero quiero partir hacia Zafra en cuanto me sea posible. Mi hermana me aguarda allí. Hace diez años que no la veo.

El itinerario del capellán parecía escrito en piedra y ningún

intento del franciscano por devolver parte de la hospitalidad recibida había sido aceptado. El gallego ardía en deseos de dejar atrás su etapa castrense y comenzar su nueva vida alejada de los peligros de la mar.

Se despidieron con un abrazo que parecía fruto de más tiempo del que en realidad habían compartido.

—Hermano Diego —lo retuvo el capellán—. No conozco los motivos que os traen a Sevilla, pero espero que os ayuden a encontrar la paz que no tenéis.

A modo de respuesta, Diego le dedicó una sonrisa sin un ápice de alegría. Giró sobre sus talones y echó a andar. Debía cruzar el puente de Barcas para alcanzar la banda de Sevilla. El único que conectaba la ciudad con Triana.

III

Diego se detuvo frente al arquillo de entrada al convento de la Casa Grande de San Francisco. Alzó la vista y admiró los escudos franciscanos y el medallón de la virgen, labrados en la piedra sobre el dintel A ambos lados, estatuas de San Francisco y de los fundadores mitológicos de Sevilla flanqueaban la entrada.

El complejo conventual era una colosal mole ubicada en el corazón mismo de la ciudad. Disponía de un claustro grande y otro chico, amén de varios patios de menor tamaño. Diversas capillas, propiedad de hermandades religiosas y cofradías de sangre, se abrían en la cabecera de la iglesia, de planta de cruz latina y de casi ciento cincuenta pies de largo. La sacristía contaba con una cajonera donde se almacenaban documentos desde antiguo y un gran órgano de tubo instalado en un lateral de la iglesia era la envidia de toda la región.

En el complejo convivían ciento setenta personas, lo que incluía a legos, franciscanos, novicios e incluso una decena de donados, seglares que habían decidido retirarse del mundo.

Albergaba, además, un pequeño hospital y una enfermería que atendía a quienes no podían costearse los servicios de un cirujano o un barbero.

El franciscano soltó la totalidad del aire que sin percatarse había mantenido preso en sus pulmones y miró a su alrededor. La plaza de San Francisco parecía tan bulliciosa como de costumbre. Un grupo

de golfillos correteaba indolente alrededor de la fuente de Mercurio, las damas emperifolladas paseaban plaza arriba y abajo, cuchicheando secretos de las clases altas, y había ambiente de fiesta en las platerías de las calles Chicarreros y Génova. En las Casas Capitulares había un trasiego constante de señoritingos engolados de jubón acuchillado en oro y pluma orgullosa en el sombrero. Pero Diego recelaba de aquella aparente cotidianidad.

Conocía aquella ciudad lo suficiente como para saber que algo sucedía. No era algo que se sintiese a primera vista, ni siquiera estaba seguro de poder definirlo con palabras, pero, si miraba bajo la superficie, apreciaba que algo asustaba a los sevillanos. Una sensación lóbrega de la que había sido testigo durante su callejeo. Algo siniestro que le hizo recordar los oscuros días en que la muerte recorría Sevilla en la forma de la peste. Se persignó antes de tirar de la campanilla que colgaba a la diestra de la puerta.

Acudió a abrir un fraile joven que le lanzó una mirada recelosa. Diego esbozó una mueca de sorpresa al ver que no se trataba del hermano que recordaba ejerciendo las funciones de la portería. Cayó en la cuenta de que era un tanto inocente creer que aquel hombre continuase con la misma labor quince años después. Lo lógico era que se le hubiesen asignado quehaceres más propios de su avanzada edad.

—¿En qué puedo ayudaros, hermano?

—Mi nombre es Diego de Luna, quiero ver a Gaspar Valdés. Tengo entendido que ahora es el hermano guardián.

El portero estudió unos instantes al desconocido. Luego, lo hizo pasar con una sonrisa impostada, pero no exenta de amabilidad. Al fin y al cabo, ambos vestían los mismos hábitos pardos y acababa de preguntar por el superior del convento.

—En efecto, el hermano Valdés es nuestro superior desde hace cuatro años por la gracia de Dios. Aguardad aquí mientras voy en su búsqueda —le dijo antes de dar media vuelta y atravesar el enorme atrio a grandes trancos.

Mientras esperaba, Diego se distrajo admirando las capillas que

se ubicaban en el muro sur del complejo. La de los burgaleses, que mostraba una bellísima talla de la Purísima Concepción, la de los portugueses y la de San Onofre, que era al mismo tiempo de la hermandad de las Ánimas.

Al poco, el sonido de unas pisadas resonando en el amplio at rio le hizo girarse. Gaspar Valdés se dirigía en su dirección con los brazos extendidos.

Le costó reconocerlo. Siempre había sido frugal y poco partidario de la buena mesa, pero, ahora, más que parco en carnes, su viejo amigo se había convertido en un sarmentoso junco que caminaba ligeramente hundido de hombros, como si portase una gran carga sobre ellos. Los hábitos le colgaban flácidos y ondeaban en las caderas, y las mangas ocultaban sus dedos casi por completo. Diego se preguntó si había cíngulo lo suficientemente corto para cintura tan estrecha. Esa delgadez hacía que las arrugas se le hiciesen más marcadas en el rostro, y sus ojos eran dos bolas color tierra ocultas dentro de un cráneo completamente pelado. Saltaba a la vista que el cargo había mermado su aspecto físico.

—¡Diego! ¡Viejo amigo! —lo saludó, colocándole las manos en los hombros—. ¿Por qué no avisaste de tu llegada? Alguien te habría ido a esperar.

—Me sigue gustando caminar y el paseo desde Triana no es gran cosa.

El superior le estampó dos besos en las mejillas y, sin apartarle las manos de los hombros, retrocedió un par de pasos para estudiarlo con detenimiento.

—Estás igual que hace quince años —dijo al fin con una falsa sonrisa.

Diego deseó que aquellos dedos huesudos y flacos dejasen de tocarlo. Aun así, se forzó a que su deje fuese amistoso. Aquel era el hombre con quien había compartido juventud, desvelos y anhelos.

—No mientas, hermano —bromeó—. Nada permanece invariable. Los dos somos más viejos ahora que cuando nos despedimos. Lo malo es que nadie te dice que, a medida que tu cuerpo envejece, tu

cabeza cree ser cada vez más joven.

El hermano guardián soltó un graznido similar a una risa y lo tomó del codo.

—Estarás sediento. Deja que te invite a un trago de vino mientras hablamos —ofreció.

Se encaminaron al despacho de Gaspar, sito en el segundo piso. Para llegar a él debían atravesar la enorme nave central de la iglesia. Al pasar junto al lujoso retablo de mármol italiano, Diego recordó las horas pasadas de hinojos allí, orando durante su etapa de novicio. Mucho de aquel tiempo lo había compartido con aquel hombre que caminaba junto a él y al que ahora debía obediencia en virtud de su cargo. A ambos lados del altar se ubicaban las tumbas de los marqueses de Ayamonte, cuyas estatuas orantes flanqueaban el enorme retablo bajo sendos arcos ciegos.

Salieron al claustro por los pies de la iglesia y de ahí accedieron a la escalera que conducía a la planta superior.

Gaspar lo condujo a través de los pasillos hasta una estancia privada cuyas ventanas se asomaban a la galería del claustro mayor. Sirvió una ración de vino tinto a su invitado y se reservó una más generosa para sí mismo.

—Es de más allá de la meseta. De las riberas del río Ebro —explicó, dando un sonoro tiento a su copa con evidente agrado.

Se sentaron a una mesa que hubieron de despejar previamente de cartapacios y documentos.

El guardián continuó derivando la conversación hacia temas banales. A Diego le dio la impresión de que ignoraba de modo consciente el asunto que los había llevado a los dos a aquel momento. Decidió dejar de morderse las ganas y abordar sin rodeos el motivo de que hubiese regresado a Sevilla.

Extrajo la carta de entre sus ropas y la deslizó sobre la mesa.

—¿Es cierto lo que dices aquí?

Gaspar se quedó unos segundos con el borde de la copa apoyado en sus finos labios. Después, tragó con fruición y se secó la barbilla con el dorso de la mano.

—Es mejor que hablemos de ese asunto más adelante —dijo.

La sonora palmada sobresaltó a ambos. Diego se quedó mirando su mano abierta sobre la gastada madera. No había sido consciente de haber golpeado la mesa. Se recompuso y frunció los labios al tiempo que se ordenaba interiormente mantener la calma.

—He cruzado un océano por lo que pone en esta carta y he regresado a un lugar al que juré no volver jamás. Creo que no habrá mejor momento para hablar de este asunto que este. ¿Qué es lo que sabes de Elena? —dijo.

Pese al intento de sonar calmado, la ansiedad se filtraba entre sus palabras. Se percató de que una película de sudor se deslizaba por su frente plegada en arrugas y de que el corazón le batía con fuerza en las sienes. Se obligó a serenarse y se cogió una mano con otra en un intento inútil de detener el temblor de ambas.

Gaspar auscultó el rostro de su hermano antes de conceder con un leve asentimiento. Aún tardó unos segundos en responder.

—No puedo darte ninguna certeza aún, pero, por lo que parece, Hiena no murió víctima de la peste —dijo al fin.

Las palabras sonaron como un disparo de cañón en la cabeza de Diego. Durante unos largos instantes, un zumbido se instaló en sus oídos. ¿Era cierto? Todas las conjeturas, las fantasías que se había formado en la cabeza desde que recibiera la carta, ¿podían ser verdad? ¿Elena no había muerto?

—¿Está viva? —logró articular.

—Solo sé que cuando te fuiste a América seguía con vida y que, poco después, también ella abandonó Sevilla.

Diego cerró los ojos y sacudió la cabeza, como si al hacerlo pudiese regresar a un mundo que le resultara familiar. Soltó un suspiro profundo y se aferró al brazo de su asiento. Abrió los ojos de nuevo. El mundo seguía girando enloquecido a su alrededor, pero la velocidad había disminuido y le permitía pensar con cierta claridad. Intentó dar un sorbo de su vino, pero la copa se quedó a un palmo de sus labios.

Gaspar lo estudió largo rato.

—Entiendo que esta noticia te haya trastocado, pero tienes que darme tiempo para que averigüe más. Aún no conozco toda la historia.

Diego tragó de modo ruidoso y devolvió la copa a la mesa. Las preguntas eran como gravilla acumulada en la garganta que debía escupir.

—¿Cómo has tenido acceso a esta información? ¿Cuándo? ¿Dónde está?

Gaspar alzó las palmas demandando calma.

—Necesito más tiempo —se defendió—. Prometo que responderé a todas tus preguntas, pero debes tener paciencia.

No puedes decirme algo así y luego pedirme que tenga paciencia.

—Ahora no puedo responderte.

El fraile boqueó nervioso. Se puso en pie y comenzó a pasear con pasos cortos y calculados por la estancia. Gaspar se limitó a observarlo en silencio. Se echó un trago al coleto y aguardó.

—De acuerdo —dijo Diego al fin para sí mismo. Se giró hacia su amigo—, te ayudaré. Entre los dos será más fácil averiguar lo que pasó.

El hermano guardián se opuso sacudiendo la cabeza con energía.

—No. No me ayudarás. Estás demasiado implicado para actuar con sentido común. Solo estorbarías. Te harás a un lado y serás paciente.

—No me quedaré de brazos cruzados.

—Debes ser paciente —repitió el superior. Se inclinó sobre la mesa y sus manos buscaron las de su amigo—. La encontraré. Confía en mí.

Diego hizo amago de rebelarse por segunda vez contra aquella opinión, pero no había convicción en su voz. Sabía que lo que aseguraba su superior era cierto. Estaba demasiado confuso para actuar con buen juicio y cualquier cosa que averiguase del destino de Elena no haría sino agitar más su espíritu.

—Esperaré —acabó por admitir.

Gaspar apuró su copa con fruición, como si fuese un merecida recompensa.

Luego, la rellenó de nuevo e hizo lo mismo con la de su amigo, pese a que este apenas había probado su vino. Volvió a beber e hizo un gesto a Diego para que lo imitase.

—Además, no vas a estar de brazos cruzados —dijo. Diego lo miró con extrañeza. El guardián sorbió aire y se inclinó sobre la mesa—. No te he pedido que regresases solo por Elena —dijo de modo enigmático.

—En tu carta no haces referencia a nada más.

—Hay un asunto del que debes encargarte.

—¿A qué te refieres?

—Hay un asesino suelto en Sevilla.

Diego frunció el ceño al escuchar aquello. Hacía tan solo unos años, hubiese hecho lo que Gaspar le pidiese. Pero el tiempo había pasado para ambos.

—No es de mi incumbencia —soltó.

Gaspar acusó la respuesta durante un par de segundos. Luego, se recompuso, carraspeó para ganar algo de tiempo y forzó una sonrisa que pretendía pasar por amable.

—Fue el arzobispo en persona, el excelentísimo Pedro de Tapia, quien me encargó que te pusiera al frente de la investigación. Sabe de tu sagacidad y recuerda cómo en el pasado colaboraste con el Santo Oficio con gran éxito.

«Así que se trata de eso», dictaminó Diego. Gaspar buscaba apuntarse un logro ante el hombre más importante en la jerarquía eclesiástica sevillana.

Se echó hacia delante en su asiento. Apoyó las palmas en la mesa y estiró la fina línea en que se habían convertido sus labios.

No iba a dejarse manejar por nadie, lo que incluía al señor arzobispo. Al contrario que el guardián, nunca había sentido la tentación de medrar dentro de la Iglesia.

Así se lo hizo saber a su superior.

—Decidle a su excelencia que no he venido a Sevilla para

dedicarme a aquello a lo que renuncié al irme.

El hermano guardián se tomó unos segundos para infundirse paciencia. No debía perder los papeles.

—Hace demasiado que los dominicos se sientan en el sillón arzobispal. Si jugamos bien nuestras bazas es posible que el próximo sea uno de nuestros hermanos franciscanos —dijo—. Arreglar este asunto nos pondría en muy buena posición para tal fin.

—Ya deberías de saber que nunca me interesó la política.

Gaspar recordaba la tozudez de aquel hombre. Soltó un suspiro de pura frustración.

—Puedo obligaros. Soy vuestro superior —dijo en tono autoritario.

—Y yo habría de obedeceros, pero eso no garantizaría que llevase a cabo mi labor de mejor grado ni que pudiese concluirla felizmente.

El guardián se alzó de su asiento y bordeó la mesa con lentitud. Se sentó junto a Diego y colocó sus manos sobre el regazo en una pose de estudiada humildad.

—El arzobispo tenía en gran estima al asesinado. Era secretario de su excelencia. En realidad, era algo más que eso. —Diego hizo amago de interrumpirle, pero el hermano guardián elevó el volumen de la voz para evitarlo—. Le sacaron el corazón y lo castraron, introduciéndole los testículos en la boca. Dejaron su cuerpo abandonado en el corral de los Olmos. En mitad de la noche. Alguien debe hacerle justicia.

La detallada descripción hizo que Diego se persignase con vehemencia; no obstante, estaba lejos de rendirse.

—El cabildo tiene hombres para tal fin. Alguaciles, jueces de grado…

—Lo único que el cabildo quiere es que este feo asunto no salga a la luz —interrumpió el guardián—. Por eso, todo lo concerniente a él está sumido en un gran secretismo. Teme que este crimen despierte miedos olvidados y perjudique a la ciudad. Sevilla pende de un hilo, y hay voces en la corte que abogan por trasladar el

puerto de Indias a Cádiz.

Pese a todo, Diego no estaba dispuesto a claudicar.

—No soy el mismo hombre que se fue hace quince años.

—Y, aun así, no se me ocurre nadie mejor que tú para hacerse cargo del caso, hermano.

Gaspar, en esta ocasión, apelaba a algo más que a vestir el mismo hábito.

—¿Por qué yo? Hay cientos de personas en Sevilla que podrían ocuparse de este asunto.

—El cuerpo estaba embadurnado de pintura azul y le habían grabado en la piel signos propios de las Américas. Tú has pasado los últimos quince años estudiando a esos salvajes. Eres un experto en sus ritos y costumbres.

Indeciso, Diego se frotó el párpado derecho. Pese al horror que relataba, las palabras de Gaspar habían logrado despertar su interés.

—¿Qué clase de signos? —inquirió.

Gaspar se complació sin dejar que ello se reflejase en su exterior. Conocía lo suficiente a Diego como para saber que, si quería que interviniese, debía de apelar a su curiosidad. Era su mayor defecto.

Se encogió de hombros.

Dibujos extraños, símbolos paganos… ¿Qué sé yo de tales cosas? Quizá alguien pueda darte más detalles en la Real Audiencia.

Diego tomó aire y lo mantuvo unos instantes dentro del pecho antes de expulsarlo con sentida sonoridad. Había estado a punto de caer en el ardid.

—No voy a involucrarme en este asunto, pues nada se me perdió en él —advirtió, pero su voz mostraba que la curiosidad ya había hecho mella. Gaspar vislumbró que era el momento de sacar el as de la manga.

—Hay alguien más que quiere que intervengas en este asunto.

—¿De quién se trata? —inquirió un receloso Diego.

—Del maestro Bartolomé Esteban Murillo.

La mente de Diego viajó momentáneamente veinte años atrás. Había conocido al pintor cuando este realizaba la serie de lienzos

que decoraban el claustro chico del convento. Habían sido muchas as conversaciones con aquel joven pintor piadoso y apasionado de su oficio.

—Guardo un buen recuerdo de él. Solo le sacaba unos pocos años. Nos caímos en gracia mutuamente —dijo sin evitar que una sonrisa se formase espontánea en sus labios.

—Mucho ha llovido desde entonces. El maestro Murillo se ha convertido en un hombre poderoso e importante en Sevilla. Tiene clientela en España y fuera de ella. Se le aprecia en Flandes, Italia e incluso los malditos ingleses tienen su obra en gran estima. Deberías tener por grande honor que quiera saber de ti después de tantos años. Además, ha tomado recientemente los votos como seglar en nuestra orden.

Tras pintar la serie de cuadros para San Francisco, la fama de Murillo se había disparado, hasta el punto de disputarse con el mismísimo Zurbarán el título de pintor más laureado de Sevilla. Incluso a Veracruz habían llegado las noticias de sus éxitos. No eran pocos los conventos, catedrales e iglesias que le encargaban cuadros religiosos.

Diego compuso una mueca de extrañeza.

—¿De qué modo está el maestro Murillo relacionado con ese caso de asesinato?

Gaspar sacudió los hombros con desgana. —Eso será mejor que se lo preguntes a él. Cuando supo de tu regreso, vino a verme e insistió en querer entrevistarse contigo en cuanto pisases Sevilla.

Diego intentó conjeturar acerca de las razones del maestro para querer verlo. No se le ocurría ninguna. Después de que hubiese finalizado su labor en el claustro chico, su relación apenas sí podía catalogarse como tal, resumiéndose en ocasionales encuentros. Si estaba relacionado con aquel feo asunto, tal y como Gaspar aseguraba, iba a tener que averiguarlo cuando se entrevistase con él.

IV

Diego despertó sumido en una sensación de irrealidad. Necesitó tiempo hasta ser consciente de dónde se hallaba. Ya no estaba en Veracruz. Había regresado a Sevilla, la ciudad que juró no volver a pisar.

Ahogó un lamento y se incorporó en su yacija. Se frotó con energía frente y cuello. Con paso trémulo, se acercó a uno de los ventanales y lo abrió de par en par. El tibio frescor del invierno bético entró en forma de brisa. La luz gris y espesa inundó la estancia. Hacía buen rato que había amanecido, debía de pasar sobradamente de la hora tercia. El convento sería ya un hervidero de actividad. Pese a ello, no se sintió culpable.

Debía de haber estado tan exhausto del viaje que ni siquiera podía recordar el momento exacto en que se había quedado dormido.

Escanció agua de un aguamanil en el lebrillo y se lavó la cara con deleite. El frescor del líquido le hizo dejar atrás del todo el mundo de los sueños y las conjeturas.

Había pernoctado en la Hospedería de Indias, una estancia de techos altos y abovedados, donde los misioneros y religiosos que hacían etapa a América pasaban los días en espera de su partida.

Sus tripas emitieron un rugido. Cayó en la cuenta de que no había probado bocado desde la víspera. No era conveniente visitar el taller de Murillo con el estómago vacío.

Se ajustó el cíngulo y salió de la estancia.

El único acceso a la Hospedería era una puerta de doble hoja ubicada en un lateral del patio de la portería. Había sido dispuesto de aquel modo para que los religiosos que allí se alojasen tuviesen una cierta independencia respecto al resto de la congregación. Eso implicaba que el refectorio se hallaba en el extremo opuesto del convento. Para llegar a él, Diego debía desandar los pasos de la víspera. Se sorprendió de que a pesar de los quince años transcurridos, su cabeza almacenase aún un mapa mental de la Casa Grande.

Cruzó la nave de la iglesia, frente a cuyo altar se persignó como una costumbre, y encaró el claustro. Mientras caminaba bajo la bóveda de cañón de la crujía oeste, alzó la vista a la segunda planta. Localizó el ventanal del despacho del hermano guardián. Se detuvo. La conversación con Gaspar regresó a su cabeza de modo vivido. Tras ella se había ido del convento y deambuló por la ciudad sin destino fijo. Caminar lo ayudaba a aclarar sus pensamientos.

Estaba convencido de que la carta que su superior le había hecho llegar meses atrás buscaba atraerlo a Sevilla. La idea de que se hiciese cargo del asesinato del secretario del arzobispo había sido siempre el motivo principal de hacerle regresar. La referencia a Elena solo era el anzuelo, y él lo había mordido, sin pararse a pensar, sin usar la razón. Como siempre que se trataba de ella.

Pero ni Gaspar ni el arzobispo iban a lograr lo que pretendían. Visitaría al maestro Murillo, escucharía lo que tuviese que decir, pero no tomaría parte en aquel asunto. Se limitaría a decir que no y, luego, se pondría él mismo a investigar la desaparición de Elena. Si estaba viva, la encontraría.

Con tales pensamientos rondando la cabeza reanudó la marcha.

Tras un ligero desayuno a base de pan negro con algo de tocino y un vaso de vino especiado, enfiló en dirección a la collación de San Bartolomé. Allí, en la esquina de la plaza de los Escuderos y la calle San Jerónimo estaba ubicado la casa y taller del pintor sevillano.

—Soy Mateo, asistente del maestro Murillo. El maestro os

atenderá en unos minutos —le dijo un joven que acudió al golpe de la aldaba.

Tenía una abundante mata de pelo rojizo y los ojos un tanto bovinos, aunque tras ellos se adivinaba un carácter despierto.

Iras hacer una sentida reverencia, hizo pasar a Diego al taller y salió de la estancia. A grandes y sonoras zancadas ascendió las escaleras que llevaban a la residencia del artista. Mientras aguardaba, el fraile paseó la mirada por el interior del taller.

A pesar de la luz que entraba por los grandes ventanales, una miríada de velas y lámparas iluminaba el lugar. Había tablas y lienzos por todas partes y el olor a aceites, barniz y pintura flotaba en el ambiente. Un silencio grave que transformaba el lugar en un espacio cercano a lo sagrado era roto por el rascar de espátulas y pinceles y alguna tos ocasional. Nadie parecía reparar en su presencia, tan concentrados como estaban en sus tareas.

Contó media docena de personas trabajando en el taller. Cada uno ocupado en una labor diferente. Ningún ayudante de Murillo parecía pasar de los veinte años e incluso vio un chiquillo que no tendría más de diez. Bastó una mirada rápida para darse cuenta de que los de mayor edad, y sin duda mayor experiencia, se encargaban de retocar las obras, mientras que los más jóvenes realizaban tareas menos importantes.

La llegada del gran maestro lo sacó de su ensimismamiento. Diego lo recibió con una sentida reverencia a la que el pintor respondió abrazándolo con efusividad.

—Maese Murillo, es un honor volver a veros —saludó el fraile—. Vuestra fama ha llegado hasta las Américas y, aunque desde la distancia, estoy al tanto de vuestros éxitos.

Ante el halago, el pintor sacudió las muñecas como restando importancia a sus logros.

Lejana ya la lozanía de la juventud, como delataban las arrugas bajo sus ojos, Murillo conservaba una vitalidad y talante que no representaban su verdadera edad. Daba la impresión de que gustaba de darse afeites y cuidar en general su aspecto exterior. El

cabello le raleaba en sienes y coronilla y lucía una frente despejada y alta que trataba de compensar con una melena a la moda que intentaba pasar por descuidada. Vestía jubón negro con mangas acuchilladas en blanco y calzas a juego. Aparte de un sencillo collar de oro repujado y un anillo que brillaba en su dedo anular izquierdo, nada denotaba las riquezas que su trabajo le habían deparado a lo largo de los años.

—La fama va y viene, padre. Solo nuestro Señor nos la puede conceder y del mismo modo quitárnosla —aseveró.

El fraile recordaba la gran fe de aquel hombre. Una virtud que en su caso, debido a los reveses de la vida, cobraba más valor.

—Sentí lo de vuestros hijos. Sé que murieron de aquella terrible enfermedad.

Murillo chasqueó la lengua con desagrado, como si probase algo profundamente amargo.

—Dios nos pone a prueba cada día, querido amigo. Hace dos años que también me abandonó mi esposa, mi querida Beatriz.

Por no entretenerse en asuntos tan tristes, el pintor lo tomó del codo y lo invitó a recorrer el taller.

Diego se detuvo a admirar un retrato a medio hacer.

—Es una María penitente. Aún no he decidido qué rostro ha de tener, por eso está sin concluir —explicó el pintor antes de invitar a Diego a seguirlo al interior de un despacho. Luego, se giró hacia Mateo—. Que nadie nos moleste.

A solas, el maestro se sentó a una mesa y ofreció un asiento frente a ella al fraile.

—Imagino que os estáis preguntando el motivo de requerir vuestra presencia, fray Diego.

—No hay otra cosa en mi cabeza desde que el hermano Valdés me anunció vuestro interés.

—Por favor, padre, os lo ruego, tuteémonos. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para andarnos con miramientos. Dejemos el tratamiento de vos para los que solo fingen sentirse afecto.

Diego concedió con una leve sonrisa en los labios.

—Me parece lo adecuado —decretó—. Yo también me siento incómodo con tanta formalidad.

El pintor asintió ufano y acto seguido se frotó las manos como si se dispusiese a comenzar una tarea largo tiempo postergada. Apoyó los codos en la madera y juntó los puños en uno. Saltaba a la vista que le estaba costando asir el carrete del hilo del que debía tirar.

—Te hago al tanto de lo sucedido con el secretario del excelentísimo arzobispo —arrancó al fin. Diego respondió de modo afirmativo—. Lo que seguramente no sepas es que hubo otro asesinato tras aquel. Unos meses después de encontrar el cadáver del secretario de su excelencia, se halló el de a otro hombre, asesinado en las mismas terribles circunstancias muy cerca del postigo del Aceite. ¿Conoces el lugar?

Diego lo conocía de sobra. Era una de las puertas de entrada a Sevilla. Ubicado muy cerca del puerto del Arenal, al lado de las Atarazanas Reales, debía su nombre a que era el lugar por el cual entraba el aceite en tiempo de los musulmanes.

—El hermano guardián no parecía estar al tanto de este segundo crimen.

—No creo que nadie, a excepción del asistente de la ciudad y algunos entre los Caballeros Veinticuatro, estén al tanto de todos los detalles. El Cabildo ha intentado por todos los medios que las noticias de ambos crímenes no trascendieran. Pero ha sido imposible ocultarlo por completo. El pueblo incluso ha puesto un mote al asesino. Lo llaman «el Sayón de Santa María», porque esa es la collación donde actúa.

—¿De quién fue el cuerpo que encontraron?

—De Alvaro de Torres, hijo mayor de un comerciante con negocios en todo el orbe. Los De Torres son una de las familias más poderosas de la ciudad.

El fraile rumió aquella información.

—El secretario de su excelencia y el hijo de un mercader importante. Parece claro que al asesino no le tiembla el pulso en ir

contra los poderosos.

—¿Entiendes ahora de la gravedad del asunto?

—¿Y qué tienes tú que ver con estas muertes?

Bartolomé abrió los puños y se quedó largo rato mirándose las manos, como si ocultasen algún tipo de secreto.

—La madrugada que encontraron el segundo cadáver, la justicia prendió a alguien que merodeaba por las inmediaciones del postigo. Jerónimo, un chico que trabaja para mí y al que tengo gran afecto.

—¿Un ayudante del taller?

Murillo basculó la cabeza para afirmar a medias.

—No exactamente. Ciertamente es un muchacho con talento para el dibujo, pero es corto de entendederas. Aunque nunca podrá aprender el oficio, le permito venir al taller. —El maestro alzó los hombros y los bajó con lentitud—. En ocasiones, se queda sumido en sus pensamientos y no atiende ni a su nombre. Otras, no expresa emoción alguna o se pone a gritar sin motivo aparente. Como si ya no habitase nuestro mundo.

Diego mostró perplejidad. Si había algo en el hombre que tenía frente a sí era que se tomaba su trabajo con absoluta seriedad. El silencio que reinaba en el taller era buena prueba de ello.

—Me cuesta imaginar que nadie alce la voz aquí. Este sitio más que un lugar de trabajo parece un espacio sagrado.

Murillo mostró complacencia ante el comentario.

—Lo cierto es que estar aquí lo calma. Apenas se siente su presencia. Anda todo el día entretenido con papel y carboncillo, dibujando como un poseso. Quizá le haya cogido excesivo cariño al crío. Es hijo de una mujer viuda que sirve en casa —dijo antes de detenerse. Daba la impresión de estar arrebolado. Carraspeó ligeramente y elevó la voz para continuar en un tono menos afectado—. El chico está preso en la Cárcel Real de la calle de las Sierpes. Un destino que no desearía ni a mi peor enemigo. Mis buenos quince reales diarios me cuesta mantenerlo en una celda aparte, alejado del resto de prisioneros. No sobreviviría si tuviese que convivir con esos animales.

Pensativo, el fraile se rascó el mentón. Era consciente de estar mostrando más interés del que había previsto inicialmente, pero imaginar la vida de un crío con tales problemas mentales en un infierno como la Cárcel Real se le antojaba injusto y doloroso.

—Cuéntame todo lo que sepas de la noche en que lo apresaron.

—Poca cosa. Solo sé que, de madrugada, unos estibadores descubrieron el cadáver muy cerca del postigo. La Justicia hizo acto de presencia y un alguacil encontró a Jerónimo muy cerca del lugar del hallazgo. Tenía las ropas manchadas de sangre, así que lo llevaron preso de inmediato.

—¿Qué sabes del cadáver? ¿Tenía las mismas heridas que el secretario del arzobispo?

Ya te he dicho que el Cabildo no quiere que esto salga a la luz. Así que lo poco que conozco del asunto es merced a mi influencia en la ciudad. Parece que la muerte fue atroz y ambos cadáveres presentaban heridas similares, aunque he de admitir que desconozco los detalles.

—El cuerpo estaba pintado de azul, con signos en las extremidades. Tenía el pecho abierto, le habían arrancado el corazón y los testículos, que tenía introducidos en la boca —dijo Diego, demostrándose que aquel asunto ya había calado en él más de lo que deseaba.

Bartolomé esbozó una mueca de auténtico horror al tiempo que se persignaba con vehemencia.

—¡Habría preferido permanecer en mi ignorancia! —se lamentó. El fraile bajó la cabeza a modo de disculpa—. Después de lo que te he contado, supongo que ya habrás averiguado el motivo de que quisiera verte.

—Quieres que encuentre al verdadero asesino y demuestre que Jerónimo es inocente.

—Pondría la mano en el fuego por él. Ese crío es incapaz de matar a una mosca. Si lo conocieras, lo sabrías.

—Tú mismo has dicho que sus ropas estaban manchadas de sangre y estaba cerca de donde se halló el cuerpo.

Maese Murillo resopló de modo significativo.

—Eso no significa nada. Su madre dice que muchas noches suele escaparse de casa. Vagabundea por la ciudad y regresa al alba. ¡A veces, con heridas de a saber qué lances! Seguramente la sangre fuera suya.

Diego buscó algún punto donde anclar la vista. Acabó posándola en sus manos, que se apoyaban sobre la mesa.

—Alguien, por motivos diferentes a los tuyos, me ha pedido que investigue este asunto y le he dicho que no. Del mismo modo que me veo obligado a decírtelo a ti.

El artista no estaba dispuesto a rendirse tan pronto. Se inclinó sobre la mesa.

—En el pasado, fuiste consultor del Santo Oficio y colaboraste en juicios por delitos ajenos a la fe. Sabes cómo llevar a cabo esta investigación mejor que nadie.

—No he regresado a Sevilla para rememorar mi pasado.

Diego fue consciente de la ironía y a punto estuvo de reír con amargura.

—Ese pobre desgraciado va a pagar el pato si nadie le ayuda. Morirá en la cárcel o será sentenciado a muerte. Y lo será enseguida. La Semana Santa está cerca y nadie quiere que este asunto afecte a su celebración.

—La justicia investigará. Has de tener fe en ello.

—El Cabildo quiere echar tierra sobre este asunto lo antes posible.

—En última instancia, la Real Audiencia de Grados no va a permitir que un inocente pague por los crímenes de otro si no hay pruebas suficientes.

El pintor soltó una carcajada triste.

—¿Ya has olvidado cómo funcionan las cosas en este país nuestro? Si el Cabildo da la orden, ningún juez de grado va a alzar la voz para contradecirlo.

Lo que el pintor aseguraba coincidía totalmente con la visión de la justicia que el fraile tenía de aquella ciudad. Jerónimo estaba

condenado. Ni siquiera el dinero de Murillo serviría para salvarlo. Como mucho, podría comprar una muerte rápida para el chico si pagaba lo suficiente al verdugo.

Pese a ello, Diego se negaba a aceptar una posibilidad que veía cada vez más cerca. Iba a involucrarse en aquel feo asunto. Aun así, intentó resistirse una última vez.

—No puedo aceptar esta responsabilidad. Mi vida los últimos años se ha dedicado al estudio y al retiro. No sabría ni por dónde empezar. Soy un extraño en Sevilla.

—Te lo ruego, Diego. Ayúdalo.

Había desesperación en las palabras de Murillo. Una desesperación que el fraile no pudo ignorar. Inspiró de modo pausado y retuvo el aire largo rato en los pulmones.

—¿Sería posible visitar al chico en la cárcel?

—¿Por qué quieres verlo?

—Estás convencido de su inocencia con tal seguridad que me gustaría hablar con él para comprobar si estás en lo cierto.

El artista se mostró exultante ante la sugerencia.

—Es una idea magnífica —sentenció.

¿Crees que podrás interceder para que pueda verlo?

El pintor basculó la cabeza a ambos lados para mostrar que aquel era un objetivo difícil.

—Se puede untar a los guardias para que te permitan entrar en la prisión —dictaminó—, pero el alcaide es fiel al Cabildo. Nunca le permitirá hablar con Jerónimo. Ni mi influencia me ha permitido verlo.

—Entonces, habrá que hacerlo a sus espaldas.

—¿Crees tal cosa posible?

—La Cárcel Real es un pudridero donde el dinero manda. Estoy seguro de que con la cantidad adecuada podré entrevistarme con el chico.

—Yo me encargo de la mordida. Te daré una bolsa bien repleta para que la uses como consideres mejor.

El fraile se hundió en un silencio denso del que pareció tardar en

salir.

—¿Qué sucederá si tras hablar con el chico descubro que es culpable? —dijo al fin.

El pintor meditó su respuesta unos instantes.

—En tal caso, acataré tu veredicto y me prepararé para aceptar que tendrá el castigo que merece.

De ese modo, fray Diego de Luna dio el primer paso para involucrarse en un asunto del que habría preferido no saber nada. Ya era tarde para ello.

Cuando el fraile se hubo ido, Murillo llamó a Mateo.

—No le pierdas de vista e infórmame al instante si descubre demasiado —ordenó al joven.

V

Diego no podía apartar de sus pensamientos lo sucedido en el taller de Murillo.

Se repetía que solo había aceptado visitar al chico en la cárcel y hablar con él. Eso era todo. Pero, en el fondo de su ser, el fraile sabía que, dando aquel paso, había sellado su compromiso. Si el chico resultaba ser inocente, como el pintor manifestaba con tanta vehemencia, no podía concebir otro escenario que no fuese tratar de sacarlo de la cárcel. Y si tal y como parecía el Cabildo no iba a dudar en enviar un inocente al cadalso, alguien debía atrapar al verdadero asesino. Él. Diego de Luna. Que no había puesto un pie en Sevilla desde hacía quince años. Que había huido de aquella ciudad.

—¿Qué hago aquí? —se preguntó por tercera vez en poco tiempo.

Apoyado a un lado del arquillo de salida, se topó con un novicio que, al verlo, dio un respingo. Cuando fue consciente de que era objeto del interés del fraile, apartó la mirada y la clavó en las puntas de sus sandalias.

El fraile prosiguió su camino.

No bien había dado ni veinte pasos cuando se percató de que alguien lo seguía. Frenó en seco y giró sobre sus talones con la rapidez de un trompo. Unos pasos por detrás, el novicio con quien se había topado en el atrio también se detuvo.

—¿Por qué me estás siguiendo? —inquirió el fraile.

El muchacho apartó la mirada unos segundos, como si meditase su respuesta. Luego, la posó en Diego de nuevo.

—El hermano guardián me pidió que os acompañase.

—¿Por eso me esperabas junto al arco de salida?

El chico asintió apoyando su confesión con un firme gesto de cabeza.

Diego dio vueltas a aquella información unos segundos antes de fruncir el ceño.

—Acompáñame —se limitó a decir antes de desandar sus pasos y regresar al convento.

El novicio tuvo que esforzarse para seguirlo. Los pasos apresurados de ambos resonaron en la iglesia. Dejaron atrás esta y bordearon el claustro para acceder al tránsito del convento. Allí ascendieron los peldaños de la escalera a la segunda planta.

Frente al despacho de Gaspar, el fraile tocó con los nudillos y entró sin aguardar respuesta. Antes, señaló al chico y le ordenó no moverse.

—Espera aquí —dijo antes de cerrar la puerta tras de sí.

La sorpresa del hermano guardián se reflejó en el gesto de extrañeza que compuso. Estaba despachando algún asunto con el tesorero al que ordenó salir nada más ver entrar a Diego.

—No recuerdo que hayas solicitado verme —dijo Gaspar una vez a solas.

Diego ignoró el comentario.

—¿Por qué has ordenado a un novicio que me siga? ¿Pretendes vigilarme? —dijo.

El guardián dibujó una mueca de perplejidad.

—¿Vigilarte? —dijo al tiempo que se ponía en pie. En un intento de calmar a Diego le puso la palma de la mano en el hombro y le habló en tono manso—. No, no. No se trata de vigilancia. La Cárcel Real es un lugar peligroso, bien lo sabes. Pretendo que el novicio sea tu acompañante.

Diego lamentó haber puesto al tanto al guardián de la conversación con Murillo.

—Soy lo bastante sabio, y sobre todo viejo, para no necesitar un lazarillo —replicó.

—No dudo de que sepas valerte por ti mismo, pero la prisión aloja a algunos de los criminales más peligrosos de toda Sevilla, y, según tengo entendido, la guardia apenas puede controlar lo que pasa en su interior. No quiero que te suceda nada. Por eso he encomendado al chico que te acompañe.

Diego recelaba de las intenciones de Gaspar, aunque debía admitir que había algo de verdad en las palabras del hermano guardián. La Cárcel Real era un estercolero donde iba a parar lo más deleznable de los bajos fondos. Ir solo era una irresponsabilidad. No obstante, no pensaba ceder. En el pasado, no había dejado claro ciertos límites con Gaspar y estos habían sido rebasados sobradamente. Si admitía la presencia del novicio era como si le diese acceso a cualquier lugar al que fuera, a toda conversación que tuviese. No podía permitirlo.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero prefiero no tener a alguien rondando a mi alrededor.

Gaspar no hizo nada por disimular que aquella decisión no era de su agrado.

—No puedo estar en más desacuerdo, hermano. Como superior tuyo y encargado de tu seguridad, debo pedirte que reconsideres tu postura.

—Lamento que sea así, pero no necesito un perro guardián. El novicio se queda aquí. No pienso cambiar de idea.

—Me decepcionas, Diego. Te tenía por hombre cabal.

Sin molestarse en replica alguna, el fraile salió de la estancia a grandes zancadas.

* * *

La distancia entre la plaza de San Francisco y la Cárcel Real apenas

llegaba a cincuenta pasos. El edificio ocupaba una manzana entera en el cruce entre la calle Sierpes y la calleja de los Cordoneros.

Brazos en jarras, Diego se plantó frente a la fachada de la prisión y alzó la vista.

Era una construcción antigua de tres plantas y fábrica de ladrillo con ventanas enrejadas. La fachada que daba a Sierpes estaba realizada en piedra, era de buena factura y poseía una puerta enmarcada con pilastras. Sobre esta lucían los escudos de la ciudad hispalense y encima de ellos los de armas del tercer conde de Monteagudo. Más arriba, dos leones rampantes flanqueando las armas reales. Rematando el conjunto, se alzaba una espadaña con hornacina que contenía un relieve de la justicia. Incluso desde el suelo, se apreciaba que la talla estaba muy deteriorada.

En su interior se alojaban, mezclados sin orden ni concierto, delincuentes de todo tipo. Ladrones, rufos, asesinos, galeotes, timadores, arrugadores, bolseros, gente que no podía hacer frente a una deuda, estafadores e incluso mujeres de la calle convivían en aquel espacio lóbrego y frío. La Cárcel Real era una jaula, la peor del mundo según muchos, cuyo exterior ocultaba un verdadero infierno entre sus muros.

El fraile empujó la puerta y accedió a un vestíbulo tan oscuro que daba la impresión de haber anochecido de golpe. Cuando acostumbró los ojos, vislumbró al fondo una puerta enrejada, trabada con un gran cerrojo, tras la cual ardía una tea. Echó a andar hacia la luz.

Percibió movimiento tras los barrotes. Dos hombres sentados a una mesa lo miraron ceñudos. Uno de ellos, de voz aguardentosa y picado de viruela, se puso en pie y se acercó a la reja con cautela.

Al ver que se trataba de un religioso su semblante pasó de la reserva a la sorpresa y de esta a la burla.

—Mal deben andar las cosas fuera si nos mandan frailes —dijo, girándose hacia su compañero.

—Vengo a visitar a un prisionero —señaló Diego obviando la chanza.

El segundo hombre imitó a su socio y también él se acercó al religioso. Escudriñó su aspecto con aire inexpresivo.

—¿Qué motivos tenéis para solicitar tal cosa?

El fraile mostró dos monedas de cuatro reales que el portero se apresuró en tomar en sus manos.

—Solo decidme dónde puedo hallar a los prisioneros por asesinato.

El guardia se metió una moneda bajo la camisola y le tendió la otra a su compañero. Descorrió el cerrojo y la puerta se abrió con un chirrido lastimero.

—Venid conmigo.

Sin añadir más palabras, echó a andar hacia el pasillo que tenía tras de sí. Diego solo pudo limitarse a seguirlo.

I ras caminar unos pasos en silencio, llegaron a un lugar donde el pasillo se ensanchaba y arrancaba una escalera hacia el piso superior. Varias teas iluminaban el hueco. El hombre se detuvo y señaló hacia arriba con un golpe de barbilla.

—Subid por ella hasta el segundo piso. Veréis un enrejado. Preguntad allí —se limitó a decir. Puso las manos a modo de bocina, alzó la cabeza y dio una voz— ¡Allá te va un fraile, y es de los generosos!

Sin añadir nada más ni aguardar respuesta, dio media vuelta y regresó a la entrada. A modo de despedida, soltó una sonora ventosidad.

Diego no pudo hacer nada aparte de ascender los escalones. Tanteó la bolsa que portaba bajo los hábitos. La escalera, tal y como el hombre había anunciado, finalizaba en un enrejado.

—¡Vive Dios! —dijo alguien, saliéndole al paso en el último escalón—. ¡Pues no era cierto lo que decía ese gaznápiro y es un cura el que aquí nos manda!

Un segundo hombre estudió a Diego de pies a cabeza. Lucía sombrero de ala desgastado y un amplio mostacho con las puntas hacia arriba.

—Lo más importante es que ha dicho que es de los generosos —

dijo, alargando la mano.

Su compañero lo imitó. Ambos mostraban una sonrisa codiciosa. Diego se dio la vuelta para extraer otras dos monedas de cuatro reales de la bolsa y las dejó caer en sus manos.

El del mostacho mordió la moneda y, al verse satisfecho, descorrió el pesado cerrojo al tiempo que amagaba una reverencia burlona.

—Pase, vuesa merced, a este puerto de suspiros y valle de lágrimas —dijo con sorna.

Diego traspuso el segundo enrejado, sorprendido al ver que la puerta se cerraba tras de sí y nadie lo seguía ni le hacía pregunta alguna.

—¿Qué clase de guardias sois vosotros? —dijo.

Los dos hombres se miraron y soltaron una carcajada al unísono.

—No somos guardias, fraile, sino reos —dijo el del sombrero antes de dar media vuelta y retornar a sus quehaceres.

—Buen manicomio es este en el que los prisioneros vigilan la cárcel —se dijo en voz baja el franciscano. Luego, alzó la voz—. ¿Podéis decirme al menos dónde he de ir?

—Seguid por ahí y torced a vuestra diestra. Luego, continuad y al final del corredor veréis otra reja. Preguntad a los hombres que hay tras ella por la celda que buscáis. Y vigilad, que esos con menos de ocho reales no se conforman —dijo uno de los presos. Era imposible discernir cuál.

El fraile miró a su alrededor. Ante él se abría un corredor con celdas a ambos lados.

Echó a andar.

Giró a la derecha, tal como le habían indicado, y al final del pasaje se topó con el tercer enrejado. Un hombre se asomó a los barrotes y lo estudió en silencio. Vestía de negro de pies a cabeza y llevaba golilla y valona al cuello, al estilo de los alguaciles. El hecho de que portara ropera al costado y puñal al cinto le hizo deducir que se trataba de un funcionario de la prisión.

—Quiero ver a un reo acusado de dar muerte a dos personas.

¿Dónde puedo encontrarlo? —solicitó por segunda vez el fraile.

—Muchos de esos encontraréis aquí. Tendréis que ser más claro, fraile.

—Uno de los muertos era el secretario del excelentísimo señor arzobispo.

El oficial bizqueó desconfiado.

—¿Queréis ver al asesino al que llaman el Sayón?

—Quiero ver al chico que habéis apresado y que responde al nombre de Jerónimo.

—Me temo que eso no sea posible.

Diego extrajo una moneda de a ocho que mostró entre sus dedos y se la tendió al oficial. Este la tomó y se la guardó bajo el jubón en un visto y no visto. Aún y con todo, no parecía muy predispuesto a dejarlo pasar.

—¿Sabe el alcaide de vuestra visita?

—Con que lo sepamos vos y yo, sobra y basta —replicó el religioso, sacando otra moneda de idéntica traza y depositándola en la mano del guardia.

Aquello pareció complacerle más. Hizo una seña a sus compañeros para que abriesen la puerta. La falleba hizo gran ruido al destrabarse y el fraile traspuso la tercera reja.

El religioso cruzó bajo el marco de hierro con rostro inexpresivo.

—¿Dónde está su celda? —se limitó a decir.

Por toda respuesta el guardia se llevó los dedos a la boca y silbó. Al punto, apareció un muchacho a la carrera.

No pasaba de los quince años y era alto y fornido, aunque un tanto gacho de hombros. El pelo, apretado y recio, le nacía muy cerca de las cejas, bajo las que brillaban, en gris ceniza, unos ojos vivos y despiertos, rematando un rostro a medio hacer, granujiento y espolvoreado de pecas.

Poseía una mirada inteligente, curiosa y al mismo tiempo prudente, prueba de lo mucho vivido pese a tan corta edad.

—¿Qué se os ofrece, señor alguacil?

—Acompaña a este fraile a la celda del Sayón. —Luego, el oficial

se giró hacia Diego—. Tenéis hasta que el reloj de la iglesia dé la hora, padre. Si no habéis salido de la cárcel para entonces, considerad esta vuestra posada durante unos cuantos días.

El franciscano iba a protestar, pero juzgó que aquello no iba a servir de gran cosa. Fijó la mirada en el chico y lo urgió. Este se limitó a hacerle una seña para que lo siguiese.

El muchacho caminaba unos pasos por delante. Torcieron a la izquierda un par de veces y hubieron de trasponer otra puerta antes de encarar unas escaleras que descendían hasta el patio de la prisión.

—Nunca antes había visto un fraile frente a la puerta de Plata —confesó el chico—. Los vuestros no se dejan ver por aquí, y, cuando lo hacen, no suelen pasar de la primera reja.

—¿Puerta de Plata? —inquirió el franciscano con extrañeza.

—Así es como se llama a la reja que acabáis de pasar.

—¿Y cuál es el motivo de tan curioso nombre?

El muchacho sonrió divertido ante la ignorancia del religioso. Se detuvo y fue contando con sus dedos los diferentes umbrales que Diego había tenido que cruzar hasta entonces.

Al entrar habéis pasado por la puerta de Oro, porque mucho de ello se ha de tener para evitar cruzarla si os veis ante ella preso. La segunda, al final de la escalera, dicen de cobre, porque basta con unas simples monedas de tan vulgar metal para que los reos que la vigilan os den un buen acomodo. Y la última la de plata, ya que es menester tener abundancia de ella para no entrar aherrojado en esta santa casa.

Diego asintió perplejo. Sevilla era un animal corrupto por cuyas venas transitaba tanta miseria como oro. Su prisión no iba a ser una excepción. Aun así, le sorprendió lo bien organizado que estaba el mecanismo de sobornos.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —dijo.

—Rafael de Camas, padre.

—¿Eres natural de ese municipio?

El chico se encogió de hombros sin molestarse en girarse.

—No lo sé —admitió—. El apellido me lo pusieron cuando fui más mayor, en el Hospital para Niños Expósitos de la calle Cuna, donde me crie.

Un escalofrío recorrió la espalda del fraile. Los horrores de aquel lugar eran bien conocidos en toda Sevilla. Alguien que había sobrevivido a ellos merecía todo su respeto.

—¿Cómo has acabado aquí? —preguntó.

Rafael puso los ojos en blanco y compuso un gesto de clara resignación.

—Tuve un encontronazo con la justicia y me cogieron preso.

—Has tenido tratos, entonces, con la gente de la carda.

El muchacho se sorprendió de que el fraile conociera la jerigonza de los delincuentes.

—Es a todo cuanto puede aspirar alguien que vive en la calle. Fui mandilete de un águila que trabajaba las bolsas en la Alameda. Allí aprendí el oficio.

—¿Delitos de sangre tienes?

—De esos ninguno. Aunque riñas y pendencias hubo unas cuantas, y siempre se ha de llevar cerda y tajamar para que lo libre a uno de todo mal.

El fraile miró al muchacho y fue consciente de que no era quién para juzgarlo. Él había nacido en una familia noble venida a menos. Siendo el menor, la única salida que le quedó fue tomar el camino de la fe. A cambio, había podido estudiar en la Universidad de Santa María de Jesús, tener una cama y un techo, tres comidas al día. Había tenido oportunidades. En cambio, aquel muchacho habría consagrado cada día de su existencia a un único fin: sobrevivir. No, él no era nadie para juzgar la clase de vida que había llevado.

Continuaron andando en silencio.

—El calabozo al que vamos está junto a la Cámara de Hierro. Para ir allá tenemos que cruzar el patio —anunció el muchacho mientras descendía los escalones con agilidad. Ya abajo, volvió a dirigirse al religioso—. No os separéis de mí y no hagáis caso a nadie si os reclama. Seguid caminando y no habléis con nadie ni os

acerquéis a las rejas.

Diego se preguntó si su condición de hombre de Iglesia le serviría de algo en caso de altercado. Lamentó no haber tomado de la bolsa de Murillo el dinero justo y dejado el resto en el convento.

Extrajo con cautela una moneda de dos reales y se la tendió al muchacho.

—Escúchame, Rafael, asegúrate de ir por el camino más rápido y menos peligroso. Habrá otra moneda como esta si me traes de vuelta sin un rasguño.

El crío se guardó el dinero bajo la camisola y sonrió seráfico, pese a que mostraba en la dentadura más de un hueco.

—Haceos a la idea de que soy vuestro Virgilio en este infierno —dijo.

Diego ahogó una sonrisa ante tan literario comentario antes de hundir la mirada en el suelo prudentemente. Continuaron su camino.

Pese a lo que destacaban sus hábitos entre tanta camisola mugrienta, calzas remendadas y sombrero de ala mustia, lo cierto era que nadie le prestaba atención.

Se atrevió a alzar la vista. Más que una prisión, aquello asemejaba ser una gran taberna al aire libre. Se escuchaban voces y juramentos y blasfemias por doquier. Unos prisioneros apostaban a los dados en una de las esquinas, mientras otros jugaban a los naipes en mesas al abrigo de la galería. Sentado en el múrete de la fuente, un prisionero, guitarra en mano, entonaba una jácara.

En los pisos superiores había varios ventanales con presos aferrados a los barrotes, cuyos pies colgaban indolentes.

—Es la Galería Nueva —explicó el chico—. Allí están los que cometen delitos de dineros, estafa, usura en los negocios y los galeotes reservados para el rey.

Con sorpresa, el fraile apreció que en uno de los laterales se alzaba un mostrador donde se despachaba vino; a su alrededor, se disponía una parroquia exultante que trasegaba con despreocupación bajo el sol de enero.

—No os extrañe ver gente bebiendo o jugando a las cartas —dijo

el muchacho, adivinando sus pensamientos—. Dependiendo de la época, somos hasta treinta presos por cada guardia o bastonero del señor alcaide. El vino y el juego aceitan las cosas, hacen que todo esté tranquilo. Si mañana se prohibiesen, habría motines y riñas por toda la prisión, y muchos se irían por su propio pie en busca de lo que aquí se les niega.

—¿Qué los presos colaboren en la vigilancia también es normal?

—¿Qué mejor modo de amansarnos que hacernos creer que estamos al cargo?

El fraile sonrió ante la inteligencia del chaval.

Dejaron atrás el patio y se internaron en el subsuelo de la prisión a través de una empinada escalera. El muchacho tomó una tea y, con ella en alto, iluminó el camino. Allí se acababan los anchos pasillos de las plantas superiores y las paredes se estrechaban. Estaban llenos de recovecos donde anidaban oscuras sombras a pesar de alguna ocasional tea. Olía a sudor, humedad y orines.

El ambiente opresivo e insalubre parecía hacer mella en Diego, que caminaba ligeramente encorvado, siguiendo el paso del mozo. Iban dejando celdas atrás de las que el muchacho iba dando cuenta.

—Esta es la zona de la Cámara de Hierro —dijo—. Si a uno lo encierran aquí, tened por seguro que, si no se trae un vicio de fuera, lo aprenderá rápido. Aquí la celda de los asesinos; esa la de los blasfemos; aquella la que llaman Pestilencia; esa, Miserable.

Cada una de las celdas que el chico señalaba mostraba un impresionante cerrojo y una abertura para espiar a los prisioneros. Imaginar a los pobres desventurados encerrados tras aquellas puertas oprimía el corazón de cualquiera. Aunque no podía olvidarse que se trataba de criminales de la peor calaña, aquel era un lugar al que Diego no enviaría ni al autor del peor crimen.

El chico se detuvo frente a una de aquellas puertas.

—Es aquí —anunció. Antes de correr el cerrojo, se detuvo y clavó la mirada en el fraile. Algo le corría por los pensamientos—. ¿Por qué queréis ver a Jerónimo, padre? —dijo.

Diego se sorprendió agradablemente de que se refiriese al crío

por su nombre y no como al Sayón, el asesino que aterrorizaba Sevilla.

—¿Conoces al chico? —preguntó.

—Desde que lo alojaron en esta celda, le llevó un chusco de pan y una escudilla con caldo a diario. No hemos hecho lo que se dice amistad, porque a veces no dice dos palabras seguidas el condenado, pero nos hemos caído en gracia. A veces, me quedó más tiempo del necesario por hacerle compañía. Se lo ve muy triste por estar solo en su celda.

Diego asintió con sentido agrado.

—En respuesta a tu pregunta —dijo—, lo visito porque quiero averiguar si es culpable de lo que se le acusa.

Rafael mostró sus dientes en una sonrisa sarcástica.

—En esta república de necios nadie es culpable de nada —dijo visiblemente divertido—. Preguntad a cualquiera y todos negarán haber hecho lo que sea que los haya traído aquí.

—¿También tú?

—Yo él más inocente de todos, padre —replicó, llevándose la mano al pecho con teatralidad.

El fraile engraveció la voz y clavó sus pupilas en las del muchacho.

—Y tú, que lo ves a diario en su celda, ¿crees que es culpable de esas muertes?

Rafael frunció los labios y se mordió ligeramente el inferior un par de veces antes de dar su opinión.

—Yo creo que Jerónimo es incapaz de matar a una mosca. Aunque muchos he conocido que, vestidos de cordero, son en realidad lobos.

Diego ponderó la cautela del muchacho.

—Aguarda aquí a que salga —dijo—. Daré cuatro golpes para que sepas que soy yo.

Luego, tomó la tea y entró.

VI

Una vez se aclimató a la poca luz que se filtraba desde un ventanuco, casi a la altura del techo, Diego estudió la celda. Era de mayores proporciones de lo que había imaginado; aun así, era difícil imaginar cómo alguien podía vivir en aquel espacio reducido sin volverse loco.

Un simple jergón de paja en el centro de la estancia y un cubo para hacer las necesidades eran todos los enseres que se podían ver. En el aire flotaba un olor nauseabundo.

Un sonido hizo que el religioso se sobresaltara.

Entre las sombras, la figura encorvada de Jerónimo se removió inquieta. El chico estaba aovillado junto a la pared del fondo, con un gesto de absoluto terror pintado en el rostro. De su boca, cerrada en un pliegue, se escapaban gemidos de puro pavor.

Con paso trémulo, el franciscano se acercó a él. Estaba ante un chico de quien costaría adivinar la edad, bien podía tener diez o treinta años. Sin embargo, el fraile percibió al instante que a sus ojos asomaba una gran bondad. Unos ojos azules, como el cielo que brillaba en el exterior y que parecían no ocultar nada, le iluminaban el rostro, lleno de magulladuras. Aquella mirada limpia despertó sus simpatías al instante.

—Soy el hermano Diego de Luna. Soy amigo de maese Murillo —dijo con las manos extendidas en un gesto tranquilizador.

Una chispa de entendimiento alumbró durante un segundo la

mirada del chico al escuchar el nombre del maestro.

Pese a ello, el miedo que se reflejaba en sus facciones impactó al franciscano. Decidió no dar un paso más y se colocó en cuclillas. El trato que el muchacho había sufrido en la prisión debía de haber sido terrible. Era como un perro apaleado, incapaz de acercarse de nuevo a un ser humano.

Sus ropas, una sencilla camisa y unas calzas, no eran de mala factura, pero estaban tan sucias y rotas que parecían simples harapos. Iba descalzo y, en su pie derecho, se observaba una herida con sangre ya coagulada. Al mirar en detalle vio que tenía, además, el brazo izquierdo plegado junto al cuerpo en una postura extraña. Parecía tener el hombro roto.

—Maese Murillo está muy preocupado por ti. Quiere que sepas que hará todo lo que esté en su mano para sacarte de este horrible sitio, pero tú tienes que ayudarme.

A pesar de dar muestras de entender, Jerónimo permanecía en silencio y con los ojos perdidos en algún punto en la pared. Diego decidió aplicar otra táctica.

—Me dijo que se te da bien dibujar. Dice que tienes talento para ello.

Aquellas palabras hicieron efecto y una sonrisa prendió en los labios del chico, que, por primera vez, daba muestras de verdadero entendimiento. Asintió con vehemencia.

—¿Quieres volver a dibujar? ¿A trabajar en el taller del maestro?

De nuevo Jerónimo cabeceó para mostrar su conformidad.

—El maestro también quiere que regreses, pero para ello tienes que ayudarme. Tienes que decirme qué pasó aquella noche en el postigo del Aceite.

Al escuchar aquellas palabras, el muchacho emitió una especie de gemido agudo, cuyo volumen fue en aumento. Pegó la cara a la pared y se tapó el oído libre con la mano. Los intentos de Diego por hacerle salir de aquel estado fueron inútiles. Huyó del franciscano. Se arrastró, apoyándose como pudo en el brazo sano, y se alejó hasta colocarse con las piernas recogidas a la altura del pecho, junto

al catre.

El fraile se incorporó y se colocó de pie, a su lado. Con cuidado de no alarmarlo, extrajo de entre sus hábitos pardos un papel. Se lo mostró y, tras un segundo de duda, Jerónimo reconoció lo que tenía frente a sí. Sonrió de un modo bobalicón. Por un instante, parecía que se hallara en otro lugar, lejos de aquella prisión. Lo cogió con la mano derecha y lo miró con goce. Aquel papel era todo su mundo en aquel momento.

El fraile se sentó con cuidado junto al chico. Este lo observó con recelo durante un latido de corazón y pareció tolerar su cercanía al poco. Diego rebuscó entre sus ropas de nuevo y mostró en su mano un carboncillo que también había hurtado del taller de Murillo. Al verlo, los ojos del muchacho crecieron hasta convertirse en dos galaxias brillantes.

—Puedes cogerlo, pero no dejes que los guardias lo vean, o te lo quitarán.

Jerónimo sonrió de oreja a oreja. Agarró el carboncillo de un modo casi ceremonial y, como si fuese un objeto vivo que pudiera escapar, lo apretó con fuerza entre las manos. Después, se aplicó en trazar con él unas líneas en el papel.

Viéndolo así, con el carboncillo en la mano y afanado en dibujar, el franciscano pensó que el miedo, el dolor e incluso la celda donde se hallaban parecían pertenecer ahora a otra realidad.

Aquel pedazo de papel y ese gastado carboncillo eran más poderosos que los muros de aquella prisión.

También Diego olvidó el lugar en el que se hallaban y se limitó a observar maravillado el modo apasionado con que el chico se aplicaba.

Una vez dio por finalizada su labor, Jerónimo, en un gesto de infinita inocencia, alzó el papel y le tendió el dibujo para que también el fraile lo admirara, mientras que con gestos lo conminaba a quedárselo. Como un niño que comparte con otro su mayor tesoro. Diego estudió el bosquejo. El chico había plasmado con gran fidelidad la ventana que tenía sobre su cabeza y, en el alféizar, un

pájaro.

En ese preciso instante, al ver el modo generoso en que Jerónimo regalaba lo más preciado que tenía, Diego supo que aquel chico era inocente.

—¿Qué pasó en el postigo del Aceite esa noche? ¿Qué hacías allí?

El rostro del chico se ensombreció, pero de algún modo logró recuperar el control y se esforzó por hacerse entender.

—Pinta… pinta… él pinta.

—¿Quién, Jerónimo? ¿A quién te refieres? ¿Quién pinta?

—¡Él! ¡Él pinta!

—No entiendo qué quieres decirme. Tienes que esforzarte más.

Casi con violencia, el chico le arrancó de las manos el papel. Se alejó hasta estar debajo del ventanal y, apoyado en la pared, se afanó en trazar con rapidez un esbozo. El carboncillo se movía frenético y el chico puso toda su concentración en el papel. Al cabo de un rato, se guardó el carboncillo en la camisola y le tendió el papel al fraile de modo tan precipitado que a punto estuvo de caérsele de las manos.

Luego, se escurrió hasta ocultarse de nuevo en las sombras. Se apoyó en la pared y se deslizó hasta sentarse en el suelo. Colocó las rodillas a la altura del rostro y comenzó a balancearse adelante y atrás mientras repetía una jerga ininteligible.

De nada sirvió que el fraile lo llamara por su nombre. Jerónimo parecía ajeno a cualquier estímulo. Tal y como Murillo le había advertido, dejaba este mundo para sumergirse en uno propio al que solo él parecía tener acceso.

Diego juzgó que lo mejor que podía hacer era dejarlo en paz. Nada iba a sacar ya de él.

Dio cuatro golpes a la puerta y, al punto, el golfillo que lo había acompañado le abrió.

Ya fuera, el franciscano extrajo de entre sus ropas el dibujo y se tomó su tiempo para observarlo. Aunque garrapateado con prisa, en él se veía con claridad una especie de ser con forma de bestia y más parecido a un toro por los dos cuernos que le salían de la cabeza

que a una persona, a pesar de tener dos piernas y dos brazos y permanecer vertical. El ser portaba en una de sus manos una enorme arma que recordaba a una suerte de hacha y un corazón que alzaba al cielo en la otra.

—¿Y bien? ¿Habéis averiguado si es inocente? —lo interrumpió el mozo.

Diego lo miró inexpresivo, como si no hubiese sido consciente de su presencia hasta ese momento.

—Es inocente —dijo.

El muchacho enarcó las cejas con recelo.

¿Lo sabéis solo por haber hablado tan poco tiempo con él? El franciscano le tendió el dibujo.

—Lo sé porque me ha dado un retrato del verdadero asesino.

VII

Diego siguió al chico mientras desandaban sus pasos y regresaban a través de los estrechos corredores de vuelta al patio. Las sombras de ambos danzaban en la fría piedra y sus pasos resonaban en la quietud, solo rota por un continuo gorgoteo.

—Si ese infeliz no es el asesino, como decís —inquirió Rafael de sopetón al tiempo que detenía su paso—, alguien tiene que buscar al verdadero culpable.

—Así debería ser.

El muchacho se giró y clavó sus ojos en los del fraile.

—¿Ese alguien sois vos? ¿Por eso habéis querido entrevistaros con él?

De modo inconsciente, Diego arrugó el ceño. Aquella cuestión llevaba dando vueltas en su cabeza desde que había salido de la celda. Cada vez tenía más claro que se estaba implicando en aquel asunto más de lo que quería admitir. Sacudió la mano para alejar tales pensamientos.

—Sigue andando —dijo por toda respuesta.

Pese al deseo de no hablar que se adivinaba en las palabras del religioso, Rafael emitió su opinión.

—Ese pobre diablo está condenado. Si no lo mata la cárcel, lo liará la horca. Me alegra saber que al menos vos lo creéis inocente e intentaréis sacarlo de este trance.

Salieron al patio. Tras tanto tiempo bajo tierra, el religioso hubo

de aclimatar sus ojos a la luz. Internamente, se sentía dichoso de estar de nuevo bajo el sol. Pasar solo unos minutos en aquellos subterráneos era una sensación tan angustiosa que no entendía cómo aquellos pobres desgraciados podían soportarlo.

Estaban ascendiendo las escaleras que conducían a la puerta de Plata cuando dos hombres les cerraron el paso. Diego miró hacia abajo y constató que otros dos hombres los bloqueaban desde los escalones inferiores.

Reconoció entre los primeros al prisionero que vigilaba la puerta de Cobre. Este se atusó el bigotón al tiempo que descendía un escalón.

—Me ha parecido ver que lleváis una bolsa bien repleta bajo los hábitos, padre. Dejad que os aligere de vuestra carga.

—Dejadnos pasar —intervino Rafael con bravura.

—No te han dado vela en este entierro, Rafaelillo. Vete, no sea que salgas escaldado por querer jugar con los hombres siendo un zagal.

En lugar de obedecer, el chico sacó un estilete casero que alzó frente al rufián.

—Vamos a ver quién es un hombre y quién un crío —lo retó.

El del mostacho no se achantó. Escupió un gargajo y echó mano a una navaja con la que amenazó al muchacho.

—Aparta de mi camino o aquí mismo te saco las tripas.

Diego resolvió que debía intervenir antes de que aquello acabase con el chico muerto. Sacó la bolsa de entre sus hábitos y la mostró con gesto calmo. Al ver la nutrida faltriquera, aquellos baladrones recortaron un escalón la distancia que los separaba con el fraile. Este mostró las palmas de las manos.

—Podéis llevaros el dinero —dijo.

Rafael se giró hacia él y lo fulminó con la mirada.

—Estos hombres no os van a perdonar la vida, aunque les deis la bolsa. Os matarán para que no los acuséis a la salida.

El lance del rufián del mostacho pasó muy cerca de la cara de Rafael y no fue precedido de aviso. Solo los buenos reflejos del chico

evitaron que acabara con la mejilla cortada. Se aprestó a defenderse y lanzó el estilete hacia delante.

—¿Qué está sucediendo aquí? —tronó una voz desde lo alto de la escalera.

El alcaide y un grupo de guardias de la prisión mostraban sus roperas y garrotes con aire amenazador.

Aquello fue suficiente para que los cuatro perdonavidas se diesen a la fuga. Antes de alejarse, el del mostacho dirigió un gesto amenazador a Rafael. El chico tenía escrito en la mirada que también él iba a tomar las de Villadiego. El fraile se lo impidió colocándose junto a él. Le arrebató el estilete de las manos y lo guardó bajo sus hábitos.

—Sígueme y déjame hablar a mí —ordenó al tiempo que ascendía los escalones en dirección al alcaide, al que saludó con una profunda reverencia. A modo de respuesta, este alzó la testa y miró al franciscano de modo hosco.

—¿Por qué no he sido informado de vuestra visita?

La queja iba dirigida al oficial de la puerta de Plata. No obstante, Diego resolvió intervenir.

—Es culpa mía —dijo, hundiendo la mirada en el suelo con fingido respeto—. Creí que sería mejor no molestaros por tan humilde motivo como mi presencia.

El alcaide escudriñó al fraile con desprecio.

—¿Y quién sois vos y qué hacéis visitando a un prisionero en mi cárcel?

El franciscano resolvió que al juego de hacerse pasar por alguien importante podían jugar dos.

—Sin duda, habréis recibido una carta del excelentísimo señor arzobispo informándoos de mi visita.

La alusión al prelado de Sevilla hizo que el semblante del alcaide se transformara en la viva imagen de la duda. Alzó la vista al techo, como rebuscando entre sus recuerdos.

—¿El arzobispo? No recuerdo haber recibido ningún mensaje…

—¡Un error imperdonable ese! Por el que os pido perdón —le

interrumpió el franciscano en tono edulcorado—. Mi nombre es Diego de Luna. El arzobispo en persona me encomendó interrogar al que llaman el Sayón —mintió.

El alcaide rebajó el tono y cedió unos cuantos grados en altivez.

—Si el reverendísimo señor arzobispo está de por medio, la cosa cambia, claro está.

En cuanto regrese al palacio de su excelencia le informaré de que, pese al malentendido, os mostrasteis más que dispuesto a colaborar. Le agradará saberlo.

Aquello pareció complacer al alcaide.

—Por supuesto, podéis contar con mi ayuda para lo que podáis necesitar.

Diego vio relucir la oportunidad y no la desperdició.

—En tal caso —dijo, acercándose a Rafael—, quisiera que liberaseis al chico y lo pusieseis a mi servicio.

El alcaide miró atónito al franciscano.

—Pero eso no es posible. No puedo liberar a un prisionero así como así…

El fraile sacó de nuevo la bolsa de entre sus hábitos y se la tendió con una mueca cómplice.

—Estoy seguro de que podéis prescindir de él. Además, al ponerlo al servicio de un hombre de Iglesia, ¿acaso no estáis cumpliendo vuestro cometido llevándolo al buen camino y dándole la oportunidad de redimirse de sus faltas?

El alcaide se relamió de modo bien visible y tomó la pesada bolsa entre sus manos. La sopesó y mostró una sonrisa satisfecha antes de guardársela bajo el jubón.

—Si se trata de que el muchacho aprenda la senda de la rectitud con vos, no veo inconveniente en dejarlo a vuestro cuidado.

Rafael asistió atónito a aquella especie de feria de ganado en la que se acababa de decidir su destino sin contar con él, pero calló. Si con aquello salía libre, daba por bien empleado que lo tratasen como a un buey o ternero.

Con esas, tomaron el camino de la calle, escoltados por el

alguacil.

Al doblar un recodo, y una vez perdido de vista el alcaide con su faltriquera bien sujeta, el oficial se encaró al franciscano.

—¡Fraile del demonio! —soltó—. Habéis estado a punto de buscarme la ruina. Si os hubiesen dado muerte en el patio, mía habría sido la culpa por dejaros entrar.

Diego obvió la maldición y se afrentó al oficial. Pese a que el guardia le sacaba casi dos cabezas, el pequeño fraile no se arrugó.

¿Qué le ha pasado en el hombro a Jerónimo? Parece que lo tenga roto.

El guardia entornó los ojos al tiempo que respondía.

—Fue la culebra.

—¿La culebra?

—Es como llamamos a la cuerda que se usa para aflojar la lengua de los reos. —Al ver la cara de confusión del religioso, se explicó—. Se sube al prisionero a una escalera y se le ata el cuerpo con una maroma que pende del techo. Se le iza y después se le deja caer de golpe. Podéis imaginar el impacto al caer. El chico tuvo suerte y solo se le salió un hombro, pero los hay que hasta todas las costillas se les quiebran —dijo con una sombra de risotada.

El franciscano hizo un esfuerzo por refrenar la rabia que sentía. Se dirigió al guardia en un tono de voz falsamente complaciente:

—Procura que se le proporcionen los cuidados necesarios para que se le coloque el hombro inmediatamente u os haré responsable de su estado.

El guardia torció el gesto y alzó la cabeza desafiante.

—¿Quién crees que eres, fraile? —bufó con desprecio.

—El arzobispo tiene mucho interés en que el chico de esa celda esté bien cuidado y se le mantenga en buenas condiciones. Si no haces lo que te digo, yo mismo me encargaré de que conozca tu nombre.

El rostro del guardia demudó con inusitada rapidez. Pareció a punto de decir algo, pero Diego se encaminó hacia el exterior sin dar tiempo a más. Rafael lo siguió y, al verlo marchar con tantos aires y

caminar sereno tras amenazar a un oficial de la Cárcel Real, se preguntó quién era aquel frailecillo que aparentaba ser tan poca cosa.

Salieron a la calle.

Acostumbrado a los espacios cerrados, el chico caminaba cabizbajo y miraba con recelo a cada uno con los que se cruzaba.

Dieron un paseo hasta la Alameda. Allí se detuvieron y el chico miró con aprensión al fraile.

—Padre, os agradezco que me hayáis sacado de la prisión. Sé que a los vuestros os suelen agradar los chicos de mi edad, pero he de advertiros que yo no soy un invertido ni nada por el estilo.

Diego arrugó el ceño y su mano voló hasta el pescuezo del muchacho, propinándole una sentida colleja.

Vio cómo el chico se encogía en previsión de más golpes. Estaba tan acostumbrado a los palos y malos tratos que, cuando alguien era amable, solo sabía responder con recelo. El único modo en que su dura vida lo había enseñado a comportarse ante la generosidad de los demás.

Suspiró avergonzado por su comportamiento y le habló con afecto.

—Te he sacado de la cárcel porque ese perdonavidas al que has desafiado para defenderme querrá vengarse. Eres libre de irte si quieres. No voy a obligarte a permanecer conmigo. Pero me gustaría que te quedases y me ayudases a atrapar al verdadero culpable de esos asesinatos. Te pagaré cuatro reales diarios y dormirás en el convento de San Francisco, donde además tendrás dos comidas calientes al día. A cambio, harás lo que te pida, me acompañarás siempre que así te lo diga y saldrás en mi defensa si se da la ocasión.

El religioso acompañó sus palabras tendiéndole el estilete que había sacado de entre sus ropas. Rafael parpadeó atónito al tiempo que relajaba su expresión calibrando que no habría más coscorrones. Tomó el arma y se rascó el mentón. Expresó en voz alta la pregunta que le rondaba la sesera.

—¿Por qué yo?

—Dijiste que te alegraba que estuviese del lado de ese pobre infeliz, porque de otro modo estaría condenado. Ahora te pido que tú también estés a su lado. Pero, antes, debo advertirte de que este asunto no es cosa baladí. Han muerto dos personas, de modo escabroso y horrible. ¿Estás al tanto de ello?

—En prisión no hay gran cosa que hacer aparte de pasar el rato —admitió el chico—, así que abundaban las habladurías y rumores sobre esos crímenes. Se hablaba de ritos paganos venidos de las Indias, de muertos tirados en la calle como si fuesen perros, de un asesino que recorre Sevilla y nadie sabe de quién se trata. ¿Es cierto?

El fraile afirmó con un movimiento de cabeza al tiempo que lo ponía al tanto de todos los detalles de los que tenía conocimiento.

No quería inmiscuir al muchacho en un asunto que podía llegar a ser peligroso sin que supiese todo.

Una vez el fraile concluyó su relato, Rafael dedicó largo rato a reflexionar. Finalmente, tomó aire y alzó la barbilla con decisión.

—Os ayudaré —dijo. No había temblor alguno en su voz.

VIII

Nada más regresar al convento, se toparon con el hermano guardián, que los esperaba en la puerta de acceso al atrio.

—Me tenías preocupado, Diego. Me han llegado noticias de un altercado en la cárcel. —Luego, se fijó en Rafael y enarcó las cejas escamado—. ¿Quién es este?

—Me dijiste que necesitaba ayuda, y en eso he de darte la razón. Es mi ayudante. Se llama Rafael de Camas.

—¿Dónde lo has conocido?

—En la Cárcel Real. Me ha ayudado cuando esa riña de la que hablas se ha producido.

Los ojos del guardián amenazaron con salirse de sus órbitas, tomó a Diego del codo y lo llevó a un aparte.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre traer aquí a un ladrón…? Si no es algo peor. Además, ¡está sucio y sus ropas parecen harapos!

—Nada que un buen baño y nuevas vestimentas no arreglen.

Gaspar sacudió la cabeza varias veces para mostrar su disconformidad, pero que Diego hubiese aceptado tener un ayudante era en el fondo una buena noticia que no tardó en apreciar.

—¿Esto significa que vas a investigar la muerte del secretario del arzobispo?

—La suya y la del hijo de un mercader cerca del postigo del

Aceite.

El guardián sacudió la cabeza complacido. Diego tomó nota de que su antiguo amigo no se inmutaba al saber que eran dos los asesinados.

—Bueno —sentenció el superior—, algo beneficioso hemos sacado de esto. Mantenme al tanto de tus hallazgos y no dudes en pedir lo que creas conveniente.

—De primeras, necesito que medies para que se me permita consultar los expedientes de las dos muertes.

Gaspar concedió con evidente satisfacción.

—Me pondré a la tarea de inmediato. Mañana mismo podrás acercarte a la Real Audiencia y consultar cuanto documento te plazca. —Hizo una pausa—. Me alegra que hayas decidido intervenir. Te lo agradezco.

—No lo he hecho por ti, sino por un inocente que puede acabar cargando con una culpa que no es suya.

Gaspar esbozó una mueca triste.

—Aun así, tienes mi agradecimiento.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó, no sin dedicar una última mirada de desdén a Rafael.

El chico tampoco se anduvo con cautelas y, nada más ver que el fraile se perdía en el interior del convento, maldijo sin reparo alguno.

—¿Quién es ese gazmuño que se da tantos aires? —dijo.

—Ese es el superior de mi orden. Puede que sea un tanto altivo, pero trátalo con respeto.

Rafael agachó la cabeza.

—Como vos digáis.

—Antes de nada, daré orden para que preparen una tina con agua caliente. ¿Cuánto haces que no te das un baño?

—En la cárcel todo lo que puedes hacer es darte un agua y embadurnarte con lejía de cenizas —se disculpó el chico.

—Mientras estés conmigo, te lavarás cara y manos cada mañana; sobacos, pies y tus partes antes de ir a dormir. Y, una vez a la semana, un baño.

El chico alzó las cejas con recelo.

—¡Cuerpo de tal! ¿No será mala tanta agua? —dijo con aprensión —. Mire, padre, que si Dios nos hubiese querido a remojo, nos hubiese puesto agallas.

Tras pasar casi una hora dentro de una tina con agua caliente, Rafael salió tan arrugado como una pasa. Se arrebujó en el lienzo de lino para secarse y regresó a la Hospedería de Indias, donde le aguardaban un jubón sencillo pero bien rematado, unas calzas sin aparentes remiendos y un sencillo gorro con pluma encintada.

—Ponte estas ropas —le indicó Diego.

Tras obedecer, el chico parecía otro. Su aspecto distaba mucho de ser el de un joven con posibles, pero ya no aparentaba ser el golfillo que había conocido en la prisión. Las ropas parecían también ser del agrado de Rafael, ya que se deshizo en agradecimientos.

Cenaron temprano, en un refectorio donde los hermanos se preguntaban quién era aquel joven sin hábitos que se alojaba con ellos. Pese al interés que despertaba, Rafael devoró con verdadero apetito el estofado de verduras, aún bien provisto de carne, dado que todavía restaban unas semanas hasta la Cuaresma.

Se acostaron pronto, como era habitual en el convento. Eran los dos únicos ocupantes de la Hospedería de las Indias, por lo que el chico pudo elegir un camastro junto a la ventana, ya que, como alegó, en la cárcel solía dormir acompañado de la luz nocturna.

Acostumbrado al horario caótico de la prisión, tan alejado de la rutina de un convento, pasó largo rato despierto en su catre.

Cuando juzgó que el fraile se había dormido finalmente, saltó de su camastro, se vistió sin hacer ruido y salió al atrio. Como sabía que la puerta principal estaría cerrada, se internó en el cercano huerto y saltó sin esfuerzo la tapia.

Se perdió en la noche.

En su yacija, Diego lo escuchó todo y no movió un solo músculo. Si el muchacho regresaba, ya habría tiempo de hablar; si no, debía asumir que se había equivocado con él.

* * *

Aquel al que llaman el Sayón de Santa María tampoco duerme esta noche.

Es el momento de la purificación. Así es antes de cada ritual. Se ha de abrir la carne antes de abrir la carne. Antes de derramar sangre se ha de derramar sangre. El sacrificio es un círculo sagrado que empieza por la unidad. Así está grabado. Así se ha de hacer.

Se lava y unge con los aceites ceremoniales. Se adorna con plumas y se embadurna de tinte y ocre.

Reza. Alza los brazos al cielo. Pide sus favores antes de adentrarse en la tierra donde reinan los nueve señores que no han de ser nombrados.

Habla la lengua de los dioses de Xibalbá, los señores del inframundo, los Ajawab. La lengua de Hun-Camé y Vucum-Camé, los jueces, y la del aquel que derrama la sangre, Xiquiripat. De Ahalganá, el que porta la enfermedad, y de Ahalmez y Ahaltocob, encargados de causar desdicha y traer dolor al mundo.

Agua, miel y corteza del árbol sagrado, con ello ha de elaborarse la bebida que hace vislumbrar los colores, las texturas, el arte que se oculta al otro lado. Acerca la copa a los labios y deja que el espíritu entre en él. Se retuerce y brama, aúlla. Invoca a la lechuza y al perro y al moán.

Se adentra en la Casa Oscura, a la que la luz del sol no llega. Atraviesa las puertas que guardan la Casa de los Cuchillos, donde solo hay pesar. Descorre el manto que cubre la noche eterna y ve horrores innombrables en la Casa del Tormento, donde la muerte habita.

Y cruza el umbral del mundo de los dioses, al que los cobardes no osan acercarse, donde ya no habita ni el miedo ni el dolor. Y perfora la carne y la hiende y taja y hace brotar así la sangre y las

lágrimas silentes. Y brotan esquirlas de suplicio cuando la lengua es herida y detrás de las orejas cuelga la piel y del prepucio asaetado por el punzón brota la sangre. Carne que lamen las púas, que abraza el filo, y que revela el preciado líquido que abre las puertas que atravesaron los gemelos sagrados.

Sangre y carne para señalar el camino.

No hay sacrificio mayor que el propio. Es el que da sentido a los demás. El que justifica y otorga el poder de quitar la vida ajena sin temer el juicio de Ah Puch, el apestoso, el de los trece nombres.

El líquido carmesí empapa las hojas que luego arden y ascienden al cielo en forma de humo. Es el modo en que los dioses escuchan. Los dioses y demonios que velan y guían su obra.

Y purificado y preparado ya para continuar su labor, para crear su arte, llora. Llora y pide valor para sostener el *cuauhxicalli*, fuerza para alzar el filo y certeza para cruzar el umbral de la noche y traer su nueva víctima.

Es la labor de los dioses la que él completa. Es la senda del dolor la que él recorre. Es ahora el Señor del Velo, el custodio del Ciclo Eterno. El acólito de Kukulkán, quien mostró la senda del sacrificio y la expiación, y pronto volverá a matar.

IX

Al despertar, Diego comprobó que Rafael dormía en su camastro. No era consciente de haberlo escuchado regresar. Pero lo único que importaba es que, con la jaula abierta, el chico había elegido volver.

—Ayer te escuché salir de la Hospedería de madrugada —dijo cuando ya estaban sentados frente a un humeante plato de caldo de gallina y un pedazo de pan negro. Acababa de finalizar al oficio de laudes. Apenas había amanecido y el sol pugnaba por cruzar los ventanales del refectorio.

Rafael se quedó unos segundos congelado. Con la cuchara a medio camino de los labios. Reaccionó como activado por un chispazo y sorbió ruidoso antes de replicar.

—Estoy acostumbrado al ruido de la prisión, que no cesa ni de noche, convertido en ventosidades y toses y carraspeos. Era incapaz de conciliar el sueño con la calma del convento.

Diego lo estudió mientras aparentemente sorbía el caldo sin prestar más atención a la cuestión de su salida nocturna. El fraile resolvió dejarlo estar. Tenían más cosas en que centrarse.

—Apúrate —ordenó—, nos vamos en breve.

La Real Audiencia se alzaba al otro lado del convento, nada más cruzar la plaza de San Francisco. Pero, en lugar de señalar en su dirección, Diego indicó que se dirigían a la estrecha calle de Vizcaínos, que terminaba en la que llamaban de la Mar, por ser la que conducía directa a la puerta del Arenal.

—Creía que íbamos a la Real Audiencia. ¿Dónde nos dirigimos, padre? —preguntó el chico no sin cierta aprensión. Acostumbrado a la cárcel y los espacios cerrados, se sentía abrumado en medio del gentío que se agolpaba en la calle.

—Antes debemos visitar un par de sitios —se limitó a decir el fraile.

En lugar de tomar la salida al puerto, giraron a la derecha y caminaron paralelos a las murallas. Al ver que se adentraban en el estrecho callejón de las traseras del seminario de San Isidoro, Rafael ya no tuvo más dudas e intuyó el lugar al que se dirigían.

El arco del portal del Aceite era una de las entradas a la ciudad. Había sido construido en el siglo XII y reformado trescientos años más tarde, cuando adquirió sus dimensiones y atributos más humildes. Su nombre se debía a la cercanía de los almacenes de tan preciado líquido y al próspero mercado que se había ido formando a su abrigo. Además, últimamente era famoso porque en él había abandonado el Sayón a su última víctima.

Rafael atribuía la razón de su visita a tal hecho, pero no acertaba a ver qué había de interés en aquel lugar casi dos meses después.

—¿Qué buscáis aquí, padre? —inquirió curioso.

A modo de desairada respuesta, el fraile se limitó a continuar observando el lugar sin hacer comentario alguno. Tenía expresión grave y sus ojos escudriñaban todo con gran detenimiento y poniendo cuidado en detenerse en aquello que le resultaba digno de tal. Rafael juzgó oportuno no interrumpir. Insistir no iba a servir de nada. Como aprendería pronto, cuando el fraile se sumía en aquel estado de abstracción, todos sus sentidos estaban concentrados en una única tarea y no prestaba atención a nada que sucediese a su alrededor.

La coqueta plaza de la Aduanilla era un espacio porticado que se alzaba justo antes de la entrada a la ciudad. Era un mercado al aire libre en el que se vendía carne, verdura, pescado y otras viandas tres días a la semana. Los ojos del fraile recorrieron cada palmo con mirada absorta.

Tras un tiempo que al chico se le antojó eterno, el fraile giró sobre sus talones y desanduvo sus pasos.

Calle arriba llegaron hasta la catedral de Santa María de la Sede y desde allí prosiguieron paralelos a la Casa Lonja. Caminaban con paso lento, casi con parsimonia; de modo muy diferente a la ágil marcha que el franciscano solía imponer.

De no ser por el griterío de los transeúntes, las conversaciones de mercaderes y vendedores que se cruzaban con las muchas voces se daban a su alrededor, Rafael estaba convencido de que hubiese podido escuchar el chisporroteo de los sesos del fraile friéndose junto a sus pensamientos, como si los hubiese colocado en una sartén.

Cruzaron el arquillo del hospital de Santa Marta y se adentraron en el interior del corral de los Olmos. El escenario que el Sayón había elegido para abandonar a su primer cadáver. El fraile volvió a comportarse de idéntico y ensimismado modo.

De nuevo, tras un largo rato, pareció despertar de su recogimiento, asintió para sí mismo y señaló la salida.

—Vayamos a la Real Audiencia —anunció como si tal cosa.

Se adentraban ya en la plaza de San Francisco, con su destino a la vista, cuando Rafael, finalmente, se atrevió a preguntar el motivo de su desvío.

—¿Por qué habéis querido visitar los lugares donde el Sayón abandonó a sus víctimas?

Diego alzó la vista. Se topó con un cielo añil con algunas nubes algodonosas esparcidas aquí y allá.

—Quiero pisar los lugares antes de leer de ellos en los documentos que voy a revisar —reveló.

El chico no pareció quedar conforme con la explicación, ya que demandó más información.

—¿Por qué razón? ¿Qué esperabais encontrar en esos lugares tras tanto tiempo?

Diego se tomó su tiempo para responder al muchacho. Las inquietudes que mostraba no eran de tomar a la ligera y bien

merecían ser meditadas.

—Parece claro, dada la aparatosidad con la que actúa, que no diera muerte a esos pobres desventurados en los lugares donde aparecieron los cuerpos, sino que más bien los use para abandonarlos.

Rafael emitió una leve interjección, dando a entender que comprendía el razonamiento del fraile. Pero su curiosidad aún no había quedado satisfecha por completo.

Ya, pero ¿qué habéis averiguado visitando esos lugares?

—Dos cosas. La primera, que dejó los cadáveres abandonados en un lugar público para que los encontraran. De otro modo, los hubiese arrojado para que el río se los llevara o los habría enterrado en lugar seguro.

El muchacho frunció los labios, como asimilando las palabras del franciscano, y asintió para sí.

—¿Y la segunda cosa que habéis descubierto?

—Analicemos su comportamiento —comenzó el fraile—. Primero, utilizó el corral de los Olmos, un sitio concurrido de día pero muy poco transitado de noche. Esperaba que encontrasen el cadáver, pero no lo abandonó en un lugar de mucho tránsito. Después, se expuso mucho más al dejarlo cerca de una de las puertas de la ciudad. Eso nos indica que el efecto que causó en Sevilla el hallazgo del primer cadáver no fue del todo de su agrado y decidió ir más lejos y dejar el segundo cadáver en un lugar mucho más transitado y notorio.

Rafael asintió para sí al tiempo que se admiraba de la sagacidad de aquel enclenque frailecillo. Se animó a compartir sus pensamientos con él.

—Padre —dijo—, anoche, mientras estaba en la tina, no podía sacarme de la cabeza este asunto. Pensé largo rato sobre ello.

—¿Y a qué conclusiones llegaste?

El chico basculó la cabeza a ambos lados, como confesando que la respuesta más honesta era ninguna definitiva. Pese a ello, la confianza con la que Diego se dirigía a él lo animó a exponer sus

cuitas.

—He visto matar a hombres en riñas y peleas —comenzó—, por deudas de juego o por hacer trampas a los naipes. Por encamarse con la mujer de otro o por un quítame allá esas pajas. Incluso porque quien manejaba la cuchilla era un hideputa que segaba una vida para dejar claro quién mandaba. Pero, por mucho que lo pienso, no encuentro qué beneficio saca el Sayón asesinando a esos dos desgraciados.

Diego se felicitó internamente por la iniciativa que demostraba el chico.

Y, sin embargo, siempre hay una explicación para los actos humanos. Nadie quita una vida si no es por una razón —dijo sin que la sonrisa se apagara del todo en sus labios.

Pero ¿qué razón? Por más que me devané los sesos anoche, no logré verla. Tal vez sea solo un demente.

—Incluso los dementes tienen sus razones —refutó el franciscano —. No te rindas, Rafael de Camas. Quien comienza un trabajo tiene la obligación de concluirlo.

El chico sacudió la cabeza a ambos lados con energía.

—No, padre. Yo soy un zoquete. Vos a carne y yo a berzas, que por algo tenéis estudios.

El fraile se detuvo y el chico no tuvo otra que imitarlo.

—Dios nos ha dado a todos una cabeza para algo más que para llevar gorro, o en mi caso la tonsura. —Lo miró con ternura y colocó los brazos en jarras—. Que no te dé vergüenza exponer lo que piensas. Bien decía Aristóteles que el necio opina y el sabio duda.

Rafael todavía pareció pensarse largos segundos si responder. Alzó la vista al cielo, como si allí arriba se hallase la solución, finalmente, soltó un resoplido de frustración.

—¡Lo que hace no tiene sentido! ¡No lo entiendo!

—No lo entiendes porque nos habla en una lengua que no comprendemos. Como el indio al que interpelamos en español y no comprende una palabra —añadió el fraile.

Ante aquella revelación, el muchacho pareció vislumbrar un lugar

cercano al entendimiento. Una chispa que brillaba en la oscuridad. Un lugar en sus pensamientos al que decidió ir y del que regresó con algo similar a una certeza.

—¿Queréis decir que su intención al asesinar a esos hombres y abandonar sus cuerpos es decirnos algo?

—Exacto, muchacho. Quiere que Sevilla entera reciba un mensaje. Un mensaje que es importante para él. Por eso se arriesgó mucho más al dejar el segundo cuerpo en un lugar de más paso; porque quiere que la ciudad sea su testigo. Y eso implica que habrá más cuerpos abandonados, y que cada vez será más osado.

—¿Creéis que seguirán apareciendo muertos? —dijo el chico, alarmado.

—Si tiene algo que decir a la ciudad, no va a detenerse hasta que Sevilla lo haya escuchado. Si descubrimos cuál es el mensaje que nos está transmitiendo, estaremos más cerca de atraparlo.

Dicho eso, el franciscano prosiguió su marcha. Rafael se quedó mirándolo. Se maravilló de la lógica de las conclusiones del fraile. ¡Y había llegado a ellas tan solo estudiando los lugares donde el Sayón había actuado! Pero, sobre todo, tenía la agradable sensación de que había formado parte de aquel prodigio. De un modo humilde y sencillo, pero había sido parte de ello. El fraile contaba con él, le pedía su opinión, en lugar de limitarse a hablar sin escuchar.

Echó a andar al trote para alcanzar a Diego, que, esquivando el gentío que poblaba la plaza, ya estaba cercano a la puerta principal de la Real Audiencia.

X

La Real Audiencia de los Grados estaba ubicada en un extremo de la plaza de San Francisco. Ocupaba una manzana entera y había sido ordenada construir por Felipe el segundo, sufriendo una reforma hacía menos de cincuenta años para que su fachada armonizase con la trasformación del entorno que el Cabildo había llevado a cabo en esas fechas.

Entre sus muros se dirimían todo tipo de pleitos y querellas, tanto civiles como criminales. Su planta estaba formada por un regente, que actuaba a modo de presidente de la institución; un fiscal; ocho jueces de grado para procesos civiles, y cuatro alcaldes de cuadra para los asuntos criminales. Amén de un nutrido cuerpo de funcionarios de la Corona, como el que les salió al paso nada más atravesar sus puertas.

El fraile dio cumplida cuenta del motivo de su presencia y el funcionario los encaminó a la gran sala de consulta ubicada en la segunda planta. En ella se almacenaba la totalidad de la información de los casos y asuntos en marcha de la justicia en Sevilla y alrededores. Desde los ventanales frente a la mesa a la que se sentaron, tenían una vista inmejorable del ajetreo de la plaza e incluso se vislumbraba, al fondo, el arquillo de entrada a la Casa Grande.

Solo hubieron de aguardar unos escasos minutos para recibir la documentación que habían solicitado: los documentos relativos a los

crímenes del Sayón de Santa María. Los legajos apenas ocupaban un gastado cartapacio que un secretario a cargo de la sala depositó sin demasiados miramientos sobre la madera.

—¿Qué queréis que haga yo mientras vos leéis la documentación? —inquirió Rafael brazos en jarras.

—No nos van a dejar sacar los legajos del edificio y, más adelante, me gustaría repasar lo más importante. Toma buena nota escrita de lo que yo te vaya dictando.

—Yo… yo no sé leer ni escribir —titubeó el mozo.

El fraile le clavó una mirada penetrante ante la que hubo de claudicar y agachar la cabeza.

—Dime la verdad, ¿dónde aprendiste? —inquirió el religioso.

—El padre Miguel de Mañara abrió una escuela en el hospital para pobres que posee junto a la Atarazanas, para que quien quisiese entre el pueblo aprendiese, al menos, lo básico de letras y números. Tenía doce años y vi que el saber era algo provechoso y de lo que podía sacar partido.

—¿Y por qué has querido ocultármelo?

Rafael se encogió de hombros al tiempo que se rascaba azorado el cogote.

—De dónde yo vengo no está bien visto saber de letras o cuentas. Por eso siempre lo mantuve en secreto. —Los labios del chico mostraron una sonrisa maliciosa—. Por eso y porque me resultaba ventajoso saber lo mismo o más que mis jefes cuando me enviaban con un mensaje escrito. Pero ¿vos cómo lo habéis sabido?

Fue el turno de Diego de enseñar los dientes pícaramente.

—En la cárcel me dijiste que por dos reales ibas a ser mi Virgilio en aquel infierno. Una referencia a la *Divina comedia* —resumió—. Ante tan poco habitual y literaria cita, entendí que debías de haber leído, en algún momento de tu corta vida, la obra de Dante.

—Aunque ya no asisto a las clases, el padre De Mañara me permite ir de vez en cuando y coger algún volumen que devuelvo pasadas unas semanas.

—¿Te agrada leer?

Rafael asintió con vehemencia.

—Hace que me olvide de la vida durante unas horas…, aunque bien pareciera que ese tal Dante se hubiese inspirado en algunas calles de Sevilla para crear su infierno —reflexionó—. Además de a él, hace menos de un año que le puse los ojos encima a una obra de mucha hilaridad acerca de un hidalgo que se cree caballero andante y, antes que eso, a la vida y desventuras de un tal Lázaro González, quien entró de niño al servicio de un ciego que lo llevaba por el camino de la amargura.

El fraile torció el gesto.

—Esas novelitas están bien para niños y desocupados, pero hemos de aspirar a leer cosas de más enjundia —sentenció—. A partir de ahora, puedes coger cuanto libro desees de la bien surtida biblioteca de la Casa Grande, donde encontrarás obras más instructivas y serias que esas de las que me hablas.

Rafael se limitó a asentir, como tantas veces había hecho a lo largo de su vida: fingir asentimiento y, luego, hacer lo que a él mejor le pareciera. Era una solución más sencilla que discutir con el fraile, que al fin y al cabo actuaba de buena fe. Para él no había iluda; lo que el religioso tildaba con desprecio de «novelitas» encerraba tanta verdad como la vida misma.

En silencio, se sentó a la mesa, a la diestra del franciscano, y con pluma y papel fue tomando buena nota de cuanto este le decía. Así, el muchacho se puso al tanto de los escabrosos detalles que envolvían aquel caso y de los que Diego le había dado tan solo unos sencillos detalles.

Le impactó la crudeza con la que los oficiales de la justicia habían detallado el hallazgo de los dos cuerpos y el tono frío, aséptico incluso, con el que se expresaban en los legajos oficiales.

Con suma concentración, fue transcribiendo aquello que al fraile le pareció lo bastante reseñable como para dejar constancia. Puso especial interés en destacar los detalles referidos al lugar de hallazgo y los testigos, así como las circunstancias en que se hallaban los cuerpos; en los dos casos resultaron idénticas.

El cadáver de Pedro Salazar, secretario del arzobispo, había sido abandonado en el corral de los Olmos, donde una iza y su cliente lo habían hallado de madrugada. El cuerpo de Alvaro de Torres había sido encontrado junto al postigo del Aceite por un grupo de estibadores.

En ambos casos, se les había abierto el pecho y extraído el corazón. A este respecto, los oficiales encargados de redactar los informes habían insistido en la pericia del asesino para realizar tal operación. Al relatar este detalle, Diego de Luna reflexionó unos instantes antes de señalar, más bien para sí mismo que para el chico, que aquello ciertamente parecía relacionado con ciertos cultos paganos con los que se había topado en las Américas.

—Los indios a los que llaman mayas, pero también otras culturas como los olmecas o los aztecas, parece ser que practicaban rituales que implican sacrificios en los que se extrae el corazón —indicó el franciscano—. Pero, en honor a la verdad, son tantos los testimonios que lo prueban, como el del propio Hernán Cortés, quien dejó escrito que parte de sus hombres fue masacrado de tan horrible modo, como los que lo desmienten. Sin ir más lejos, el del hermano dominico Bartolomé de las Casas.

El hecho de que los cadáveres hubiesen sido cubiertos de pintura y se les hubiesen hallado signos que podían relacionarse con tales prácticas avalaba aquella hipótesis. Por desgracia, ninguno de los oficiales que había redactado los informes judiciales había tenido la precaución de realizar, siquiera, un simple garabato para dejar constancia de ellos.

Más extraño resultaba que los hubiesen castrado a ambos e introducido los testículos en la boca. Según fray Diego, aquello parecía desechar la idea de un asesino que emulaba rituales paganos anteriores a la llegada de los españoles a América. Sobre ese particular, Rafael sí que tuvo algo que decir. Aunque bien pensado le parecía cosa necia, el fraile lo animó a exponer su idea.

—Hace unos cuantos años, en una botica de Triana, se dio una pendencia entre dos rufos por culpa de amoríos —comenzó—. Uno

aseguraba que el otro se encamaba con una iza a la que protegía. Este segundo no solo no lo negaba, sino que retaba al primero a hacer algo al respecto. La riña quedó en nada, como tantas. Pero, a la semana, el que se beneficiaba a la putarazana acabó en el río con las tripas abiertas y castrado como un capón. Por eso digo que bien parece que lo de caparlo parece que sea cosa de humillarlos y denigrar su hombría.

El franciscano rumió largo rato las palabras del chico. Finalmente, balanceó la cabeza varias veces, sin dejar claro si con ello avalaba o echaba por tierra tal teoría.

Ciertamente, lo más sorprendente de los documentos fue descubrir que ambos crímenes, para la justicia, no estaban relacionados. Los tomaron como dos delitos independientes, motivo por el que no se había abierto una investigación común para ambos.

Aquello estaba en línea con lo que maese Murillo había manifestado. El Cabildo quería enterrar aquel asunto cuanto antes, lo que hacía que el tiempo corriese en contra de Jerónimo.

—¿A qué catacaldos se le ha ocurrido escribir tal cosa? —bufó Rafael, airado y levantando la vista del papel—. Hasta un ciego vería que ambas muertes son obra de la misma mano.

Diego estuvo tentado de ponerlo en antecedentes. Al fin resolvió que mantenerlo alejado de las oscuras maniobras de la política era hacerle el mejor de los favores.

Dio por cerrado aquel asunto al tiempo que hacía lo mismo con la carpeta que contenía los documentos.

—La verdad sea dicha, no esperaba encontrar gran cosa, pero esto es prácticamente nada —aseveró, dando una palmada frustrada al cartapacio—. No hemos descubierto nada que no supiésemos antes de venir.

Rafael sopló para secar la tinta del papel. Estudió el documento que él mismo había escrito. Ciertamente, se le antojó poca cosa.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó.

—Ahora, mi querido muchacho, vamos a sumergirnos en el pasado. Tú y yo, dado que cuatro ojos ven mejor que dos, nos

vamos a consagrar a inspeccionar cuanto legajo, expediente, porcón y documento se halle en este edificio, hasta encontrar un antecedente de los crímenes que nos ocupan.

—Muy seguro estáis de que exista tal cosa —saltó el muchacho, probablemente alarmado ante la colosal tarea que tenían frente a sí.

—El modo tan específico que tiene nuestro asesino de dar muerte no surge de un día para otro. O mucho me equivoco, o es el resultado de un método que ha ido practicando desde hace tiempo.

La seguridad con la que se expresaba el fraile acabó por contagiar al muchacho, quien cabeceó para dar su conformidad de modo vehemente.

Dejando en feo aquello de que del dicho al hecho hay un trecho, ambos se pusieron a la labor después de que el franciscano solicitase acceso a toda documentación relativa a muertes violentas acaecidas en los tres últimos años. En aquella ocasión, la mesa a la que se habían sentado se quedaba notablemente corta. La cantidad de papeles desparramados mostraba a las claras que Sevilla era una ciudad peligrosa y donde la muerte campaba a sus anchas.

Solo en los últimos doce meses, un total de cuarenta y una personas habían perdido la vida de modo violento. Eso sin contar con las ocasiones en que la justicia no había intervenido por desconocimiento del delito. Venganzas, deudas, celos, envidias, delitos de honra y atentados contra el honor, robos, peleas y otros desarreglos se habían saldado con muertes cuyos métodos, casi en su totalidad, habían incluido la participación de armas blancas. Solo en un caso había intervenido un arma de fuego, una pistola de chispa que segó la vida de un soldado al que habían descornado la flor jugando a los naipes. Dos casos de envenenamiento se habían dado, por asuntos de herencia, en las clases más pudientes de la capital bética.

—Si no vemos a más ricos ante la justicia es porque no les gusta mancharse las manos; para arreglar sus asuntos acuden a rufianes y balandrones. Que bellacos hubo y hay en todas partes —sentenció Rafael en un arrebato de clase.

Pero pese a la elevada mortandad por mano del hombre, no había ningún caso que recordase, siquiera remotamente, a los hechos que investigaban. Navajazos, puñaladas, cercenamiento de gargantas e incluso una decapitación se detallaban en los documentos con todo lujo de detalles, pero nada respecto a cuerpos abandonados con símbolos paganos pintarrajeados en sus extremidades y, por supuesto, nada de extracciones del corazón.

Estaban a punto de darse por vencidos cuando fray Diego decidió ampliar el abanico de su búsqueda.

—Quisiera echar un vistazo a toda la documentación relativa a muertes violentas en ciudades y pueblos cercanos de que dispongáis —pidió al secretario de la sala de documentación, quien lo miraba de modo hosco, harto seguramente de tanta demanda.

Padre —dijo este tamborileando incómodo sus dedos sobre el mostrador frente al que se sentaba—, si pretendéis revisar todos los casos en los que ha habido una muerte violenta en leguas a la redonda, a vos os llevará meses y a mí otros tantos buscar los legajos en el archivo. Si me decís qué estáis buscando, igual acabamos antes.

—De acuerdo —concedió el religioso—. Busco cualquier muerte en la que el corazón haya sido extraído del cuerpo de la víctima.

El archivero compuso un gesto de extrañeza y repulsa que mudó al poco en uno de perplejidad. Parecía haber recordado algo.

—Aguardad unos minutos —balbució antes de dejar su puesto y perderse en el laberinto de cajoneras y estanterías que tenía tras de sí.

Regresó al punto con un cartapacio que depositó sobre el mostrador.

—Ciertamente, no abundan los casos como al que os referís —dijo, palmeando la carpeta—, por eso no lo tenía presente. Pero, al decirlo vos, he recordado algo que sucedió en Écija hace unos años.

El fraile apenas sí agradeció la contribución del secretario antes de abalanzarse sobre la documentación con ímpetu y, con ella bajo el brazo, dirigirse con paso presuroso a su mesa.

Rafael se limitó a asistir como mero espectador ante el modo frenético con el que los ojos del fraile recorrían las palabras, mientras deslizaba un índice esperanzador sobre el papel para seguir los renglones.

—¡Aquí está! —exclamó el religioso tras un buen rato, de un modo tan sorpresivo que asustó al chico y al funcionario, quien observaba la escena desde la distancia. El fraile resumió el contenido del legajo en voz alta—: «Dos mujeres fueron asesinadas en Écija. Ambas se dedicaban al oficio más antiguo del mundo y a ambas les habían arrancado el corazón. Sus cuerpos habían sido sepultados en una torrentera, en las afueras de la población, y su hallazgo fue posible debido a los efectos de una tromba de agua que los desenterró meses más tarde».

Rafael bufó contrariado.

—Pero no dice nada de que sus cuerpos estuviesen pintarrajeados o que hubiese signos paganos en ellos —retrucó—. Además, los cuerpos estaban enterrados, al contrario que los muertos del Sayón, que estaban bien a la vista.

—Esos detalles no tienen importancia —se defendió Diego—. Lo relevante es que a ambas les extrajeron el corazón. Como ya te he dicho, el modo en que asesina a sus víctimas es demasiado concienzudo y metódico para ser fruto del azar. Estoy convencido de que estas pobres desventuradas son la prueba de que, antes de convertirse en el Sayón de Santa María, buscaba perfeccionar sus métodos.

Dicho eso, el religioso ordenó al chico tomar nota de lo más relevante de aquel descubrimiento.

—Así pues, ¿os vais a Écija?

—Nos vamos, Rafael. Tú me acompañarás.

El muchacho sonrió gozoso. Estaba deseando que Diego lo incluyese en aquel viaje y no se molestó en disimular su alegría.

Antes de abandonar la sala de documentación, algo más sucedió ese día.

Las puertas se abrieron de par en par y, a grandes zancadas,

como un toro embistiendo en la plaza del Baratillo, un personaje irrumpió malhumorado en la estancia. A tenor de la golilla y capa corta, era alguacil menor.

Era alto, aunque andaba sobrado de alguna libra, sobre todo en el vientre, que le sobresalía por encima del cinto. Llevaba el sombrero de ala ancha en las manos, por lo que se le veía un cabello recio y denso, aunque prematuramente encanecido. Los ojos, de besugo aunque perspicaces, se clavaron con ferocidad en el religioso.

—Mi nombre es Antonio Baños, alguacil menor y por tanto ministro de justicia —anunció—. Me han informado de que andáis recabando información de ciertos crímenes —añadió no sin cierta presunción tiznando su voz.

El fraile lo saludó con un movimiento de cabeza en señal de respeto, de tal modo que mostró la tonsurada coronilla.

Así es —se limitó a responder el clérigo.

La aparente pasividad, aunque recubierta de firmeza, con la que Diego se había manifestado hizo que el alguacil resoplase airado y alzase la testa orgulloso.

—¿Y con qué autoridad, padre, solicitáis que se os informe sobre los delitos de ese al que llaman el Sayón de Santa María?

El franciscano compuso una estudiada sonrisa y remetió las manos en las mangas de sus hábitos con fingida humildad.

—El excelentísimo señor arzobispo me ha enviado. Está muy interesado en seguir los avances de la investigación. Os hago al tanto del afecto que tenía por la primera de las víctimas —dijo bajando el tono.

Confuso, Rafael guiñó los ojos. Era la segunda vez que asistía a tal afirmación y, como en la primera, no estaba muy seguro de si el religioso era laxo con respecto al octavo mandamiento o realmente actuaba bajo semejante encomienda. Estaba casi convencido que se trataba de una mezcla de ambas. El carácter de aquel frailecillo se podía tildar de cualquier cosa menos de simple.

En cualquier caso, la declaración dio sus frutos. El golilla

carraspeó azorado y pareció recular. Pero fue un espejismo que duró un instante. Al punto, colocó los pulgares en torno al cinto y elevó el volumen.

—Eso no os da permiso para entrar en esta casa y revisar cuanto documento os plazca —sentenció—. Este es un asunto estrictamente judicial y que atañe solo a los hombres que servimos al elevado fin de la justicia. Las investigaciones que se están llevando a cabo no son cosa vuestra.

Mientras hablaba, posó su vista en Rafael, en quien hasta entonces parecía no haber reparado, y compuso una clara mueca de disgusto. Este, prudente, desvió la vista hacia el suelo. Diego se apresuró a salir en su ayuda. Para tal fin, juzgó que la mejor defensa era un buen ataque.

—Me sorprende escuchar semejante cosa —dijo con impostado pasmo—. Según he leído en los documentos, la justicia no ve relación entre ambos crímenes y los toma como hechos aislados. ¿De qué investigaciones me habláis, señor Baños?

El alguacil esbozó una mueca en un territorio fronterizo entre la confusión y el desprecio. Dio un firme paso en dirección al clérigo y lo taladró con una mirada acerada.

—Yo mismo estoy al cargo de la investigación de la que tan alegremente dudáis —replico irascible—. Y os aconsejo que no os inmiscuyáis en ella ni, mucho menos, pongáis en duda mi compromiso con la justicia. Soy un hombre de honor y no voy a aguantar que un curita como vos dude de ello.

El fraile esbozó una sonrisa a la par que agitaba su muñeca frente al rostro crispado de Antonio Baños, como apartando un molesto moscardón.

—Serenaos —dijo con estudiada mansedumbre—. Ambos estamos en el mismo barco y perseguimos el mismo fin: atrapar al verdadero asesino, ya que quien está preso en la cárcel por sus crímenes es inocente. Por mi parte, os mantendré al tanto de mis pesquisas. Espero que vos hagáis lo mismo conmigo.

Un poco más calmado, el ministro de justicia reculó el paso dado

y se cuadró altivo.

—Limitaos a no meteros en mi terreno —dijo antes de dar media vuelta y alejarse con el mismo aire soberbio.

Mientras lo observó alejarse, fray Diego se sonrió artero. A su diestra, Rafael chasqueó la lengua con desagrado.

—¡Valiente farfante nos ha salido el señor alguacil! —rezongó.

—No equivoques el juicio con ese hombre, muchacho. La ira que has visto es fruto de la vergüenza ante la pasividad de sus superiores; ya que muchas veces nuestro orgullo se disfraza de rabia por no poder ir contra quien yerra. Ese tal Baños tiene un gran sentido de la justicia.

El chico soltó un amago de carcajada.

—Bien poco conocéis a los golillas si creéis tal cosa.

—No te niego que haya muchos en su oficio que abusen de su poder y se lleven sus buenos dineros por hacer la vista gorda. Pero este Antonio Baños es diferente. ¿No has reparado que cuando he mentado la inocencia de Jerónimo no ha porfiado? Te digo yo que es mejor tenerlo de nuestro lado.

¡Quia, padre! —negó el chico—. No hay alguacil bueno ni nube en julio que no traiga agua.

Las generalizaciones nunca son buenas. Bien decía Publio Siro que pronto se arrepiente quien a juzgar se apresura —citó el franciscano.

—Y yo os digo que, pese a lo que diga ese tal Siro, nunca conocí alguacil justo, y, como Santo Tomás, creeré cuando vea uno.

XI

Tras descender un ligero repecho, vislumbraron la ciudad de Écija en la distancia, a algo menos de una o dos leguas. El paisaje era tan llano que daba la impresión de que el cielo aplastaba la tierra con su eterno azul.

Rafael, como había hecho durante todo el viaje desde que dejaran Sevilla, era incapaz de disimular su asombro ante la enormidad de un mundo del que nada parecía conocer.

—Dos días con sus noches llevamos viajando —dijo tras acariciar la cerviz de su asno— y aún nos queda un buen trecho. Verdaderamente, padre, el mundo es mucho más grande de lo que jamás hubiese imaginado.

Diego rio con ganas ante la ocurrencia. Aún recordaba el pasmo del muchacho al explicarle que hollaban caminos construidos por romanos hacía más de mil quinientos años.

—¿Nunca antes habías salido de Sevilla? —dijo.

—Entre sus murallas me he criado y todos mis recuerdos, hasta donde abarca mi memoria, no van más allá de dos o tres leguas de distancia de ella.

—Pues debería ser menester de todo hombre conocer cuanto pueda del mundo y de las maravillas que guarda. Abre la mente, amplia nuestra perspectiva y, sobre todo, nos pone en nuestra justa medida y nos enseña lo insignificante que es nuestra existencia en realidad.

Rafael se repitió mentalmente aquellas palabras.

—Vos habéis estado en América. ¿Cómo es? —dijo al fin.

El fraile intentó abarcar mentalmente todo lo que el nuevo continente despertaba en él, pero acabó por renunciar ante tamaña empresa y se limitó a cerrar los ojos y describir lo que acudía a su memoria.

—Inmensa y bella —dijo—. Y también peligrosa. Hay árboles casi tan altos como la Giralda, ríos tan anchos que parecen mares, que rugen furiosos mientras descienden de montañas tan elevadas que da la impresión de que nunca terminan y bosques tan impenetrables que la luz del sol nunca llega. —Luego, el fraile enmudeció, como si añorara las maravillas que él mismo acababa de describir—. ¿Nunca has querido viajar? ¿Conocer el mundo?

El chico chistó para reconducir a su asno, un ejemplar berrendo y algo trabajado que tenía querencia a irse hacia la siniestra.

—No os niego que me agradaría —confesó, alzando la vista hacia el cielo. Tras mantenerla allí unos instantes, la bajó para posarla en el camino que tenía frente a sí—, pero, para alguien como yo, eso no son sino quimeras. Sueños fantasiosos.

Diego estudió en silencio al chico. A veces olvidaba que la vida no daba oportunidades sino a unos pocos; el resto debía de hacer virtud aquello de conformarse con lo que tenía.

—Hay muchos modos de conocer mundo. Especialmente para ti, que sabes leer y escribir, cosa que no muchos pueden decir.

—No vayáis a creer que no he pensado alguna vez en irme de Sevilla —replicó Rafael—. Hace no muchos años hubo gente pregonando por las tabernas y bayucas de todo el Arenal que buscaban hombres y mozos para ir a trabajar al otro lado del océano. Decían que, en las Indias, el oro prácticamente colgaba de los árboles y solo habías de alargar el brazo para coger cuanto quisieses. Que tras trabajar cinco años en una hacienda tendríamos tanto dinero que podríamos montar la nuestra propia. La idea era tentadora, y bien que lo pensé durante un tiempo, pero al final me dije que allí había gato encerrado.

El muchacho detuvo su discurso para saludar, gorro en mano, a unos labradores que desde sus campos alzaron la cabeza al verlos pasar.

Habían dejado a sus espaldas sus buenas dos leguas cuando el chico se aclaró la voz y habló con reservas, como si temiese decir algo inapropiado o incómodo.

Padre —dijo, tirando de las riendas para acompasar el ritmo de su montura al de la de Diego de Luna—, hay algo que quiero preguntaros y espero no sea como el que fue a un entierro al que no dieron vela.

—¿De qué se trata?

Id zagal aún dudó unos segundos antes de pronunciar la pregunta que lo reconcomía por dentro.

—¿Por qué dejasteis las Américas?

Diego carraspeó azorado.

—No es ese un asunto del que quiera hablar —trató de zafarse.

No obstante, ajeno a la incomodidad que la pregunta desperaba en el fraile, Rafael siguió royendo aquel hueso.

—Se os ve a desagrado en Sevilla.

—No quieras saber más de lo que está escrito —dijo el fraile intentando que la cita bíblica fuese suficiente para zanjar el asunto.

No fue así.

—Yo solo lo digo —prosiguió Rafael— porque es como si temieseis encontrar al doblar cualquier esquina algo que habéis tratado de evitar…

—Deja ese tema en paz —replicó el fraile alzando la voz, casi gritando.

Aquello frenó cualquier intento posterior por parte de Rafael. Dejó de preguntar. Aunque las dudas seguían dándole vueltas a la sesera.

Nunca antes había oído al franciscano expresarse en semejante tono de voz. Un tono de voz que advertía que era mejor no seguir por aquel camino. Asintió para sí en silencio y permaneció callado; la vista al frente y concentrado en las riendas, como si soltar una de

ellas pudiese significar que alguna desgracia ocurriese.

Diego supo al instante que había sido demasiado arisco, demasiado áspero. Al fin y al cabo, el chico solo sentía curiosidad. Él mismo había provocado aquella curiosidad entrando en cuestiones personales. Pero no se arrepintió de elevar la voz. No quería hablar de su pasado. No quería hablar de Elena, de Sevilla quince años atrás. Aquel tema estaba vedado. No obstante, sintió que debía decir algo para que aquello no se enquistase.

—Hiciste bien en desconfiar de esa gente que os quería llevar a América —dijo al fin—. Son negreros a los que el color de la piel poco importa. Marrones, cobrizos o blancos. Lo mismo les da. Mucho incauto acabó cayendo en su trampa y, al llegar allí, descubrió que el cuento era otro. Se convirtieron prácticamente en esclavos. Trabajando de sol a sol a base de correazos y rebenque.

—Quien mucho ofrece es que mucho tiene que ganar —apostilló el muchacho dando cuenta de nuevo de una sabiduría impropia de su edad.

Parecía haber olvidado por completo el incidente anterior. Diego lo estudió en silencio, calibrando decir lo que desde hacía unos días le rondaba.

—¿Nunca has pensado en hacerte fraile? —preguntó de sopetón —. Pese a que es común que los novicios entren antes de tu edad, yo podría interceder por ti.

Ahí el muchacho soltó una carcajada tal que una bandada de aves que hacía parada en un bosquecillo cercano elevó el vuelo sorprendida.

—¿Fraile? ¿Yo? Fray Rafael de Camas —ironizó. Sin embargo, había una pizca de emoción oculta en la burla.

—Tampoco yo pensé nunca en tomar los hábitos.

—¿Y cómo fue que os hicisteis cura entonces?

—Soy el menor de cuatro hermanos. No me quedó otra que tomar los hábitos. Aunque confieso que tenía mis reticencias antes de entrar en el convento, después he dado gracias a Dios por ello. Al menos no he acabado sisando bolsas o preso en la cárcel.

Rafael asintió para sí mismo ante la pulla.

—Creo en Dios, como todo hijo de vecino —dijo—, pero de ahí a hacerlo en curas, monjas y frailes va un trecho. Perdonadme si lo que digo os ofende, pero, a lo largo de mi vida, todos cuantos entre ellos he conocido me han demostrado que de santos y buenos tienen poco. Solo vos me habéis tratado con respeto.

Diego no tuvo fuerzas para replicar. Negar que la Iglesia estaba tan corrompida como el resto de aquella sociedad era como porfiar que el sol no salía por levante.

Siendo fraile, tendrías la oportunidad de tener una vida mejor, y no hay mayor virtud que la de aprovechar las que tenemos, que para la mayoría no son muchas —sentenció. El muchacho asintió sin mucha convicción, aunque el religioso podía ver que la idea no le parecía totalmente descabellada—. Te propongo no hablar de ello hasta acabar nuestra tarea —dijo—. Usa el tiempo que estés a mi servicio para pensar qué sería mejor para ti. Luego, podrás decidir lo que quieres. Si volver a tu vida anterior o tomar los votos.

—Lo pensaré, padre —fue todo lo que el chico acertó a decir ante la avalancha de pensamientos que despertaba la oferta.

Fray Diego cabeceó complacido. En los pocos días que se conocían había cogido gran cariño al chico. Hacerse novicio lo sacaría de las calles. Le daría una vida menos dura.

Prosiguieron camino sin decir nada más.

Al poco, Rafael parecía haber olvidado el asunto. Siguió admirando con ojos ensoñadores la vista que tenía ante sí.

Écija se iba haciendo más grande. Ya estaban a menos de una legua y la elevada torre de la iglesia mayor de la Santa Cruz titilaba en la distancia.

El papel clave de Écija en el triángulo mercantil cuyos vértices se situaban en las Américas, Sevilla y Centroeuropa había convertido a la ciudad en la tercera en población del sur de España. Su ubicación estratégica, a menos de veinte leguas de la capital hispalense, la colocaban en una posición idónea como paso y almacenaje de mercancías varias; lo que, sumado a la fertilidad y riqueza de sus

tierras, explicaban su importancia en la región. Especial relevancia poseía la lana astigitana, que era bien ponderara en rincones de todo el continente.

Se alojaron en una posada muy cercana al puente romano que cruzaba las bravas aguas del Genil, donde pagaron doce maravedíes por una cámara con dos camas y cuatro más por el cuidado y acomodo de las monturas. Desde allí a la plaza Mayor de la villa, donde se ubicaba la casa consistorial, solo había un breve paseo, que el fraile y Diego recorrieron tras asearse y descansar someramente del viaje.

Tanto el alguacil de la villa como uno de los corchetes que lo acompañan mostraron asombro al saber que el fraile había venido desde Sevilla expresamente por el caso de las dos prostitutas asesinadas. Una vez más, mentar al arzobispo les abrió las puertas de par en par.

—Las dos mujeres trabajaban en una mancebía al otro lado del río —dijo el justicia.

—Esto no es como Sevilla, aquí a las putas las mantenemos fuera de la ciudad —quiso dejar claro el corchete.

Con aquella información, salieron del Ayuntamiento y se dispusieron a regresar a la posada, ya que el azar había querido que el citado lupanar estuviese muy cerca de esta.

Ese día había mercado en Écija, por lo que en la plaza Mayor se apelotonaba una gran muchedumbre frente a las tablas que exhibían miel de azahar, embutidos, quesos y otras viandas de la región.

El franciscano y el chico se encaminaron hacia una fuente ornamental ubicada en el centro, a la que llamaban de las Ninfas por las esculturas que la adornaban. Fue Rafael el primero que dijo algo referido a lo que habían averiguado.

—No parece que el golilla haya hecho gran cosa por encontrar al asesino —señaló con buen tino.

—Dos prostitutas muertas no importan a nadie. Ya has visto, ni nombre parece que tuvieran las muy desventuradas —apostilló el religioso antes de hacer pobre balance del encuentro—. Poco hemos

sacado en claro que no supiéramos antes de venir.

Se pusieron nuevamente en marcha y dejaron atrás la plaza Mayor, el rumor de las voces del mercado y el armonioso canto del agua en la fuente.

Al caer la tarde, se encaminaron a la antigua venta donde la dueña de la posada les había referido que se ubicaba el lupanar. La mujer, algo rolliza y de generoso escote, al que Rafael se asomaba sin reparo alguno, les indicó que debían cruzar el puente romano y caminar un trecho hasta encontrarlo.

—Es talmente una venta antigua. Con su patio y su muro encalado. Lo veréis enseguida. No tiene perdida —dijo antes de volver a sus quehaceres.

En ningún momento dio muestra alguna de que le sorprendiese que un hombre de Iglesia preguntase por tan poco casto establecimiento.

Siguieron sus indicaciones y al poco vislumbraron un edificio en lo alto de una pequeña loma que encajaba con la descripción de la posadera. Por si había alguna duda, el aire de la noche estaba lleno risas y canciones obscenas que se escapaban de su interior. De no ser por aquel detalle, nadie habría podido deducir la verdadera naturaleza de su negocio, ya que pasaba perfectamente por una venta de camino.

Rafael había esperado que el fraile se sintiese intimidado o al monos mostrase algo de apuro al acercarse a tan lúbrico negocio, poro, lejos de aparentar incomodidad, se encaminaba a grandes trancos a la entrada de la mancebía. No bien habían pisado el primer escalón cuando se plantó frente a ellos un hombretón que guardaba la puerta. Cruzó los brazos a la altura del pecho y los miró hosco.

—Vos no podéis entrar en la botica —dijo, estirando la barbilla hacia el franciscano.

Diego parpadeó con incredulidad.

—¿Acaso hemos dado con el único lupanar de toda España que no admite por clientes a los míos?

El portero sonrió tímidamente ante la burla y señaló una

puertecita en un lateral del edificio.

—No, padre. Esta puerta es para los clientes normales. Curas, capellanes, frailes, obispos y nobles han de usar aquella otra, la que llamamos de palio y que lleva directa a las cámaras. Hay que guardar las apariencias —explicó con una sonrisilla cómplice.

El fraile carraspeó apurado antes de asentir y dirigirse a la puerta indicada.

—Entremos de una vez y acabemos con esto —dijo de malhumor.

En esta ocasión, fue Rafael quien le impidió la entrada colocándole una mano frente a sí.

—Padre —comenzó—, me he criado en sitios como este. Conozco a las mujeres que trabajan en ellos. Si entráis con vuestros hábitos y haciendo preguntas, más que encontrar alguna que nos ayude saldrán asustadas.

—¿Y qué sugieres? —repuso el religioso tras meditarlo.

Rafael alargó la mano.

—Dadme unos reales y aguardad aquí fuera. Saldré con alguien que quiera hablar con vos.

Diego acertó a ver algo razonable en aquella idea y le tendió dos monedas.

—No tardes. Te esperaré junto al establo —dijo.

El chico sacudió la cabeza para afirmar.

Diego se dirigió al lugar convenido y, para hacer más llevadera la espera, se apoyó en la pared encalada y alzó la vista. Nubes grises y densas como sudarios se deslizaban a gran velocidad en el cielo nocturno; ara ocultando, ara mostrando una luna menguante que brillaba pálida. En el establo, las monturas piafaron inquietas cuando se escuchó el vuelo de algún animal nocturno.

Tras un buen rato, el fraile vislumbró cómo se abría la puerta tras la que se había perdido Rafael y adivinó dos siluetas viniendo en su dirección. Se incorporó e, inquieto, tironeó de las mangas de su hábito.

—Padre, soy yo —escuchó la voz del chico convertida en casi un susurro.

—Estoy aquí —replicó el fraile, yendo a su encuentro.

En la parte donde se hallaban no ardía tea o lamparilla alguna y los recién salidos tampoco portaban ninguna fuente de luz, por lo que solo eran tres sombras en penumbra.

—Esta mujer tiene algo que deciros sobre las dos muertas —dijo el chico a modo de presentación.

Diego a duras penas acertaba a adivinar la figura de una mujer menuda y delgada.

—Rafael me ha dicho que andáis preguntando por Rosa y Josefa —dijo. Su voz iba pareja a su aspecto y, entre lo bajo que se expresaba, como temiendo ser oída, y su tono imperceptible, Diego hubo de esforzarse por entenderla.

—¿Tenías trato con ellas? —preguntó el religioso.

—Sobre todo con Josefa. Las dos vinimos juntas de Córdoba. Fue la primera que desapareció. Dijeron que se había ido con alguien. Pero yo decía que nones, que aquello no era verdad. Luego, desapareció Rosa, y ahí supe que algo malo les había pasado.

¿Tienes alguna idea de quién las pudo matar? ¿Eran barraganas o mantenidas de alguien? Piénsalo bien, cualquier cosa que puedas recordar es importante.

La mujer movió la cabeza a izquierda y derecha para negar.

—No necesito devanarme los sesos, que bien seguro sé quién las mató.

La rotundidad con que se manifestaba sorprendió a Diego.

—¿De quién sospechas?

—Un pintorcillo que venía por la mancebía día sí y día también.

—¿Un pintor? ¿Quieres decir uno que encala fachadas y puertas?

—No, uno de pincel fino. Uno de esos que pintan ángeles y vírgenes. Un pintor de Sevilla. Un petimetre que solo sabía hablar de su trabajo.

Fray Diego hubo de esforzarse para que las preguntas que se le agolparon en la garganta fuesen colocándose en riguroso orden de llegada.

—Háblame de ese pintor. ¿Cómo era?

—No sé cómo se llamaba. No era ni muy alto ni muy bajo. Ni grueso ni flaco. Joven, eso sí. No había entrado en los treinta. Bien vestido. Gastaba jubón acuchillado, coleto bien curtido y no tenía buena bolsa, pero nunca le faltaba una moneda. Venía por la venta una o dos noches por semana. Al principio, no le importaba la compañía siempre que cumpliese con sus extraños gustos. Golpes y otras depravaciones con las que no os amargaré la noche. Pero, al poco, pidió estar solo con la Josefa y con ninguna chica más. Empecé a darme cuenta de que Josefa se iba algunas tardes a la ciudad sin dar cuenta a nadie. Yo no dije ni amén, pero encamarse con un parroquiano sin reales de por medio no es buen negocio —sentenció la iza—. Un día, sin que yo le preguntara nada, que de chisgarabís una no tiene ni miaja, me confesó que iba a una habitación que el pintamonas ese tenía arrendada cerca de la iglesia de San Juan. Por lo visto, le pidió que posase para un cuadro, ¡como si fuese una marquesa o una santa! Luego, un mes más tarde, desapareció. Yo, necia de mí, incluso creí que se había ido con aquel embrollón. Pero lo vi volver unas noches después por la venta.

—¿Y qué explicación te diste sobre la desaparición de tu amiga?

La mujer encogió los hombros.

—No pensé nada. Se había ido y ya está. A veces esas cosas pasan.

—¿Y el pintor? ¿Entonces comenzó a visitar a Rosa, la otra chica?

—Eso mismo, padre. Como si la Josefa nunca hubiese existido. No me extrañó, que eso en nuestros negocios es cosa habitual. Pero, cuando empezó a ir a la habitación a posar, como hacía Josefa, me dije que allí pasaba algo raro. Y, cuando ella también desapareció y, además, el pintorzucho no volvió a venir por la venta, sume dos y dos. Que una no habrá ido a Salamanca, pero tonta nunca ha sido.

—¿Dijiste algo a la justicia?

—El alguacil es cliente habitual de esta venta, así que se lo solté una noche. Que habían desaparecido dos chicas y las dos se habían visto con un pintor que había vivido en Écija. ¡Para lo que sirvió! Ni caso hizo nadie hasta que con la tromba de agua salieron los

cuerpos de las dos.

De pronto, la puertecilla por la que habían salido Rafael y la mujer se abrió y un rectángulo de luz se extendió por el patio. Candil en mano, un hombre se asomó al vano y su voz aguardentosa se escuchó en la noche.

—¿Dónde estás, mujer? Te necesito en la botica, que sin tetas ni traseros que palmear los parroquianos no gastan en vino.

—Es el dueño. Debo irme —susurró la mujer. Luego, se afrentó al cura y bajó aún más el volumen—. Encontrad a ese hideputa, padre.

Sin dar tiempo a réplica alguna, se alejó en dirección a la puerta.

—¡Ya voy, ganapán! Que ni aliviarse la dejan a una en paz —gritó mientras se encaminaba hacia la luz.

Después, la puerta volvió a cerrarse y el patio se sumió en la misma oscuridad densa e insondable.

* * *

Allí abajo, a la luz de las teas, la piedra oscura brilla; son los músculos de alguna criatura metálica, el hálito de un dios que observa con deleite el sacrificio. Las fauces que habitan bajo tierra y que se abren y devoran la luz.

Imbuye el cuerpo de su víctima de los colores del cielo, de los tonos de su nuevo y supremo arte. Lo unge mientras recita las palabras que dan y quitan la vida. Las mismas que los gemelos recitaron antes de desafiar a los demonios de la oscuridad.

El penitente trata de gritar y solo encuentra silencio, pues su lengua está dormida. Trata ahora de escapar y arquea el cuerpo, que sobre la piedra-altar ya empuja su pecho hacia fuera, listo para abrir la carne.

Talla en sus extremidades los símbolos sagrados de los cuatro bacabob, los que sostienen la tierra. Y la primera sangre empapa la piedra y con ella se crea el fango del que surge todo.

Tras su resplandor llega la muerte. Como un rayo descargando sobre la tierra. Su mano es la mano de los dioses, la herramienta que mantiene el ciclo eterno en marcha.

La obsidiana lacera y abre la carne. Desgarra piel, rompiendo costillas y músculo y tendones y cartílago. Y saltan esquirlas de hueso, y la sangre, antes arroyo, brota ahora en la forma de una marea densa y férrica que riega el mundo con su místico poder.

Sus manos quiebran los huesos para dejar la oscura cavidad de fibras y carne a la vista. El penitente solloza y sus quejidos viven y reverberan en el acuoso silencio subterráneo.

El corazón aún late cuando lo arranca del pecho, como un ser autónomo capaz de seguir bombeando sangre ajeno a su organismo. Los trece aceptan la ofrenda, se regocijan allá abajo de la sangre vertida, la carne abierta, la piel desgarrada, los gritos. El sacrificio se transforma en un acto de creación suprema.

Lo alza al cielo. Un cielo que no puede ver. Un cielo oculto del que reniega. Lo eleva y él mismo se asoma al abismo invertido. La pirámide inversa. Porque él no sirve al sol ni al quetzal. Él reina en el oscuro mundo de cavidades y humedad, donde repta la serpiente y rugue algo antiguo, malvado, y el agua fluye negra, oscura y espesa. El reino del jaguar y del caimán; el mundo de Chac Bolay y Zipacna.

Toda luz necesita de la sombra. Toda tiniebla necesita del sol. El equilibrio ha de mantenerse. El circulo ha de seguir siendo eterno.

XII

Tras hablar con la prostituta de la venta, no les había costado localizar la casa donde el pintor había vivido arrendado. Era un edificio viejo y descuidado que el propietario, un hombre achaparrado y de carácter huraño, alquilaba barato a mercaderes o tratantes cuyos negocios traían unas semanas o meses a la ciudad.

—No recuerdo bien al mozo —les dijo. Había pasado mucho tiempo—. Solo que se dedicaba a la pintura. Hizo algunos encargos para gente de la zona y sé que andaba en tratos con la parroquia de San Juan, ya que iba mucho allí cargado de trastos propios de su oficio.

El negocio en la citada iglesia consistía, según les aclaró el sacerdote de esta, en la restauración y arreglo de una tabla que representaba a la sagrada familia y que el tiempo había hecho perder su lustre.

—Era un chico callado y reservado —les aclaró el párroco—. Decía que había estudiado en el taller de un pintor notable en Sevilla, aunque yo no le pregunté de quién se trataba ni él me dijo nada.

Los testimonios de todos los interrogados coincidían en que se había ido de la ciudad de un día para otro y sin aviso, coincidiendo en el tiempo con la desaparición de la segunda chica, Rosa.

Finalizados los asuntos que los habían llevado allí, Diego y Rafael dejaron atrás Écija al alba.

—Vais muy callado —interrumpió Rafael los pensamientos del clérigo.

El muchacho había demostrado tanto en el viaje de ida como en el de vuelta que no era capaz de estar callado mucho tiempo. Quizá lo abrumaba el paisaje o la distancia y necesitaba hablar para acallar los miedos, o tal vez era que simplemente se aburría mientras su asno cumplía, zancada a zancada, su mansa labor.

—Pensaba en lo que hemos sacado en limpio de nuestra visita —respondió Diego.

—¿Y a qué conclusiones habéis llegado?

Diego no puedo evitar que se le aflojasen los labios y esbozara una sonrisa ante la curiosidad infinita del chico.

—¿Qué sabes del oficio de pintor? —preguntó.

Adelantando su imprecisa respuesta, Rafael enarcó las cejas y soltó un sonoro resoplido.

—Poca cosa, aparte de que se dedican a retratar santos y santas o dejar constancia de la vida de nuestro Señor en cuadros en iglesias y conventos.

—Pues, además de eso, has de saber que antes suelen realizar dibujos de poco detalle a los que llaman esbozos o bosquejos. Los usan para asegurar el trazo o experimentar con tal o cual postura antes de plasmar el cuadro definitivo. Se puede decir que experimentan antes de llevar a la tela el diseño final.

El chico movió los carrillos arriba y abajo, como si estuviese literalmente mascando las palabras del fraile para hallar en ellas el motivo por el que este las lanzaba al aire. Su rostro se iluminó, como si hubiese dado con la tecla correcta.

—¿Queréis decir que lo que el Sayón hizo en Écija a esas pobres desgraciadas fue esbozar lo que más tarde ha llevado a la práctica en Sevilla?

Aunque lo pronunciaba con una entonación interrogativa, Rafael se expresaba sin dudas o vacilaciones. Fray Diego asintió ufano. Cabalgaban tan cerca el uno del otro que no pudo reprimirse y palmeó con efusividad la espalda de su ayudante. ¡Aquel condenado

muchacho las pillaba todas al vuelo!

—Eso mismo pienso yo —dijo.

Durante un buen trecho, continuaron camino en silencio. Cada uno atento a sus propias cavilaciones.

Estaba ya el sol a mitad de camino de su cénit cuando el chico reclamó la atención del franciscano.

—Fray Diego —dijo—, en el viaje de ida me percaté de algo, pero creí que era fruto de mi desconfianza. Pero hoy, de regreso a Sevilla, vuelvo a estar seguro de ello.

—¿De qué se trata?

El chico maniobró las riendas para pegar su montura a la del franciscano y se inclinó hacia él.

—Mirad con cautela por encima de vuestro hombro. Hacedlo de tal modo que parezca que estuvieseis mirando algo en los campos de nuestra derecha.

Diego se giró sobre el mulo y oteó el camino que habían dejado atrás. En la distancia, como a media legua, adivinó un punto que al estudiarlo con detenimiento vio que era un jinete.

—Alguien nos sigue —sentenció como si tal cosa.

—¿Lo sabíais? —exclamó el chico perplejo.

—Desde que salimos de Sevilla. Pero, no te preocupes, creo que sé de quién se trata y, en cuanto regresemos, me encargaré de hablar con su amo.

XIII

Para adelantar media jornada su llegada, salieron mucho antes de las primeras luces de Carmona; punto intermedio de su viaje y donde también habían hecho noche a la vuelta. El cielo estaba cuajado de nubes que bien pronto se convirtieron en una lluvia mansa que los acompañó el resto del camino.

La lluvia se transformó en leve chispeo cuando, a primera hora, el fraile y el chico entraron en Sevilla. Pero la tierra embarrada y los charcos daban cuenta de que había estado lloviendo toda la noche. Dejaron sus monturas en los establos de la calle Caballerizas, muy cerca de la Casa de Pilatos.

No bien habían puesto un pie en la Casa Grande cuando Gaspar les salió al paso.

—Imagino que aún no te has enterado —dijo circunspecto.

—¿De qué debía de haberme enterado? —le replicó Diego de Luna, enarcando las cejas.

El guardián hizo una pausa para imprimir gravedad a sus palabras.

—Esta madrugada han encontrado otro muerto.

—¿Dónde?

—Junto a la Casa Lonja de Mercaderes.

Diego palideció. Sabía que tarde o temprano el Sayón volvería a matar, pero, después de los hallazgos de Écija, era como un jarro de agua fría. Debía visitar el escenario donde había aparecido el

cadáver cuanto antes.

Gaspar lo detuvo asiéndolo por el brazo con firmeza, casi de un modo rudo.

—Según me han dicho, no has dormido en la hospedería estas últimas noches. ¿Dónde has estado? —le inquirió arisco.

El fraile amusgó los ojos con extrañeza.

—¿A qué viene este interrogatorio?

—Viene a que, mientras tú estabas haciendo Dios sabe qué, el Sayón no ha perdido el tiempo, como puedes ver.

—Dónde esté o lo que haga no es de tu incumbencia.

—No creo que estés haciendo avances.

—El verdadero progreso avanza silencioso y persistente.

—¡No me cites a San Francisco! ¿Qué has estado haciendo mientras el Sayón volvía a matar?

El propio Gaspar fue consciente de haberse extralimitado utilizando un tono tan colérico.

Diego resolvió zanjar aquel asunto ahí mismo.

—No tengo que rendirte cuentas por mi labor. Pero, ya que preguntas, estuve fuera de Sevilla, buscando en el pasado de ese asesino.

—¿Averiguaste algo?

Había un pozo de ansiedad en la voz del guardián.

—Encontré una pista sobre el posible pasado del Sayón.

Gaspar asintió para sí. Se serenó.

—Te pido disculpas. He sido injusto contigo. Es solo que todas estas muertes me alteran. Eran buenas personas. Que acabaran de ese horrible modo me trastorna más de lo que me gustaría admitir —dijo con afectación, llevándose la palma a la frente, presa tal vez de un repentino dolor de cabeza.

Al ver el modo en que su superior se expresaba, fray Diego tuvo un pálpito.

—¿Conocías a los muertos?

En las pupilas de Gaspar Valdés destelló una chispa de sorpresa. Pareció calcular su respuesta, pero luego cabeceó con gravedad,

como si le hubiesen pillado en una falta.

—Todo el mundo se conoce en Sevilla de uno u otro modo —dijo.

Diego supo que su superior no contaba toda la verdad. No era extraño que, como guardián de la Casa Grande de San Francisco, conociese a gente importante. Entonces, ¿por qué no contarlo abiertamente?

No había tiempo para ahondar en aquello.

—Si me disculpas —dijo—, quisiera ver el cadáver antes de que se lo lleven.

Gaspar agitó las manos a modo de disculpa.

—Claro, claro. No quiero entretenerte. ¡Ve! —Antes de que el fraile se alejase, añadió—: Encuentra a ese criminal. Hazlo antes de que alguien más muera.

Pese a que la edad corría a su favor, Rafael hubo de esforzarse para alcanzar a Diego. El aparentemente débil franciscano no bajó el ritmo durante todo el camino.

La fachada suroeste de la Casa Lonja y el colegio de Santo Tomás delimitaban una calle a la que se accedía tras superar un sencillo arco. Su ubicación, a modo de puente entre la catedral y los Reales Alcázares, hacía de ella vía de gran tránsito.

Pese a lo temprano de la hora y la adversa climatología, un nutrido grupo en el que se mezclaban estibadores, marinos, vendedores con tabla en el cercano mercado y vecinos se apiñaba en las inmediaciones del arco, tratando de saciar su morbosa curiosidad echando un vistazo a lo sucedido. Los corchetes apenas sí podían contenerlo y habían formado un cordón con sus cuerpos para tal fin en ambos extremos de la calle.

Fray Diego, seguido de cerca por su ayudante, logró hacerse paso hasta colocarse en primera fila. Desde allí podía vislumbrar el cuerpo tirado en mitad de la calleja. Alguien había tenido la prudencia de cubrirlo con una tela de lino. Ambos contemplaban el escenario del crimen desde la distancia a la que los obligaba la nutrida muchedumbre.

—Es justo como vos dijisteis —aseveró Rafael admirado. El fraile

lo miró sin estar del todo seguro de a qué se refería. El chico se afanó en dar explicaciones—. Ha dejado el cuerpo en uno de los rincones más vigilados de la ciudad, a solo unos pasos de la puerta de la Montería que conduce a los Alcázares y que está custodiada día y noche. Se está volviendo más osado, asume más riesgos; justo como predijisteis.

Diego suspiró a modo de confirmación a la par que trataba de abrirse paso hasta el mismo corazón de la escena. La tenacidad de los corchetes se lo impidió. Divisó a Antonio Baños, vara de mando en mano, dando órdenes aquí y allá y reclamó su atención mediante señas.

Al distinguir sus hábitos pardos entre el gentío, el alguacil dibujo una mueca de contrariedad y se fue hacia él con cara de pocos amigos.

—¿Qué hacéis vos aquí?

—Quisiera estudiar el cuerpo antes de que se lo lleven —replicó el religioso con toda naturalidad.

El oficial frunció el ceño y negó con energía.

—Os dije que os mantuvieseis alejado de la investigación.

Diego esbozó su mejor sonrisa y entonó su acento más zalamero. La llovizna se había convertido en un calabobos que le pegaba la basta lana del hábito al cuerpo.

—Vamos, don Antonio. Los dos sabemos que estamos juntos en esto. Dejadme echar un vistazo al cuerpo y compartiré con vos lo que averigüe.

Orgulloso, el alguacil alzó la testa y estiró hacia el frente los labios, plegados en una fina línea.

—¿De qué iba a servirme a mí lo que un curita como vos pueda descubrir?

—No lo sabréis hasta que me permitáis echar un vistazo —replicó artero el fraile. Luego bajó el tono hasta convertirlo en un murmullo que solo ellos dos podían oír—. Sabéis de sobra que puedo ir a pedir tal merced a vuestros superiores. Con la recomendación del excelentísimo arzobispo no se me negará, y vos no quedaréis en

buena posición.

El rostro de Baños se encarnó de rabia.

—¿Me estáis amenazando, fraile?

—No, señor alguacil. Os estoy tendiendo la mano porque veo en vos un aliado, no un enemigo. Y haríais bien en tenerme a mí por tal.

Unos pasos alejado de la escena, Rafael habría jurado que el golilla se debatía ante el trance de tragar un sorbo de amargo vinagre ahora o duplicar la dosis más tarde. Sus facciones pasaron de la ira a la resignación y vuelta a empezar varias veces. El chico sonrió por dentro.

—De acuerdo, podéis estudiar el cuerpo. Pero yo os acompañaré —concedió el justicia tras meditarlo.

Fray Diego movió la cabeza afirmativamente antes de traspasar la barrera formada por los corchetes. Cuando Rafael hizo lo propio, el brazo firme de Baños se lo impidió.

—Viene conmigo. Es mi ayudante —advirtió el religioso.

—¿Este ladronzuelo es ayudante vuestro? —bufó el alguacil con una mezcla de desdén y sorna mientras jugueteaba con la vara de mando.

—Si nuestro Señor murió junto a dos ladrones, ¿quién somos nosotros para juzgar a uno solo? —replicó el fraile antes de tomar del codo al chico y llevarlo hasta sí.

A Antonio Baños se le agrió el gesto, pero no dijo nada más. Se limitó a seguir con una mirada ceñuda a Rafael mientras este atravesaba el improvisado cordón creado por sus hombres. También el chico permaneció en silencio. Se sabía pisando hielo quebradizo y tuvo la prudencia de bajar la vista y actuar con cautela.

Fray Diego retiró el lienzo que cubría el cuerpo. No cabía duda de que se trataba de otra nueva víctima del Sayón. Como en las anteriores ocasiones, el cuerpo estaba desnudo por completo y embadurnado de azul de pies a cabeza. Un hueco por el que asomaban las costillas rotas se abría donde debía estar el pecho. La herida de la entrepierna indicaba que el ominoso destino de sus

criadillas había sido el mismo que el de sus antecesores. Curiosamente, pese a la violencia de las heridas, apenas había sangre. Eso no hacía la escena necesariamente más amable, sino que producía el efecto contrario al que podría inferirse.

A su espalda, Rafael ahogó un gemido, mezcla de repulsa y horror. Una cosa era leer en un documento el modo en que el Sayón actuaba y otra verlo desde tan cerca. Se persignó hasta tres veces con ímpetu. Entre la multitud, que crecía en número a cada minuto, más de uno hizo lo propio.

En apariencia ajeno al impacto que producía el estado del finado, Diego de Luna también se persignó, aunque con parsimonia. Echó un breve responso y se acuclilló junto al cuerpo.

—¿Se sabe quién es? —preguntó.

El alguacil subió y bajó la barbilla en una mueca de asentimiento.

—Blas de Henar, mercader y cónsul de la Casa Lonja. Miembro de una notable familia de Sevilla. Desapareció hace dos noches, cuando se le echó en falta al no regresar de una reunión, precisamente en la lonja.

Un secretario del arzobispo, el hijo de un poderoso mercader y un cónsul de la Casa Lonja de Mercaderes. El Sayón seguía eligiendo a sus víctimas de entre lo más granado de la sociedad sevillana.

—Espero que, al menos, asesinar a una de las personas con más poder de Sevilla sirva para que las autoridades hagan algo. Por lo menos deberían decretar el toque de queda; con una ciudad vacía y vigilada, le será más difícil volver a actuar.

El alguacil menor soltó un sonoro resoplido. En sus pupilas se adivinaba que se debatía entre ser leal al cuerpo al que representaba o serlo a la verdad.

—El Cabildo sigue negando que nada ocurra —dijo con voz queda—. Oficialmente, este es un asunto independiente de las dos muertes anteriores.

Diego rezongó contrariado.

—¿Tan ciegos están?

—La Semana Santa está encima. Temen que, si se toman

medidas, la ciudad se asuste. Ya sabéis que son muchos los que acuden a la ciudad esos días para ver a las cofradías de sangre procesionar. Sería una gran pérdida económica y Sevilla aún no se ha repuesto de la peste.

El fraile chistó todavía una vez más a modo de callada protesta, pero lo dejó por imposible. Cuando la política entraba en escena, el sentido común salía por la ventana.

Se concentró en lo único que podía hacer. Prestó atención a las muñecas del muerto. Luego su vista se fue hacia los tobillos.

—¿Os habéis fijado que tiene marcas de ligaduras en manos y pies?

—Del mismo modo que los anteriores —confirmó el golilla—. Es como si hubiese estado largo rato atado de pies y manos.

El franciscano se mordió la parte interna de los carrillos. Luego apoyó el cadáver sobre un costado y se inclinó hacia este, como buscando algo en la espalda. Una labor que costó lo suyo, pues el finado pesaba sus buenos dos quintales y pico. Lo devolvió a su posición inicial con el mismo esfuerzo.

Observó luego la herida del pecho, pareciendo calcular sus medidas y el modo en que se debía de haber producido. Asimismo, puso gran atención en los símbolos que se veían en brazos y manos.

Estudió el cadáver con una indiferencia tal que incluso el experimentado alguacil se sorprendió.

Cuando pareció complacido de su observación, Diego volvió a cubrir el cuerpo y se incorporó.

—Antes de la llegada de los cristianos —comenzó—, existía entre parte de los indios de las Américas la costumbre de realizar sacrificios humanos. Ataban de pies y manos a sus víctimas y las colocaban sobre una piedra de forma circular, de tal modo que se les elevaba el pecho, para facilitar la operación de abrirles el abdomen y sacarles el corazón, que ofrecían a sus dioses.

—Eso encaja con lo que aquí se ve —dictaminó el justicia.

—No del todo —aclaró el fraile—. Los sacerdotes que practicaban tales horribles ritos abrían por debajo de las costillas a los

sacrificados y metían sus manos dentro del cuerpo para buscar el corazón y extraerlo. Lo que tenemos aquí es un acto mucho más brutal. Prácticamente lo han abierto en canal como a un marrano o a una res. Se necesita mucha fuerza y voluntad para ello. Los indios usaban cuchillos de sílex, pero esto parece fruto de un arma de dimensiones mucho mayores.

—Pero los símbolos en manos y piernas indican claramente el origen que sugerís.

—He visto similares grabados en las regiones del Golfo de Honduras, incluso en Mérida, en Yucatán —confirmó el clérigo—. Pero me es imposible asegurar su origen, y nadie sabe qué representan esos símbolos, aunque se cree que se trata de un tipo de escritura. Además, he leído en crónicas como la del obispo Diego de Landa de otros métodos usados en sus rituales, como la decapitación o desollamiento, pero nunca he oído hablar de casos de castración en los sacrificados.

—Entonces, ¿no creéis que estemos ante un asesino que recree los ritos paganos de los que habláis?

Diego de Luna suspiró largamente. Calibró sus siguientes palabras. Confiaba en la buena fe de Antonio Baños, pero no estaba seguro de que lo que le dijese no llegara a otros oídos aparte de los suyos.

—Creo que lo que el Sayón quiere es enviarnos un mensaje —dijo bajando la voz.

El alguacil lo miró de hito en hito.

—Explicaos —demandó.

El franciscano le contó su teoría. De cómo estaba convencido de que el asesino abandonaba los cuerpos en la ciudad con el objeto de que fuesen encontrados y se hablase de ello. También lo puso al tanto de los crímenes anteriores en Écija, pero obvió referirse al misterioso pintor.

—Tiene que haber algo en común entre las tres víctimas —dijo a modo de conclusión—. Algo que una a las tres. El Sayón no eligió al azar a estos hombres; de lo contrario, no serían todos personajes

tan conocidos y poderosos. Si logramos descubrir de qué se trata, qué los relaciona, podremos ir un paso por delante de él.

Antonio Baños sacudió la cabeza como dudando que tal cosa fuese posible.

—Los tres asesinados pertenecen a lo más selecto de la sociedad sevillana. Tened por seguro que se trataban habitualmente y estaban relacionados.

—Tiene que haber algo más. Algo por lo que el asesino los escogió para transmitir su mensaje —porfió el religioso.

—Si lo averiguáis, mantenedme al tanto.

Diego dio su aprobación con un brioso movimiento de cabeza y se dispuso a alejarse de la escena. Con una seña, conminó a Rafael a hacer lo propio, pero algo llamó la atención del fraile. Con paso cauto, se acercó a unas rodadas dejadas sobre la tierra mojada.

—¿Estas marcas de ruedas estaban ya cuando os avisaron del hallazgo del cuerpo? —preguntó a Antonio.

El golilla se había acercado a comprobar qué reclamaba el interés de fray Diego y estudió el rastro con curiosidad.

No os lo puedo decir con total seguridad —dijo en primera instancia—, pero nadie ha pasado por la calle desde que yo y mis hombres vinimos, así que me atrevo a decir que sí.

El fraile alzó la vista al cielo. Las gotas que le caían sobre los ojos le obligaron a colocarse la mano a modo de visera.

—¿Desde cuándo lleva lloviendo?

El alguacil enarcó una ceja y pareció cavilar su respuesta.

—Sería medianoche cuando empezaron a caer las primeras gotas —respondió al tiempo que ataba cabos—. ¿Creéis que fue el Sayón quien dejó las rodadas?

—Viendo lo que pesa el muerto y lo complicado que sería cargar con él por la ciudad, la posibilidad de que usase un carromato pequeño para transportar el cuerpo me parece más que probable.

Antonio Baños se colocó en cuclillas junto al rastro y calibró a ojo sus medidas.

—Por la anchura del eje, se trata de un carro pequeño. De esos

que usan estibadores y esportilleros para llevar materiales y mercaderías de una a otra parte de la ciudad —sentenció.

—Fijaos que hay dos rastros. Unas vienen de allí. —El franciscano señaló en dirección a la catedral—. Y las otras parecen dar la vuelta a mitad de calle y regresar por el mismo camino. Me atrevo a decir que trajo el cadáver desde esa dirección, lo dejó en el lugar elegido y volvió sobre sus pasos.

Diego de Luna apreció en el gesto contrariado del alguacil que haber pasado aquellas rodadas por alto le reconcomía por dentro. Se dispuso, esta vez sí, a irse de la escena.

Antes, el alguacil le puso la mano en la espalda y habló con una voz tan severa que parecía estar mascando clavos.

—Hoy he confiado en vos al dejaros ver el cuerpo, no traicionéis esa confianza —sentenció.

En su voz había más de imperativo que de recomendación.

—Así será —manifestó el clérigo por toda respuesta.

Él y su ayudante atravesaron el cordón de los corchetes y dejaron atrás la escena.

Una vez lejos de miradas indiscretas, para lo cual incluso se volvió para mirar a sus espaldas, Rafael inquirió al franciscano acerca de lo que había obviado al alguacil.

—¿Por qué no habéis contado a ese golilla todo lo que averiguasteis en Écija?

La lluvia caía ahora con mayor intensidad, así que buscaron el refugio que les proporcionaba el alero de un balcón.

—Es mejor andarse con tiento. Empiezo a ver, cada vez con mayor claridad, que estamos, de algún modo que todavía no comprendo, ante un asunto que atañe a gente importante y de muchísimo dinero.

Rafael meditó unos segundos la respuesta del fraile.

—¿Os referís a que los tres asesinados eran personas conocidas y de buenas familias?

—No solo a eso —dijo de modo enigmático el franciscano—. El cuerpo del mercader estaba cubierto de azul *ultra marum*, un

pigmento usado por pintores. Se extrae de un mineral llamado lapislázuli, que se encuentra solo en Persia. Es tan caro que, con lo que estaba embadurnado ese infeliz, podría comer una familia durante un año.

Rafael soltó un silbido de admiración.

—Entonces, estáis diciendo, si no lo entiendo mal, que es posible que el Sayón también sea gente notoria y de posibles.

Ante tamaña afirmación, fray Diego no tuvo otra opción que admitir que tal cosa era posible, pero había que apelar a la prudencia.

—Ahora, lo importante es hacer una visita al que encargó que nos siguiesen a Écija. Me da que mucho de provecho vamos a sacar de ella —dictaminó antes de poner proa hacia San Bartolomé.

XIV

A maese Murillo ver regresar al fraile no le vino de sorpresa. Mateo ya lo había advertido de que el religioso era inteligente y muy despierto. No le extrañaría que se hubiese percatado de que lo seguía.

Así que, cuando franqueó la entrada del taller demandando verlo, Bartolomé Esteban Murillo indicó al franciscano que lo acompañase hasta el despachito de la anterior visita. Encargó a Mateo que nadie lo molestase y pidió que les sirviesen un vino templado con canela, porque la mañana estaba húmeda.

—¿Cómo fue la entrevista con Jerónimo? —comenzó el pintor intentando conducir la conversación hacia terreno favorable.

La tentativa no terminó de cuajar. El religioso respondió en tono cortante.

—¿Acaso no te lo ha contado ya el chico al que ordenaste seguirme?

Murillo emitió un largo y sonoro suspiro, similar al soplido necesario para apagar un gran velón. Como si supiese que hablaban de él, Mateo entró en el pequeño despacho, trayendo consigo una bandeja con un jarro de vino y dos copas.

—Déjalo y vete —ordenó el artista en un tono que se acercaba peligrosamente al malhumor.

El joven afirmó con un movimiento rotundo de mentón y depositó todo en la mesita que separaba a pintor y fraile. Durante

toda la operación, sintió la mirada cargada de reproches de Diego de Luna clavada en él. Así que, tras finalizar, no perdió tiempo y desapareció tras realizar una genuflexión.

De nuevo a solas, Murillo tomó el jarro y escanció una generosa ración en los recipientes.

—Entiendo que, tras hablar con él, determinaste que Jerónimo era inocente —dijo, llevándose la copa a los labios, pero deteniendo el movimiento a mitad de camino.

—Lo es, pero eso no oculta el hecho de que ordenaras espiarme.

Murillo pareció no saber qué responder. Se quedó unos instantes absorto, con la copa en la mano y la vista fija en un nudo de la madera de la mesa. Al punto, recobró la normalidad, pero la copa siguió sin moverse.

—Tenía que hacerlo —se limitó a responder.

—¿Por qué? —inquirió el religioso.

Finalmente, el pintor concluyó su tarea. Posó la copa en sus labios y dio un largo sorbo, retrasando el momento de responder. Cuando lo hizo, su voz rezumaba todo menos arrepentimiento.

—Quería estar al tanto.

Fue su escueta respuesta antes de devolver con cierta violencia la copa a la mesa.

Diego le sostuvo la mirada.

—Si no confías en mí, no puedo ayudar al crío a salir de la Cárcel Real —sentenció.

El semblante del maestro demudó, con la precipitación de un cielo que se cubre de nubes en agosto.

—¿Jerónimo? Saldrá de la cárcel ahora que el Sayón ha vuelto a matar.

—Yo no contaría con eso. Bien sabes que el Cabildo necesita un chivo expiatorio. No lo van a liberar tan fácilmente.

Murillo apretó los puños con tanta fuerza que las manos se le volvieron blancas. Negó con energía.

—Ha aparecido un nuevo muerto y él está en la prisión. Nadie puede acusarlo de ser responsable de ese crimen.

Aunque había intentado imprimir seguridad a sus palabras, estas parecían dirigidas a calmarse más que a convencer a su interlocutor.

No pueden acusarle de este crimen, pero sí de los anteriores y hasta que tengan un nuevo sospechoso no van a liberarlo. Lo sabes tan bien como yo —dictaminó Diego antes de hacer una pausa—. Así que, si quieres que el chico no se pudra en la cárcel o peor, acabé en el patíbulo de la plaza de San Francisco, te aconsejo que comiences por contarme todo lo que sepas de ese pintor del que me hablaron en Écija. Creo que a estas alturas, ambos sabemos que es muy posible que se trate del Sayón de Santa María.

El pintor acabó por rendirse a la evidencia. Confiar en Diego de Luna era la única baza de que disponía para sacar a Jerónimo de la Cárcel Real de la calle Sierpes. Dio un segundo tiento a su copa, como para infundirse ánimo, tras lo cual la depositó de vuelta sobre la madera y se atusó el cabello.

—Salvador Cano y Alameda. Así se llama —comenzó—. Era el chico con más talento de cuantos he tenido bajo mi tutela. Me abordó una noche en la que salía de la Casa Lonja. Hacía unos pocos meses que Herrera hijo, Sebastián Llanos, Juan de Valdés y yo mismo habíamos fundado una academia para enseñar el arte de la pintura y el dibujo. Utilizábamos una sala en el segundo piso para dar clases. Me dijo que quería entrar a trabajar en mi taller. Ser mi ayudante. Hablaba con una arrogancia tal que le dije que para ello debía demostrar su valía. Pidió entonces ser alumno de nuestra academia, de modo que pudiese probar su talento con el paso de los días. Al poco, yo mismo hube de claudicar ante la realidad y admitir su extraordinaria aptitud. Tenía un don natural para la pintura. Por supuesto, estaba claro que había estado bajo las órdenes de un maestro con anterioridad, aunque nunca me dijo de quién se trataba. Nunca supe gran cosa de sus orígenes. No hablaba de ello jamás. Así que lo tomé a mi servicio y le hice trabajar en este mismo taller. Durante las primeras semanas, todo fue bien. Hacía lo que se le pedía y era ordenado y menesteroso. —El maestro hizo una pausa que aprovechó para dar un nuevo trago de vino. Al retirarse la copa

de los labios, parecía que el líquido, lejos de reconfortarle, le hubiese resultado amargo. Plegó los labios en una fina raya y prosiguió—. Pero, al tiempo, comencé a ver que algo iba mal en su sesera. Su trabajo y carácter se volvieron erráticos. Pintaba figuras extrañas. Reusaba mis consejos.

Discutía con todos en el taller, yo incluido. Nunca fui de reñir a mis aprendices, así que lo atribuí a un temperamento sanguíneo, tan común en artistas, y lo dejé estar. Pero solo me engañaba a mí mismo. Empeoraba a cada día. —Murillo se sirvió una nueva copa de vino y le dio un largo e intenso trago. Lo necesitaba para continuar su relato—. Se fue transformando en otra persona. No sé explicarlo de otro modo. Es como si llevase un segundo yo dentro. Una personalidad que a veces asomaba a la superficie y que acabó por adueñarse por completo de él y de sus actos. La gota que colmó el vaso fue la pelea que tuvo con un ayudante, al que rompió la mandíbula y la nariz a golpes y al que no mató solo porque Mateo y otros chicos se lanzaron sobre él y lo apartaron.

—¿Lo echaste del taller? —interrumpió Diego. También él había tomado su copa por primera vez y dado un tiento mientras escuchaba con atención la narración del pintor.

—No me quedó otra —dijo Murillo, como disculpándose—. Después de la pelea, era imposible que continuase. Lo eché sin prácticamente darle tiempo a recoger sus cosas. Incluso se dejó una especie de diario que escribía en unos cuadernos en los que también dibujaba esbozos tan horrorosos que te ahorraré el mal rato. Así supe que aquel loco había usado sangre de animales a modo de pigmento para sus obras. ¡E incluso, cuando eso le pareció poco, se había practicado cortes a sí mismo para tal fin! ¡Imagina descubrir que semejantes extravíos habían sucedido bajo mi propio techo!

—¿Conservas esos diarios?

Murillo negó con ojos perplejos, como si solo pensar tal posibilidad le horrorizase.

—¡Los quemé todos en una hoguera en el patio! Junto a sus cuadros y el resto de sus pertenencias.

—¿Qué fue de él después?

El maestro hizo un revelador gesto con los hombros para responder que no lo sabía a ciencia cierta.

—Por lo que sé, siguió en Sevilla unos meses. Intentó entrar al servicio de mis compañeros de la academia, pero ellos estaban al tanto de su comportamiento. Así que lo rechazaron. Intentó entrar en el taller de un pintor de medio pelo en Dos Hermanas, y también este le negó el pan. Así que se fue de la región. Según me contaron varios pintores de otras ciudades, estuvo dando tumbos de taller en taller. Córdoba, Granada, Toledo…; según tú me dices, también Écija, y finalmente desapareció. Fue como si la tierra se lo hubiese tragado.

—Es muy probable que se fuese a las Américas —apostilló el franciscano, rememorando los elementos paganos de las recientes muertes. Los símbolos, los sacrificios, la extracción del corazón, el cuerpo embadurnado de azul…

Luego, se quedó en silencio. Ambos hombres lo hicieron. Diego de Luna volvió a beber de su copa. Al finalizar, su voz sonaba un poco más grave, profunda.

—¿Cómo supiste que el Sayón era en realidad tu antiguo aprendiz? —preguntó.

—Solo unos días antes de que apareciese el primer cuerpo, alguien hizo pasar una carta bajo mi puerta. Era de Salvador. En ella me decía que había regresado e iba a demostrarme que al echarlo había cometido un error. También hablaba de que iba a crear un nuevo arte y que había elegido Sevilla para mostrarlo al mundo. Un arte desconocido que iba a asombrar y aterrorizarnos a todos. Por supuesto, tras leerla, rompí la carta en mil pedazos y la quemé. Estaba plagada de desvaríos. No le di más importancia. Como mucho, sentí un gran fastidio por volver a saber de aquel loco. —Una nueva pausa para refrescarse la garganta detuvo las palabras del maestro. Al retomar su discurso, parecía haberse dado cuenta del error cometido al destruir la misiva—. Cuando me llegaron noticias de la primera muerte del Sayón, recordé los diarios y los

desatinos que en ellos narraba y supe que se trataba de él.

—Debiste haberme contado esto antes —sentenció Diego con gesto serio.

La cabeza del pintor se sacudió varias veces, como si quisiera alejar una nube funesta que se hubiese posado sobre él.

—No podía. De hecho, no debería haberte revelado esto. Solo contártelo nos ha puesto en peligro a todos.

—¿De qué estás hablando? Explícate —demandó un perplejo Diego—. Si quieres que Jerónimo salga de la prisión, no me ocultes nada más.

La mirada del artista vagabundeó por las paredes del despacho, de tal suerte que podría jurarse que buscaba en ellas la fuerza necesaria para responder. Se lo veía azorado, reacio, violentado incluso, ante la idea de continuar hablando. Antes de que el fraile demandase más información, el maestro lo frenó con un gesto.

—No me pidas que te cuente lo que no puedo —pidió—. Lo que debo callar no te ayudaría en tu labor ni está relacionado con este asunto. Tienes mi palabra.

Diego no quiso insistir. Aquello que el pintor se guardaba parecía sumergirse en un territorio que intuía no solo ajeno a sus intereses y su labor, sino peligroso. Se lo decían los ojos de Murillo, a los que se asomaba un terror que, lejos de ser irracional, tenía su origen en el conocimiento.

—Buscaré a ese hombre. Haré todo cuanto esté en mi mano para encontrarlo, pero te advierto; una vez lo prenda, lo llevaré ante la justicia. Es posible que tu nombre salga a la luz —sentenció tajante.

Murillo asintió con parsimonia.

—Saca a Jerónimo de la cárcel. Es todo lo que te pido.

—Necesito que me des el nombre de cuanto proveedor de lapislázuli tengas conocimiento.

El pintor enarcó las cejas sorprendido.

—¿Qué tiene eso que ver con este asunto?

—El cuerpo de Blas de Henar estaba cubierto de azul. Creo que el Sayón utilizó lapislázuli.

—Es un mineral muy caro, casi tanto como el mismo oro. Y hay que saber utilizarlo para conseguir el pigmento que de él se obtiene. Yo mismo lo reservo para ocasiones especiales, como el manto de la madre de Dios, y solo si el comitente del cuadro puede permitirse tal dispendio. Así que no hay muchos mercaderes que lo vendan. Uno en Sevilla y quizá un par más en Madrid. —El artista se quedó cavilando varios segundos—. Para crear la cantidad de pintura de la que hablas, sería necesario por lo menos quince o dieciséis onzas; algo menos si se diluye, ya que para aplicarlo en la piel no sería necesaria una gran concentración. ¡En cualquier caso, es una verdadera fortuna!

Sin obviar que presumiblemente usó el mismo material con los dos cadáveres anteriores o que haya previsto utilizarlo más en el futuro. Eso hace que estemos hablando de varias libras.

Os daré el nombre de mi proveedor, pero podéis estar seguros de que nunca ha tratado con tal cantidad de mineral.

XV

Tal y como maese Murillo predijo, el único proveedor de lapislázuli en Sevilla negó haber vendido nunca semejante cantidad del mineral azul. Era un pisano medio tuerto y antiguo mareante que despachaba mercaderías de todos los rincones del Mediterráneo desde la collación de San Isidoro.

—Nadie se arriesgaría a adelantar tanto dinero y quedarse después con él porque el cliente se echa atrás —sentenció—. Si queréis encontrar alguien que negocie tales cantidades, debéis ir a Venecia; allí es donde el lapislázuli arriba tras viajar desde Persia. Pero, en España, os digo que nadie suele comprar más allá de unas pocas onzas.

Después de que aquel camino resultase no tener salida y la agria conversación con el pintor, Diego no conseguía conciliar el sueño. Dio vueltas en su camastro durante horas. El reloj de la catedral anunció la una de la madrugada y después las dos.

En su yacija, Rafael también se removía inquieto. El fraile lo sorprendió varias veces a medio incorporar, espiándolo para comprobar si se había dormido.

Sabía que el muchacho esperaba que lo hiciese para salir de su cama e irse del convento. Resolvió fingir que el sueño lo vencía finalmente y durante casi diez minutos permaneció inmóvil, en silencio. Tras ese tiempo, vislumbró entre las sombras la silueta de Rafael escabullándose de la Hospedería.

También él saltó de la cama, se colocó el hábito directamente sobre la camisola de dormir y se calzó las sandalias a toda prisa.

Cuando salió con cuidado al patio exterior, tuvo el tiempo justo de ver al muchacho encaramarse a la tapia y saltar al otro lado. Durante un breve instante, le pasó por la cabeza la idea de imitarlo, pero no se engañaba; ni su agilidad ni su maña podían compararse a las de un mozalbete.

Escudriñó el huertecillo. Al trote, mientras escuchaba las suelas de las alpargatas alejarse al otro lado del muro, se acercó a la portezuela que los hermanos que trabajaban el cercado usaban para sacar desperdicios a la calle. Asió la manija y empujó. Estaba abierta. La experiencia también tenía sus virtudes.

Vislumbró al chico en la distancia, a algo más de cuarenta pasos, y lo siguió. El uno detrás del otro bordearon la enorme isla que ocupaba la Casa Grande, acortando a través del callejón de San Buenaventura y después subieron calle de Catalanes arriba. Tan seguro de que nadie lo seguía iba Rafael que no se molestó ni una sola vez en mirar hacia atrás. De haberlo hecho, el franciscano ni hubiese sabido cómo ocultarse de su vista ni tenido la agilidad necesaria para hacerlo.

Estuvo a punto de perderlo cuando, sin previo aviso, giró hacia Colcheros. Fray Diego aceleró el paso. De nuevo a la vista, continuaron la calle y desembocaron, después de que la vía se estrechara, en la plaza del Duque.

Cruzaron la glorieta desierta a aquellas horas, y calle Palmas arriba llegaron a la Alameda de Hércules. Se adentraron en unas callejuelas estrechas de la zona, famosas por sus tabernas, figones, mesones y bayucas, así como por la gente pendenciera que a sus puertas se congregaba.

Rafael se detuvo ante un edificio en cuya planta baja se ubicaba una tasca de mala muerte y, en la superior, uno de esos negocios que llaman boliches o tablajes, donde pecadores y santos se apuestan hasta el sayo a los dados o jugando a boyadas desde el anochecer hasta que clarea el día.

El chico ascendió la escalera hacia el segundo piso con ágiles pasos, subiendo los peldaños de dos en dos. Diego se dispuso a seguirlo, pero antes hubo de aguardar a que un par de esponjas de vino recién salidas del negocio concluyeran un peligroso descenso en el que cada escalón parecía ser un salto de fe. Merced aque se aferraban el uno al otro, a la experiencia en esas lides o a que su ángel de la guarda los rondaba esa noche, ambos concluyeron su tarea sin quebrarse nada. Una vez los borrachos se alejaron dejando tras de sí una vaharada de vino rancio, el franciscano prosiguió su caza y encaró el ascenso.

Dentro del boliche, el tufo a aguardiente y sudor le golpeó como un puñetazo en el estómago. Barrió el lugar con la vista y no vio ni rastro de Rafael. El tiempo que había desperdiciado por los borrachines había distanciado a presa y cazador.

Sus hábitos pardos desentonaban como una pavesa de hollín en la nieve, pero, atento como estaba todo el mundo a dados, señas y a posibles trampas, nadie reparó en él. Se llegó ante un mostrador al frente del cual un mocetón de planta imponente despachaba un vino tan espeso que podía cortarse.

—Un muchacho acaba de entrar aquí —dijo el franciscano.

El hombre lo estudió de pies a cabeza, como calibrando si lo que tenía ante sí era un fraile real o un impostor vestido como tal. Lo miró largo rato y, cuando estuvo convencido, se persignó con verdadera fe. Había mansedumbre cuando se dirigió al fraile; docilidad casi.

—¿Por qué andáis buscando a Rafaelillo, padre? —dijo apurado —. ¿Se ha metido en algún embrollo?

Rafaelillo, el diminutivo a punto estuvo de provocarle una carcajada. Diego negó con la cabeza.

—Está a mi servicio —quiso aclarar.

El garitero mostró una sonrisa con más faltas que dientes.

—Así que sois vos quien lo sacó de la trápana… quiero decir, de la cárcel —soltó.

—¿Dónde está?

—Tercera puerta a vuestra siniestra —dijo el hombre, señalando al fondo.

¿Qué avíos llevaban a Rafael a aquel tugurio a tan intempestivas horas?

Pronto saldría de dudas.

Se plantó frente a la puerta indicada y llamó con los nudillos. Al punto, el rostro de Rafael se asomó al vano y se encarnó hasta la grana nada más ver al fraile.

¡Padre! ¿Qué hacéis vos aquí? —acertó a decir—. ¿Me habéis seguido?

—¿Encuentras aquí el ruido que te falta en el convento para dormir a pierna suelta? —ironizó el religioso.

El chico cerró la puerta tras de sí y salió al pasillo. No había que ser un lince para darse cuenta de que intentaba evitar que Diego fisgase el interior de la habitación.

—Suelo dormir aquí. Manuel —dijo, señalando con la barbilla al hombretón del mostrador— me deja utilizar este cuarto.

—¿Y quién está ahí dentro contigo?

Las cejas de Rafael se enarcaron hasta un punto que parecía imposible.

—¡Nadie! Nadie me acompaña. Estoy solo.

El franciscano soltó con lentitud el aire que retenía en sus pulmones.

—Perdono las faltas de la carne con más facilidad de la que puedas creer, pero la mentira… Esa no la disculpo —advirtió—. Y es la segunda vez que me mientes.

La reprimenda del monje se detuvo en seco en cuanto el chico se apartó de la puerta y la empujó para mostrar lo que ocultaba. Dentro había una mujer que por lo menos doblaba en edad a Rafael. Estaba parada frente al umbral, como si hubiese estado escuchando toda la conversación.

—No es lo que vos creéis —dijo—. Es mi hermana.

La mujer dio un paso al frente y miró altanera al franciscano, casi como si lo retara a hacer algo.

—Me llaman Isabel, Isabel la Cobriza —anunció.

Fray Diego se quedó mirándola de hito en hito. Que Rafael se reuniese con su hermana en aquel cuartucho era lo último que podía esperar. Estudió a la muchacha. Era de tez oscura y cabello más zaino aún. Unos ojos almendrados del idéntico tono ceniciento de su hermano remataban un rostro hermoso. Por sus hechuras, mote y modos de vestir saltaba a la vista que se dedicaba al oficio más viejo del mundo. ¿Qué otra cosa podía hacer una criatura como aquella en una ciudad tan podrida?

Se giró hacia su ayudante.

Creía que eras huérfano y que nunca conociste a tu familia. No me habías dicho que tenías una hermana —le recriminó.

Medio hermana más bien —corrigió la mujer—. Solo compartimos madre.

—Nos rencontramos hace unos pocos meses. Hasta entonces no sabía que existía, pero ella anduvo buscándome por hospitales de la ciudad.

Había alegría en la voz del mozo. El fraile lo entendía. Venimos solos y solos nos vamos; encontrar la compañía de una familia a la que creías perdida era algo por lo que sentir alborozo.

—De cualquier modo —dijo—, no es necesario que os veáis a escondidas en este sitio. Cualquiera podría malinterpretar la situación.

—El carajo de un gorrino es lo que me importa lo que los demás piensen —saltó la muchacha desdeñosa.

Su hermano censuró con la mirada que se dirigiese de tal humor al religioso. Este alzó las palmas para impedir que la reprobara de voz.

—Lo que quiero decir es que tu hermano no ha de saltar la tapia del convento y venir aquí en mitad de la noche, como si fuese un ladrón. —Se giró hacia el chico—. Si quieres ver a tu hermana, solo tienes que pedirlo. No eres mi esclavo. Solo trabajas para mí.

El término «trabajar» hizo que a Rafael le picara el aguijón del orgullo en el pecho. Miró ufano a su hermana.

—Fray Diego y yo estamos investigando los crímenes del Sayón —dijo.

La mujer asintió al tiempo que sacudía aquella melena azabache suya.

—El padre estará sediento —dijo—. Acércate al mostrador y trae un poco de vino. Y advierte a Manuel que sea del bueno, del que guarda bajo la tabla, no del caldo del demonio ese que despacha.

El chico salió del cuarto presto a cumplir con el encargo. Al verlo así, tan predispuesto para que aquella mujer y él se llevasen bien, le dio la impresión de verlo como en realidad era: poco más que un niño que había tenido que ser al mismo tiempo su propio padre y madre.

Se dio la vuelta y afrontó a Isabel.

—Ambos sabemos que has hecho salir al chico para que tú y yo podamos hablar, así que habla. Antes de que regrese.

La mujer emitió un sonido similar a un bramido y puso los brazos en jarras. Clavó con dureza aquellos ojos grises como una piedra en los del religioso.

—Os agradezco que los sacarais de la cárcel. Y sé que actuáis de buena fe —comenzó con dejo sereno para endurecer la voz al punto —, pero que ande de aquí para allá con vos tras los pasos de ese asesino… Nada bueno sacará de eso.

El clérigo unió las palmas de las manos y frunció y desfrunció los labios.

—Tengo gran aprecio por tu hermano. En los pocos días que he pasado con él, he podido ver que es un muchacho despierto y de buen corazón —aseveró—. Te aseguro que por nada del mundo querría ponerlo en peligro.

La defensa del fraile, lejos de serenar a la muchacha, hizo que su actitud fuese incluso más hostil.

—Pero lo ponéis en peligro al hacerlo trabajar para vos —dictaminó airada—. ¿Y qué es eso de que queréis que se meta a fraile?

—Creo que es una oportunidad para él. Para que mejore su vida.

Siendo un novicio, tendría acceso a una educación. Podría ganarse la vida de modo honrado.

—Dejad de llenarle la cabeza de pájaros. La gente como nosotros no hemos nacido para ser curas o monjas.

—¿Y qué es lo que quieres para él? ¿Qué siga vendimiando bolsas hasta que vuelva a ir a la cárcel? O, peor aún, que acabe con alguna cuchillada tirado en la calle o en la horca —sentenció el religioso.

La mujer dio un desafiante paso en dirección al clérigo. A tan escasa distancia, resultaba amenazadora, peligrosa incluso.

—Es mi única familia —dijo.

Y no hizo falta que añadiera nada más.

Aquella mujer estaba acostumbrada a defenderse y a defender lo suyo. Actuaba movida por el temor a que algo le sucediera a Rafael. Solo intentaba protegerlo. Diego de Luna alzó las palmas de las manos a modo de rendición.

Templó el tono.

—Tu hermano es un chico inteligente y compasivo. La terrible vida que ha tenido lo ha llevado por un camino que nunca acaba bien —dijo—. Lo que yo le ofrezco es la oportunidad de tener una mejor vida. Deja que sea él quien decida lo que quiere. Si lo estimas como parece, no le niegues tal oportunidad. Tienes mi palabra de que cuidaré de que nada le suceda.

Isabel la Cobriza apretó los puños. Retrocedió, pero sus ojos siguieron fijos en los de Diego cuando hizo una promesa que tenía poco de ser vacía.

—Tened cuidado de que nada le suceda a mi hermano, fraile, o juro por lo más sagrado que…

Luego, echó la cabeza hacia atrás con orgullo y dejó a las claras que no había concluido su amenaza solo porque así lo deseaba. Llevaba dentro maldiciones suficientes para hacer que sus palabras fuesen como escritas en piedra. Diego supo que no debía tomarse aquella advertencia en vano. La miró con fijeza y le habló sincero.

—Deja que sea él quien decida qué quiere ser.

Así, sin apretón de manos previo salivazo en ellas ni firma en papel alguno, ambos sellaron una suerte de pacto silente.

En ese momento, Rafael entró portando una bandeja con un jarro de vino y copas.

* * *

La campana de la Giralda anunció que eran las dos de la madrugada.

—Buena hora para la caza —se dijo entre dientes aquel al que llamaban el Sayón.

La calle estaba desierta y en penumbra. Ni una sola tea ardía en los muros y ni un alma osaba romper la quietud de la madrugada. La angosta calleja del Aire era idónea para emboscadas como aquella. Por eso la había elegido para apostarse en las sombras. Por eso y por su estratégico lugar cerca del convento de la Encarnación, donde su presa tenía un palacete.

Aguardó.

La espera valía la pena. Esa noche la presa era de importancia. Nada menos que el hijo de uno de los Caballeros Veinticuatro de Sevilla, la élite que gobernaba la ciudad desde el Cabildo.

Al poco, el rumor inconfundible de pasos vacilantes merced al mucho vino trasegado se escuchó.

Se aprestó a actuar. Sentía el corazón batiendo con fuerza en el pecho y la garganta seca fruto de la emoción.

Se ocultó entre las sombras e hizo bien. Fue entonces cuando se percató de que otras pisadas acompasaban a las de la presa. Justo después, la luz de una lamparilla rompió la negrura, confirmando sus sospechas. Dos sombras se esparcieron enloquecidas por las paredes.

Su víctima no iba sola esa noche.

Se asomó con cautela y escudriñó la calle. A la diestra de su

objetivo, caminaba un hombre embozado, farol en mano, sombrero de pluma engolada y espada ropera al cinto. Su andar no era el de su señor, errático por causa del alcohol, sino templado y sereno, y por encima del coleto se adivinaban unos ojos que escrutaban la calleja en busca de peligros.

Así que llevaba escolta.

Aquello lo hacía todo aún más interesante. Más desafiante.

Se remetió la camisola remendada dentro de unas calzas igual de humildes y asió los mangos del carretón. Salió del zaguán empujándolo, caminando con gravedad, como quien ha hecho una cosa mil veces y no presta atención. Fiel a su papel, incluso canturreó una tonada popular.

Se detuvo y alzó las manos demandando calma.

—¡Sosiego, señores! Que solo soy un esportillero que va del Arenal a la plazuela del Carbón —dijo, señalando la carretilla que había abandonado momentáneamente. Esta ocupaba la mitad de la estrecha callejuela.

El del candil dio un brinco fruto de la sorpresa, soltó un juramento al tiempo que desenvainaba y se colocó en posición de guardia. Su señor se lo quedó mirando unos segundos sin saber qué estaba sucediendo, tal era la turca que llevaba.

—Sal a la luz —ordenó el de la espada sin tenerlas aún todas consigo.

El Sayón hizo lo que se le ordenaba y dio unos pasos titubeantes.

—Ya voy —balbució—, pero templad la mano, que soy hombre de paz y no de riñas.

Su actuación era tan sobresaliente que cualquiera hubiese juzgado al verlo que la ropa no le llegaba al cuerpo de puro pavor.

El de la ropera lo estudió en silencio. El círculo que proyectaba la lámpara revelaba, ciertamente, a un individuo vestido de modo humilde y que apenas se atrevía a mantenerle la mirada.

—¿Qué hacías oculto en la oscuridad? —inquirió.

—Aliviarme, señor —replicó el otro, interpretando a la perfección su papel.

El escolta receló de la explicación y asió con más fuerza la empuñadura de su acero. La cazoleta lanzó un brillo acerado a la luz del candil.

Pero su amo no estaba por la labor de perder más el tiempo.

—¡Vámonos, necio! Que si nos paramos a cada rato con cada estólido con el que nos crucemos nos va a cantar el gallo —gruñó con una voz apenas entendible.

Sin esperar a su hombre, echó a andar con paso vacilante.

El del sombrero de pluma acabó por claudicar ante su patrón. Soltó un gargajo que aterrizó en el suelo e hizo una seña al esportillero para que dejara paso franco.

—¡Hazte a un lado, rastracueros! —bufó con desprecio a la par que devolvía la hoja a su vaina.

Fiel a su interpretación, el Sayón se apartó del carretón y se pegó a la pared, como si la vida le fuese en ello, al tiempo que realizaba una reverencia que rozaba lo cómico.

El embozado pasó a su lado amenazante y se apresuró a colocarse a la par de su patrón, al que veía en el brete de tener que ayudar ante el riesgo de que se fuera al suelo.

No se habían alejado ni diez pasos cuando le vino algo a la cabeza. ¿Por qué habría elegido aquel desarrapado una calleja tan estrecha para transitar con un carro de mano?

Antes de que tuviese tiempo a responderse, un golpe hizo que todo se envolviese en la oscuridad más insondable y densa que podía imaginar. Quedó en el suelo con la cabeza abierta, el farol cayó y rodó dando varias vueltas hasta que se detuvo junto a un portal. Su llama se fue apagando lentamente, hasta que, tras un suspiro, se extinguió.

Lo que sucedió a continuación fue rápido.

Ya sin el garrote en sus manos, el Sayón sacó de entre sus ropas la esponja empapada en beleño y mandrágora y la colocó en la nariz del prohombre. Este se resistió unos instantes, pero al punto se desmadejó en sus brazos.

Para entonces, una segunda persona había salido de la oscuridad

y recorría la calle, a la carrera y sin hacer ruido.

Entre los dos dejaron caer el cuerpo en el carro.

—Llévatelo a la casa, rápido —indicó al recién llegado.

Ilustró sus palabras dando unas palmadas al bulto inmóvil que era ahora su presa.

El otro echó unas mantas para ocultar el cuerpo y, sin pronunciar palabra, hizo lo que se le ordenaba.

Ambas figuras se alejaron en direcciones opuestas.

La calleja del Aire quedó tan en silencio y en calma como antes.

XVI

Al clarear el día, fraile y pillastre saltaron de sus camastros. Fuera, la lluvia de la víspera había sido sustituida por un cielo gris plomizo y un frío viento del norte. El día era desapacible, por lo que, tras un breve tentempié, ambos se embozaron en sendas capas de lana.

Como si sus pensamientos hubiesen estado toda la noche en marcha, al chico prácticamente se le atragantaban en la boca las ganas de hablar de lo sucedido en el tablaje.

—Espero que mi hermana no os dijese algo inadecuado —dijo con evidente aprensión.

Deseaba que aquello fuese cierto, cosa harto probable conociendo el carácter de la Cobriza. Aguardó la respuesta del franciscano con ansia mal disimulada.

Diego emitió una breve e indescifrable interjección. El chico se impacientó todavía más.

—No dijo nada que me pareciera fuera de lugar —respondió el clérigo al fin.

Pero lo críptico de la repuesta tampoco satisfizo al mozo.

—¿De qué hablasteis?

—Me dijo que tenía miedo de que te sucediese algo estando a mi servicio.

Rafael se mordió el labio inferior.

—Perdonadla, Isabel puede ser a veces un tanto desmedida.

—Es normal, es tu hermana. Te quiere y no desea que nada malo

te suceda. Tampoco parecía muy contenta con mi ofrecimiento de que fueses novicio.

El chico pareció presa de un azoramiento del que solo salió gracias a la insistencia del clérigo.

—Quiere que nos vayamos fuera de Sevilla. Dejará la mala senda —se atrevió a decir al fin el muchacho—. Dice que podemos comenzar una nueva vida. En Cádiz o Córdoba. Ella sabe coser, y entre eso y que yo pueda aprender un oficio podríamos salir adelante.

—¿Y tú qué opinas de eso?

El muchacho balanceó la cabeza a diestra y siniestra sin que quedase claro qué quería decir con ello.

—No deseo irme de Sevilla. Es todo cuanto conozco. Aquí está mi vida, pero quiero estar con ella. Es mi única familia y, si deja la mala vida y empezamos de cero, me parece bien.

—Es normal que estéis juntos siendo hermanos, sobre todo habiendo estado separados tanto tiempo —aseveró el fraile—. Pero tu vida es solo tuya. Has de vivirla tú. Como convenimos en el camino de Écija, cuando encontremos al Sayón, podrás tomar la decisión que mejor te convenga.

El muchacho soltó una interjección para confirmar que aquel parecer le agradaba, pero estaba claro que internamente se debatía entre ser fiel a su hermana o tomar la mejor decisión para él. Llegado el momento, el franciscano no estaba seguro de qué elegiría.

Se adentraron en la calle Génova, en dirección a la catedral. Era esta una vía que recibía su nombre de los numerosos mercaderes genoveses que se habían instalado en ella y que se remontaba a los primeros tiempos tras la conquista de Sevilla en 1248. Por servir de conexión entre la plaza de San Francisco y la metropolitana catedral, siempre era una calle llena de ruido y gente, con numerosas joyerías, cordonerías y sederías, en las que se daban cita los más pudientes de la ciudad. Aunque no faltaban espontáneos corrillos de desocupados y otra gente de mal vivir frente a las tiendas. Esa

mañana, en ellos no se hablaba de nada que no fuesen los sucesos de la víspera. El Sayón de Santa María y su sangrienta labor ocupaba la totalidad de las conversaciones de transeúntes y vecinos.

Al pasar junto al retablo de la Virgen del Pópulo, que se alzaba en la fachada de un edificio a mitad de calle, Rafael se persignó con fe.

—Este altar es el último en el que muchos, al pasar camino de su muerte, pueden pedir perdón por sus pecados —dijo. Hacía referencia a la macabra costumbre de hacer procesionar frente al retablo a los condenados a muerte que salían de la Cárcel Real, camino del patíbulo en la plaza de San Francisco, dando un enorme rodeo a modo de penitencia con ello.

Dejaron la comercial calle atrás y caminaron paralelos a la fachada oeste de la catedral; anexa se alzaba la iglesia del Sagrario, todavía en construcción. Más adelante, la gris luz reverberaba en la piedra, arrancando sombras en la tripleta de entradas principales al templo, con la central coronada por un enorme rosetón.

Llegaron a las inmediaciones de la Casa Lonja. La calle que el Sayón había elegido para que Sevilla fuese testigo de su horrible tarea parecía ahora envuelta en la normalidad más anodina. No había corchetes ni curiosos intentando ver algún detalle que pudiesen luego contar a sus amigos con morboso deleite. La lluvia del día anterior había embarrado el suelo y en algunos lugares se habían colocado tableros para que los señores no se mancharan los zapatos de caro cordobán. Hacía horas que el cuerpo había sido levantado de aquel mismo suelo. Descansaría en una caja de cara madera acorde al estatus de a quien alojaba, intentando así recuperar la dignidad que su asesinato le había arrebatado. Incluso en la muerte, que a todos iguala, se empeña vanamente el hombre en mostrar cuan diferente es de sus iguales.

El trasiego hacia las cercanas tiendas del mercado de la plaza de Santo Tomás era ya intenso a esas horas.

El fraile se colocó brazos cruzados a la altura del pecho en mitad de la calle.

—Preguntemos en la zona —anunció—. Confiemos que la ausencia de corchetes esta mañana aligere las lenguas.

Estaba claro que al fraile no le importaba ensuciarse y, al poco de ponerse a la tarea, el bajo de sus hábitos mostraba manchas de barro.

Preguntaron en los puestos de la plaza sin que nadie les respondiese más allá de ocasionales monosílabos y frases sueltas. Probaron en los mostradores de carne y pescado ubicados calle abajo con idéntico resultado. Hablaron luego con los guardias que custodiaban la puerta de la Montería, cercana entrada a los Alcázares. Incluso, tras llegar el mediodía sin avanzar siquiera un palmo, se adentraron en la Casa Lonja, de luto y cerrada dos jornadas por la muerte de uno de los suyos. Allí departieron con los porteros y personal. Fue inútil. Nadie había visto u oído nada. Era como si el Sayón fuese un fantasma que pudiera moverse a través de la madrugada sevillana sin dejar rastro.

—Alguien debería haber escuchado o visto algo —sentenció frustrado el franciscano. Luego inclinó la cabeza ligeramente a su derecha y se rascó despreocupado el mentón. Estaban en medio de la plaza de santo Tomás, donde todo parecía moverse según el ritmo y trajín de diario. La gente iba y venía como si nada hubiese sucedido el día anterior. Transeúntes, mercaderes, señores encopetados, estibadores camino del puerto. Todo parecía estar cubierto con una capa de normalidad.

Pero, si uno se acercaba a la gente, si rasgaba el velo de esa aparente normalidad, si, como fray Diego, observaba, se apreciaba que nada era igual. Había miedo en sus ojos. Lanzaban breves vistazos cargados de recelo al pasar junto a la calle donde se había encontrado el cuerpo. Se detenían lo justo para saludar a algún conocido y reanudaban luego su paso, encogidos de hombros y con la cabeza gacha.

Un grupo de chiquillos los había estado siguiendo toda la mañana de aquí para allá. Iban sucios y con ropas que algunos pordioseros no tendrían a bien ponerse. Eran cinco y se habían ido alternando

para seguir al fraile y a Rafael. Se limitaban a mirarlos a varios pasos de distancia. Nada más.

Rafael, cansado de la atención que despertaban, tomó una piedra del suelo e hizo el amago de arrojársela. Los críos echaron a correr entre risas y gritos, como si todo fuese un juego entre ellos y el muchacho. La actitud y tono de este no dejaban, sin embargo, claro que él fuese del mismo parecer.

—Marchaos, zascandiles, si no queréis que os descalabre —dijo a voz en cuello.

Diego de Luna lo detuvo tomándolo del brazo.

—Serénate. ¿Acaso no eras tú uno de ellos hace pocos años?

—Por eso lo digo, padre. A la que os descuidéis, uno de estos hideputas os aligera la bolsa.

El clérigo hizo caso omiso de la advertencia, rebuscó bajo el hábito y mostró en las palmas de su mano alzada una moneda de cuatro reales. A modo de pendón, avanzó con ella hacia los niños.

Entre estos ninguno se movió; las pupilas fijas en la de plata, pero prestos a echar a correr si se terciaba.

Uno de ellos se limpió las velas que le colgaban de las narices con la manga de la sucia camisola y osó acercarse al religioso. A modo de avanzadilla. Alargó la mano desde una distancia prudente y el fraile hizo intención de depositar la moneda en ella, pero se frenó y volvió a ocultarla en la palma.

—Antes tienes que responder unas preguntas —dijo, mostrando una sonrisa tranquilizadora—. Respóndeme con la verdad y te daré los cuatro reales.

—¿Qué queréis? —replicó el crío con el recelo propio del que nada bueno espera de los demás.

Diego se agachó hasta colocar su cabeza a la altura del niño.

—¿Vives por aquí cerca?

El niño entrecerró los ojos desconfiado, pero el brillo de la de a cuatro era demasiado tentador.

—En una casa abandonada, pero no pienso deciros dónde es.

—No hace falta. —El fraile estiró aún más la sonrisa—. Me basta

con que me digas si tú o alguno de tus compañeros vio algo extraño la noche en que dejaron el cadáver en la calle de al lado.

Los ojos del muchacho centellearon de miedo. Se chupó los labios resecos con la lengua y volvió la cabeza para comprobar si sus camaradas seguían ahí.

—¿Para qué queréis saber eso? —replicó.

—Estamos buscando al Sayón para llevarlo ante la justicia.

—¿Trabajáis para los golillas?

—Algo así.

Aquello hizo que el cuerpo del chiquillo se tensase hasta parecer un arco presto a la acción.

—Entonces —dijo—, no tengo nada que deciros.

Con una velocidad asombrosa, le arrebató la moneda al fraile y echó a correr en dirección a sus compinches.

Los cinco se perdieron en las calles que conducían al puerto en menos de lo que se tardaba en decir amén.

—Os lo advertí —le recriminó Rafael, llegando a su altura—. Lo peor es que no nos los vamos a quitar de encima ahora que saben que lleváis dinero. Buena la habéis hecho, padre.

Pero el vaticinio del mozo no se cumplió. Durante el resto de la jornada, no volvieron a ver a los chiquillos. Estaba cayendo ya la noche cuando fue otra la visita que recibieron.

Rafael fue el primero que lo vio venir en su dirección y al punto se colocó en modo de alerta.

—Atento, padre, que ese que viene hacia nosotros es un rufián al que tengo visto, y no de ir a misa precisamente —dijo bajando la voz.

Diego observó al hombre acercarse. Venía del puerto y cruzaba con paso cansado la plaza de santo Tomás. Bastaba echarle el ojo encima para darse cuenta de que era de los que mejor no encontrarse de noche en un callejón. Llevaba un tabardo gastado, más tierra bajo sus uñas de la que se podía pesar y cicatrices en rostro y cuello en diez sitios distintos.

—Alguien quiere veros, fraile. Seguidme —dijo el recién llegado

sin más preámbulos.

Luego dio media vuelta y volvió en la dirección que había venido sin esperar confirmación alguna.

Diego de Luna miró a su ayudante y este le replicó con un hilillo de voz.

—Ojo, que este es de los que llevan el navío bien armado —dijo, fingiendo abrir una navaja con sus manos.

La referencia a las armas que portaba el hombre no amilanó al cura, que sin pensarlo dos veces siguió sus pasos. Rafael soltó un juramento entre dientes antes de, resignado, hacer lo propio.

Salieron de la ciudad a través del postigo de las Atarazanas y dejaron atrás los edificios que le daban nombre y la zona frente a la aduana a la que llamaban Resolana.

—¿Adónde vamos? —inquirió el fraile.

No hubo más respuesta por parte del individuo que un escueto:

—Ya casi hemos llegado.

Siguieron caminando. Y llegaron al barrio que decían el Baratillo por un otero de baja altura que allí se alzaba a la vera del río. Era barrio de pescadores aquel, como mostraban las redes tendidas a las puertas de las casuchas. Se adentraron en las estrechas callejuelas hasta detenerse al fin frente a una bayuca. Tenía mostrador a la calle, por lo que había varias mesas con parroquianos. Su guía estiró el cuello y señaló con la barbilla una de ellas.

Sentado a ella había un hombre vestido de caro jubón acuchillado sobre el que lucía media capa, zapatos a la flamenca con hebilla que lanzaba reflejos dorados y calzas de un vivo color amarillo. Un enorme sombrero valón del mejor cuero, pellizco bien marcado y pluma de faisán encintada acompañaba sobre la madera a un jarro de vino. Saltaba a la vista que gustaba de vestir bien y se preocupaba de que los demás se diesen cuenta de ello.

Les hizo una seña para que se acercaran.

Al verlo, Rafael apretó los labios y se pegó al fraile para que solo él oyese lo que iba a decir.

—Ese sentado a la mesa es nada menos que patrón de una de

las bandas de ladrones más notables de Sevilla —advirtió—. Un jayán de popa, como le dicen a los pocos que llegan a su altura. Lo llaman Padrecito. Una orden suya es tomada por ley aquí.

El religioso escudriñó al hombre. Pese a lo que aseveraba el chico, nada parecía revelar en él que se trataba de un rufián. Más bien, aparentaba ser un mercader flamenco o un banquero genovés, tan fáciles de ver en aquella ciudad. Lucía un mostacho casi rojizo de puntas engomadas que apuntaban al cielo y una melena que intentaba disimular una calvicie que avanzaba precoz. Llevaba al pecho un collar de oro y joyas que muy pocos se atreverían a lucir en un lugar como aquel.

—¿Lo conoces?

—Demasiado bien. Es mi patrón. Y os digo que es peligroso y de no fiar.

El fraile asintió para sí mismo.

—Pues vayamos a ver qué quiere de nosotros. Hay que tener amigos hasta en el infierno —sentenció, dirigiéndose hacia la mesa.

El habla del hombre, lejos de ser la de un cualquiera crecido en la calle, era la de alguien refinado y seguramente de noble cuna.

—Mi nombre es Alonso de Núñez; soy, por así decirlo, dueño de un pequeño negocio local. Y vos sois fray Diego de Luna. Pero no os quedéis de pie, tomad asiento junto a mí. Hablemos —dijo de un modo tan obsequioso que parecía imposible negarse a ello.

Mientras el fraile arrimaba una silla, el hombre fijó su atención en Rafael, al que saludó con un leve pescozón.

—¡Mi buen Rafaelillo! Me dijeron que saliste de la cárcel. Ya veo que has medrado y ahora trabajas para la Iglesia. Eso está bien. Pero no olvides de dónde vienes y cuál es tu casa.

Había un dejo de burla en sus palabras que provocó que el chico humillara la barbilla, clavando la vista en el serrín del suelo. Alonso apartó el sombrero que dejó sobre la silla de su diestra. Con ello, obligaba al muchacho a permanecer de pie.

Diego resolvió no perder tiempo. No le gustaba el modo en que aquel baladrón miraba al muchacho, como si fuese de su propiedad.

—¿Para qué habéis mandado buscarme? —preguntó.

Los modos directos del religioso parecieron agradar a Alonso, quien se llevó el jarro a los labios, mostrando una sonrisa de complacencia. Al concluir, se limpió el bigotón con el anverso de la mano y se tironeó con ligereza de las puntas.

—Ha llegado a mis oídos que estáis investigando los crímenes de ese al que llaman Sayón de Santa María —dijo sin aguardar respuesta—. Ponedme al tanto de vuestros avances.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

El franciscano se guardó muy mucho de resultar altivo o aparentar que se burlaba de la petición del jayán. Un gesto que al rufo no le pasó por alto.

—Tomadlo como un favor hacia mí. Sabré tenerlo en cuenta llegado el momento —dijo.

—Si tuviera que apostar, diría que vos sabéis más de este asunto que yo mismo y lo que sé os llegará de viejo.

Alonso de Núñez replicó con un conato de sonrisa que acalló dando otro tiento a su jarro. Rebuscó entre sus ropas y extrajo una cajita de plata. De ella sacó un pellizco de tabaco en polvo que colocó sobre el arco del pulgar y que inhaló con evidente placer. Aquello no tenía nada de casual. Mostrar en público que podía permitirse consumir un producto tan caro como el tabaco de las Indias era un mensaje para el clérigo. Un mensaje que apuntaló con sus siguientes palabras:

—Me caéis bien, fraile —dictaminó antes de apretarse las narices con los dedos para sofocar el picor—. Guardaos vuestra información si así queréis. En cualquier caso, ambos sabemos que el Cabildo no está haciendo nada por descubrir al asesino. No le interesa menear ese asunto, no sea que alguien salga trasquilado. Yo podría ayudaros.

—¿Y por qué haríais eso?

—No soy de los que se acobardan si hay que tirar de ganchuda, y en mis tiempos más de una de catorce o dieciséis he dado, pero hacer correr la sangre sin beneficio como ese matarife… —dijo

Alonso negando a la par que torcía el gesto—. ¡Quia! Eso es malo para los negocios.

El franciscano se palmeó el mentón, sopesando el ofrecimiento.

—¿De qué modo podríais ayudarme?

Alonso apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó en dirección al fraile.

—Tengo oídos y ojos por toda la ciudad —dijo bravucón—. Mis cuervos conocen cada cantón, cada calle, cada plazuela y callejón mejor que a la madre que los parió. Nada pasa en Sevilla sin que yo lo sepa. Probadme.

—¿Qué unía a Pedro Salazar, Álvaro de Torres y Blas de Henar? Las tres víctimas.

El rufián sonrió artero.

—El dinero, fraile. Los que tienen dinero y poder solo hacen buenas migas con sus iguales. Eso los unía. Todos eran hijos de importantes hombres. Esperaban el momento de sentarse a la mesa de los mayores.

Diego se lamentó internamente. Todo acababa señalando siempre al origen de los asesinados, pero estaba seguro de que debía de haber algo más.

—¿Los conocíais?

—Solo a Álvaro de Torres. Era un hideputa sin entrañas. Contrataba de vez en cuando a algunos de mis chicos. Deudas, cédulas de pago que se llevaba el viento… Esos asuntos. Al resto solo de oídas.

Durante largo rato, Diego pareció ausente. En realidad, meditaba si confiar en aquel hombre. Se dijo que poco o nada tenía que perder y mucho que ganar. Si las redes de Núñez se extendían por toda Sevilla, tenerlo trabajando para él era una oportunidad que no podía dejar pasar.

—Pedid a vuestra gente que abra los oídos y los ojos —dijo al fin —. Buscamos a alguien con un carro pequeño o carretilla. Es posible que se haga pasar por estibador o esportillero. Cualquier cosa sospechosa.

—Les diré a mis cuervos que estén atentos.

El franciscano tomó la jarra de tinto y llenó con sendas generosas raciones su copa y la del jayán. Alzó la suya para brindar.

—Por nuestra colaboración —dijo.

Pero no bebió de su copa. Se quedó con ella a medio camino de los labios. Se dirigió a un silente Rafael.

—Antes, entra y pide que saquen algo de comer. No es sabio ni prudente beber con las tripas vacías —le dijo, tendiéndole un real.

El chico cabeceó para confirmar y se apresuró con el mandado.

Diego de Luna dejó su jarro sobre la madera. Desde el otro lado de la mesa, Alonso lo observaba expectante. Sabedor de que el religioso ansiaba quedarse a solas para hablar de algo que no quería que el muchacho escuchase. El fraile le devolvió la mirada.

—Parece que conocéis a Rafael de largo tiempo —dijo prudente.

—Lleva conmigo desde que levantaba un palmo del suelo. Le tengo gran afecto.

—¿Y en cuánto tasaríais ese afecto?

Alonso soltó otro amago de sonrisa que quedó a medias.

—¿Queréis comprármelo?

—Lo que quiero es que lo dejéis en paz. Así que decidme un precio.

Alonso jugueteó con la punta de su mostacho, como calibrando una cantidad.

—Cincuenta ducados —dijo al fin.

—No puedo pagar semejante fortuna.

El rufián abrió los brazos en una seña de resignación.

—En tal caso, me temo que no hay más que hablar. Rafaelillo lleva con nosotros desde crío. Le dimos cobijo, un techo y comida. Aprendió un oficio. Tiene una deuda con nosotros y conmigo de modo particular.

—Vendimiar bolsas no es un oficio.

—Lo es para quien no puede aspirar a más.

—Ahí erráis. Rafael puede hacer grandes cosas. Es despierto y listo.

—En eso estamos de acuerdo, fraile —dictaminó Alonso—. Pero, si no tenéis cincuenta ducados, no vamos a poder hacer negocio.

Diego resopló frustrado.

—¿Y si os lo pido como un favor hacia mí?

Alonso de Núñez balanceó la cabeza a uno y otro lado. Esbozó una sonrisa nada tranquilizadora.

—En tal caso, me deberéis un favor, padre. Uno grande.

Pese a sentir que estaba metiendo por propia voluntad la cabeza en la boca de un lobo, el fraile dio por buena la palabra del rufián.

—Así sea si dejáis al chico tranquilo.

La copa del baladrón se alzó para brindar y, ahora sí, el clérigo hizo lo propio y dio un largo trago.

A veces, era necesario pactar con el mismísimo diablo para obrar bien.

XVII

Diego seguía convencido de que la clave para encontrar a Salvador estaba en hallar aquello que relacionaba a las víctimas. Estaba seguro de que, más allá de que formasen parte de las élites sevillanas, debía de haber algo más. Algo por lo que el asesino los había elegido. Un vínculo entre ellos. Y se le ocurrió un lugar donde podría encontrar tal relación.

Así quiso explicárselo de nuevo a Antonio Baños, en un despacho de la Real Audiencia de Grados. Pero este tenía sus propios problemas.

—Os entiendo, padre. Pero no puedo ayudaros, suficiente tengo ya entre manos —le espetó el alguacil—. Juan de Zúñiga, primogénito de uno de los Caballeros Veinticuatro, ha desaparecido. Encontraron descalabrado a uno de sus criados y, ojalá me equivocara, pero mucho me temo que, viendo quiénes son sus anteriores víctimas, se trate del Sayón.

Aquel era también el parecer del fraile, aunque sus palabras fuesen por otros derroteros.

—Solo os pido que me permitáis acceder de nuevo a los archivos de la Audiencia —pidió el religioso.

Antonio lo miró con pasmo.

—¿Y eso cómo os va a servir?

—Estoy convencido de que el camino de las tres víctimas se ha juntado alguna vez en el pasado. Vos mismo dijisteis que se

conocían. Así que se me ha ocurrido que tal vez fuera en algún tipo de pleito. Algo muy común entre los de su clase. Deudas de un arrendado que no paga, problemas con el gobierno de la ciudad… Cualquier cosa similar.

—¿Y vuestro plan es revisar cada porcón y cartapacio del archivo?

—Me centraré en los últimos quince años, después de la peste.

El asombro de Antonio fue a más.

—Aun así, ¿sabéis el tiempo que necesitaréis para semejante labor?

—No todo del que dispongo, así que os lo ruego. No me entretengáis más y dejad que revise ese archivo.

El golilla se pasó la mano por las en otrora impolutas mejillas, donde despuntaba una barba cerrada, una muestra más del tiempo que le quitaba y las cavilaciones que le daba el asunto del Sayón. Negó moviendo el cuello con lentitud.

—No puedo concederos eso sin un motivo de fuerza mayor.

—¿Es que estas muertes no os parecen suficiente motivo? —bufó indignado el religioso.

—Y, aunque os permitiera lo que me pedís, dudo que encontraseis algo de utilidad. Los papeles que queréis revisar tienen apilados la altura de una montaña.

El franciscano cabeceó para mostrar su desagrado. Aún caviló como convencer al alguacil, pero se dio perfecta cuenta de que nada haría cambiar de idea a Baños. Para el oficial de justicia, aquella tarea, además de insensata, era irrealizable. No cambiaría de parecer.

Resolvió no desaprovechar la visita. No había hecho partícipe al alguacil de la conversación con Murillo. Y, si como todo indicaba, quien se ocultaba tras la sombría figura del Sayón era su antiguo aprendiz, Salvador, Baños debía saberlo. Que el único justicia que parecía estar interesado en encontrar al verdadero asesino conociese aquella información solo podía ser de gran ayuda.

—Hay avances de los que tengo que poneros al tanto —dijo al

tiempo que arrancaba a hablar.

Cuando concluyó, el semblante del alguacil aparentaba ser el habitual, pero sus ojos centelleaban de rabia.

—¿Cuándo pensabais contármelo?

—Os lo estoy contando ahora, y si no lo he hecho antes no es porque no confíe en vos, sino porque no lo hago en vuestros superiores —dijo el fraile a modo de disculpa—. Por eso os pido que no los informéis de esto.

El alguacil frunció el entrecejo en un pliegue crispado.

—¿Me estáis pidiendo que oculte una información relevante?

—Os estoy pidiendo que mantengáis esto entre vos y yo, de momento.

—¿No os dais cuenta? Ahora que está implicado uno de los hombres más poderosos de Sevilla, conocer la identidad del Sayón hará que el Cabildo se involucre definitivamente en esta investigación.

Diego resopló malhumorado.

—¿De qué investigación habláis? Los dos sabemos que el Cabildo os puso a cargo de esta pantomima sin proporcionaros medios adecuados.

—¿Ahora me acusáis de incompetente?

—No os acuso de nada, Baños. —El religioso vio que la conversación corría el riesgo de enemistarlo con el alguacil e intentó reconducirla. Tomó aire con lentitud y lo soltó con idéntica calma—. Estoy seguro de que ese ayudante de maese Murillo, Salvador, es nuestro hombre. Pero hay cosas en este asunto que me rechinan.

—¿A qué os referís?

El fraile tensó los labios. Había muchos elementos que no terminaba de ver con claridad. Era como si se hubiese dado un acorde al que le faltaban notas.

—Pensadlo bien —se atrevió a decir al fin—. Blas de Henar estaba untado de una enorme cantidad de azul *ultra marum*. ¿De dónde saca semejante cantidad de dinero?

Aquello hizo que en el alguacil prendiese la llama de la duda. La

yema de sus dedos comenzaron a seguir el contorno de la vara de mando que le otorgaba su cargo.

Diego vio un resquicio por el que colarse y volvió a la carga:

—Solo os pido que me deis algo de tiempo para tratar de averiguar si ese pálpito es real. Os lo ruego —dijo.

El alguacil frunció y desfrunció el ceño.

—Os daré ese tiempo —concedió antes de endurecer su discurso —, pero, os lo advierto: si existe la más mínima oportunidad de prender a ese malnacido, no aguardaré.

Cuando abandonó el despacho, la determinación tiznaba el semblante del fraile, que se negaba a ceder al desánimo. Fuera lo aguardaba Rafael. Bien distinta era su expresión, que mostraba que algo malo había sucedido.

—¿Qué tienes, muchacho? —dijo llegado a su altura.

A modo de réplica, el chico le tendió una nota.

—La acaba de traer el asistente de maese Murillo.

El religioso miró con animosidad el papel.

—¿La has leído?

—Ya os advertí que tenía esa fea costumbre.

—¿Y qué dice?

—Que van a juzgar al Jerónimo en unos días.

Un silencio pesado descendió sobre ambos. Sabían qué significaba aquello. Si no encontraban al verdadero Sayón antes de esa fecha, el chico acabaría colgado en el patíbulo de la plaza de San Francisco.

XVIII

El rostro de Diego reflejaba su estado interior, huraño y adusto, como una raíz extraída de la tierra y dejada secar al sol. La negativa de Baños a dejarlo husmear en los archivos de la Real Audiencia sumada a las noticias del juicio del Jerónimo habían sido un jarro de agua fría.

Con aquel negro ánimo, echó a andar hacia la Casa Grande. Rafael se pegó a sus talones y lo siguió en silencio.

Estaban cruzando la plaza cuando alguien les silbó desde el mostrador de una de las tabernas. Era Alonso Núñez.

El Padrecito los reclamó por señas.

—Os estuve esperando todo el día, fraile. Nadie en vuestro convento quiso decirme dónde encontraros.

—En los juzgados de la Audiencia.

El rufián se llevó el puño a la sien para ahuyentar el mal fario.

—No quiera Dios verme allí ni para heredar —dictaminó con aprensión.

—¿Qué queréis, Núñez? Estamos cansados.

—Pues no contéis con iros pronto al catre esta noche.

Las curiosas palabras hicieron que Diego compusiese un gesto de extrañeza al que el rufo respondió con una media sonrisa más enigmática aún.

—Tengo noticias que os alegrarán.

El fraile preguntó con cautela:

—¿El Sayón? —Núñez confirmó con un leve movimiento de barbilla—. ¿Qué habéis averiguado? —inquirió el religioso.

Pero el rufián no estaba por la labor de hacer fácil las cosas. Se colocó el sombrero con pluma de faisán y trazo un teatral arabesco.

—Acudid a la Laguna de la Pajarería esta noche y os lo explicaré todo. A medianoche —fue todo lo que dijo sin dar opción a réplica.

Diego siguió con la mirada a Alonso mientras se perdía calle Tintores abajo.

—¿Nos podemos fiar de él?

—No. Ya os lo dije.

La respuesta de Rafael no dejaba resquicio alguno por el que colar una duda.

El fraile asintió para sí.

—Lo sé, lo sé, mi buen Rafael de Camas, pero no podemos hacer nada excepto acudir a la cita.

* * *

La Laguna de la Pajarería debía su denominación a un estanque de agua que allí se creaba regularmente con las crecidas del Guadalquivir, merced a un antiguo brazo del río desecado; lo de pajarería venía por un cercano mercado de paja.

Hasta tan solo unas décadas antes, en aquella zona se ubicaba la mancebía de la ciudad. Un enorme mercado carnal al aire libre constreñido a un lado por las murallas que iban desde la puerta de Triana a la del Arenal y a otro por una tapia erigida para separarlo del resto de la ciudad. En su interior, se concentraban los negocios de la carne y la lujuria, que en los buenos tiempos contaban una veintena. Tugurios cuyos dueños, del mejor linaje cuando no habituales de altares y púlpitos, censuraban hipócritamente lo que sucedía entre sus muros.

Una ciudad dentro de una ciudad, con sus propias reglas y

normas.

No faltaba quien decía en esos años que, a falta de una aljama judía debido a la matanza en 1391 y la expulsión dos siglos después, la mancebía era el particular gueto sevillano.

—Antes marranos y ahora putas —comentaban maledicentes.

Pero eso era entonces. Cuando la mancebía albergaba en su interior boticas para remediar los males de la soledad y las izas y marcas reinaban en sus callejuelas con andar insinuante y saya prieta. Cuando para entrar se debía traspasar una puerta a la que llamaban de golpe por la poderosa aldaba que anunciaba las visitas.

Ahora era solo un revoltijo de casas, casuchas, chabolas y caramancheles construidos sin orden y que forman un laberinto de callejuelas apretujadas, siempre enfangadas, a la sombra de un tapial medio derruido, único recuerdo de su lascivo esplendor. Con el olor permanente de agua estancada y más mosquitos en verano que los que rondan el trasero de un garañón.

A la hora convenida, fray Diego de Luna y Rafael aguardaban pacientes sentados en un poyete. La noche estaba fresca y la fetidez de la laguna viajaba en rachas de viento del norte.

Al poco se les acercó gente, que la escasa luz no les permitió ver, hasta llegar a su altura, que se trataba de Alonso y de un grupo de niños. El rufián andaba candil en mano, la única luz que se veía en la Laguna de la Pajarería esa noche.

Al ver el semblante de circunstancias del fraile, Alonso tronó ufano.

—Alegrad esa cara, fraile. Os traigo nuevas que de seguro serán de vuestro agrado.

—Eso espero, Núñez.

El jayán tomó por los sobacos a uno de los niños y lo colocó sobre el poyete. El resto de la chiquillería hizo corro en torno a sus piernas.

—Repite lo que le has dicho al Padrecito, pequeño cuervo —le pidió con voz tan efusiva y llena de ternura que el religioso apenas podía creer que saliese de un bribón como aquel.

Al fijarse en los niños, Diego reconoció en ellos a los pilludos que los seguían unos días antes y en el crío del poyo, a aquel que le había sisado la moneda de dos reales. Este miró suspicaz al fraile y después negó para sí con la cabeza. Si había reconocido a Diego como a su víctima no lo aparentó.

—Que conste que yo no soy ninguna avispa, no soy un soplón —renegó. El pequeño no estaba muy convencido, pero, arrimado al Padrecito Alonso, se sentía tan poderoso que no le tembló la voz—. En las casuchas junto a la muralla vive un esportillero al que nadie conoce —comenzó—. No sale de día, solo de noche. No habla con nadie y va siempre con el rostro cubierto. No se sabe de dónde salió ni cómo llegó aquí.

—¡Y reniega como un demonio si te ve rondando la casa! —intervino un segundo niño.

—Si estás cerca, mejor tomar el de martillado, no sea que te agarre y te dé jubón —terció otro.

El del poyete chistó con fuerza para hacerlos callar. Estaba claro que en cualquier estrato había quien mandaba y quien obedecía.

—Lo cuento yo. ¡Voto a san! —sentenció. Ninguno de los demás críos osó abrir la boca. Alonso Núñez no reprimió una mueca de agrado, como de progenitor orgulloso. El niño prosiguió—. Como dicen estos, es mejor no acercarse a la casa. A un borracho que saltó la tapia de su huerto para ver si afanaba algo lo agarró y lo zurró hasta que se hartó. Hasta correazos le dio. Lo dejó hecho un eccehomo de esos que cuelgan en las iglesias.

—¿Tiene una carreta? —inquirió el fraile.

—Un carretón con el que sale algunas noches y que guarda tapado con una lona en el patio.

El fraile absorbió la información. ¿Era suficiente aquello para creer que tenía algo?

Como adivinando los pensamientos de Diego, Núñez enarcó las cejas y lo miró con suficiencia.

—Me pedisteis que buscara alguien sospechoso con un carromato —zanjó.

El clérigo volvió a fijar su atención en el crío.

—¿Dónde vive ese hombre?

El pequeño consultó con la mirada a su patrón. Cuando el Padrecito le dio la conformidad, saltó de un brinco del poyete y al trote se alejó calle abajo. Se detuvo en la esquina e hizo una seña al clérigo.

—Por aquí —dijo.

El grupo, con Diego a la cabeza, se apresuró a seguirlo.

Postigos y ventanas estaban cerrados a machamartillo y se había echado algún pegote de yeso en las paredes para tapar rajas, pero, de no ser porque los chiquillos lo aseguraban con vehemente insistencia, la casucha podía pasar por abandonada.

Tenía dos alturas y daba al frente a una estrecha callejuela sobre la que se adivinaba el alero de un tejado con numerosas faltas y huecos. A poniente, hacía medianil con otras casuchas que conformaban una laberíntica manzana; a la parte de atrás, donde el terreno descendía mansamente hasta la muralla de la ciudad, se adivinaba un espacio baldío, cuajado de malas hierbas y en el que se alzaban montones de escoria donde las ratas campaban a sus anchas.

En medio, se levantaba un huerto cercado por un muro de adobe. Una firme puerta de doble hoja cerraba el vallado, impidiendo ver qué había al otro lado.

El grupo se mantenía a una distancia prudente de la casucha. Si como los niños aseguraban a su habitante no le gustaban las visitas, lo más juicioso era no alertarlo.

—¿Estás seguro de que esta es la casa? —volvió a preguntar Diego al crío bajando la voz hasta ser casi un susurro.

Este asintió con tal energía que le temblaron las pocas carnes de las mejillas.

—Guarda el carromato ahí mismo, detrás del muro —contestó en el mismo volumen.

El fraile se rascó indeciso la cabeza, allá donde lucía la tonsura.

Miró a la casa y luego de nuevo al pequeño. Vio en sus ojos que

ardía en deseos de lucirse delante del Padrecito.

—Tú has saltado esta tapia, ¿verdad? Como el borracho al que dio una paliza.

El crío alzó la barbilla henchido de orgullo.

—Pero a mí no me pilló. Fui muy silencioso —respondió ufano.

—¿Qué hay en el patio?

—Solo hierbas; es una huerta, pero nada que se pueda comer crece en ella. Y el carretón, como os dije.

Diego intuyó que el pequeño ansiaba desgranar la excursión nocturna poco a poco, con lentitud. Paladeándola como si fuese la mayor aventura a la que un ser humano podía enfrentarse.

—¿Qué había en el carro? —inquirió, adivinando los pasos dados por el crío.

Este sonrió como quien se sabe cómplice de un secreto.

—Nada. Pero no me quedé en eso. Fui hasta la puerta de la casa.

—¿Entraste?

El pequeño meneó la cabeza para confirmar.

—La puerta estaba atrancada, pero oí algo.

Diego de Luna se inclinó hacia el niño.

—¿Qué oíste?

El niño alzó orgulloso la testa. Esta vez no había moneda alguna en las manos del fraile, pero el premio por responder era mayor aún: el respeto de Alonso Núñez, el Padrecito.

—Pegué la oreja y escuché gritos —dijo engolando la voz.

—Gritos —repitió el religioso como para sí.

—Berridos más bien.

—¿Y qué pasó luego?

—Luego me fui —replicó el crío, encogiendo los hombros—. No porque tuviese miedo a que ese hideputa me encontrara, bien preparado tenía un puñal por si acaso. Pero no había forma de entrar.

Diego se incorporó y palmeó la cabeza del crío a modo de reconocimiento. Cuando Alonso hizo lo mismo, los ojos del chaval refulgieron altaneros.

—Bien hecho, pequeño cuervo —dijo el rufián, tendiendo al crío una de a ocho—. Ahora, idos.

La chiquillería entera se arremolinó ante la reluciente moneda antes de hacer lo que se le ordenaba.

Diego meditó el siguiente paso a dar. ¿Debía advertir a Baños? Lo que tenían no era gran cosa. Un carro de mano y la palabra de unos pilludos. Pero, si se trataba del Sayón, si Salvador Cano estaba en esa casa y no hacía nada…

—Busca al alguacil —ordenó a Rafael—. Cuéntale lo que sucede y dile que venga con sus hombres. Te diga lo que te diga, insiste, convéncelo.

El chico salió a la carrera.

Alonso alzó las palmas de las manos y se alejó unos pasos.

—Ahora es cosa vuestra, fray Diego —dijo con su sempiterna media sonrisa—. Yo me limitaré a permanecer aquí, atento al espectáculo.

XIX

Antonio Baños llegó acompañado de cuatro de sus hombres, cuatro porquerones bragados en mil disputas y acostumbrados a meter en cintura a lo más selecto de Sevilla.

—Habéis hecho bien en dar aviso —dijo al fraile a modo de saludo. Luego, al ver al Padrecito, brazos cruzados al pecho y brote de altarreina en los labios, arrugó el entrecejo—. ¿Qué hace este aquí?

—Él y sus críos nos han traído hasta la casa —aclaró Diego.

El alguacil soltó un salivazo y concentró su atención en el fraile. Este lo puso al tanto de lo que sabían.

—Así que ese hideputa puede estar dentro —dijo el justicia a modo de resumen.

—O puede que sea una pista que no lleve a ninguna parte.

Antonio se sacó el sombrero y se rascó la coronilla, allá donde el pelo empezaba a clarearle. Escudriñó la casa. Soltó un rezongo y se recolocó una guedeja de gris cabello tras la oreja. Volvió a cubrirse.

—Salta la tapia y abre la puerta —ordenó a uno de sus hombres, un mozarrón largo y flaco como un saltamontes.

El corchete cumplió el recado con efectividad y rapidez. Al punto se escuchó cómo apartaba la tranca y la puerta se abrió de par en par. Una de las hojas soltó un chirrido herrumbroso.

Entraron los porquerones a una orden de su capitán. Diego hizo ademán de seguirlos. El alguacil alzó un brazo admonitor para

detenerlo, a él y a Rafael, que imitaba a su patrón.

—Vos y vuestro ayudante os quedáis aquí.

Pero el fraile puso brazos en jarras y se afrentó al golilla.

—Si creéis que vais a impedirme entrar en esa casa, habéis perdido el juicio.

Baños hizo amago de insistir, pero la determinación que vio en el fraile le hizo dar aquella batalla por perdida.

—¡Cuerpo de tal! —masticó un juramento—. Id siempre tras mis hombres y haced lo que se os ordene. Si no, yo mismo os sacaré de la casa de una patada en ese culo escurrido que tenéis.

Diego de Luna afirmó con la barbilla y agarró por el codo al alguacil, al que musitó al oído.

—Es necesario interrogarlo. Cogedlo con vida.

El alguacil meneó la testa al tiempo que se iba para la casucha. Dio entonces grandes golpes a la puerta, que pareció a punto de salirse de sus goznes.

—¡Ha de la casa! ¡Abrid a la justicia!

Nadie contestó ni se encendió luz alguna.

Volvió a repetir la operación con idéntico resultado.

Con aquellas, apretó la mandíbula y se persignó.

—Tras de mí y uno siempre pegado a mi espalda como una pulga a un cochino —sentenció, desenvainando la ropera—. No sabemos qué hay en esa casa, así que mucho ojo.

Luego volvió a persignarse a la par que besaba un escapulario de seda que llevaba bajo las ropas. Empujó la puerta. Esta se abrió sin resistencia.

El mismo porquerón que había saltado la tapia era el encargado de llevar el farol. Espabiló la mecha y se arrimó a su superior. Ambos entraron los primeros en la casa. Le siguieron sus compañeros y unos pasos por detrás iban Diego y Rafael.

Dentro, lo primero que les llegó fue el fuerte olor. Un tufo a abandono y suciedad. Las tinieblas se fueron desvelando ante el farol.

Una a una, recorrieron las habitaciones del piso inferior. Solo

hallaron telarañas que se agitaban nerviosas con las corrientes de aire, paredes sucias de humo y cagadas de ratones que salían huyendo, dando chillidos. Nadie parecía haber vivido en aquella casucha desde hacía mucho tiempo.

Ascendieron entonces unas escaleras cuyas maderas crujían como un barco en medio de un temporal.

El piso de arriba resultó ser una estancia diáfana que ocupaba la totalidad de la planta. Ante la falta de sótano debido a que era un terreno arcilloso, seguramente hacía las veces de almacén para el grano y otras provisiones.

—Aquí no hay nadie —manifestó en voz alta uno de los corchetes. Sus compañeros lo secundaron.

Incluso Baños aparentaba ser del mismo parecer. También él había bajado su arma, frustrado. Ordenó abrir los postigos, más por renovar el aire viciado que por que entrara luz.

—Esos críos se han reído de vos. Basta un vistazo para darse cuenta de que en este chabisque no vive nadie desde hace años —dictaminó, regresando la hoja a su vaina.

Pero Diego de Luna estaba atento a otros sentidos.

Arrugó la nariz y estiró el cuello para olfatear.

—¿No oléis algo? —dijo.

Solo Rafael le prestó atención. Imitó el gesto del fraile y también él llegó a la misma conclusión.

—Huele a algo conocido.

—Huele a cera quemada —sentenció el religioso.

Antonio Baños hizo lo propio y, al poco, los corchetes imitaron a su superior. Tuvieron que admitir que el curita no se equivocaba.

—Alguien ha apagado una vela en esta estancia hace muy poco —decretó el golilla, echando mano al pomo de la espada de nuevo.

El fraile porfió.

—No en esta estancia, pero sí en una muy cerca.

Baños miró en rededor.

—No hay otra cámara en este piso.

Bajó entonces el franciscano la vista al suelo y se dirigió al del

fanal.

—Alumbra aquí —pidió.

A la luz amarillenta, aparecieron varias pisadas y signos de que alguien había removido el polvo de la madera. Las huellas conducían a la pared del fondo. Apoyado en ella, agonizaba un aparador.

—Retiradlo —ordenó el fraile.

Los porquerones consultaron con la vista a su superior y este concedió con voz pesada.

—Haced lo que el padre dice.

Al mover el ruinoso mueble, soltó un chirrido quejoso como si lamentara ser obligado a revelar sus secretos: un agujero en la pared que conectaba aquella con la casa contigua.

—¡Voto a tal! —maldijo el alguacil, echando un vistazo dentro—. Un butrón.

El del fanal, que ya alargaba el brazo para ver el interior del agujero, chasqueó la lengua.

—Según tengo oído —dijo—, en tiempos en que todo esto era puterío, se hacían agujeros de una a otra casa para salir por piernas si venían mal dadas.

—Pues veamos adonde nos lleva esta topera —dictaminó el alguacil. Desenvainó de nuevo y se adentró en el túnel con decisión, seguido por el del fanal. El resto lo siguió.

Cruzaron a la casucha contigua.

Esta presentaba un aspecto incluso más deteriorado que su vecina. Como forma de fantasmales hebras, la luz de la luna se colaba a través de los numerosos agujeros del techado y la madera del suelo crujía más que las tripas de un afilador.

Al fondo, se veía una portezuela. Una rendija de luz amarillenta se filtraba por debajo.

Baños afianzó el pomo de la ropera en la diestra y, con un gesto, ordenó a sus chicos que se colocaran flanqueándolo.

Empujó la puertecilla.

Dentro había dos hombres. Uno llevaba una máscara de madera tallada y sostenía un afilado puñal contra la garganta de Juan de

Zúñiga.

—Aparta el arma y aléjate de ese hombre —reaccionó con rapidez el alguacil, apuntando con el filo al de la máscara.

Como un solo ser, sus hombres se apostaron trazando un semicírculo que orbitaba alrededor de su superior. Desenvainaron. Cinco filos contra uno.

Desde detrás de la máscara, unos ojos pardos escrutaron la escena. Como calibrando la amenaza, danzaron uno por uno entre los hombres que tenía frente a sí, pero debió de juzgar innecesario cualquier otro movimiento. A las pupilas de Juan de Zúñiga ni siquiera se asomó ese ligero brillo, eran dos círculos vacíos que parecían no estar en esta realidad, sino en otra lejana a la que solo él parecía tener acceso.

—Te he dicho que sueltes a ese hombre y tires el arma —repitió el golilla.

Como respuesta, el de la máscara apretó el filo contra la carne del noble. Este seguía ajeno a este mundo. Diego supuso que estaba bajo el influjo de alguna sustancia adormecedora.

—¡Marchaos o lo mataré! Lo juro.

Su voz tenía un extraño acento que Diego no tardó en identificar como oriundo de las Indias. Lo había oído infinidad de ocasiones en Veracruz.

—Por mi fe que no vas a hacerle nada —bramó el alguacil—. Suéltalo, es el último aviso que tendrás.

La insistencia de Baños provocó que el filo hiciese brotar un hilillo de sangre del cuello del noble.

Actuando de nuevo a una, los justicias dieron un paso en dirección al Sayón.

Aquello no iba a acabar sin sangre. Fray Diego, hasta entonces en segundo plano en el umbral de la portezuela, dio un paso y se dirigió al asesino.

—Aparta el puñal del cuello de ese hombre y hablemos, Salvador.

Al oír el nombre, el de la máscara reaccionó con sorpresa, perplejidad incluso. En las rendijas a las que se asomaban sus ojos

pareció brillar una chispa de entendimiento. Fue un espejismo. Al punto se apagó y su voz sonó lejana, como proveniente de algún lugar bajo tierra.

—¡Marchaos! —repitió.

Diego no se dejó intimidar por aquella negativa. Alzó las palmas y continuó avanzando en su dirección.

—Puedo ayudarte. Pero has de dejar a ese hombre y hablar conmigo.

—¡Os he dicho que os marchéis!

La voz del enmascarado tronó espoleada por el miedo. El fraile se sintió confuso. Lo último que esperaba de un loco era que sintiese miedo en un momento así. Más bien esperaba ver orgullo o desafío en él.

—¡No lo hagas! —le conminó—. Esto aún puede solucionarse.

El enmascarado soltó una maldición en un perfecto español a la que siguió una retahíla de palabras en una lengua desconocida para todos, excepto para el fraile. Aquello provocó que Baños soltase un juramento que incluía varios santos y a la madre de Dios.

—¡No os metáis, fraile! —tronó.

—Si continuáis amenazando a ese pobre loco, va a acabar matando a De Zúñiga. ¡Solo intento ayudar!

—Quien va a acabar muerto sois vos si seguís acercándoos a ese demente. Es un lunático, no podéis razonar con él.

Diego de Luna volvió la mirada hacia el Sayón y hubo de reconocer que tenía razón. Aquel hombre mataría a cualquiera que se le acercara, pero no porque hubiese perdido el juicio, sino porque estaba aterrado.

Miró al alguacil y concedió con la cabeza.

—Prendedlo con vida —pidió.

No hubo tiempo para llevar a la práctica tal solicitud. Un grito gutural brotó de la garganta del Sayón al tiempo que se deshacía de la máscara. Los presentes soltaron un involuntario lamento de sorpresa al ver su aspecto.

Quien apareció bajo la máscara no era un cristiano, sino que

parecía uno de aquellos indígenas de las regiones más remotas de las Indias. O un demonio salido de algún infierno. Llevaba tatuado de rojo intenso la zona que iba desde debajo de los párpados a la frente y sienes; en las mejillas, le surcaban tres cicatrices horizontales, como si le hubiesen rajado la cara con el único objeto de dejar la marca bien visible.

Lucía en la barbilla una suerte de joya engarzada a la piel del tamaño de una moneda de real que lanzaba reflejos dorados a la luz de los hachones y que hacía juego con otra, una especie de cuerno, que sobresalía de su frente. Un hueso pulido en forma de gancho de algún tipo de animal perforaba el puente de su nariz y el cabello lo llevaba rapado hasta casi la coronilla.

—¡Santa Madre de Dios! —soltó el del fanal.

El resto tenía en sus rostros similares expresiones de espanto.

El Sayón gritó algo en aquella lengua inidentificable y, con una eficacia digna del mejor matarife, degolló a Juan de Zúñiga con un solo movimiento.

Este ni siquiera pareció ser consciente de lo que sucedía. Sus ojos se abrieron hasta casi salirse de sus órbitas, incapaz de reaccionar y al mismo tiempo sabedor de su fatal destino. Luego, al tiempo que de su garganta abierta se escapaba un gorgoteo, se apagaron del todo.

En la confusión que siguió, entre los juramentos de Baños y los lamentos de Diego, el Sayón tomó un objeto que había a sus pies.

Era algo que, más tarde, los corchetes solo podrían definir como una maza en cuyos bordes había engastados pedazos de afilada y mortal piedra negra.

Alzó aquella aberración de arma por encima de la coronilla y la descargó con fuerza sobre quien tenía más cerca. Al chico que sostenía el fanal, aquella piedra negra como el azabache y tan aguda como el mejor acero de Toledo le entró por el hombro derecho, desgarrando fibras y músculos, quebrándole la clavícula como si fuese de cristal.

Se quedó unos segundos inmóvil, con expresión de sorpresa y el

farol aún inexplicablemente sujeto.

El Sayón aún se aferraba con ambas manos a la maza. Intentó extraerla del cuerpo de aquel pobre desgraciado. Tiró con todas sus fuerzas. No se movió.

Fue entonces cuando el farol cayó al suelo y su llama se extinguió tras una lluvia de chispas.

Y llegó el caos.

Se escucharon al unísono una decena de blasfemias y juramentos entremezcladas. Golpes y gritos, seguidos de más reniegos y maldiciones.

—¿Dónde está ese hideputa?

—¡Que no salga con vida de esta habitación!

Los corchetes cazaban sombras. Chocaban entre sí. Juraban por pura desesperación.

Una rendija de luz se abrió y se hizo más grande, hasta revelar una trampilla en el techo.

La sombra de alguien se deslizó a través de ella. Era el Sayón.

—¡Tras él! —tronó Baños, poniendo ya pie en la escalerilla que conducía al escotillón y sorteando los escalones de dos ágiles trancos.

El ansia por vengar a su compañero muerto dio alas a los corchetes y al punto sus siluetas se recortaron en el tejado de la casucha. Cuatro pares de ojos escudriñaron la madrugada.

—¡Por allá va! —gritó uno de los porquerones, señalando la manzana de casuchas.

—Una de ocho escudos de mi propia bolsa para quien coja ese bastardo —prometió el alguacil.

Salió primero él en persecución del Sayón, pero hubo de templar el paso. Las tejas faltantes eran muchas y, nada más poner un pie, pisó en falso y a punto estuvo de caer a la calle.

—¡Voto a tal! —bufó enrabietado—. Mirad dónde pisáis.

A escasa distancia, el Sayón de Santa María los vio venir en su dirección y aceleró el paso todo lo que el inestable terreno le permitió.

Diego hizo una seña a Rafael. Regresaron tras sus pasos. Salieron a la noche a través de la casucha y allí se toparon con Alonso Núñez. El Padrecito no necesitaba explicaciones para saber lo que sucedía.

—Van por allá —indicó, saliendo a la carrera.

El franciscano se remangó el dobladillo del hábito para ir más deprisa. Pero las sandalias de fraile no eran un buen calzado para correr a oscuras. Se las sacó entonces y, con ellas en la mano, echó a correr con un ímpetu que parecía impropio de su enjuta figura y cortas piernas.

Se oían voces en la Laguna. Gritos, juramentos, maldiciones.

Todo eran prisas y nervios y blasfemias cuando un corchete ponía pie sobre una teja mal sujeta.

Abajo, Diego y el muchacho corrían siguiendo el rumor de las pisadas, tras la estela de los gritos. Como ciegos, solo podían confiar en sus oídos. Alzando la cabeza a cada tanto con la esperanza de otear algo, de saber qué estaba sucediendo.

Quiso la providencia, o unos desarrapados que la habían usado para entrar en un chiscón abandonado a pasar noche, que una escalera estuviera apoyada en la albardilla de una casucha del otro lado de la calleja.

Sin pensarlo dos veces, el fraile puso un pie en el primer escalón y subió.

Rafael trepó tras él y, al ver lo que hacían, el Padrecito los imitó.

Diego de Luna se aupó y se puso de pie sobre el tejado. Oteó la noche.

Vislumbró siluetas que flotaban ágiles sobre los tejados. Sombras que se recortaban contra la luz de la luna, que parecía no querer perderse lo que sucedía y asomaba medrosa a rebufo de una nube. La primera, la del Sayón; tras él, los corchetes y Baños. Era como un baile nocturno en el que cada uno tenía su papel, el perseguido y los perseguidores.

—No le deis cuartel —gritaba el alguacil.

El Sayón corría esquivando tejas sueltas y agujeros en el

techado, manteniendo la distancia, pero llegaba al final de la manzana. Se quedaba sin suelo que pisar. No había salida.

El desenlace parecía cercano.

Así lo intuyó Alonso, que dio un codazo cómplice al fraile.

—Se acaba el espectáculo. Lo tienen rodeado —dijo, exhibiendo esa sonrisa suya a medio cocer.

Viendo lo que sucedía, los corchetes aquietaron el paso, no fuese a ser que tan cerca de su presa una mala pisada acabase en algo más que un susto.

El Sayón se detuvo. Se asomó al borde del tejado y dio un reojo. Había suficiente altura para quebrarse varios huesos. Soltó un suspiro de frustración que hasta el fraile oyó desde la distancia. Había un grupo de casas delante, calculó cuánto lo separaba de ellas. Pareció dudar. Y con razón. Era imposible salvar aquella distancia. Caería a la calle si lo intentaba.

Giró la vista. Apretó la mandíbula. Estaban tan cerca que podía oler el cuero de los cintos de los corchetes.

Tomó carrerilla y saltó. Su figura se quedó como inmóvil en el aire, flotando sobre las callejas, unos instantes que ninguno de los presentes podría calcular cuánto duraron. Y, luego, aterrizó sobre el tejado de enfrente.

¡Me cago en la leche que mamó Escarramán! —exclamó Alonso Núñez sin creer aún la proeza que acababa de presenciar.

Su juramento tuvo ecos entre los corchetes. Nadie creía lo que había sucedido.

—¡Cuerpo de…! —El juramento de Baños se quedó a medias.

El asesino se puso en pie y miró a sus perseguidores, clavados en el tejado opuesto. Los retó con la mirada.

Uno de los corchetes aceptó el guante. Dio varios pasos hacia atrás, tomó impulso y echó a correr. Pero, al atisbar el fin del tejado, se frenó y quedó haciendo equilibrios con los brazos en el borde. Uno de sus compañeros lo tomó por el jubón para evitar que cayera.

El Sayón alzó la testa, soberbio, desafiante. Pareció a punto de decir algo, quien sabe si a modo de despedida.

No pudo.

La casucha dio un primer aviso con un quejido que se transmitió por aquel endeble montón de chamizos del que formaba parte, como un correr de tripas. Después, hizo otra advertencia que sonó a inevitable y, tras él, se vino abajo con un estruendo ensordecedor. Dos edificaciones contiguas se contagiaron y media manzana se derrumbó.

Una nube de polvo se elevó al cielo sevillano.

Diego de Luna miró con ojos desencajados lo que acababa de suceder. A su diestra, Núñez no pudo reprimir un juramento de asombro. En el tejado, al otro lado de la calleja, los corchetes hicieron otro tanto.

El fraile reaccionó veloz. Descendió todo lo deprisa que sus piernas le permitieron y saltó a tierra antes de pisar el último escalón.

Tras él salió Rafael.

—¡Chico! —le chistó Baños. El alguacil estaba arrodillado sobre el tejado y su rostro se asomaba al alero—. Acerca esa escalera para que podamos bajar.

Fray Diego ni siquiera oyó las demandas del alguacil, siguió corriendo sin detenerse y entró en la ruina que era la casucha derruida.

Había cascotes, piedras y tejas por todas partes. Vigas quebradas sobresalían de montones de escombros y una nube de polvo flotaba en el aire. Braceó para apartarla y tosió al sentir que el pecho se le llenaba de tierra.

Encontró el cuerpo aplastado bajo una viga y varios trozos del tejado. Se inclinó sobre él y le colocó la mano en el cuello para comprobar si tenía pulso.

Nada sintió en la yema de los dedos.

Al poco, una multitud de curiosos alarmada por el jaleo se agolpaba alrededor de la casa derruida. Cuchicheaban acerca de lo ocurrido. Susurraban y algunos incluso se persignaban, pese a que a esas alturas ya se había corrido la voz de que el muerto esa noche

en la Laguna de la Pajarería era el mismísimo Sayón de Santa María.

Entre el gentío, una figura contemplaba la escena con lágrimas en los ojos y juraba que, a su tiempo, haría pagar caro aquella muerte al responsable.

XX

Por toda Sevilla se propagó la noticia de la muerte del Sayón de Santa María. ¡Qué alegría inundó la ciudad tras conocer el final de aquel carnicero!

Su cuerpo se colgó de la picota de la plaza de San Francisco para que fuese visto por quien quisiera.

El terror y el miedo se tornaban ahora odio y burla y mofa y escarnio de los que festejaban su final. El Sayón de Santa María, pasaría a la historia como un perturbado, un demente.

Un asesino.

Nada más.

Durante semanas, en las más groseras tabernas y en las tascas de peor renombre, entre ricos y pobres, en las finas tiendas de las alcaicerías o en los mercados y plazas de abastos, no se hablaba y no se tenía más asunto en los labios que ese.

Se echaron bandos anunciando lo sucedido y se clavaron en las puertas de iglesias de toda la región notas contando lo sucedido. Juegos de toros seguidos por los de cañas se celebraron en la plaza de la Encarnación y se lanzaron cohetes festivos desde los tejados de edificios públicos y campanarios. Incluso se escribieron jácaras y algún que otro romance.

Tampoco faltaron reconocimientos y homenajes para don Antonio Baños. El golilla que había acabado con el Sayón tenía ante sí un futuro brillante y, según se decía, raro sería que en uno o dos años

no acabara como jurado de su collación, cuando no con algún cargo de mayor peso o notoriedad.

No eran pocos quienes veían en la muerte de la bestia la mano de Dios y aseguraban que el techado se había derrumbado aquella noche en la Laguna de la Pajarería por su divina intervención.

Cercana como estaba la Semana Santa, ¿acaso no era aquella una señal de que el buen Señor quería que esta se celebrase con el recogimiento y piedad requeridas?

Y, ya que son mentados curas y misas, es acertado decir que muchas se cantaron esas semanas y en las que vinieron en honor a las víctimas, y muchos responsos se echaron por las almas de Pedro Salazar, Álvaro de Torres, Blas de Henar y Juan de Zúñiga. Si en vida habían sido hijos de su madre sin entrañas, ahora eran ilustres y leales vecinos cuya pérdida lloraban hasta los que una vez los mentaron por el nombre del puerco. No hay cosa mejor que morirse para engordar la fama.

El Cabildo hizo correr la voz de que aquel monstruo era un indio. Un salvaje venido desde el otro lado del mundo, desde las Américas, para corromper estas cristianas tierras con a saber qué ritos brutales, paganos y atrasados.

Se enterró en secreto en una fosa común del cementerio. En una tumba sin nombre.

Y la ciudad se sacudió el miedo, dejó de temer al Sayón de Santa María.

Comenzó a olvidar.

Todos, menos fray Diego de Luna, que como un perro enganchado a un hueso roía y roía una y otra vez una certeza instalada en su corazón: habría más muertos.

* * *

Tras atravesar la boca de acceso, Rafael dejó escapar un silbido de

admiración y sorpresa. Ante ellos se alzaba un imponente edificio que se elevaba por encima incluso de las murallas.

—Es mucho más grande de lo que parece por fuera —soltó sin poder reprimir la emoción.

El corral de la Montería era uno de los varios espacios de que disponía Sevilla para la representación de comedias. El mayor de ellos, con capacidad para más de mil personas. De forma ovalada y cuatro pisos de palcos, se ubicaba en el patio del mismo nombre, en los Reales Alcázares. Allí habían estrenado todos los grandes:

Loope, Calderón, Tirso y notorios autores locales como Jiménez de Enciso o Godínez Manrique.

—¿Habías asistido a una representación antes? —le inquirió Diego.

—He visto autos sacramentales por el Corpus en plazas, pero nunca en un corral. Ni siquiera en el del Coliseo, al que se puede entrar sin soltar una blanca si sabes cómo.

La comedia que hoy se representaba, *Don Lucas del Cigarral*, era obra vieja, de esas que llamaban de figurón, de Rojas Zorrilla, autor de gran renombre.

El franciscano reclamó la atención del chico.

—No hemos venido a pasar el rato, sino a encontrarnos con alguien —dijo, oteando los pisos superiores.

En aquellas galerías cubiertas se ubicaban los aposentos o palcos más caros, a dieciséis reales y exclusivos de nobles y autoridades, y la cazuela, reservada para las mujeres y que poseía su propia escalera de acceso.

El patio era para el pueblo. Un real por la entrada de pie al que se le sumaba otro por poder sentarse en un banco corrido, frente al escenario o en las gradas bajo las galerías.

Por su condición de religioso, Diego podía haber pedido que se les ubicase en el desván, un palco lateral en la segunda planta reservado para el clero, pero desde allí no vería a Antonio Baños.

El alguacil ya ocupaba su asiento, junto al presidente de la Casa de la Contratación, el asistente de Sevilla, Josef de Figueroa y el

prior del consulado de mercaderes. Junto a ellos se sentaba una pareja compuesta por un hombre sobrado en carnes y de prominente nariz bulbosa y una mujer vestida de elegante basquiña y mantilla a juego. Diego no los conocía, pero, a tenor de las caras ropas y con quienes se codeaban, estaba claro que eran gente de importancia.

Cuando el golilla atisbo al fraile entre el gentío del patio, compuso una mueca de fastidio, pero no le negó el saludo. Sacudió el mentón con gravedad. Luego volvió el rostro y rio alguna gracia de los políticos junto a los que se sentaba.

—Hoy no te me vas a escapar —murmuró el franciscano entre dientes.

Poco a poco el corral se fue llenando. Las voces de los espectadores se mezclaban con los gritos del aguador y del vendedor de aloja, una bebida típica a base de agua, miel y especias.

Varias campanillas resonaron al unísono desde diferentes lugares demandando silencio. Al punto, sin que el runrún cesase del todo, las luces del tablado se encendieron. La función iba comenzar. Entonces sí, el público calló y aguardó expectante la salida de los actores.

Diego miró a su ayudante. El chico contenía la respiración con ojos ensoñadores fijos en el tablado. Sonrió. No eran de su agrado aquellas obritas hechas para recreo del populacho, prefería las adaptaciones de las Sagradas Escrituras, ideadas para enseñar a la par que entretener.

Pero, si se dejaba llevar por el momento, si se limitaba a contagiarse de la magia que flotaba en el patio del corral de comedias, debía de admitir que acertaba a ver por qué aquellas representaciones tenían tanto éxito. Hacían olvidar el día a día y eran capaces de producir aquel pequeño milagro que hasta él debía de admitir que era la risa.

La representación logró abstraerlo por completo de sus cuitas. La trama era simplona e incluso burda, pero acabó por sumergirse en

ella y se dejó llevar.

A su lado, Rafael parecía estar flotando en una nube de felicidad. Su rostro se iluminaba con la risa cuando don Lucas se metía en aquellos embrollos debido a su vanidad o se contraía silbando o pataleando cuando parecía que iba a salirse victorioso. Al final, incluso el religioso aplaudió con ganas cuando todo acabó bien para la verdadera protagonista de la obra, la prometida del arrogante don Lucas.

Concluida la función, el gentío se desplazó hacia la salida. Primero, desalojaban los de los palcos; solo cuando los señores habían salido, era turno para los de entradas más baratas.

Pero Diego no pensaba dejar que Baños se le escapase. Enarboló su condición de franciscano ante la cuadrilla ocupada de controlar el desalojo y salió, dejando atrás una nube de quejas y rezongos de los que tenían que aguardar.

Localizó al alguacil descendiendo los últimos escalones del vomitorio, custodiado por la misma ilustre compañía con la que había compartido palco.

—Aguarda aquí —le ordenó a Rafael.

Y, a grandes trancos y con la cabeza echada hacia delante, como embistiendo, se fue derecho hacia Antonio Baños.

El fraile se colocó frente al grupito de tal modo que, cuando echase a andar hacia la puerta, tendría que elegir entre chocar con él o esquivarlo. Al ser consciente de su presencia, Baños frunció el entrecejo, se adelantó y tomó por el codo al franciscano. Lo llevó a un aparte casi a la fuerza.

—¿Qué es lo que queréis, fraile? —masticó con gesto hosco.

—He intentado hablar con vos varias veces sin éxito. No me habéis dejado otra salida que abordaros aquí.

—He estado muy ocupado.

Diego señaló con la barbilla al grupo que acompañaba al alguacil.

—Ya veo que lo habéis estado. Haciendo amistades —dijo con malicia.

Antonio Baños arrugó el ceño.

—Cuidado con lo que insinuáis —gruñó.

Pero Diego no estaba allí para discutir con el alguacil.

—No he venido a echaros nada en cara.

—Entonces, ¿a qué habéis venido?

—Necesito hablar con el señor asistente de Sevilla, don Josef de Figueroa.

Baños enarcó las cejas perplejo.

—¿Qué asuntos tenéis que tratar con su excelencia?

—Sabéis de sobra de qué vengo a hablarle.

—Las muertes han cesado. Dejad ese tema.

—Hay muchos cabos sueltos en este asunto. ¿Por qué eligió matar a los hijos de algunos de los hombres más poderosos de Sevilla? ¿De dónde sacó el dinero necesario para hacerse con el lapislázuli? Hay muchas preguntas sin contestar. Dejadme hablar con el asistente.

El alguacil se tironeó el bigotón. Se lo veía incómodo, violentado incluso por tener aquella conversación rodeado de algunas de los personajes más notables de la ciudad.

—Su excelencia el asistente no os escuchará. Solo oye a quien le conviene y cuando le conviene —dijo bajando la voz.

—Entonces, hablad vos con él. Decidle que tenéis reservas. Pedidle que os deje continuar vuestra investigación.

—Ya no estoy al frente de ninguna investigación. No existe. Está cerrada.

—Pues pedid que la reabra.

—Eso es imposible.

Diego se repasó las mejillas con la yema de los dedos. Entendía que el puesto que aquel hombre ostentaba lo obligaba a navegar entre dos aguas. No lo envidiaba.

—Os hacen parabienes y homenajes. Pero ¿qué creéis que pasará si vuelve a aparecer otro muerto en las calles? Esos que os abrazan y se dejan ver en público con vos os darán la espalda. Harán como que nunca os conocieron.

Baños emitió una risita triste.

—De sobra sé cómo son los políticos. Pero va para un mes de aquella noche y no ha habido más cadáveres.

—¡Volverá a suceder! Lo siento en las tripas —insistió Diego.

—Aunque os creyera, padre, tengo las manos atadas. No puedo hacer nada.

—Sabéis tan bien como yo que esa noche no murió el verdadero culpable.

Baños gruñó contrariado.

—Vos mismo visteis con vuestros propios ojos a ese hombre asesinar a Juan de Zúñiga. ¿Qué más pruebas necesitáis?

—Eso no demuestra que fuese responsable de las anteriores muertes.

—También olvidáis lo que encontramos al revisar la casucha donde se ocultaba ese malnacido. ¡Esa condenada caja con los corazones dentro! —El alguacil dibujó una mueca de repulsa—. ¡Todavía tengo pesadillas con eso!

El fraile no se dio por vencido.

—Salvador Cano, el antiguo aprendiz de maese Murillo, es el Sayón. ¡El hombre que murió esa noche no era ninguno de los dos!

—¡Os equivocasteis, padre! Admitidlo de una vez. Ese indio que murió era el Sayón y vos estabais errado.

—No me equivoqué. Salvador mató a aquellas pobres mujeres en Écija y es el responsable de los asesinatos de Sevilla. ¡Él es el Sayón de Santa María y sigue libre! Habrá más muertes y vos deberéis responder por ellas.

Antonio Baños alzó la mandíbula orgulloso.

—Tened cuidado con lo que decís, fraile.

Diego vislumbró que era momento de templar el discurso. No convenía estirar demasiado la cuerda o acabaría por romperse.

—Sois un hombre de honor, Baños —dijo, mirando al oficial directamente a los ojos—. El día que os conocí, me dijisteis que no dudase de vuestro compromiso con la justicia. Es vuestra oportunidad de demostrar tal compromiso.

Antonio Baños, alguacil menor de Sevilla, hermano de la cofradía

de la Santísima Veracruz y nacido en la calle de la Vera del Río, en Triana, apretó los dientes, respiró hondo y sacudió la cabeza para negar.

—Es imposible reabrir ese asunto. Iría en contra de todo el mundo. Los jueces de grado, el asistente… Todos lo dan por cerrado. Si no aparece otro muerto, no puedo hacer nada. Quiero creeros, y os juro que una parte de mí lo hace. Pero, sin un motivo, sin una muerte que lo justifique, me es imposible retomar este asunto. El hombre que murió esa noche en la Laguna era el Sayón.

—Cuando vuelva a aparecer un cadáver en medio de una calle sevillana, recordad que tuvimos esta conversación.

—Si tal cosa sucede, os doy mi palabra de que nunca la podré olvidar. Hasta entonces, quedad en paz.

Dicho eso, Baños se colocó el sombrero y se alejó sin siquiera tomarse la molestia de despedirse.

Diego lo vio regresar junto al grupo que lo acompañaba. También él desanduvo sus pasos y regresó junto a su ayudante.

—¿Qué ha pasado? —se interesó este.

El franciscano resopló frustrado.

Baños no nos ayudará. Nadie lo hará. Están todos tan felices con su falso triunfo. ¡Como ciegos! —sentenció.

Rafael no quería ahondar en aquella cuestión. El fraile estaba convencido de que aquello no había terminado, y cierto era que había dado suficientes muestras como para que sus vaticinios fuesen tenidos en cuenta. Pero, en esta ocasión, no podía evitar tener dudas.

—¿Y si os equivocáis en esto, padre? —se atrevió a decir— ¿Y si Salvador no era en realidad el Sayón? ¿Y si lo era ese indio?

—¡No me equivoco! —alzó la voz el fraile. Un grupito a su alrededor lo miró. Le dio un suave coscorrón al chico. Él no tenía la culpa de nada—. Ojalá tengas razón, muchacho. Ojalá.

Antes de atravesar la puerta de la Montería, una voz reclamó la atención del fraile. Era Bartolomé Murillo.

—Hermano De Luna, unas palabras —dijo el artista al llegar a su

altura.

—Según he oído, Jerónimo saldrá de la Cárcel Real en breve.

—Salió esta mañana. Por eso he querido hablar contigo. Quisiera expresarte mi gratitud. El juicio era una bufonada. No quiero ni pensar en el destino que le aguardaba de no ser por tu intervención en este asunto.

—Me alegro de que todo haya ido bien para él. ¿Cómo está?

Una nube de pesar ensombreció el rostro del artista.

—Apenas habla desde que salió de prisión —se lamentó—. Tiene miedo de todo y se esconde en cuanto alguien que no soy yo se le acerca. Estar encerrado en esa condenada celda quebraría el espíritu de cualquiera, qué no habrá hecho con un crío tan especial.

—El pasar del tiempo es el mejor remedio para los males.

La cita de Plauto hizo que un asomo de sonrisa se formase en los labios del pintor.

En ese instante, la pareja que Diego había visto sentada junto a las autoridades, cerca de Antonio Baños, pasó a su lado, camino de la salida. Al ver que se trataba del maestro Murillo, el hombre se detuvo, enarcó las cejas con sorpresa y saludó al artista palmeando su espalda con efusividad.

—Querido Guido, me alegro de veros de nuevo en Sevilla —le devolvió el saludo el pintor.

—Vine hace unos meses, pero no he querido molestaros. Seguro que andáis trabajando sin parar. Esas manos vuestras son como las de un labriego, ¡no saben estar quietas!

El desconocido tenía un claro y muy marcado acento genovés.

Tomó entonces el artista la mano izquierda que la mujer le tendía y la besó cortés.

—Mi señora Catalina, es un placer veros también a vos.

—El placer es mío, maese Murillo.

Ella era por lo menos veinte años más joven que él, que debía de frisar la cuarentena, si no la rebasaba holgadamente. Parecía tan tímida que bien pudiese estar a punto de desaparecer tragada por la tierra. Diego podría haber jurado que el arrebol que lucían sus

mejillas no se debía a polvos de arroz ni ungüento alguno, sino al rubor que la invadía.

Los hombres aún dedicaron varios minutos a compartir frases vacías y dichas mil veces. Aprovechó aquello la mujer para aproximarse a Diego. Hizo una sentida genuflexión y, bajando la cabeza, le habló con una voz que más parecía un arroyuelo de lo débil que era.

—Padre de Luna, quisiera expresaros mi gratitud por vuestra labor. —Ante la alabanza, el fraile la observó con extrañeza—. Don Antonio nos contó que estuvisteis aquella noche en la Laguna y que vuestra colaboración fue decisiva para acabar con aquel horrible asesino —aclaró ella.

El franciscano restó importancia a su aportación con una sacudida de muñeca.

—No creáis todo lo que os cuentan —dijo.

El genovés dio por finalizada la charla con Murillo y se volvió hacia la mujer. No hizo el más mínimo amago de dirigirse a Diego, la tomó por el brazo y la conminó a continuar su marcha.

—Ha sido un placer veros de nuevo, *mester* Murillo. Prometo pasar por vuestro taller un día de estos —dijo el italiano como despedida.

—Espero ansioso vuestra visita.

Lo que esperáis ansioso es mi bolsa —soltó el genovés con una estruendosa risotada.

Ante la broma, que tenía mucho de puya y muy poco de humor, maese Murillo no tuvo otra que mostrar sus dientes en una fingida sonrisa.

La mujer se despidió con una reverencia de cabeza dirigida a ambos.

Cuando la pareja se había alejado lo suficiente, el semblante cortés de Murillo se transformó en una máscara de desprecio.

—¡Petimetre engreído! —bufó a la espalda del genovés mientras este se alejaba.

—¿Quién es?

—Se llama Guido Conti. Banquero del rey entre otros por lo que se dice. Y, por cómo dilapida ducados en Flandes el cuarto Felipe, a buen seguro acreedor de este. Eso es todo lo que tiene ese gazmuño, dinero.

—Por cómo lo has tratado, cualquiera diría que era de tu agrado.

—¡El negocio me obliga! —clamó resignado el pintor—. Es un buen cliente. Me ha comprado varias pinturas.

—Entiende de arte al menos.

—¿Ese? Ese no entiende de arte ni de belleza ni de nada que no sea usura e intereses. Es ella, su mujer, Catalina de la Cruz, quien sabe apreciar un buen lienzo. Dios sabrá por qué un estólido como él ha acabado con una mujer de tal sensibilidad y buen gusto.

—¡Es bellísima!

La intervención de un hasta ese momento silente Rafael pilló por sorpresa a fraile y pintor.

Fue el segundo quien concedió sin paliativos tras volver el rostro para ver a la mujer salir del corral de comedias.

—Lo es, sin duda. Lo es —musitó.

Sacudió la cabeza, como queriendo apartar algún pensamiento afuerino que se hubiese colado en su cabeza, y se giró hacia el religioso.

—Quién iba a decir que finalmente no fuese Salvador el autor de esas muertes. Pese a todo, vos fuisteis indispensables para dar con ese bastardo. Sevilla está en deuda con vos.

Diego valoró durante un parpadeo si hacer partícipe de sus cuitas al pintor. Finalmente, desechó tal idea. En su lugar, se mostró cínico y áspero.

—Dudo que Sevilla sepa mi nombre, de lo cual me alegro.

—En cualquier caso, yo os estoy agradecido y no es algo que diga a la ligera.

—Con eso me basta, maese Murillo.

XXI

El guardián del convento la Casa Grande de San Francisco apenas sí se había dejado ver en mucho tiempo.

Diego juzgó que era hora ya de ir a su encuentro.

Encontró a Gaspar en su despacho del segundo piso. Daba la impresión de que nunca saliese de él. Era como si lo evitara.

Nada más escuchar la voz de su antiguo amigo, dándole de mala gana permiso para entrar, supo que su presentimiento era cierto.

—¡Diego! ¿Qué te trae por aquí? —dijo Gaspar en el mismo tono que usaría para señalar que una piedra se le había metido en el zapato.

—Hace tiempo que no hablamos. No te he visto desde hace semanas —comenzó el fraile.

—He estado muy ocupado. De hecho, como puedes ver, lo sigo estando.

Apoyó sus palabras en los voluminosos cartapacios llenos de documentos que se veían sobre la mesa.

—Descuida, no te robaré demasiado tiempo.

—¿Por qué no vienes en otro momento? Podría atenderte sin prisas.

Diego resolvió ir directo al grano.

—Quería preguntarte acerca de Elena. ¿Has hecho algún avance? —dijo.

Gaspar no se molestó en aparentar que aquello no lo pillaba por

sorpresa. Carraspeó nervioso y apretó los puños por encima de la mesa. Se refugió tras ella. Ligeramente encorvado y con los hombros gachos, era como si la usase de coraza o escudo. Se revolvió inquieto en el asiento. Volvió a toser. Más para ganar tiempo que para aclararse la voz.

—No puedo decirte gran cosa.

Diego soltó un resoplido de hartazgo.

—Ha pasado suficiente tiempo como para que puedas contarme algo, aparte de vaguedades.

—Entiéndelo. No es sencillo encontrar su rastro.

—Eso mismo me dijiste la última vez.

El fraile clavó su mirada en la del guardián. Este no pudo aguantarla mucho tiempo.

—¡Han pasado quince años! Es mucho tiempo —se defendió.

Como si una chispa hubiese prendido un pensamiento largo rato demasiado cerca de un fuego, Diego lo tuvo claro.

—Lo que me decías en tu carta era falso —soltó—. Elena no sobrevivió a la peste. Murió. Como siempre he creído. Me mentiste.

—¡No! —clamó el guardián con una vehemencia a todas luces exagerada—. Por supuesto que no te mentí.

Diego apoyó las manos en la madera y las usó para darse impulso e inclinarse sobre la mesa.

—Desde que he regresado solo me has dado falsas esperanzas. ¿Cuál es la verdad, viejo amigo?

Diego hizo referencia a su antigua relación en un tono de sarcasmo tan agrio que pilló con el paso cambiado a Gaspar. Guiñó los ojos sorprendido primero e incrédulo después. Sus dedos repasaron nerviosos el veteado de la madera de su escritorio, como si estuviese limpiando una mancha que solo él viese.

—Creo que quizá sea conveniente empezar a hacerse a la idea de que no va a ser posible averiguar qué sucedió —dijo en tono tan calmo que a Diego las palabras le sonaron como si estuviesen bañadas en escarcha.

—Dijiste que estaba viva —acertó a decir.

—Te dije que todo eran conjeturas, suposiciones. Que no había nada seguro. Es mejor así, Diego. Esa mujer nunca te trajo nada bueno.

Aquello fue la puntilla. La gota que colmaba todos los vasos imaginables. Diego resolvió que era mejor dejar morir las palabras que le quemaban en la garganta. Todo lo que le venía a la cabeza estaba fuera de lugar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse. Sus manos se crisparon en puños y los nudillos se le tornaron blancos. Apretó los dientes, como si mascase hierro. Todo en su ser clamaba por saltar sobre la mesa y golpear a su superior hasta que quedase satisfecho.

Gaspar fue consciente de ello. Durante un segundo, incluso creyó posible que tal cosa sucediese. Palideció e instintivamente se echó hacia atrás en la silla.

Diego se repasó las mejillas con la yema de los dedos. Se pellizcó la barbilla. Respiró despacio. Se puso en pie.

—Te agradezco el tiempo que me has dedicado —dijo antes de dirigirse a la puerta.

Al tiempo que posaba su mano en el pomo, la voz de Gaspar volvió a sonar en el despacho. Pero ya no era la de aquel amigo de tiempo atrás. Ahora era la voz del hermano Valdés, guardián de la Casa Grande de San Francisco. Su superior.

—Aunque tu labor aquí ha finalizado, no es necesario que regreses a América enseguida. Puedes quedarte unas semanas más. Esta es tu casa —dijo.

Y lo pronunció en el mismo tono que un noble usaría para arrojar un trozo de pan a los pies de un chiquillo de la calle. Con la misma superioridad y sentir del que cree estar siendo generoso.

Diego vio la oportunidad de cobrarse una pequeña venganza. Una ínfima y breve pero satisfactoria.

—No voy a irme —replicó misterioso—. Todavía no. Los asuntos de los que me pusiste al cargo no se han resuelto del todo.

Gaspar enarcó las cejas.

—¿De qué asuntos hablas? El Sayón está muerto.

—Quizás eso no sea tan cierto como crees.

Dicho aquello, el fraile salió sin molestarse en mirar a su superior. La voz de este aún tronaba en el pasillo cuando cerró la puerta tras de sí.

Diego no invirtió ni un solo segundo de más en pensar en Gaspar. No lo merecía. Ahora tenía claro que su antiguo amigo lo había usado. Había utilizado sus temores y obsesión para hacerlo regresar a Sevilla e involucrarlo en un asunto del que el guardián, a buen seguro, habría sacado buen rédito ante el arzobispo. Un peldaño más para seguir medrando dentro de la Iglesia.

Con el asunto resuelto, ya no lo necesitaba más. Lo apartaba. Lo enviaba de regreso a Veracruz. Porque eso y no otra cosa era la invitación a quedarse unas semanas más en el convento. Rota la esperanza de que Elena estuviese viva, no le quedaba nada en Sevilla. Gaspar lo sabía muy bien.

Desde que fuera un novicio, había demostrado tener las habilidades y ambición necesarias para medrar en la jerarquía eclesiástica. De los dos, solo él podía haber acabado siendo nombrado superior de su congregación. Diego le reconocía el mérito. No era un éxito magro conseguir ser la máxima autoridad del convento más importante de toda Sevilla antes de cumplir los sesenta.

Como si hubiese tropezado con algo olvidado hacía mucho tiempo, recordó de golpe la habilidad con que Gaspar lo había manipulado en el pasado. El modo sutil con el que lo convencía de hacer aquello que le convenía solo a él.

La simple idea de volver a llamarlo amigo alguna vez se le antojaba imposible.

Pero más que la decepción por la jugada del guardián, lo que le quemaba por dentro, como un hierro al rojo, era saber que su esperanza estaba ahora rota en mil pedazos. Durante unas semanas había albergado la idea de que Elena hubiese sobrevivido a la peste. La loca idea de que seguía viva. Una posibilidad insignificante, imposible, mínima; frágil, como mantener una llama ardiendo en

mitad de una tormenta.

Y, aun así, se había aferrado a esa banal posibilidad. Había sido lo suficientemente poderosa como para hacerle recorrer medio mundo.

Afrentó la realidad. Aunque una diminuta parte dentro de él todavía pugnaba por rebatir lo probable, debía admitir la verdad. Nunca había existido una opción de que aquello fuese real. Todo había sido un ardid de Gaspar.

Elena estaba muerta. Igual de muerta que cuando se marchó a las Américas.

XXII

Estaba bien entrada la noche cuando Rafael abandonó la Casa Grande. Lo hizo utilizando la salida principal y no aguardando a que Diego se durmiese para salir a hurtadillas, como era costumbre.

—Puedes ver a tu hermana cuando te parezca —le había dicho el fraile. Pero la verdad era que, desde la noche en que fray Diego lo siguiera hasta el tugurio de Manuel, no había vuelto por el cuartucho aquel al que llamaba hogar.

Había estado demasiado ocupado siguiendo los pasos del Sayón para haber siquiera podido pensar en ella. Eso le hacía brotar una chispa de culpabilidad en el pecho.

Pero le aliviaba pensar que se debía a una buena razón.

Estaba haciendo algo bueno ayudando a Diego.

No lo hacía por los cuatro reales diarios que le pagaba. Conocía otros modos con los que hacer más dinero y de forma más sencilla. Pero ninguno le había hecho sentir aquella sensación cálida y desconocida hasta entonces.

Por primera vez en su vida, estaba haciendo algo por los demás. Algo que lo hacía sentir bien. Por primera vez en su vida, Rafael de Camas, Rafaelillo, se sentía orgulloso de sí mismo.

Al pasar junto a la Cárcel Real, pensó en lo mucho que su vida había cambiado. Hacía poco estaba encerrado entre aquellas cuatro paredes. Compartiendo celda con estafadores, chulos, cuchilleros, rulos y asesinos. Destinado a un futuro no mejor que cual quiera de

ellos.

La oferta de fray Diego todavía le rondaba en la cabeza.

¿De verdad quería ser novicio? ¿Ser fraile era su destino?

Si alguien se lo hubiese sugerido hace tan solo unos meses, se habría reído en su cara. Pero, ahora, la idea de poder estudiar, aprender, ser alguien, le seducía. ¿Se veía capaz de tal cosa?

Le había prometido a Isabel irse juntos de aquella ciudad. Irse lejos y comenzar una nueva vida. ¿Y si esa nueva vida estaba en la misma Sevilla? ¿Y si no tenían que dejar todo atrás para comenzar de cero?

Desde que se había cruzado con el franciscano tenía la oportunidad de hacer algo, de ser algo. De dejar huella en el mundo.

Un pensamiento le sobrevino. Y fue tan inesperado, tan repentino, que hubo de detener su caminar. Aquel frailecillo era lo más parecido a un padre que jamás había conocido.

Se quedó unos segundos parado en medio de la calle. Dando vueltas a aquella frase. Como si andar y cavilar fuese algo imposible de hacer a la vez, dudando de que no fuese aquel el pensamiento de otro y no el suyo.

Para cuando retomó el paso, vacilante e indeciso al principio, ya había decidido que esa misma noche hablaría con Isabel. Le contaría lo que quería hacer con su vida.

—Fray Rafael de Camas —susurró en voz tan baja que apenas él mismo se oyó.

Y esta vez no le sonó mal del todo.

La Alameda de Hércules estaba a tiro de piedra. Ya veía el brillo enceguecedor de los faroles de las tabernas de las callejuelas al otro lado. No era aquellos andurriales para frecuentar de noche, así que aguzó el oído y la vista y apretó el paso.

Hizo bien en ser precavido.

Al pasar junto al cementerio del hospital del Amor de Dios, oyó gritos y juramentos. El inconfundible soniquete de una riña.

Con la sabiduría que da la calle, actuó deprisa. Se ocultó en un zaguán y desde allí escudriñó la oscuridad.

Acertó a ver tres figuras. Dos de ellas tenían acorralado a una tercera a la que amenazaban con un puñal. El filo lanzaba chorros plateados a la luz de un cercano farol.

El del rejón le dio un golpe al que tenía frente a sí y este cayó a tierra, llevándose la mano a la cabeza. Desde el suelo dio un alarido demandando ayuda.

—¡Vámonos antes de que venga la gura! —bufó el segundo de los atacantes.

Su compañero no pareció dispuesto a atender a ruegos y lanzó dos certeros puntapiés que impactaron en el estómago del caído.

Finalmente, pareció que el bribón se cansaba. Soltó un gargajo y elevó un juramento a modo de despedida. Los dos hombres echaron a correr calle arriba. Pasaron junto a Rafael sin percatarse de su presencia.

La calle quedó de nuevo en silencio, a excepción de los graves quejidos que daba el del suelo y en los que mentaba el nombre de Dios y de todos los santos.

Rafael salió del zaguán. Se acercó al caído. Al ser consciente de la presencia del chico, este alzó la cabeza y le lanzó una mirada demandando socorro.

—¡Ayuda! —le dijo.

El instinto de Rafael erizó el lomo. Echó mano al estilete y lo asió con templanza. Torció el gesto. Engoló la voz para parecer más fiero.

—¿Quién sois?

No sin esfuerzo y soltando lamentos, el desconocido se puso en pie. Rafael lo ausculto con interés. Tenía una brecha en la frente de la que manaba sangre y la ropa sucia y rota. Aparte de aquello, parecía que la paliza no le había causado más daños.

—Sosiégate, muchacho. Que bastantes golpes he tenido por esta noche. Si no vas a ayudarme como un buen cristiano, sigue tu camino y déjame lamerme las heridas en paz —dijo, alzando las manos para demandar calma.

El chico detectó un dejo de miedo en su voz. Pero, cuando uno era un gato callejero, no podía permitirse sentir lástima por nadie.

—Así sea. Alguien os socorrerá —sentenció a modo de despedida.

Giró sobre sus talones, pero, tras dar dos trancos, se detuvo y volvió el rostro hacia el hombre.

Se había agachado a recoger un sombrero doblado a orza con presilla y ala estrecha. De esos que tanto gustan entre los mercaderes. Al levantarse, emitió un lastimero quejido y hubo de apoyarse en la pared para no volver a dar con sus huesos en el suelo.

Rafael había lidiado toda su vida con los problemas. Les había plantado cara si llevaba las de ganar y echado a correr si se terciaba tomar el de martillado. Y aquel hombre no iba vestido como un problema. Más bien parecía que los andaba buscando a gritos con aquel vistoso y caro coleto de buen cuero y los zapatos de hebilla que soltaban chispas a la luz del farol. Era como un pichón pidiendo a gritos que lo desplumasen. Bien parado había salido para lo que podría haberle sucedido.

Aunque una parte le susurraba que siguiera andando, otra, desconocida hasta hacía poco tiempo, le repetía insistente que debía socorrer a alguien que lo necesitaba. No fuese que además de sin la bolsa saliese de la Alameda con algún tajo de más.

—No deberíais andar por estas calles a estas horas. Lo único que podéis llevaros es alguna puñalada.

—¡Ahora lo dices! Ojalá haberlo sabido hace un rato. Pero no conozco esta ciudad. Soy de fuera y estoy de paso. Solo buscaba regresar a la posada donde me alojo, una que llaman del Portugués.

Mientras se explicaba, el hombre había hecho amago de acercarse.

—Quedaos donde estáis —lo frenó Rafael.

Pese a juzgarlo inofensivo, el chico no soltaba el estilete. La vida lo había enseñado a no fiarse ni de su sombra.

El hombre obedeció.

—No tienes que temer nada de mí. Ya ves en qué estado me encuentro.

Ciertamente, cojeaba ostensiblemente de la pierna izquierda y tenía un siete en las calzas a la altura de la rodilla que no se arreglaba con simple aguja e hilo. Rafael relajó la postura.

—¿Qué os ha sucedido?

En el rostro del hombre brotó un asomo de arrebol, visible incluso con la exigua luz de la lámpara.

—Ya tienes edad suficiente y pinta de saber mucho de la vida, así que no voy a mentirte —comenzó con un guiño—. Tras la cena, me apeteció algo de compañía femenina. Me han hablado mucho y bien de las mujeres públicas de esta ciudad, así que he buscado una botica. Pero temo que me haya perdido en estas callejuelas. En esas estaba cuando dos malnacidos me han salido al paso y no he tenido otra que darles la bolsa. No les ha debido de parecer suficiente el dinero que llevaba, ya que de despedida me han regalado un golpe con la empuñadura de una daga.

—Os va a quedar una buena cicatriz en la frente.

La mano del desconocido voló hasta el lugar indicado y se palpó la herida. Compuso una mueca de dolor.

—Bonito recuerdo voy a llevarme de Sevilla.

El chico, aunque seguía teniendo el arma bien sujeta dentro del jubón, se arrimó al hombre.

—Podríais haberos llevado algo peor —decretó.

El otro le dio la razón con evidente alivio.

—¿Podrías indicarme el camino hacia la posada? Entre el golpe y que no conozco la ciudad ando desorientado —pidió.

—¿Cómo dijisteis que se llamaba?

—La del Portugués le dicen, está en una plaza. Queda cerca de un convento.

Rafael soltó una risita socarrona.

—Señor, sabed que hay tantos conventos en Sevilla que a la fuerza todo queda cerca de uno.

El hombre frunció los labios y cerró los ojos tratando de recordar. Estuvo así un buen rato.

—¡Santiago de los Caballeros! Así se llama también la plaza —

dijo de sopetón.

—Entonces estáis ciertamente perdido, pero tiene remedio sencillo. Solo habéis de seguir esa calle a la que llaman de Santa Ana y, al llegar al final de ella, torcer a vuestra diestra.

El hombre esbozó una mueca de sorpresa.

—Cuando uno no conoce la senda fácil es salirse de ella.

—Las callejuelas en esta zona son todas iguales. Como bien decís, si no se sabe el camino, es fácil extraviarse.

—Gracias, muchacho. Es grato comprobar que en esta ciudad no todo el mundo es un bellaco sin honor. Siento no poder recompensarte como mereces. —El hombre trazó una reverencia e hizo amago de echar a andar en la dirección indicada. No bien había dado dos pasos cuando se detuvo. Escudriñó la oscura calle de Santa Ana con temor y volvió la cara hacia Rafael—. ¿Sería mucho pedirte que me acompañaras?

—Seguid mis indicaciones. No tiene pérdida.

—Aun así, iría más tranquilo contigo. Nunca fui un hombre dado a la acción, como puedes ver.

—Ya os digo que es imposible que os perdáis. Y yo tengo prisa.

—Acompáñame hasta la posada y así podré darte unas monedas por las molestias.

Rafael se mordió el labio. Estaba en medio de dos fuerzas que tiraban de él.

Por un lado, el instinto, que siempre lo había protegido, le aconsejaba que siguiese camino. Bastante había ayudado ya. No fuese a ser que aquel hombre tuviese gafe y lo asaltasen dos veces en una noche. Cosas más raras había visto en su corta vida.

Por otro lado, ¿no había llegado al convencimiento de querer tomar los votos? ¿No era ayudar lo que un fraile hacía?

—Venid conmigo —ofreció—. Pero no alcéis la voz. No llamemos la atención.

Echaron a andar calle arriba.

La cojera del hombre los hacía ir muy lentos.

—¿Podría cogerme de tu brazo? Iría más seguro.

De tal guisa continuaron camino. Sus voces resonaban en la quietud de la noche.

—¿De dónde sois? No alcanzo a identificar vuestro acento.

—De Nueva España. De América.

—¿Lleváis mucho tiempo en Sevilla?

La pregunta quedó en el aire, sin responder.

Una sombra había salido de la oscuridad, caminando desde la calle ancha de Santa Clara. Se colocó en medio de la vía, de tal modo que era imposible pasar sin que se apartara. Cosa que no parecía dispuesta a hacer.

Rafael metió la mano entre sus ropas y echó mano de nuevo al estilete. Sus dedos juguetearon nerviosos con su mango. Lo ocultaba de la vista, pero estaba listo para lanzar una estocada si así se terciaba.

—Poneos tras de mí —brindó con valentía a su acompañante. Templó la voz—. Dejadnos pasar.

La figura no se movió.

El chico amusgó los ojos. Observó al desconocido. ¿De qué le sonaba aquella cara?

La certeza de que lo conocía, aunque no recordaba de qué, había de aguardar. Algo reclamaba su atención en ese momento. Un sexto sentido que no pocas veces le había salvado y que ahora le decía que había dado la espalda al verdadero peligro.

Volvió el rostro. Vio al hombre al que protegía abalanzarse sobre él.

Llevaba algo en la mano. Una esponja con la que le cubrió nariz y boca.

—No te resistas. Será más sencillo para todos —le dijo mientras hacía fuerza.

A Rafael le llegó un fuerte olor que le provocó una arcada y forcejeó para liberarse. No pudo.

El hombre del medio de la calle se les unió.

Viéndolo así, de cerca, pensó que había perdido el juicio. ¡Pues no era el mismo indio que habían visto en la casucha de la Laguna!

Eso era imposible, aquel hombre había muerto.

Aquellos pensamientos se fueron alejando entre brumas.

Estuvo así durante varios segundos que le parecieron siglos. Respirando aquel olor. Dejando que lo que fuese con lo que la esponja estuviera empapada se le metiese en la garganta y pulmones.

Sintió que se alejaba o tal vez era el mundo el que se marchaba de él.

Sacudió la cabeza para apartar aquella sensación y solo consiguió que todo girase a su alrededor más deprisa. Pero, de algún modo, logró mantenerse en pie.

—Es fuerte. Habrá que darle otra dosis —oyó decir al hombre al que había ayudado.

De nuevo le colocaron la esponja y esta vez Rafael ya no tuvo fuerzas para resistirse.

—Es suficiente. No queremos matarlo.

A Rafael, aquella voz le llegó desde tanta distancia que le pareció irreal. Proveniente de una corriente subterránea. De un río que lo transportaba en olas. Una voz dulce, tersa, que olía y sabía a terciopelo. ¿Era aquello posible siquiera?

Apartaron la esponja. Dejó de resistirse.

Lo soltaron y se le doblaron las rodillas. Alguien lo sujeto para evitar que se cayera.

Sentir el mango del estilete en la palma de la mano le hizo regresar unos segundos.

Alargó el brazo y lanzó una estocada. Rozó algo. Oyó un juramento. Quiso dar una segunda, pero alguien le arrebató el arma de las manos.

Lo cogieron de los hombros y lo arrastraron hasta un carruaje. Lo vio entre sombras. Entre oleada y oleada de irrealidad.

Antes de perder la consciencia por completo, le vino un pensamiento desde algún remoto lugar de su conciencia. Como una chispa mínima que seguía manteniendo la caldera en marcha pese a la noche eterna de afuera. Una chispa que prendió una leve llama.

Supo quién le hacía aquello.

—Tú… eres el Sayón. Eres Salvador —balbució.

Se le cerraron los ojos del todo.

Luego, oscuridad.

XXIII

A Diego lo despertaron los golpes de madrugada a la puerta de la Hospedería de Indias. Asustado, abrió los ojos. Se incorporó. A los golpes se había sumado una voz que lo reclamaba.

—¡Hermano De Luna! ¡Salid!

Reconoció al dueño de la voz. Era el hermano portero de la Casa Grande. Debido a su oficio, había desarrollado una curiosa cualidad por la que parecía estar gritando cuando en realidad se expresaba en voz sumamente baja.

Se incorporó en su yacija y se frotó los ojos para combatir la somnolencia. Prendió un cabo de vela que tenía sobre una mesa auxiliar. La mecha chisporroteó unos instantes antes de iluminar con una luz exigua. Le bastó, no obstante, para comprobar que Rafael no había regresado aún.

Se remojó la cara como un gato y aún se secó peor. Se colocó los hábitos directamente sobre la camisola de dormir y, tras meter los pies en las sandalias, salió a abrir.

Los golpes, aunque en menor intensidad, continuaban.

—¿A qué viene este escándalo? —dijo nada más empujar la puerta.

La cara de apuro del portero le hizo saber que nada bueno sucedía. No se equivocaba, aunque aún no fuese consciente de la gravedad.

—¡Hay una mujer en la puerta del convento que os reclama!

Diego confeccionó un mohín de extrañeza a la par que se pellizcaba el puente de la nariz.

—¿Una mujer?

—Amenazaba con entrar ella misma a buscaros si no salíais pronto. He tenido que dejarla pasar al atrio para que no armase más escándalo.

—¿Qué hora es?

—Hace poco que la campana de la Giralda dio las cinco.

¿Tan entrada la madrugada y Rafael no había vuelto?

Sabía quién lo estaba aguardando en el atrio.

—Gracias, hermano. Yo me ocupo.

—Despachadla pronto. Si alguien la ve a estas horas dentro del convento…

Diego apuró el paso para dejar atrás las reticencias del portero.

Encontró a Isabel la Cobriza caminando nerviosa arriba y abajo.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Al ver al clérigo se fue a por él como una flecha.

—¿Dónde está Rafael? —gruñó.

Diego entrecerró los ojos.

—Contigo —replicó—. O eso me dijo que iba a hacer cuando se fue poco antes de las doce. Iba a reunirse contigo en el tablaje de Manuel.

—Pues por allí no se le ha visto.

—Aquí tampoco ha regresado. Su camastro está sin deshacer.

Isabel apretó los puños y no soltó un juramento solo porque recordó en el último momento dónde se hallaba.

—¡Sabía que nada bueno saldría de andar con vos!

—Tranquilízate. No sabemos qué ha sucedido. No hay por qué ponerse en lo peor.

—He pasado tres horas aguardándole en aquel cuarto de mierda. ¡No me digáis que no me ponga en lo peor!

—Es un chico listo. No le habrá sucedido nada.

La mujer le clavó una mirada cargada de tal rabia que Diego dio un involuntario paso atrás.

—Al ver que tardaba tanto, salí a recorrer las calles cercanas al tablaje —dijo ella presa de la misma ira—. He encontrado esto, tirado en medio de la calle.

De debajo de la saya extrajo un objeto que tendió al fraile. Era el estilete de Rafael. El mismo que le había visto blandir para defenderlo en la cárcel. Había sangre en el filo.

Durante largos segundos, Diego se quedó mudo, la vista fija en el arma.

—Quizá lo haya perdido —balbució como si despertara de un profundo sueño.

Fue consciente de lo necio que sonaba nada más abrir la boca. Era el miedo el que hablaba. El miedo a que al chico le hubiese sucedido algo.

Mil teorías se abrieron paso en su cabeza a la vez. Todas con idéntico y funesto final.

Deseó con todas sus fuerzas estar equivocado, pero sabía que no lo estaba. La desaparición de Rafael estaba relacionada con el Sayón. Fuera del terreno de los números, las coincidencias rara vez se daban sin más.

Si algo le sucedía, si resultaba herido, si moría, sería su culpa. Solo suya. Nunca sería capaz de perdonarse haber metido al muchacho en aquel asunto.

Se obligó a apartar aquellos pensamientos. Ahora solo podían ser prácticos. Lo primero era dar cuenta de lo sucedido a Antonio Baños.

—Avisaré al alguacil —anunció al tiempo que se dirigía hacia el portón de salida.

Antes de traspasarlo, una rendija se abrió en este y la luz de la luna se coló por ella. Era el buzón que con la forma de monstruosa medusa labrada en bronce se ubicaba en el lado externo de la puerta. A la rendija se asomó una manita que sostenía un sobre, que cayó al suelo del atrio trazando un volatín.

Diego lo tomó entre sus manos. Lo estudió. No había remite. Solo el nombre del destinatario: el suyo.

Se lo guardó bajo el hábito y abrió el portón de modo enérgico.

Se topó con un crío desarrapado que lo miraba desde abajo con una mezcla de sorpresa y susto.

—¿Qué significa este sobre? ¿Quién te ha dicho que lo dejaras en el buzón del convento? —preguntó.

La única respuesta del niño fue echar a correr. Diego trató de seguirlo.

Se dio cuenta bien pronto de que le iba a resultar imposible alcanzarlo. No solo porque no podía mantenerle el ritmo con aquellas sandalias, sino porque el pequeño volaba sobre los adoquines de la plaza de San Francisco. Si lograba cruzar la plaza, se perdería en las calles del otro lado.

—¡Detened a ese crío! —gritó a un grupo de viandantes hacia el que el pequeño se dirigía. Era un grupo de marinos camino del Arenal.

El niño olió el peligro. Frenó, fintó a diestra y siniestra y a punto estuvo de escurrirse entre sus captores. Pero unos brazos firmes lo sujetaron y acto seguido lo elevaron del suelo como si tal cosa. El crío pataleó y agitó los brazos. De su boca salieron tantos juramentos y tan juntos que apenas se le llegaba a entender.

Cuando Diego llegó a su altura, el pequeño seguía porfiando por escapar, soltando manotazos y patadas a diestro y siniestro. El fraile cerró la mano en un puño y le dio un coscorrón, suave, de poca intensidad; destinado más a amansarlo que a provocarle daño. No pareció causar mucho efecto.

—¡Dejadme! Yo no he hecho nada —bufó el niño enrabietado a la par que se revolvía como un jabato caído en una trampa.

Diego se le arrimó hasta que sus frentes casi se tocaron.

—No quiero hacerte daño. Solo saber quién te pidió entregar ese sobre. Responde y no te sucederá nada. Tienes mi palabra.

El niño lanzó un reojo al fraile y quedó claro que su palabra le importaba tanto como una bosta de caballo. Sin embargo, se tranquilizó. No veía otro modo de salir con bien de aquello que responder.

—¡Yo no sé nada! Un hombre me dio dos reales por llevar esa

carta y dejarla en el buzón de la Casa Grande —dijo.

—¿Qué hombre? ¿Cómo era?

—No lo sé. No le vi la cara. Iba embozado, con el coleto subido. Solo sé que tenía un acento raro.

—¿Cómo un acento raro? ¿Extranjero?

—Como los que vienen al puerto desde las Indias.

Diego alzó dubitativo las cejas.

—¿De Nueva España?

Pero el pequeño parecía ser una fuente de la que ya solo iban a manar reniegos y quejas.

—No sé nada más. Os he contado todo. ¡Soltadme! —pataleó.

A una seña del fraile, el marino que tenía al crío sujeto lo soltó. El niño no perdió ni un instante y echó a correr. Sus piernas se movían incluso más rápido que antes y, como un borrón, se perdió entre las calles del otro lado.

El fraile agradeció a los presentes su ayuda. Extrajo el sobre de entre los hábitos y se lo quedó mirando largo rato.

La Cobriza llegó a su lado.

—¿Qué es ese sobre? —preguntó.

—No lo sé. Pero algo me dice que está relacionado con la desaparición de Rafael.

La mujer tragó saliva de modo ruidoso.

—Abridlo.

El franciscano hizo lo que se le pedía.

Dentro había una cuartilla amarillenta de papel escrita por una sola cara.

—Es una carta —anunció.

—Leedla en voz alta.

Diego miró el papel. Aquellas líneas pulcras, limpias, exquisitamente trazadas y en las que ni una sola gota de tinta estaba fuera de su sitio se le antojaban una cadena montañosa ante la que no se veía con fuerzas de escalar. Hubo de armarse de valor. Para ello buscó en lo más profundo de su ser.

Carraspeó para aclararse la garganta, en la que sentía un denso

e impenetrable nudo.

Comenzó a leer:

—«Estimado padre De Luna: si os importa el chico, utilizad vuestro ingenio y resolved el acertijo. Poneos a la tarea y vivirá. Errad, abandonadlo o avisad a la justicia y no volveréis a verlo con vida».

La misiva no iba firmada.

No era necesario.

Diego calló. El eco de su voz seguía resonando en su cabeza. Lejana, como proveniente de un sueño. Irreal. Un carámbano de hielo se le licuó en las venas y le recorrió de pies a cabeza.

Se sentía asomado a un abismo del que tan solo le separaba un paso. En el centro mismo del pecho tenía un timbal retumbando que apenas le dejaba oír sus propios pensamientos. El aire no entraba en sus pulmones.

Isabel soltó un lastimero quejido.

—¡Mi pobre Rafaelillo! Sabía que le pasaría algo estando con vos —dijo encendida. Más para ella misma que para el fraile.

Diego quiso consolarla.

—Rafael está vivo. Si lo hubiese matado, no nos enviaría este mensaje. Me está desafiando. Esta carta es como si fuese un guante que me arroja. Quiere que juegue con él.

—Me cago en vos y en vuestros juegos —bramó la mujer.

Aquel reniego hizo que Diego reaccionara. A punto estuvo de echarse a reír. Pese a lo terrible del momento, sentía los pies firmemente asentados sobre la tierra. Sus dedos acariciaron la basta lana de su hábito y, cerrando los párpados, se recreó durante unos segundos en aquella sensación tan sencilla y a la vez tan compleja de estar vivo.

El corazón se le calmó. El aire entró en su pecho.

Tenía un único propósito.

—Lo encontraré —dijo.

No mentía. Removería cielo y tierra si era necesario, pero se dejaría matar antes de que nada malo le sucediese al muchacho.

La Cobriza volvió el rostro hacia el fraile y le clavó una mirada como de serpiente a punto de saltar sobre una despistada presa.

—Los dos lo haremos.

—La carta está dirigida a mí. Es a mí a quien está retando. Además, puede ser peligroso…

Un firme ademán de la mujer quebró las palabras del fraile a mitad de discurso.

—No os atreváis a dejarme al margen —masticó las palabras con calmosa rabia—. Es la vida de mi hermano la que está en juego.

Diego supo que nada detendría a aquella mujer. No había palabra o gesto en el mundo que pudieran impedirle buscar a Rafael. Concedió con un leve movimiento de barbilla.

—En tal caso, lo encontraremos.

—Más os vale, fraile. O juro que yo misma…

No llegó a completar la amenaza. El llanto le anegó los ojos y enmudeció.

XXIV

—Hay una especie de adivinanza al final de la carta —anunció el franciscano. Esta vez no dio tiempo a que la mujer le solicitase leerlo —: «En la orilla del río, desde las alturas, los halcones otean tierra. Vigilan el metal preciado, arrancado sin piedad de las montañas al otro lado del mar». Debajo hay dibujado un símbolo, una especie de espiral.



Isabel guiñó los ojos confusa, como si el fraile hubiese hablado en un idioma desconocido.

—¿Qué significan esas palabras? ¿Y el símbolo? —rezongó.

—Descifrar qué quieren decir las palabras y la espiral es de lo que se trata. Solucionar el enigma nos ayudará a encontrar a Rafael. Lo dice la carta.

—¿Cómo puedes ser de ayuda esa jerigonza?

—Del mismo modo que el enigma que la esfinge planteó a Edipo ayudó a este a vencerla. Solo que, en lugar de liberar Tebas, si lo resolvemos, nosotros encontraremos a tu hermano.

La Cobriza no sabía nada de Sófocles o del fatal destino que aguardaba a Edipo tras resolver el enigma. Lo único que le importaba era encontrar a su hermano, y el fraile aseguraba que así sería.

—¿Queréis decir que, si acertamos esa adivinanza, encontraremos a mi hermano?

—Imagino que la solución hará referencia a algún lugar.

—Al lugar donde estará Rafael —soltó Isabel, dejando entrever cierta esperanza.

—Esperemos que así sea. Ahora lo importante es resolverlo.

Estaban en medio de la plaza de San Francisco, que, a medida que clareaba en el cielo, comenzaba a llenarse de gente. No eran, sin embargo, pocos los que miraban a aquella extraña pareja, ajena al ajetreo del lugar.

Diego volvió a leer el enigma una segunda vez, sin alzar la voz, aunque sus labios formaban con claridad cada palabra escrita.

Se quedó largo rato rumiando las palabras. Podía identificar cuatro elementos relevantes en el enigma: el río, los halcones, el metal precioso y la referencia al otro lado del mar.

Al verlo así, sumido en sus cavilaciones, Isabel sintió que no iba a ser de gran ayuda. No era tan lista como su hermano. Rafael era avispado e inteligente. Lo pillaba todo al vuelo.

Sacudió la cabeza frustrada y al mismo tiempo llena de rabia y furia. Debía alejar aquellos pensamientos. Todo aquello no era sino un juego sádico al que no tenían más opción que jugar. Cuanto podía hacer era colaborar para encontrar a Rafael.

—¿Cómo puedo ayudaros? —le preguntó al fraile.

El franciscano alzó la mirada del pedazo de papel. Iba a decirle que pensaba mejor a solas, pero cambió de idea.

—Debemos centrarnos en las partes más importantes del enigma. La clave para resolverlo está en esas palabras. —Utilizó entonces los dedos de su mano para enumerarlos—. Creo que el primero de ellos, el río, hace referencia al Guadalquivir.

—¿Estáis seguro?

—No. No podemos estarlo de nada. Pero la carta es un desafío. Solo podemos aceptarlo y hacer todo lo posible por resolverlo.

Isabel cabeceó conforme con aquel parecer.

—¿Y los halcones?

—Creo que podría ser algo relacionado con los árabes. Tenían gran amor por la cetrería.

—O con las alturas. Los halcones vuelan. ¿No dice también que otean tierra?

Diego meditó aquella información. Asintió complacido.

—Quizá sea una mezcla de ambas cosas.

—El metal más preciado es el oro. Eso está claro —prosiguió la mujer—. Y al otro lado del mar solo puede hacer referencia a las Indias.

—Entonces tenemos algo junto al Guadalquivir que está en las alturas y relacionado con el oro y América.

La respuesta era tan obvia que el fraile no pudo reprimir que una sonrisa bobalicona le torciese los labios.

—¡La torre del Oro! —exclamó triunfante—. Está junto al río, es alta y su origen es árabe. Además, está junto al muelle de la aduana, donde desestiban los barcos que vienen de Nueva España.

—Cargados de oro —completó la mujer.

La euforia del momento no evitó que Diego viese una falla en la conclusión a la que habían llegado.

—La única entrada a la torre está situada al final del camino de ronda de la muralla; es imposible acceder a ella desde otro lugar. Debemos subir a las murallas. Además, está en tan mal estado que nadie entra en ella desde hace décadas. Solo el Cabildo tiene las llaves de acceso.

Bury al-dahab, la antigua torre albarrana, llamada «del Oro» por el brillo de la argamasa que la recubría, llevaba muchas décadas sumida en un estado de abandono que la peste de 1649 solo había agravado. Numerosas restauraciones habían intentado sacar a la luz su antiguo esplendor, pero, abandonadas estas, languidecía en un estado cercano a la ruina.

Era el edificio donde concluía la coracha, un tramo de muralla que, como un brazo adosado al perímetro defensivo que rodeaba Sevilla, unía los alcázares con el Guadalquivir.

—Pues pidamos esas llaves —decretó la Cobriza.

Diego se palmeó el mentón con aire reflexivo. La nota decía claramente que no podía inmiscuir a la justicia en la búsqueda. Pero,

si el enigma hacía referencia a la torre del Oro, no tenía otra opción que, definitivamente, pedir ayuda a Baños para comprobarlo.

—Aguarda aquí —dijo mientras echaba a andar hacia la Real Audiencia.

* * *

El alguacil escuchó atento las explicaciones de Diego y se puso al servicio del fraile.

—Podéis contar conmigo y con mis hombres.

—No puede ser. Os lo agradezco, pero la carta es muy clara a ese respecto. La justicia no puede intervenir o matará al chico. Solo el hecho de pediros ayuda lo pone en riesgo, pero no se me ocurre otro modo de acceder a la torre.

—En tal caso, contad solo conmigo. —El golilla acompañó sus palabras desprendiéndose de la media capa y de la vara de mando que lo señalaban como alguacil menor. Se desabotonó igualmente el cuello lechuguilla, que abandonó sobre la mesa de su despacho—. No sabéis qué encontraréis en el interior de la torre. Así que no podéis permitiros rechazar mi ayuda —determinó.

La firmeza con la que se expresaba no dejaba opción a queja o reticencia alguna. Diego hubo de reconocer que, vestido de tal guisa, Antonio Baños no era ya ministro de justicia, sino un sevillano más.

Salieron al trote de los juzgados y al trote alcanzaron a Isabel.

Cruzaron San Francisco y, tras callejear, llegaron a las inmediaciones del postigo del Carbón, a los pies de la muralla coracha.

Una portezuela que daba acceso a las murallas se abría en la esquina. El alguacil extrajo un manojo de llaves de sus ropas y la abrió con una de ellas.

No ha sido fácil conseguirlas. He tenido que mentir para que me

las dieran —dijo mientras empujaba la madera.

Unas empinadas escaleras conducían hasta el adarve de la muralla. El curioso trío recorrió el camino de ronda al trote. Sus siluetas aparecían y desaparecían tras las almenas. Nadie abajo parecía prestarles atención.

Al final del camino de ronda, la torre del Oro se elevaba hacia un cielo plomizo y ceniciento. Su cuerpo inferior, de doce lados y con fundamentos de sillería, le daba un aspecto acastillado, rotundo y macizo, solo aligerado en parte por el cuerpo superior, mucho más pequeño, inserto dentro del primero y de fábrica más tardía a base de ladrillo.

Tal y como el religioso había anticipado, la puerta estaba trabada por un sólido candado de hierro forjado.

—Espero que tengáis razón, padre —soltó el golilla mientras volvía a echar mano al manojo de llaves.

Diego también deseaba lo mismo.

La resolución del enigma parecía correcta, pero, aun así, no podía estar seguro por completo hasta entrar en la torre.

Baños fue probando una a una las llaves hasta que dio con la que hizo girar la cerradura. Descorrió el pasador que lanzó a la mañana un herrumbroso graznido y entraron en la torre. Antes desenvainó su ropera. No estaba dispuesto a que nada lo pillase desprevenido.

Una nube de polvo les dio la bienvenida.

El interior de la primera planta daba la impresión de haber servido de almacén militar desde hacía años. Aquí y allí había apiladas viejas armaduras, morriones abollados, cajas en las que se guardaban objetos de las más distintas procedencias. Nadie había entrado en aquel lugar en mucho tiempo.

Aquello no le dio buena espina a Diego, pero lo único que podían hacer era confiar en haber resuelto correctamente el enigma.

De improviso, un pensamiento que lo hizo entrar en pánico le sobrevino. ¿Podía estar seguro de que quien había secuestrado al chico estaba jugando limpio? Había aceptado el reto que se le

planteaba sin pensar, actuando movido por un cierto sentido de la gentileza entre enemigos. Como un caballero andante que acepta el guante que se le lanza. Pero nada garantizaba que todo fuese parte de una broma cruel. Una elaborada venganza con un final funesto.

Cabía la posibilidad de que acertar la respuesta a la adivinanza los llevase a un callejón sin salida, sin posibilidad de encontrar al muchacho. O, peor, ¿y si la resolución los conducía directamente al cadáver de Rafael? Un sentimiento de abatimiento lo inundó.

Hubo de hacer un esfuerzo enorme para alejar aquellas ideas.

—Aquí no hay nada excepto trastos inservibles —sentenció.

—Si estamos, como decís, en el edifico correcto, ¿dónde hemos de buscar? La torre tiene tres pisos y un subterráneo —inquirió Baños.

El fraile volvió a fijar su atención en la carta. Releyó de nuevo el enigma. Reparó en el símbolo en forma de espiral. Miró el interior de la torre.

¿Y si…? ¡Eso era! El símbolo marcaba el lugar exacto donde debían mirar.

—¡La espiral representa la escalera interior de la torre! —exclamó.

El alguacil echó un somero vistazo a la estrecha escalera de caracol, inserta en el centro mismo de la estructura. Frunció el ceño y se rascó el mentón. No acertaba a ver como seguro lo que el fraile sostenía.

—Una escalera es una escalera. Y este dibujo no se asemeja en nada a una. ¿Dónde están los escalones? —decretó con seguridad.

—Si dibujáis la estructura de una escalera de caracol vista desde arriba sería igual a esta. Una espiral ascendente —sentenció el clérigo trazando con su índice pequeñas hélices.

Ahora sí, Baños entendió a qué se refería la comparación. Ciertamente, desde lo alto de la torre, la escalera tendría la forma de una espiral.

—Así que las palabras nos dicen el lugar, y el símbolo, el sitio exacto donde hemos de buscar —terció Isabel, dando muestras de

estar atenta.

—Eso es —confirmó Diego—. El símbolo en espiral nos dice que hemos de seguir la escalera para encontrar a Rafael.

—Pues a ello —dispuso Baños.

Ascendieron a través de la angosta escalera central.

Tampoco había nada en la segunda y tercera planta, salvo el rumor del viento al pasar por los huecos de las saeteras.

—Solo resta comprobar la terraza —decretó un cada vez más decepcionado Baños.

—El enigma hacía referencia a las alturas. Ha de ser allí ex clamó el fraile intentando infundirse ánimos.

El cielo, ahora abierto en una tregua momentánea, los recibió con su azul desvaído. El viento, que agitaba los hábitos del fraile, enmarañaba los cabellos de Isabel y hacía que Baños hubiese de echar mano a su sombrero para evitar que saliese volando, anunciaba que volvería a cubrirse en breve.

Olía a lluvia.

Pero hasta entonces, abajo, Sevilla resplandecía hermosa.

El río lanzaba reflejos de plata que lograban colarse entre la tupida red de velas de decenas de barcos. Los gritos de los marinos llegaban amortiguados, como el rumor de un mar lejano, y Triana brillaba al otro lado. Dentro de las murallas, la Giralda y las cúpulas de la metropolitana catedral se elevaban sobre un horizonte de tejados y chimeneas que exhalaban hilos de blanco humo.

No había ni rastro de Rafael en la terraza.

Desesperado, Diego de Luna ascendió la estrecha escalera del cuerpo superior. La vista desde arriba era incluso más hermosa, pero tampoco allí había nada que indicase que aquel era el lugar mencionado en el enigma.

La sensación de derrota se hizo más grande. Lo aplastó. Como si el mismísimo cielo se hubiese desplomado sobre su cabeza.

Vencido descendió hasta la terraza. Ni Isabel ni Baños decían nada. El fraile se apoyó en las almenas y lanzó una mirada abajo.

A sus pies, la actividad en el Arenal era ya incesante. Se mirase

donde se mirase había gente yendo de un lado a otro. Los estibadores iban de allá para acá acarreando mercancías con sus carretillas, caminaban sobre los tablones que se colocaban para minimizar los efectos de la pleamar. Los mercaderes apuraban los últimos momentos para lograr un mejor precio. La luz de la mañana arrancaba chispas de los morriones de los soldados.

Estoy seguro de que interpretamos bien el enigma —pensó en voz alta.

—Parece que no es así —declaró Baños, devolviendo la espada a su vaina. Como en la mayoría de los hombres de armas, en él la frustración adquiría un cariz colérico.

Diego repasó las claves del enigma. Pese a llevar el documento consigo, no necesitaba leerlo. Lo había memorizado.

—«En la orilla del río, desde las alturas, los halcones otean tierra» —recitó.

La Cobriza se le unió.

—Sevilla tiene dos ríos, el Guadalquivir y el Tagarete. ¿Habéis reparado en eso? —intervino Isabel.

El franciscano lo había tenido en cuenta. Pero la poca importancia de este segundo riachuelo, poco más que un arroyo en los meses de estío, lo descartaba.

—No —dijo—. El río al que se remite es el Guadalquivir. Estoy seguro de ello. Y al citar a los halcones y las alturas se está refiriendo a un lugar elevado.

—Entonces el error debe de estar en el resto de la adivinanza —contribuyó Baños. Pese a seguir teniendo su voz un tono malhumorado, había llegado a la conclusión de que colaborar para resolver el enigma era lo mejor que podía hacerse.

—Repasemos lo que dice en la segunda parte —pidió Isabel.

—«Vigilan el metal preciado, arrancado sin piedad de las montañas al otro lado del mar» —repitió el fraile.

El alguacil se rascó confuso el cogote. Seguía sujetando el sombrero a riesgo de que el viento se lo llevara si se lo colocaba de nuevo.

—Las Indias y la referencia al puerto parecen más que obvias —dijo—. Y no hay mineral más preciado que se extraiga ultramar que el oro. Francamente, no logró ver dónde está el error.

Diego tampoco acertaba a vislumbrarlo. Si habían acertado con el lugar elevado y el puerto del Guadalquivir, ¿dónde estaba su falla?

Alargó la vista y se topó literalmente con la solución.

—El mineral precioso más extraído en las Indias no es el oro —dijo.

El golilla y la mujer lo miraron con extrañeza.

—¿Qué queréis decir?

Diego de Luna tenía su brazo estirado, señalando otra torre adosada a la muralla a escasa distancia de ellos.

—Es la plata, y hay una torre que tiene tal nombre.

La muralla coracha de Sevilla poseía tres torres. Todas de planta poligonal y cada una con un número diferente de lados. Doce en la que se hallaban, la del Oro; seis la llamada de Santo Tomás, y, en medio, se alzaba una octogonal, conocida como la torre de Plata.

El trío descendió de la Torre del Oro y desanduvo sus pasos. Pese a que el adarve no andaba sobrado de anchura, los tres caminaban deprisa, con la vista fija en la silueta de la siguiente atalaya, que se iba agrandando a medida que se acercaban a ella.

La entrada de la torre de Plata había sido forzada.

—Alguien ha roto el candado de la reja —anunció Baños interpretando aquello como una buena señal.

Desenvainó por segunda vez.

Entraron y ascendieron los escalones que conducían a las plantas superiores.

Cuando llegaron a la terraza, el cielo volvía a estar encapotado.

No había rastro de Rafael, pero, junto al antepecho, encontraron un cofre pequeño de madera.

Diego se agachó y lo tomó entre sus manos. Era de basto pino y no tenía cerradura alguna. La abrió con una mezcla de temor y recelo impresa en el rostro.

* * *

Rafael despertó en la oscuridad.

Confuso, desorientado.

¿Dónde estaba?

—¿Hay alguien ahí? ¿Alguien puede oírme?

Su propia voz despertó un dolor intenso en su cabeza. Le dolía como nunca antes, de un modo tan atroz que hasta ese momento no había creído siquiera posible. Un dolor intenso, agudo, que le recorría desde la base de la nuca hasta la frente y hacía que el simple hecho de mover el cuello fuese como si le clavasen agujas.

Primero creyó que seguía teniendo los ojos cerrados, pero al poco se convenció de que no era así. Simplemente no podía ver nada. Se hallaba en un lugar tan oscuro que la idea misma de luz se antojaba extraña y lejana.

Y hacía calor. Un calor que nada tenía que ver con el sol o una hoguera de aromática leña. Un calor pegajoso, húmedo, sofocante.

Estaba tumbado bocarriba sobre una superficie rígida. Intentó incorporarse, pero algo se lo impidió. Algo le pesaba en el pecho. Se llevó las manos al lugar donde sentía la presión. Tenía una cadena alrededor que le daba la vuelta al tronco, por debajo de las axilas. Intentó moverla, aflojarla; era tan inútil como empujar las paredes de la catedral.

Giró la cabeza a ambos lados. Extendió los brazos. Palpó a su alrededor. Usó las piernas para el mismo fin.

No necesitó mucho tiempo para hacerse una idea de dónde se hallaba.

Estaba dentro de un ataúd.

El pánico se apoderó de él. La respiración se hizo más rápida. Sentía el corazón latirle en las sienes como un caballo desbocado. Trató de calmarse.

Entonces lo vio.

Un diminuto punto de luz en aquel mar de tinieblas. Flotaba sobre su cabeza de un modo tan débil que si parpadeaba lo perdía de vista.

Alargó la mano. Sus dedos rozaron algo frío y húmedo.

Palpó con más cuidado. Sus yemas identificaron lo que parecía ser algo similar a un tubo hueco que sobresalía. De ahí provenía la luz.

Movió la cabeza tratando de variar el campo de visión de lo que había al otro lado. ¿Qué era? ¿Qué se veía? ¿Un cielo oscuro quizá? No podía estar seguro. Pero fuese lo que fuese, provenía del exterior. Notaba el aire colándose a través de aquel tubo.

De pronto entendió.

Aquel minúsculo punto de luz era, además de una conexión con el exterior, lo único que lo mantenía con vida. A través de él llegaba todo el aire que entraba en sus pulmones.

XXV

Dentro de la caja, Diego encontró un segundo sobre cerrado y con su nombre escrito en él.

—¿Qué es? —inquirió Baños.

—Me temo que sean indicaciones para proseguir la búsqueda de Rafael.

Isabel se mordió las ganas de soltar un juramento.

—Cuando agarre al hideputa que está jugando con mi hermano lo mataré con mis propias manos.

Una sentencia que el mismo Baños podía firmar. El golilla soltó un escupitajo por encima del antepecho de la terraza de la torre de Plata.

—Abridlo y salgamos de dudas de una condenada vez —dijo de malos modos.

Como el fraile esperaba, dentro del sobre halló una segunda carta. Reconoció la letra, idéntica a la del primer mensaje, minuciosa y cuidada. Pero se volvía más personal. Cruelmente familiar incluso.

—«Estimado padre De Luna: Creedme si os digo que me alegra comprobar que habéis resuelto el primer enigma. Lo contrario habría resultado frustrante. Os confieso que fui demasiado simplón en mi primera adivinanza. No era cuestión de que perdierais el ánimo tan pronto. Os prometo que la siguiente estará a la altura de vuestra inteligencia».

—¡Bastardo arrogante! —bramó el alguacil.

—Hemos resuelto el enigma que propuso —se lamentó una enrabietada Isabel—. ¿Por qué sigue con esta tortura? ¿Acaso encuentra placer en nuestro dolor?

Aunque la pregunta había sido lanzada al viento, hija del arrebato y la frustración, Diego de Luna la respondió con la mejor de sus intenciones. También él se preguntaba a qué venía aquel juego retorcido.

—Hemos de pensar que el autor de estas cartas no siente apego alguno por la vida humana —dictaminó—. No se reconoce en sus iguales. Solo busca causarnos pena y aflicción. Por así decirlo, le divierte vernos ir de aquí para allá, buscando al chico.

Baños volvió a asomarse al antepecho de la terraza.

—¿Queréis decir que nos está viendo ahora? —dijo escudriñando la vista a los pies de la torre.

—No puedo asegurarlo, pero estoy convencido de que no andará lejos. No querrá perderse el espectáculo.

La Cobriza había permanecido en silencio, escuchando la conversación entre ambos hombres. La idea le vino como si alguien se la hubiese susurrado al oído.

—Vos sabéis quién le está haciendo esto a Rafael —bufó—. Sabéis de quién se trata. ¿Cierto?

Miró alternativamente al fraile y al alguacil. Ninguno de los dos le aguantó la mirada, que como dos ascuas cenicientas refulgían de cólera.

—¿Quién se ha llevado a mi hermano? —repitió.

—El Sayón de Santa María —acabó por confesar Diego.

Isabel ladeó la cabeza a su derecha, dio la impresión de que no había oído con claridad las palabras del clérigo.

—El Sayón está muerto. Yo misma vi a ese indio en la picota de la plaza.

—Ese no era el Sayón. No sé quién era, pero no era él.

—Entonces me estáis diciendo que el verdadero Sayón sigue vivo.

—Eso parece.

—¿Y llevarse a mi hermano es su forma de vengarse de vos?

El religioso ignoró la pregunta. Las respuestas que le venían a la cabeza eran demasiado dolorosas.

—Es por ello que debemos encontrarlo lo antes posible —dijo—, y eso pasa por resolver el segundo enigma.

—¡Dejaos de los malditos enigmas, fraile! Mi pobre Rafaelillo estará a saber dónde y es vuestra culpa.

La mujer había sacado el estilete de debajo de sus ropas y amenazaba al fraile con él. Antonio Baños echó mano a la empuñadura de su arma.

Un gesto claro de Diego le frenó de ir más allá.

Lejos de apartarse de la mujer, dio dos pasos firmes en su dirección. Se plantó a escasos palmos del estilete. Vio cómo temblaba en sus manos. Los ojos de ella estaban a punto de derramarse en lágrimas.

Quería consolarla. Tranquilizarla. Decirle que todo saldría bien. Que encontrarían a Rafael vivo, costase lo que costase.

—Rafael sigue vivo. Eso es lo importante ahora —dijo.

—¿Cómo podéis saberlo? Es posible que ese asesino ya lo haya matado.

—De quererlo muerto ya lo estaría y lo habríamos hallado tirado en la misma calle donde encontraste su estilete. Ha organizado toda esto por algo. Quiere a Rafael con vida. Por alguna razón que se nos escapa, pero por la que debemos dar gracias. Lo único que podemos hacer es resolver el siguiente enigma.

Luego, el fraile calló. Todos lo hacían. Había hablado desde el fondo del corazón, pero al mismo tiempo había mentido. Nada le aseguraba que Rafael no estuviera muerto ya. Y aquel temor seguía royéndole el alma y hubo de esforzarse para que aquello no se le notara en el rostro.

Isabel se secó las lágrimas que anegaban sus ojos y clavó aquellos dos tizones grises en los del religioso.

—Juro que cuando lo encontremos no volverá a trabajar para vos. Nos iremos de Sevilla.

Diego de Luna asintió con gravedad. Aceptaba aquello con tal de ver a Rafael vivo de nuevo.

—¡Leed de una vez el condenado enigma! El tiempo pasa —tronó Baños.

La ropera había regresado a su vaina, del mismo modo que el estilete de Rafael estaba a buen recaudo bajo las ropas de su mana. El fraile se aclaró la voz antes de proceder a continuar con la lectura de la segunda carta.

—Tan solo es una frase —comenzó—: «*Aqua profluens nusquam magis quam in ómnibus necessaria est*».

Baños frunció el entrecejo.

—¡En cristiano, padre! Ni la muchacha ni yo entendemos una palabra de ese latinajo.

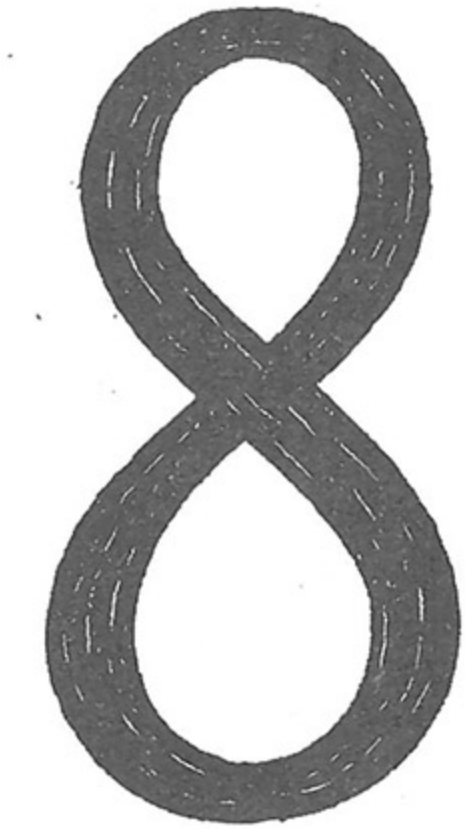
—Es una frase de Plinio el Viejo, de su obra *Historia natural*. Se podría traducir como «en ningún lugar es necesario que el agua fluya como en todas partes».

La traducción, más que aclarar las cosas, hizo que el pliegue en el ceño del alguacil menor se hiciese más pronunciado.

—¿Qué quiere decir?

—No lo sé —confesó el franciscano—. Como en la anterior carta, va acompañado de un símbolo.

Diego mostró la cuartilla de papel. Tenía un 8 garrapateado en mitad de la página, debajo de las líneas donde planteaba el enigma.



—¿Un número ocho? —inquirió Isabel ante lo obvio.

Al contrario que su hermano, nunca había creído necesario aprender las letras para sobrevivir, pero sí que conocía los números del uno al diez.

Confuso, Baños se pasó la mano por el mentón.

—Que me aspen si entiendo qué significa semejante embrollo —dijo tras un sonoro resoplido.

—Ha de tener su lógica, aunque ahora no lo veamos —sugirió Diego.

Fue él mismo quien propuso descender de las murallas y bajar a nivel de la calle.

En el cielo, las nubes estaban convirtiendo su amenaza en algo real, y se escapaban las primeras gotas cuando llegaron a la catedral. Hubieron de buscar el refugio que ofrecía el alero de un palacete que hacía chaflán con la calle de la Mar.

—El elemento más importante del enigma, y me atrevería a decir el único, es el agua.

—Agua que fluye —apuntó Isabel.

—¿Un río de nuevo? Tal vez en esta ocasión sí se refiera al segundo río de Sevilla —sugirió el alguacil.

El fraile se rascó la mejilla de modo descuidado.

—No lo creo. El mensaje está escrito en latín. Esa es la clave. —Tamborileó con los dedos sobre el rostro unos instantes antes de detenerse en el aire—. ¡Roma! Al escribir el enigma en latín, nos está diciendo que la solución tiene que ver con Roma y con el agua. Todas las civilizaciones han dado importancia al agua, pero, durante el Imperio romano, no se colocaba una sola piedra en una nueva ciudad hasta que el suministro de agua estuviese garantizado.

—El suelo de Sevilla está lleno de antiguas cisternas —declaró Baños—. Incluso hay partes de las alcantarillas de esa época que los árabes aprovecharon y que siguen en uso.

—Pero el mensaje habla del agua que fluye —terció la mujer.

Diego asintió para sí mismo. Su rostro se iluminó, como si un relámpago hubiese restallado frente a él.

—Porque está hablando de los *aquaeductus* romanos —exclamó un latido de corazón más tarde—. El modo en que las aguas se traían a la ciudad. Agua que fluye a todas partes. Y en Sevilla hay un acueducto en pie.

Conocido como los caños de Carmona por desembocar en la puerta de la ciudad de tal nombre, el antiguo acueducto romano aún continuaba suministrando agua a la ciudad.

Sin perder un segundo, el trio echó a andar. Atravesó la plaza de San Salvador, la de San Isidoro y, al llegar a la altura de la de Pilatos, tuvieron a la vista la monumental puerta de Carmona. Tras ella aguardaba el tramo final del vetusto acueducto, que rivalizaba en altura con las propias murallas.

La llovizna estaba empezando a ser algo a considerar con mayor seriedad. La gente corría a refugiarse donde buenamente podía.

—El acueducto se extiende varias leguas hacia poniente —

proclamó Antonio Baños—. Es imposible que encontremos al chico sin saber dónde hemos de buscar. Nos llevaría días revisar toda la estructura.

La conclusión del alguacil era como un jarro de agua fría, pero se ceñía de modo extremadamente fiel a la realidad. La conducción de aguas arrancaba en Alcalá de Guadaira y discurría, subterránea, por tuberías para salir luego a la superficie transformada en un canal. No era hasta algo menos de media legua de Sevilla cuando se alzaba en un imponente acueducto que desembocaba en la puerta de Carmona. Sin conocer el lugar exacto donde debían mirar, era una labor ímproba.

Diego volvió a releer la adivinanza. —«En ningún lugar es necesario que el agua fluya como en todas partes».

—Ahí no se dice nada de un lugar exacto —se quejó el alguacil—. ¿Tal vez se refiera al final o al comienzo del acueducto?

—Lo veo poco probable —porfió Diego.

—En la carta anterior, el texto nos guiaba a un sitio, y el símbolo al lugar concreto donde buscar —sugirió Isabel.

—Así que el ocho marca el lugar —recordó el alguacil—. Pero ¿a qué se refiere?

—¿Ocho pasos? —propuso la mujer.

—¿Ocho pasos contando desde dónde? —inquirió Baños.

—¿El arco número ocho?

—De nuevo, ¿el octavo contando desde qué lugar? A mí me parece que falta información. —El alguacil volvió la cara hacia Diego —. ¿No habría más cartas en la caja? ¿O en la terraza? Lo revisamos todo demasiado deprisa.

Pero el fraile no le prestaba atención. Todos sus sentidos estaban fijos en el número garrapateado en el papel, al que no quitaba ojo. Giró la cuartilla para mirarlo horizontal. La volteó para verla al trasluz. La giró de nuevo. Sonrió.

—No es un ocho —exclamó con voz grave. Pese a ello, dejaba entrever emoción.

Tendió el papel a sus acompañantes. El alguacil lo tomó en sus

manos e imitó los gestos del franciscano.

—A fe mía que esto es un ocho se mire por donde se mire, y no hay más que hablar —sentenció ronco por el mal humor.

—No es un ocho —insistió Diego, tras lo que calló.

La Cobriza y Baños se quedaron mirando al clérigo como si este hubiese perdido el juicio de repente.

—Os juro que si no continuáis explicándoos… —gruñó el alguacil. La carta se agitaba en la mano con la que señalaba al fraile.

Diego se colocó en cuclillas y tomó una ramita que uso a modo de pincel en la tierra mojada. Hizo indicaciones a sus acompañantes para que se unieran a él.

Dibujó dos sílabas en mayúsculas, y en medio, el símbolo que aparecía en el enigma: «NO8DO».

—¿Os suena de algo?

Baños enarcó las cejas. Conocía lo que el fraile había garabateado en el barro.

—Hay un escudo labrado en una sala del ayuntamiento con tal lema.

—Eso es porque son las armas menores del escudo de Sevilla. —El religioso arrojó lejos la ramita y se incorporó—. Es un jeroglífico. Se lee: «Nomadejado».

Isabel formó un claro gesto de asombro en sus labios.

—¡El ocho no es un ocho! Es el dibujo de una madeja de lana —exclamó.

Diego sonrió complacido. Durante una décima de segundo, tuvo la vivida impresión de que era Rafael y no su hermana quien se expresaba con aquella voz, mezcla de sorpresa y admiración, que tantas veces había oído en el muchacho.

—Exacto —dijo—. Es una contracción de la frase «No me ha dejado». Una sentencia que, según cuenta la leyenda, pronunció Alfonso el décimo en relación a Sevilla cuando esta le fue fiel en la guerra contra su hijo Sancho. Por eso aparece en el escudo de la ciudad, junto a las armas mayores: el rey Fernando y los obispos san Isidoro y san Leandro.

Baños asistía a la conversación desde cierta distancia, con una mueca de extrañeza en el rostro.

—¿Qué tienen que ver el escudo de la ciudad y el acueducto? —dijo.

Para aquello, el franciscano aún no tenía respuesta. Seguían estando en una calle sin salida.

Fue Isabel quien dio con la pista determinante, y lo hizo sin ser consciente de ello.

—No es el escudo de armas lo que hemos de relacionar, sino la palabra madeja. Que es lo que el símbolo representa.

Aquello prendió una chispa en algún apartado rincón de la sesera del alguacil. Acostumbrado a la acción y no a las palabras, dio unas cuantas vueltas a la idea antes de arriesgarse a pronunciarla en voz alta.

—Más adelante, cuando el camino enfila ya hacia Carmona, un poco antes del templete de la Cruz del Campo —comenzó, aunque todavía reticente—, el acueducto ha de salvar la vaguada del arroyo Tagarete, por lo que se construyó arrimado a él un puentecillo. Se le dice la alcantarilla de las Madejas, porque en uno de sus arcos hay una imagen de una virgen a la que llaman así mismo, la Virgen de las Madejas.

—¡Tiene que ser ahí! —exclamó Isabel sin poder reprimir la emoción.

Diego fue de la misma opinión.

Para entonces, la lluvia se había transformado en torrencial. Al trote, con la cabeza gacha y los hombros alzados, echaron a andar hacia el lugar que el justicia indicaba.

El puentecillo era lo suficientemente ancho para que un carro pudiera circular por él. Se sostenía sobre una doble arcada superpuesta de ladrillo, cada una compuesta de cinco arcos que arrancaban desde la línea de imposta, por lo que asemejaban nichos colocados en hilera o bocas de horno.

A un lado se asomaba al arroyuelo, al otro discurría el acueducto.

En una de las jambas del este se abría una hornacina con la figura de una virgen de manto rojo brillante, sosteniendo amorosamente al niño en sus brazos. Había numerosos jarros con flores y velones consumidos, lo que probaba que era objeto de devoción en la zona.

Sobre la hornacina, se leía: NO8DO.

—No se sabe muy bien quién la colocó, lleva aquí desde hace tanto que nadie lo recuerda —concluyó Baños al tiempo que se persignaba.

—Todo indica que este es el lugar al que se refiere el enigma. El agua fluyendo, la madeja… —indicó el clérigo.

Revisó el pilar por todos sus lados sin encontrar nada. Luego, se asomó por encima del pretil del puentecillo. Abajo, el arroyo Tagarete era poco más que un hilo que fluía mansamente. Escudriñó con atención. Hubo de colocar su mano a modo de visera para evitar que el agua le entrase en los ojos. La lluvia caía ahora con menos fuerza, pero igualmente pertinaz.

Entre la cortina de agua atisbo algo a los pies del arco.

—Ahí abajo —indicó.

La ribera descendía empinada y el suelo estaba resbaladizo debido a la lluvia, por lo que Baños hubo de poner cuidado donde pisaba.

Asomadas las cabezas por encima del puentecillo, el fraile y la mujer lo observaban en silencio.

En el interior del arco inferior central había algo.

Una caja.

Arriba, Isabel soltó un juramento que la lluvia ahogó.

* * *

Algo impactó en el rostro de Rafael. Cayó sobre su mejilla y se

deslizó hacia la mandíbula.

Una gota de agua.

Se llevó la mano al rostro y se la secó. Había debido de colarse por el tubo que le habían dejado para respirar.

Ahí afuera llovía.

Aquello le hizo sentirse extrañamente alegre. Soltó una triste risotada.

Una insignificante gota de lluvia había sido capaz de deslizarse por el tubo que le habían dejado para respirar y llegar hasta él. Eso significaba que no estaba tan lejos de la luz del sol. Del aire libre. Del mundo más allá de aquel océano de oscuridad.

Tal vez, si gritaba, alguien podría oírlo. Ya lo había intentado, pero, en aquel mundo de silencio eterno, su voz se había convertido en algo extraño, ajeno, aterrador. Algo que vibraba y retumbaba en forma de eco en el angosto ataúd, como si fuese la voz de otro que se burlara de él.

Al final, enronquecido, frustrado y mareado, había acabado por desistir.

Pero ahora era distinto.

Aquella gota lo cambiaba todo.

Debía gritar a toda la potencia que pudiera. Hasta romperse las cuerdas vocales si era necesario. Hasta que los pulmones le ardieran.

Sí. Aquella gota lo cambiaba todo.

Tomó todo el aire que fue capaz, hasta que le dolió el pecho y la cadena que lo rodeaba lo apretó como el puño de un niño alrededor de un pajarillo indefenso.

Buscó la mancha de luz. Proyectó la voz hacia ella.

Y gritó.

Silencio.

Repitió todo el proceso una segunda vez.

De nuevo silencio.

Pero no iba a desistir. Una gota, una simple gota había logrado el milagro de llegar hasta él. No iba a rendirse.

No podía rendirse.

Se dispuso a intentarlo por tercera vez.

Más gotas se colaron a través del tubo y le entraron en la boca. Tosió. El agua caía ahora en forma de pequeño reguero. Sacudió la cabeza a izquierda y derecha. Colocó las manos a modo de escudo.

El agua seguía cayendo sobre su rostro. Lo notaba deslizársele por las mejillas. Le entraba en la boca, en la nariz. Volvió a toser.

Un pensamiento se coló en su cabeza, tan ajeno como si lo hubiese susurrado alguien a su lado. El pánico se apoderó de él.

¿Cuánta agua cabría en el ataúd? ¿Cuánta podía entrar por el tubo? ¿Sería suficiente para ahogarse?

XXVI

Como la vez anterior, la caja que Baños había hallado a los pies de la alcantarilla de las Madejas contenía una carta. Su tono era incluso más familiar, humorístico incluso. El Sayón debía de haberse divertido preparando aquella función.

Empecinada en no dar tregua, la lluvia seguía cayendo y amenazaba con seguir haciéndolo con mayor intensidad. Eran los únicos en la puerta de Carmona.

Buscaron su resguardo.

Diego leyó en voz alta el contenido de la misiva.

—«Ciertamente, resulta estimulante encontrar alguien de vuestra inteligencia, padre De Luna. No esperaba menos del hombre que ayudó a acabar con el Sayón de Santa María… ¿O tal vez no fue así? El tiempo dirá. Por ahora, dejemos ese asunto para otra ocasión y centrémonos en Rafael, pues el tiempo se le agota mientras vos leéis estas líneas. Prosigamos con el tercer enigma. ¿Será el último y encontraréis a vuestro ayudante tras él? Resolvedlo y comprobadlo vos mismo. —En esta ocasión, la misiva venía firmada—. Salvador Cano».

—¡Se burla de nosotros, el muy hideputa! —tronó el alguacil tras escupir con saña.

—¿Cuál es el enigma? —inquirió Isabel.

La nuez de Diego subió y bajó ostensiblemente cuando tragó saliva antes de proceder a leer en voz alta la segunda parte de la

carta.

«Cien veces seiscientos muertos contados,
por la gran muerte, cruel y muy temida
que con su guadaña tajó la vida,
dejando ayeres rotos y cercenados.

Muchos buscaron alivio desolados
frente a sus puertas, sombra sentida,
sus lamentos, en lágrima vertida,
fueron en ecos sordos ignorados.

Hoy yacen bajo cielo tan callado,
que ni la flor ni el tiempo reclama
su nombre, polvo en viento llevado.

Cinco heridas, manantial encarnado,
riegan la tierra en roja proclama,
silencio mudo en piedra grabado».

Diego alzó la vista del papel. Su expresión era el reflejo mismo de la perplejidad. Dos cuartetos, dos tercetos. Versos endecasílabos…

—¡Es un soneto! —exclamó—. Ha escrito el enigma como si fuese un soneto.

Al gesto de desconcierto del clérigo se le unió el del golilla.

Este resopló con hartazgo.

—Así que es un poeta. Mala gente había de ser, sin duda, para andar con esta función, llevándonos de uno a otro lado mientras la vida de alguien está en juego. ¡Versos le daré yo cuando me lo eche a la cara!

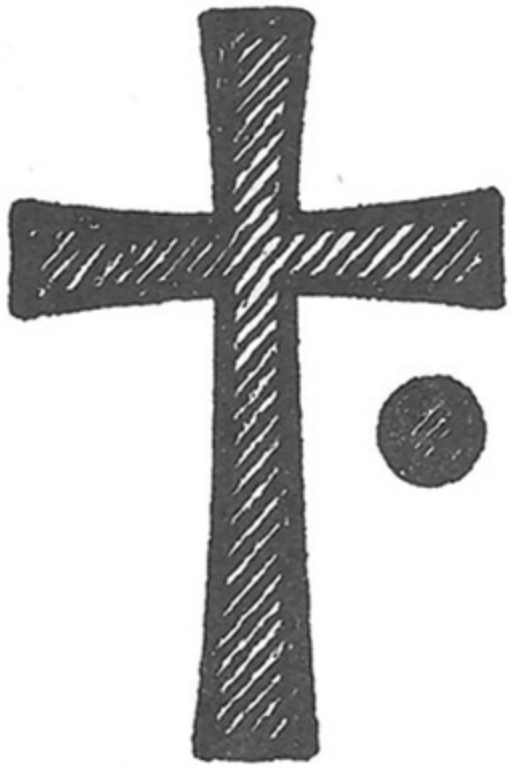
Isabel fruncía los labios, controlando que la rabia que la invadía no saliese al exterior. Miró al alguacil. Sus ojos ardían de rabia e ira.

—No seréis vos, sino yo, quien mate a ese bastardo —tascó entre

dientes.

Los dos hombres enmudecieron. Aquella mujer no amenazaba en balde. Si tenía la oportunidad de acabar con quien se había llevado a su hermano, no dudaría.

—Debajo hay dibujado otro símbolo, una cruz latina con un punto junto a su brazo derecho.



—¿Qué creéis que puede representar?

—Lo averiguaremos cuando sepamos el lugar al que hemos de dirigirnos. Ahora lo prioritario es aislar los elementos importantes —anunció el clérigo, haciendo lo único que podían, resolver el reto que se les planteaba—. Pero, en este caso, el asunto se complica.

Tras analizarlo largo rato, llegó a la conclusión de que cada parte del poema podía hacer referencia a un elemento que fuese una pista.

Por un lado, los dos cuartetos.

Resultaba muy claro que el primero hablaba de algún suceso que había causado una gran mortandad.

—La gran peste de 1649 —decretó el alguacil.

El resto estaba de acuerdo con aquello. Cien veces seiscientos daban sesenta mil. Diego desconocía el número de víctimas que la epidemia había causado en Sevilla, pero la cifra se le antojaba creíble.

—El segundo cuarteto habla de una multitud que pide auxilio. De lamentos que son ignorados.

—Esos días fueron muchas las peticiones de ayuda que no pudieron ser atendidas.

—No solo no fueron atendidas, sino que murieron sin poder ser auxiliados y fueron enterrados. Tal y como dice en su tercer fragmento —decretó el fraile, que releyó en voz alta el primer terceto—: «Hoy yacen bajo cielo tan callado, que ni la flor ni el tiempo reclama su nombre, polvo en viento llevado».

Aquello no pareció convencer a un receloso Baños.

—Eso no nos dice nada. En Sevilla hay por lo menos media docena de carneros, de fosas comunes —aclaró—, donde se enterraron los muertos de la peste. Cada una en una parte de la ciudad.

—La clave han de ser las puertas. Nos está diciendo que muchos fueron a pedir ayuda ante unas puertas —terció Isabel.

Diego de Luna cabeceó para dar su conformidad con aquella teoría.

—Pero ¿qué puertas? —terció Baños.

—¿Dónde iríais a pedir ayuda durante una plaga como aquella?

—A un hospital.

—Exacto.

—Pero ¿a cuál se refiere? —intervino una ansiosa Isabel.

—Creo que la respuesta está en el segundo terceto, el final del soneto —indicó el religioso. Empezaba a ver una lógica al poema—: La tierra regada, roja proclama. Está claro, son todas referencias a la sangre.

Todos tuvieron en mente el mismo lugar.

Fundado por Catalina de Ribera y Mendoza como hospital para mujeres sin recursos a comienzos del XIV, el hospital de la Sangre había estado originalmente ubicado en la collación de Santa Catalina. Fue su hijo, el marqués de Tarifa, quien proporcionó el dinero necesario para erigir un nuevo edificio extramuros de la ciudad, en un arrabal cercano a la Macarena.

Antonio Baños concordó que aquella parecía la mejor opción. Como corchete en esas aciagas fechas, había sido testigo de primera mano del caos que se extendió por la ciudad. Compuso un mohín de desagrado, estirando los labios, plegados en una fina curva hacia abajo.

—Durante la epidemia —dijo—, una multitud de enfermos acampó en la explanada frente a sus puertas, pidiendo ayuda. Yo mismo los vi con mis propios ojos desde las murallas. Se negaban a irse, pese a que allí no encontrarían ayuda. La situación era horrible. El personal del hospital estaba sobrepasado. Cada día moría algún médico o barbero debido a la peste. De diecinueve cirujanos, solo tres sobrevivieron. No había nadie que auxiliase a los enfermos, y cada día eran más los que se apiñaban frente al edificio. Incluso enfermaron los clérigos encargados de administrar los santos óleos a los moribundos. Muchos enfermos regresaban a morir a sus casas, pero otros se quedaron. No podían ni moverse. Hasta que pusieron bandera de salud en las ventanas, a finales de junio, murieron por miles. Los enterraron allí mismo. En la explanada y en los alrededores del hospital.

Al concluir, el justicia sacudió la cabeza, como si así conjurase tan terrible recuerdo.

—Parece pues claro que el hospital de la Sangre es la solución al enigma. Lo que dice encaja a la perfección con vuestra experiencia —dijo Isabel.

El entrecejo del golilla se plegó en una arruga desconfiada.

—Sí, pero el hospital de la Sangre no fue el único en padecer tan espantosas circunstancias. Hubo otros hospitales, como el de Santa

María de las Cuevas, en Triana, al que acudieron enfermos a centenares. Y tampoco allí se pudo dar ayuda a todos los necesitados. Aunque, en menor medida, sucedió algo parecido en todos los hospitales de Sevilla esos días. ¿Cómo podemos estar seguros de que el enigma se refiere al de la sangre y no a otro hospital?

—Sabemos que hace referencia a ese hospital por este verso —replicó el fraile señalando con su índice una línea del poema que leyó con voz clara y firme—: «Cinco heridas, manantial encarnado». Al hospital de la Sangre también se le conoce por el nombre de las Cinco Llagas de Nuestro Redentor. Cinco heridas, cinco llagas. ¡Tiene que ser ahí!

* * *

Desde hacía un buen rato, el agua que se filtraba por el tubo había mutado en una pequeña pero intensa fuente, cuyo caudal no dejaba de aumentar.

Le caía sobre la frente, se le metía en la nariz, en la boca. Le impedía respirar. Tosía.

Intentó apartar el rostro del chorro, pero la condenada cadena y la estrechez del ataúd solo le permitían mover la cabeza ligeramente. Giraba el cuello, como si buscase algo por encima de su hombro.

Lo incómodo de la postura le hizo volver a la posición inicial. De nuevo el agua le cayó en la cara. Tosió al sentir como le entraba en la nariz.

Soltó un juramento.

Al menos, el miedo a morir ahogado se había disipado. Harían falta días para que el espacio en el que se hallaba se llenase. Semanas incluso para que el agua le llegase a la boca. ¿Y cuándo era la última vez que había visto llover tres días seguidos en Sevilla?

No. Incluso si el diluvió bíblico se repetía, no se ahogaría. Antes, moriría de hambre y de oscuridad

Porque de eso sí estaba convencido. Se podía morir de silencio y de oscuridad. Morir de soledad.

Colocó la palma sobre el tubo. El agua se le escurría entre los dedos y le caía sobre los hombros. Pero al menos de ese modo no le entraba en la boca. El único inconveniente era que aquella postura era incluso peor que girar el cuello. Solo aguantaba un rato hasta que el brazo se le dormía y debía cambiar de mano.

Era una solución temporal. Debía buscar otra.

Miró el punto de luz que flotaba sobre su cabeza.

Tal vez si conseguía mover ligeramente el tubo el agua no caería directamente sobre su rostro. Algo tan simple aliviaría.

Estiró las manos, con cuidado de no golpearse con lo que lo rodeaba.

La yema de sus dedos rozaron aquella tubería. Estaba fría y húmeda.

Solo sobresalía unas pocas pulgadas, lo suficiente para aferraría con los dedos de ambas manos. Bocarriba, con los brazos flexionados sobre su rostro, era cuanto podía hacer.

Con solo lograr que apuntase hacia un lado, con solo moverla un poco, bastaría.

Al primer intento, los dedos se le resbalaron debido a la humedad.

Ahogó una blasfemia, se secó en la camisola y volvió a probar.

No se movió.

Lo intentó una tercera vez.

Y una cuarta.

El agua caía ahora incluso con más fuerza. El tubo se le escurría una y otra vez de las manos. Juraba a voz en cuello.

Movió la muñeca. Giró las manos. Apoyó los codos en las paredes laterales.

Tras incontables intentos, sintió que el tubo se movía bajo sus dedos. Aplicó más fuerza. Tanta que alzó el cuello todo lo que el

angosto espacio le permitía. La cadena del pecho se quejó y sintió como se le clavaba en las costillas. Gruñó entre dientes y la tubería se movió.

Rafael se quedó unos segundos en silencio, jadeando por el esfuerzo. Lo había logrado. El agua había dejado de caer a través del tubo.

Se le escapó una carcajada histérica que se heló a la mitad.

¡La luz! La luz del tubo también había desparecido.

Alzó el cuello y trató de ver el pequeño punto al otro lado del tubo. Solo oscuridad.

Desesperado, movió el tubo de nuevo, lo movió frenético. Intentando encontrar el pequeño punto de luz. Solo había una negrura impenetrable.

Y supo qué había sucedido. Había roto el tubo.

Aquella tubería, que como un cordón umbilical le unía débilmente al mundo, se había quebrado en algún punto entre la realidad y aquel manto de silencio.

Ahora, las tinieblas lo envolvían todo.

Supo que iba a morir. Ahora sí. Y no de soledad o silencio, como creía. A sus pulmones no entraría más aire.

Si no lo sacaban pronto de ahí, nunca volvería a ver la luz del sol.

XXVII

—El hospital es un edificio enorme —bufó Baños para hacerse oír por encima de la lluvia. El viento soplaba con tanta fuerza que por segunda vez ese día hubo de sujetar el sombrero para que no saliera volando—. Si no conocemos el lugar exacto, será prácticamente imposible encontrarlo.

En la explanada frente al hospital se habían erigido unos jardincillos, quizá para hacer olvidar que centenares de muertos yacían enterrados debajo. Las palmas datileras alzaban sus ramas, como brazos de orantes en dirección al cielo oscuro. Los alcornoques se agitaban nerviosos y, de los troncos de las deshojadas moreras, se escurría el agua en riachuelos que se filtraban en la oscura tierra.

El gigantesco edificio estaba flanqueado por un arrabal de casas bajas, que había crecido a su sombra, al otro lado de las murallas de Sevilla.

—El símbolo nos dirá dónde buscar —determinó el fraile.

—La cruz con el punto —dijo con desdén el golilla—. Esto es un hospital llevado por religiosos. ¡Habrá decenas de cruces si contamos todas sus estancias!

—Ciertamente, es una pista un tanto ávara —reconoció el franciscano.

—Tal vez no hayamos resuelto la totalidad del enigma —señaló Isabel—. Volved a leerlo.

Eso mismo hizo el fraile dos veces; al concluir, se le quedó

enganchado, como las piedrecillas en un cedazo, aquello de «silencio mudo en piedra grabado».

El resto del segundo terceto había referencia clara a la sangre. ¿A qué otra cosa podía referirse el manantial encarnado o la roja proclama? Sin embargo, el verso final se alejaba del sentido del terceto.

Cinco heridas… en piedra grabado…

Alzó la cabeza del papel. Miró alrededor.

Y lo vio.

—El escudo —dijo. Su dedo señalaba el blasón sobre la entrada principal del hospital.

Todos miraron hacia donde indicaba. La portada del hospital estaba segmentada en dos cuerpos, con un balcón sobre el dintel y coronada por un escudo labrado en piedra, que mostraba cinco llagas de las que manaba sangre.

—El último verso hace referencia al escudo del hospital. A la piedra. Nos dice que hemos de entrar en el edificio a través de su puerta principal para encontrar a Rafael.

Empujaron el portón.

La idea de hallar refugio de la pertinaz tormenta dentro se les antojó a los tres reconfortante, pero, al acceder al interior, descubrieron que tampoco allí tendrían cobijo de la lluvia.

El hospital estaba articulado en torno a nueve patios y claustrillos a cielo abierto, de diversas formas y tamaños. El mayor arrancaba nada más traspasar las puertas de entrada. Un patio rectangular, donde crecían palmeras y alcornoques. En el centro, se alzaba una iglesia.

Nada más verla, a Diego le vino a la cabeza el símbolo en forma de cruz con un punto.

Tomó el papel y lo estudió con detalle. Después, miró la iglesia. Disponía de una sola nave dividida en tres cuerpos de gran altura. Unas dimensiones extrañas, ya que, al estar constreñida en un patio cerrado, su techado sobresalía por encima de las galerías que la rodeaban. Poseía una portada monumental de mármol rosa que

rompía la monotonía de la piedra. Y el fraile advirtió algo más.

—Tiene planta de cruz latina —exclamó exultante.

Isabel fue consciente al instante de lo que eso significaba.

—La cruz dibujada en la carta es un plano de la iglesia —dijo.

—Eso me atrevo a decir —confirmó el fraile. Volvió al papel—. Luego el punto dibujado junto al brazo derecho indica el lugar.

El religioso y la Cobriza echaron a correr bajo la lluvia, seguidos por Baños. Aunque no alcanzaba a comprender la totalidad de la conversación, entendía lo importante: si el dibujo de la cruz tenía un punto trazado en su brazo derecho, lo que buscaban estaba en algún lugar próximo al brazo derecho de la iglesia.

Resulto ser un lugar sin nada de especial interés. Solo tierra, ahora embarrada por el chaparrón y que convertía el simple hecho de caminar en algo harto complejo.

—Sigamos buscando —indicó Diego—. Es aquí.

—¿Podría ser que se refiera al interior de la iglesia y no al patio? —porfió el golilla—. Aquí no hay nada salvo tierra.

El franciscano negó de modo enérgico.

—En el dibujo, el punto está situado junto al brazo, pero fuera de él. Este es el sitio. Estoy seguro.

Llovía tan fuerte que debían gritar para hacerse oír.

Fue Isabel quien la vio. Era una tubería de arcilla como las que disponían algunas casas ricas para traer el agua. Estaba hincada en la tierra, ligeramente inclinada hacia un lado. Se internaba en el subsuelo. ¿Qué sentido tenía aquel objeto en ese sitio?

Diego se percató de lo que la mujer observaba. Miró con detalle la tubería. Luego, miró la tierra.

Se puso en cuclillas y sopesó el terreno. ¿Había sido removido hacía poco? Era imposible determinarlo debido a la gran cantidad de lluvia. Todo era un barrizal resbaladizo y anegado de agua.

Volvió a estudiar la tubería. Se puso en pie como impulsado por un muelle invisible.

—¡Dios mío! ¡Está enterrado! —dijo.

Isabel lo escuchó y tardó una décima de segundo en saber a qué

se refería. Dibujó una mueca de terror y cayó de hinojos sobre la enfangada tierra. Comenzó a excavar con sus propias manos. Desesperada.

Diego se abalanzó sobre el sorprendido Baños y lo tomó de las solapas del coleto.

—¡Entrad en el hospital! ¡Conseguid palas, picos, cualquier cosa que sirva para abrir la tierra! —lo urgió.

Al ver que el alguacil, sin entender qué estaba sucediendo, no se movía del sitio, lo zarandeó con fuerza.

—¡Rafael está enterrado bajo nuestros pies! Puede que ya sea demasiado tarde. ¡Daos prisa!

El alguacil vio el modo frenético en que Isabel sacaba la tierra con sus propias manos, escarbando con las uñas, y comprendió. Echó a correr hacia el interior del hospital.

Diego también se hincó de rodillas y se unió a la mujer. Sabía que aquella era una acción que poco aportaba, pero era tal la desesperación que no se le ocurría qué otra cosa podía hacer.

Durante un rato que se le antojó eterno, estuvieron enfrascados en aquella tarea estéril. Arañando la tierra, paleando tormos que arrojaban por encima de sus cabezas.

Baños llegó a la carrera, con una pala en las manos y acompañado de dos hombres. Uno era uno de los labriegos que cuidaban las huertas del hospital, traía un zapapico al hombro. El otro, un religioso que tenía el oficio de cirujano.

Diego hubo de apartar a la fuerza a Isabel para dejar espacio y que los recién llegados pudiesen trabajar.

Se pusieron a la tarea.

Palada tras palada, el agujero empezó a hacerse grande. Al poco, habían abierto uno del tamaño en el que cabría un hombre hasta la altura de la caña de sus botas, pero seguía sin haber rastro del chico.

El jardinero parecía agotado y hubo de hacer un breve descanso. Baños continuaba paleando, infatigable. No parecía necesitar relevo. Seguía cavando sin apartar la vista de la oscura tierra. Con el ceño

plegado en una arruga y los dientes apretados.

La furia de la tormenta había remitido un poco cuando el labriego reanudo la labor.

Los dos hombres cabían ya hasta la cadera en la zanja. Seguía sin aparecer nada, pero la tubería seguía internándose en el subsuelo. Todavía había esperanza.

¡Tac!

Incluso por encima del rumor de la tormenta, se escuchó el sonido inconfundible del metal al impactar en algo sólido.

Baños y el fraile se miraron con fijeza. Los dos sabían que allí abajo no iban a encontrar una cajita con el siguiente mensaje. El chico estaba enterrado allí. La cuestión era si habían llegado a tiempo.

El alguacil redobló sus esfuerzos. Al poco, apareció un listón de madera y después otro y con una nueva palada otros tantos salieron a la luz.

El alguacil arrojó la pala a un lado y pidió que se le pasara el zapapico. Usó su extremo plano para tirar de los listones.

Diego hubo de hacer un verdadero esfuerzo para impedir que Isabel se lanzase al interior de la zanja y arrancara ella misma la tapa de lo que a todo luces parecía un ataúd.

La madera saltó en decenas de astillas. Baños utilizó la piqueta para romper el segundo tablón, que también estalló con un chirrido previo.

—¡Está aquí! ¡El mozo está aquí! —gritó Baños con todas sus fuerzas.

Terminó de romper el ataúd con ayuda del campesino y al poco se asomó al borde de la zanja con Rafael en brazos. Lo depositó en el borde. Después, se sentó en este, agotado.

Esta vez Diego no retuvo a Isabel, que se abrazó a su hermano, cayendo de rodillas junto a él.

—Dejadle sitio. Necesita espacio para respirar —ordenó el galeno.

No hubo manera de que la mujer se apartase del muchacho, no

habría habido fuerza en el mundo capaz de lograr aquello, pero dejó que el médico trabajase con libertad.

Rafael parecía muerto. El galeno le arrancó la camisola y pegó la oreja a su pecho. No dijo nada respecto a si se escuchaba un latido.

Le abofeteó la cara con fuerza. Dos veces más. Rafael no daba muestras de reaccionar.

Diego empezó a temerse que habían llegado demasiado tarde. Habían descubierto que la tubería a través de la que le llegaba el aire estaba rota. Todo dependía de cuándo se hubiese quebrado.

Echó un reojo a la fosa. ¿Cuánto aire podía caber en aquella estrecha caja? ¿Cuánto podía aguantar una persona dentro sin aire antes de…?

Una tos. Luego otra. Rafael tosió como si estuviese expulsando de su organismo un cuerpo maligno. Abrió los ojos.

Diego de Luna alzó las manos y una plegaria al cielo. Estaba vivo. El chico estaba débil, pero vivo.

XXVIII

La tormenta del día anterior era un recuerdo. El sol asomaba por encima de los tejados de Sevilla, arrancando brillos de oro en los charcos. Pero el suelo totalmente enfangado y los árboles arrancados de cuajo daban buena cuenta de su fuerza e intensidad.

Pese a que Isabel había insistido en que Rafael se quedase con ella, finalmente había accedido a dejar que el chico pasase la noche en la enfermería de la Casa Grande de San Francisco. Allí podría estar cuidado y siempre habría un médico cerca si algo sucedía.

—Te prometo que, en cuanto pueda andar, saldrá aunque sea a dar un corto paseo contigo —le había prometido Diego.

—Vendré mañana mismo a verlo. Y guardaos mucho vos y los vuestros de venirme con que una mujer no puede entrar en el convento.

Con aquella advertencia, que el fraile tenía por cualquier cosa menos vana, la mujer finalmente había accedido a permitir que su hermano pasase la noche lejos de ella.

También Baños se había ido. Se lo veía, como al resto, agotado y abatido. Pese al final feliz, había sido una jornada larga que ninguno de los tres olvidaría en mucho tiempo.

Diego había permanecido junto al camastro del chico toda la noche.

Rafael había tenido un sueño ligero e inquieto. Cualquier crujido de la madera o movimiento del fraile en su incómoda silla lo

despertaba.

Finalmente, había logrado conciliar el sueño tras tomar una infusión de hierbas. Pero el efecto solo le duró un par de horas, tras las cuales volvió a despertarse. Para entonces, la lámpara de aceite se había consumido y, al verse en la oscuridad, profirió grandes alaridos que solo cesaron cuando Diego prendió un velón.

—No te preocupes —trató de calmarlo Diego, arrimándole la luz —. Dejaré la vela encendida toda la noche.

—Os lo agradezco, padre. La idea de volver a estar en la oscuridad me aterra.

Diego se quedó mirándolo con ternura. Pasarían muchas noches antes de que pudiese dormir sin la luz de una vela, si es que alguna vez lograba olvidar el horror vivido en aquel ataúd.

—Aún queda algo de la tisana. Está tibia, pero puedo recalentarla si quieres —dijo.

El chico negó al tiempo que alargaba la mano para tomar el jarro con la bebida.

Se incorporó en la yacija. Dio un sorbo.

—Quiero hablar con vos.

El fraile se inclinó sobre él. A la llama de la vela, la silueta de Rafael, con las rodillas a la altura de la barbilla bajo la manta, recordaba a un gusano en su capullo a punto de eclosionar.

—¿De qué quieres hablar?

Aún no habían tenido oportunidad de cruzar más de unas pocas palabras. La urgencia por llevar al chico a la enfermería y darle la calma necesaria para que se repusiese no lo habían permitido.

En mitad de la noche, en la quietud de la enfermería, antes de que la luz del día trajese a Isabel a su cabecera, Rafael parecía estar listo para hablar.

—Era él, padre —dijo sin disimular una mueca de horror—. Era Salvador. El Sayón de Santa María.

—Lo sé, muchacho —dijo, colocando la palma de su mano sobre la de Rafael para consolarlo—. ¿Qué recuerdas del momento en que te atacaron?

—Iba camino al tablaje de Manuel, a reunirme con mi hermana, como os dije. Caminaba cerca de la Alameda cuando lo vi. Me engañó por completo, era un desconocido al que acababan de robar.

—¿Qué aspecto tenía?

—El de un gallo en la madriguera del zorro. Bien vestido, buenos modales, con pinta de llevar buena bolsa al cinto. Sin armas a la vista. Estaba pidiendo a gritos que lo robaran.

—Debía de parecer un mirlo blanco. Tenía como objetivo engañarte a ti.

El chico bajó la cara. Dio un largo sorbo del jarro. Habría preferido una puñalada en el costado que ser burlado de aquel modo.

—Os juro que me escamó al principio, pero actuaba de modo tan inocente, tan desvalido —dijo—. Parecía un pobre desventurado al que, si no echaban una mano, no saldría vivo de la Alameda.

—No te sientas mal por haberlo ayudado —trató de reconfortarlo el religioso—. Se aprovechó de tu naturaleza bondadosa.

Rafael calló. Maldijo el momento en que había actuado como un buen cristiano. El momento en que creyó que podía ser un fraile que hacía un bien por los demás. La rabia se le encajó en la garganta, como una piedra que atasca un manantial.

—Me dijo que estaba de paso en Sevilla, incluso tenía el deje propio de la gente nacida en Nueva España, y que se había perdido entre las callejuelas de la zona. Me pidió que lo acompañara a su posada. —Logró articular—. Luego, llegados a Santa Ana, se nos unió un segundo hombre. Entre los dos me pusieron una esponja con alguna sustancia y me quedé dormido.

Poco más podía decir el chico.

Tenía vagos recuerdos de haberse defendido e incluso de herir a alguno de sus atacantes, lo que explicaba la sangre en el filo del estilete. Pero todo era difuso y estaba deformado. No recordaba apenas nada de los momentos posteriores, hasta despertar bajo tierra.

—Durante las horas que pasé encerrado en ese lugar, estuve

pensando. —La voz del muchacho, ya ronca tras los gritos dados en demanda de ayuda, descendió una octava más—. ¿Por qué me secuestró y me enterró allí? ¿Por qué no me mató de una puñalada? No le habría costado hacerlo.

Diego sacudió la cabeza para dejar claro que nadie, excepto el Sayón, tenía una respuesta para aquella cuestión.

Rafael apuró la tisana y devolvió el jarro al fraile.

—Tranquilo, muchacho —dijo este, depositando el recipiente sobre una mesa—. Ya habrá tiempo de que recuerdes más. Ahora necesitas descansar. Yo estaré aquí hasta que salga el sol. Duerme sin miedo.

Rafael asintió. Se cubrió con la manta y dio media vuelta en el catre.

—Padre —dijo—, vamos a coger a ese hideputa, ¿verdad?

—Ahora eso no ha de quitarte el sueño. Duerme.

Al poco, quizá por la tisana o tal vez la charla, el chico se quedó profundamente dormido.

Diego se quedó largo rato dando vueltas a la última cuestión.

Aún no había clareado el día cuando Baños se dejó ver en la enfermería. Entró con paso lento y calculado para no despertar a Rafael, que parecía, por primera vez desde que lo sacaran de la tierra, descansar.

—Fray Diego. Tenemos que hablar —dijo el alguacil con gesto hosco.

Diego asintió y, con cuidado de no hacer ruido, acompañó al alguacil al pequeño claustrillo que se ubicaba junto a la enfermería.

—Ha aparecido un nuevo cadáver. Luis de Espinosa y Montes, hijo de un juez de grado de la Real Audiencia y miembro de una de las familias más notables de Sevilla —dijo el alguacil. Evitaba mirar a Diego.

—Aguardaba vuestra llegada con la funesta nueva.

—¿Sabíais que habría una muerte esta noche?

Diego realizó un leve encogimiento de hombros.

—Después del secuestro del chico, solo era cuestión de tiempo.

Baños esbozó un gesto de honda confusión a la par que se tironeaba la barba. No lograba atisbar el hilo de los pensamientos del fraile.

—No os sigo, padre —reconoció—. ¿No es obvio que se llevó al chico para vengarse de vos?

Diego balanceó el cuello a ambos lados.

—Esa era la idea de Isabel, que se estaba vengando de mí a través de Rafael. Pero, si se piensa un poco, si se mira con atención, está claro que la venganza no es lo que motivó el secuestro.

De haber querido que el chico muriese, el Sayón simplemente lo hubiese acuchillado y dejado tirado en la calle Santa Ana. Pero no buscaba que Rafael muriese. De lo contrario, no le habría dejado un tubo por el que entrase aire.

—Entonces, si no buscaba vengarse, ¿por qué lo hizo?

—Fuisteis vos mismo quien, seguramente sin proponéroslo, dio con la clave para comprender el modo de actuar de ese canalla. Dijisteis que todo esto de los enigmas y las cartas era una función. Un teatrillo. Y teníais razón. ¿Para qué si no nos habrían dado la oportunidad de encontrarlo? Organizar las pistas, llevar nos de un lado para otro por la ciudad tenía un único fin. Ha sido un engaño. Una cortina de humo para mantenernos entretenidos mientras él continuaba matando.

Baños sacudió la cabeza, incapaz de aceptar tamaña maldad como lógica.

—Acompañadme —dijo—. Os llevaré donde ha aparecido el nuevo cuerpo.

—Antes, pediré a un hermano que quede al cuidado del chico. No quiero que esté solo al despertar.

—Podéis confiar esa misión a su hermana.

—¿Está aquí?

—En la puerta.

Diego se acercó al arco de entrada y permitió a Isabel acceder al interior del convento. Antes hubo de hacer frente a la oposición del portero.

—¡Es una mujer, hermano De Luna! No puede entrar en el convento.

—¡No es una mujer! Es una hermana que viene a cuidar de su hermano. Si tenéis algún problema con ello, hablad con el hermano guardián y decidle que me lo diga a mí.

Eran palabras que estaban de más, si de algo estaba seguro Diego es que lo sucedido llegaría bien pronto a oídos de Gaspar. Y, en honor a la verdad, lo que este pudiese decir le traía sin cuidado.

XXIX

En su devenir desde la plazuela de la Carnicería a la de los Caballos, la calle Vida convergía en un espacio tan estrecho y corto que los sevillanos habían dado en llamar del Ataúd a aquel callejón.

Contaba la leyenda que había sido precisamente allí donde Miguel de Mañara había tenido una epifanía de carácter sobrenatural que acabó convirtiéndolo en el piadoso hombre que era.

Fuese aquello cierto o no, el callejón del Ataúd formaba parte del conglomerado laberíntico de la collación de la Santa Cruz, junto a las murallas de los Alcázares. Callejuelas angostas y prietas en las que era fácil ocultarse.

Allí, en medio del callejón, había aparecido el cuerpo sin vida de Luis de Espinosa.

—He visto suficiente. Podemos irnos —anunció Diego de Luna, apartándose del cuerpo.

Antes entonó un rosario al que se unieron los presentes.

Apenas había espacio para moverse y, si dos personas coincidían, uno de ellos había a la fuerza de pegarse a la pared para dejar paso. Así pues, el fraile hubo de aguardar a que los corchetes se hicieran a un lado para poder abandonar el lugar. Aquella deferencia no hubiese sido posible si no tuviese abriendo camino a Antonio Baños.

Llegados a la plaza cuyo nombre completo era de la Carnicería de los Alcázares, ambos se detuvieron.

—¿Qué opináis? —inquirió el alguacil, señalando con la barbilla a

Diego.

Éste se tomó su tiempo antes de responder.

—No hay duda de que es obra del Sayón —dijo al fin.

—El cuerpo ha sido tratado como en las anteriores ocasiones, salta a la vista —decretó Baños.

Solo señalaba algo obvio que cualquiera podía ver.

Luis de Espinosa estaba embadurnado de azul y sus extremidades mostraban grabados de símbolos paganos. Su pecho había sido abierto como el de una res en el matadero y le habían arrancado el corazón. Todo era exactamente igual que en las anteriores muertes.

También tenía los testículos introducidos en la boca.

—Ha mantenido el elemento que los humilla —musitó casi de modo ininteligible fray Diego.

—¿A qué os referís? —inquirió el alguacil sin entender.

El franciscano quitó importancia a su comentario sacudiendo la muñeca de modo enérgico. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no había caído en la cuenta de manifestarlos en voz alta.

—¿Quién lo encontró? —preguntó.

—Dos labriegos que trabajan en las huertas de los alcázares.

El clérigo volvió a sumergirse en sus cavilaciones. De ser posible escucharlas, habría sido como oír el rumor de cientos de engranajes girando a la vez.

—Parece claro que nuestro Sayón ha vuelto a matar.

El golilla masticó un exabrupto y después soltó un gargajo que aterrizó peligrosamente cerca de su bota derecha.

—Vos teníais razón y no os escuché. Si os hubiese hecho caso, quizás el secuestro del chico, esta muerte; todo se hubiese evitado.

—Eso ahora carece de importancia.

—Tiene importancia, padre, porque, si quien murió esa noche en la Laguna no era el Sayón, ¿quién era?

—Ya habrá tiempo de averiguar eso. Se lo preguntaremos al mismo Sayón cuando lo prendamos —dijo el fraile. Se pellizcó el

mentón y expuso en voz alta lo que le corría por la cabeza en aquellos momentos—. Ahora debemos centrarnos en lo que esta muerte nos dice. Ya que, si nos fijamos bien, ha actuado de modo diferente.

—¿A qué os referís? Ha asesinado a ese desgraciado del mismo modo bárbaro y cruel.

—Eso puede parecer a simple vista…

El alguacil esbozó una mueca de confusión.

—Explicaos.

—Al dejar los cuerpos abandonados nos invita a ver su obra. Hace a Sevilla testigo de sus crímenes. Por eso escogía lugares concurridos o de mucho paso. Sin embargo, ahora, ha elegido un callejón oscuro, apartado y sin salida.

—No sé si os sigo, padre.

—Lo que trato de decir es que ha cambiado ligeramente su modo de proceder.

Baños invirtió largos segundos en meditar aquello. Lo que decía el fraile sonaba razonable.

—¿Por qué ha hecho tal cosa? —dijo.

—Eso es lo que debéis preguntaros, señor alguacil. ¿Qué ha sucedido que le ha hecho introducir esa ligera pero importante variación?

Baños soltó un juramento.

—Hablad de una vez claro, ¡pardiez! Estoy seguro de que ya conocéis la respuesta.

Diego sonrió sin alegría.

—Decís bien. Ha sido una noche sin apenas dormir, pero sobrada de tiempo para pensar.

—¿Y cuál es vuestra conclusión?

El fraile se tomó su tiempo para ordenar sus pensamientos.

—No lo atrapamos esa noche en la Laguna, pero definitivamente le hicimos daño. Sin el hombre que cayó del tejado, del que estoy convencido era una especie de ayudante, y sin poder usar la casucha, le hemos puesto más difícil ir de aquí para allá. No puede

deambular por la ciudad y dejar el cuerpo donde le plazca.

El golilla echó un aprensivo vistazo alrededor.

—¿Queréis decir que su nueva guarida podría estar cerca de aquí?

—Es una opción razonable. Pensadlo bien: en la casucha de la Laguna no hallamos prueba alguna de que en ella se hubiese cometido una sola muerte. Debía de usarla para retener a sus víctimas drogadas y luego asesinarlas en otro lugar. Un lugar que bien podría estar en esta collación, la antigua judería.

El alguacil se sacó el sombrero y jugueteó con él con una mano. Se rascó la coronilla con la que tenía libre.

—Entonces, estáis diciendo que tiene miedo de que lo atrapemos y por eso ha dejado el cuerpo en un lugar menos público —decretó al fin.

—Yo no me atrevería a ir tan lejos. Diría que, más que sentir miedo, ha decidido ser menos osado. Arriesgarse menos —sentenció el clérigo.

—Estuvimos a punto de ponerle los hierros. Si en la casucha de la Laguna hubiese estado él en lugar de ese indio, ahora estaría muerto o en prisión. A mí me parece motivo suficiente para hacerle andar con cautela.

—No os falta razón, señor alguacil. Pero, antes que eso, el chico y yo habíamos averiguado lo de las mujeres de la vida asesinadas en Écija, e incluso conocíamos su identidad y no había actuado de modo diferente. Hace falta algo más que eso para asustarlo.

—¿El qué?

El fraile meditó su respuesta unos instantes. Hizo repaso mental de los pasos que había dado antes de asaltar la casucha de la Laguna. Recordó dónde y con quién había hablado esa misma mañana, antes de que Núñez los pusiera tras la pista.

—Tal vez siempre ha estado al tanto de mis pasos —pensó en voz alta.

—¿Creéis que os vigilaba?

Diego se rascó pensativo el mentón. Sacudió la cabeza.

—Debemos actuar como si así fuese. Como si alguien me hubiese seguido y estuviese al tanto de mi visita a vuestro despacho y, por lo tanto, de mi petición de tener acceso a los archivos de la Real Audiencia.

—Sigo creyendo que no encontraréis nada de valor en el archivo.

—Es posible, pero debemos intentarlo. Estoy convencido de que eso es lo que ha hecho que ese asesino haya actuado de modo diferente. Tiene miedo de que hallemos algo en el pasado que relacione a las víctimas.

Baños hubo de claudicar ante la insistencia del religioso. Se atusó la barba y suspiró como para darse ánimos.

—¿Qué necesitáis?

—Acceso completo al archivo, como os pedí entonces.

—Sea —concedió el alguacil—. Daré orden para que entréis y salgáis de la Audiencia de Grados cuando os plazca. El contenido del archivo estará a vuestra disposición. Ojalá estéis en lo cierto y encontréis algo antes de que vuelva a matar. El pánico se extenderá por Sevilla cuando se sepa que se ha hallado un nuevo cadáver.

XXX

Rafael y Diego pasaron los días siguientes enfrascados en repasar documentos y legajos del archivo de la Real Audiencia.

—Recuerda, buscamos cualquier documento en el que coincidan los nombres de las víctimas. Una denuncia, un pleito por deudas. ¡Lo que sea! —recordaba el clérigo a menudo a Rafael. Como si repetirlo hiciese que el documento que anhelaban hallar fuese a aparecer por arte de birliquibirloque.

Era tal la inmersión en los papeles que, de noche, el joven tenía pesadillas en las que se ahogaba en un mar de papel infinito que lo succionaba hacia sus profundidades.

Afortunadamente, la burocracia, tantas veces dada en poner curvas donde el sendero es recto, llevaba en el caso de la Audiencia un registro pormenorizado y sumamente ordenado de todos los expedientes conservados en su archivo.

Pero, pese a todo el esfuerzo, seguían sin encontrar rastro alguno de lo que buscaban.

—Apenas hemos revisado una pequeña parte —se quejó el fraile mientras se adentraban a primera hora en el edificio de la Real Audiencia.

—Aguja en un pajar difícil es de encontrar —sentenció Rafael.

Ambos, una vez decaído el ímpetu inicial, se sentían desanimados. La tarea que tenían ante sí era literalmente revisar una montaña de legajos y documentos que podía sepultar a un

hombre.

Pero era lo único que podían hacer. Si alguna vez los caminos de Pedro Salazar, Álvaro de Torres, Blas de Henar, Juan de Zúñiga y Luis de Espinosa habían convergido, era muy probable que estuviese, negro sobre blanco, en algún legajo de los miles que se guardaban en el archivo de la Audiencia de Grados.

El archivero, ya en su puesto, cabeceó para darles los buenos días. Había enarcado las cejas perplejo cuando el religioso y Rafael regresaron a sus dominios. No contaba con volver a verlos de nuevo. No obstante, los acogió de buen talante y, con el paso de los días, comenzó a sentir algo cercano a la simpatía por el tozudo fraile y su ayudante. Una mezcla en la que había tanto de deseo de perder de vista a aquel molesto moscón como de ayudarlo a encontrar lo que andaba buscando.

Nadie conocía como él los vericuetos y secretos de aquella sala. El archivo era su territorio y si algo sabía era que el fraile nunca encontraría lo que buscaba ni aunque dedicase diez años. Los documentos lo devorarían antes.

Por eso había resuelto ayudarlos.

—Vaya insistencia la vuestra, y qué labor tan ardua —dijo queriendo entablar conversación al punto que depositaba otra pila de documentos.

El montón se unió a otros tantos que cubrían por completo la mesa a la que el fraile y el chico se sentaban.

Ni el clérigo ni el muchacho parecieron ser conscientes de la presencia del archivero. Era como si su voz no se hubiese siquiera escuchado. Tosió para reclamar atención y logró el mismo resultado. Decidió ser más directo.

Se inclinó y susurró en la oreja del franciscano.

—Padre —musitó—, quisiera tener una palabra con vos.

Diego alzó la cabeza de los legajos en los que estaba sumergido y miró al hombre con gesto torvo.

—Como puedes ver, ando ocupado ahora —replicó sin disimular su fastidio. Sin embargo, recordó que aquel hombre, pese a renegar

a menudo, siempre había hecho lo que le pedía de buen grado. Rebajó el tono—. ¿Podríamos dejarlo para otro momento?

El archivero acompasó su voz a algo cercano al tono de confidencia.

—Creo que sé cómo hacer que vuestra tarea sea más sencilla —dijo.

La atención de Diego basculó hacia el funcionario. No olvidaba que, en su primera visita al archivo, su ayuda había sido vital para dar con la pista de Écija.

—¿A qué te refieres?

—Nunca os lo he preguntado ni nadie me ha dicho nada, pero ¿me equivoco si digo que lo que con tanto ahínco buscáis es algo que relacione a las víctimas del Sayón?

—No te equivocas —confirmó con cautela—. Prosigue.

—Pues resulta que litigios, querellas, disputas o, en una palabra, todo lo que tenga que ver con la justicia y esté relacionado con un juez de esta casa o con sus familias se archiva aparte del resto.

Diego de Luna se puso en pie como si algo le hubiese picado en las posaderas.

—¿Quieres decir que, si existe algún documento en este archivo donde aparezca el nombre de Luis de Espinosa junto al de las cuatro víctimas previas, estará guardado en otro lugar?

—En una pequeña cámara exclusiva para ello, cerrada con llave.

El religioso miró a aquel hombre como si le hubiese abierto la ruta al mismísimo paraíso.

—¿Y tú tienes esa llave?

Una sonrisa, como un inesperado claro en un cielo nublado, iluminó las facciones del archivero.

—Seguidme —dijo.

Salieron del archivo y bajaron las escaleras que conducían a los sótanos. El archivero abría la marcha. Antes había tomado la precaución de coger un fanal e iba iluminando los pasillos que se abrían ante ellos. Dejaron atrás el ala que conducía a los calabozos de la audiencia y giraron a la derecha. Tras caminar un trecho se

detuvo frente a una portezuela. Extrajo un llavín de entre sus ropas y procedió a abrir mientras Rafael sostenía el candil para alumbrar la cerradura.

Entraron a una sala de reducidas dimensiones forrada de estanterías del suelo al techo, a rebosar de documentos. Algunos eran tan antiguos que parecían llevar allí siglos. No había ventanas. Tan solo un diminuto ventanuco a la altura del techo, por el que un gato se las tendría para atravesarlo con holgura y que daba a la calle Papeleros.

—¿Por qué esto se guarda aparte?

El archivero alzó y encogió los hombros al tiempo que aplicaba la mecha del farol para encender una lámpara de tres brazos. Las velas chisporrotearon para quejarse de su regreso a la vida tras lo que parecía ser mucho tiempo.

—Siempre ha sido así. Imagino que es una deferencia hacia la gente importante de la ciudad.

Diego no se sorprendió de oír aquello. La costumbre de la justicia de dar trato diferente a los poderosos y ser ella misma casta aparte estaba tan enraizada en España que lo extraño es que los trapos sucios de estos no acabasen directamente en una hoguera.

El fraile miró las tres paredes forradas de anaqueles. Cada una tenía sus buenos cinco codos de ancho y no menos de otros cinco hasta el techo.

A ojo de buen cubero, había no menos de tres mil o cuatro mil documentos. Todavía eran muchos, pero ni por asomo se acercaban a la enorme cifra que se almacenaba en el archivo. Revisar cada legajo de aquella sala era algo que podía hacerse siempre que no pararan ni para descansar.

Se frotó las manos, listo para ponerse a la tarea.

—Necesitaré más luz y un bufete con dos sillas, me vale una mesa también.

—Contad con ello —repuso el archivero solícito—. Y, padre, tres personas ven más que dos, si me permitís…

Diego agradeció el ofrecimiento.

—Serías de gran ayuda.

El archivero devolvió el gesto y solicitó la ayuda del chico para traer cuanto se le solicitaba. Antes de salir de la cámara, el fraile hizo una última petición.

—Creo que pasaremos aquí dentro varios días con sus noches. Trae buena provisión de velas y un par de mantas.

Una vez se quedó a solas, Diego tomó el primer cartapacio y se sentó directamente en el suelo para consultarlo. No podía perder un solo segundo.

A las peticiones del religioso, el archivero agregó de su iniciativa algo de comida y un jarro de vino. De ese modo, podían masticar algo de cecina y queso o dar un trago para calmar la sed sin apartar los ojos de los documentos. Unos ojos que, según fue avanzando el día, enrojecieron debido al humo de las velas y a la lectura.

Llegó la mañana al ventanuco y el archivero abandonó la cámara para ocupar su puesto en el archivo del primer piso. También Rafael acabó por rendirse al cansancio y, tras rechazar varias veces el consejo de fray Diego, aceptó finalmente echar una cabezada en un rincón.

—Una hora a lo sumo —dijo.

Se colocó cerca del candelabro. Muy cerca. El miedo a la oscuridad seguía siendo una constante para él.

Pese a su vaticinio, no despertó hasta estar bien entrado el mediodía. Para entonces, el archivero había regresado y así permaneció hasta que poco antes del atardecer anunció que saldría en busca de más provisiones.

Llegó la noche y se encendieron todas las mechas en los candelabros.

Andaba más que crecida la madrugada cuando el archivero dio un grito de alegría.

—¡He encontrado un documento! Puede que sea lo que buscáis —anunció a grandes voces.

Aferraba en sus manos con tanto ímpetu el legajo que las hojas, cosidas de modo precipitado, parecieron correr el riesgo de soltarse.

Diego tomó el documento que le tendía y lo estudió con ansiedad. Estaba fechado en 1659. Sus ojillos repasaron con celeridad las líneas de apretada escritura. Encontró el nombre de Luis de Espinosa y Montes en la primera página, pero eso era todo. Ni una referencia al resto de víctimas.

—Es un litigio del pueblo de Los Palacios. Una deuda por impago del arrendatario de unas casas de la familia.

—Entonces, ¿no nos es de utilidad?

El archivero era la viva imagen de la decepción cuando Diego confirmó sus temores.

—Volvamos a la tarea —dijo el fraile intentando que el desánimo no se contagiase.

Pero algo había cambiado. Un cierto abatimiento, una apatía que inundó la pequeña cámara. La desgana, pariente próxima de la desilusión, lo atrapó.

No dijo una palabra. Echó un vistazo al archivero y a Rafael. Ambos estaban afanados en su tarea, inclinados sobre la mesita, dejándose las pestañas en cada renglón. Eran unos escaladores ascendiendo una montaña, tratando de alcanzar una cumbre oculta por nubes. Una cumbre en la que no podía darse por seguro que hubiese algo aparte de viento y soledad.

Tal vez solo estaban cazando sombras. Buscando algo que no existía. Y, aún en el caso de que hallasen un documento que vinculase a las cinco víctimas, nada aseguraba que tuviese que ver con el Sayón. Aquella labor era una insensatez y debía concluir.

El primer rayo de sol iluminó el cielo bético. El ventanuco emitió un resplandor ambarino. Se puso en pie para anunciar su decisión. En ese mismo instante, Rafael dio un grito.

—¡Lo he encontrado! —clamó eufórico, mostrando un legajo de gran tamaño y numerosas páginas cosidas al margen.

Receloso, el fraile tomó el documento y lo estudió sin esperanza. Pero ahí estaban, los nombres de los cinco muertos, juntos, escritos con apretada y recargada caligrafía: Juan de Zúñiga, Blas de Henar, Álvaro de Torres, Pedro Salazar y Luis de Espinosa y Montes.

Comparecían ante el tribunal por orden del procurador de la ciudad, acusados de forzar a una joven.

Diego alzó los ojos del pliego y asintió con visible alegría.

—Creo que tenemos algo —dijo.

Rafael y el archivero compartieron una mirada satisfecha de complicidad.

Diego procedió a leer el legajo en voz alta, a la par que su índice seguía los renglones con esperanza creciente.

La acusación la presentaba un tal Francisco Aguado, platero con negocio en la calle de las Cruces, en representación de su hija, Inés Aguado, de diecisiete años.

La joven aseguraba que, el día del Corpus Christi de 1652, los acusados la habían forzado en repetidas ocasiones en una caseta de labranza a las afueras de Sevilla, en una zona conocida como prado de Santa Justa, muy cerca del templete de la Cruz del Campo.

Contaba el legajo con la declaración de la joven, quien, a instancias del procurador, relataba lo sucedido aportando detalles escabrosos. Tal testimonio era censurado como fantasioso por los cinco acusados, que negaban con rotundidad ser participantes de los hechos.

El testimonio de la muchacha, lo único en el que se sostenía su acusación, se desmoronó ante la declaración de un tal Nicolás Almansa, del que pocos detalles se daban, pero que aseguraba haber estado compartiendo un jarro de vino y jugando a boyadas en compañía de los acusados, en una taberna, mientras se desarrollaban los hechos.

Aquel testimonio había resultado clave para que los acusados saliesen indemnes del proceso.

Además de la de Nicolás Almansa, la defensa contaba con una docena de declaraciones de otros tantos caballeros que sostenían haber pasado la jornada del Corpus, o parte de ella, junto a los acusados.

Entre ellos, uno de los nombres provocó que el franciscano emitiese un gruñido mezcla de sorpresa e irritación.

Al concluir la lectura, un silencio había caído sobre los presentes, como una mansa capa de nieve. Fue Rafael quien lo quebró empapado de euforia.

—Me parece a mí que, si buscábamos un documento que justificase que alguien estuviese dando muerte a esos hombres uno por uno, no vamos a encontrar mejor que este.

—Las familias de esos hombres se cuentan entre las más poderosas de toda Sevilla —intervino el archivero—. No habrían dejado que se les declarase culpables, incluso aunque lo fuesen. Esa pobre muchacha no podría haber ganado nunca el pleito.

Aunque se había cuidado muy mucho de manifestarlo de modo claro, el archivero parecía sugerir que el proceso había sido amañado. Cuando sucedieron los hechos, los acusados debían de andar en la veintena. Chicos de familias poderosas, acostumbrados a hacer cuanto les placiese sin repercusiones.

La opinión de Diego no andaba lejos de la suya. No podía fingir que internamente no se sentía aliviado, contento incluso. Todo indicaba que su intuición había resultado ser certera.

Parecía claro pues que los asesinatos del Sayón de Santa María y aquel proceso estaban relacionados. Pero ¿de qué modo?

En esos precisos instantes Antonio Baños irrumpió en la cámara.

Diego se fue directo hacia él, sosteniendo el documento recién encontrado. Al reparar en su expresión sombría supo que algo había sucedido. Le hizo una seña para que hablara.

—Ha aparecido otro muerto —anunció el alguacil.

—Nicolás Almansa —apostilló el clérigo para sorpresa de Baños.

—¿Cómo lo sabéis? —fue todo lo que acertó a balbucir.

XXXI

Diego había conseguido que el Cabildo atendiese una de sus peticiones. Se la había expuesto a Baños nada más llegar la noticia de la muerte de Nicolás Almansa.

—Es inadmisible que no se practicase autopsia alguna a los anteriores cuerpos. Esta vez, un cirujano ha de inspeccionar el cadáver. De su examen podemos obtener información de gran ayuda —había sentenciado el religioso sin titubear.

El alguacil había transigido y, para sorpresa del fraile, le dieron aviso para que acudiese al Colegio Mayor y Universidad Santa María de Jesús. Había sido precisamente entre sus muros donde Diego había cursado sus estudios de teología, por lo que regresar a lugar de tan gratos recuerdos hizo que se olvidase durante un rato de lo que sucedía a su alrededor.

Mientras se adentraban en el claustro central en torno al que se organizaba el edificio, puso en conocimiento de las virtudes de la institución a Rafael.

—Si finalmente optas por tomar los hábitos —le dijo—, podrías estudiar aquí.

El chico se limitó a emitir una interjección de modo distraído. Su mirada paseaba por los arcos escarzanos del segundo piso.

Desde su secuestro, compaginaba momentos en los que aparentaba ser el mismo de siempre con otros en los que se mostraba reservado y callado hasta parecer un desconocido.

Diego no podía recriminarle nada. Había sufrido una experiencia dolorosa que haría sentir vulnerable y frágil a cualquiera.

Solo el tiempo podía cerrar aquella herida. Pero echaba de menos las conversaciones con el chico y su infinita curiosidad.

Las estancias donde los galenos practicaban sus ciencias estaban ubicadas en los sótanos de la universidad.

Al enfilar las empinadas escaleras que conducían a aquella parte, Rafael dio un involuntario paso atrás. Abajo, la luz de las antorchas iluminaba estrechos y oscuros pasillos y vacilaba por el viento que traía un fuerte olor a humedad y a cerrado.

—¿Prefieres quedarte aquí y esperarme? —invitó el clérigo, adivinando el terror que el chico podría sentir al tener que internarse bajo tierra.

—Si a vos no os importa…

El fraile le echó la mano al hombro y le dio una amistosa palmada.

—Aguarda aquí. No creo que me lleve mucho tiempo.

Diego de Luna descendió los escalones y aligeró el paso para recorrer el pasillo y llegar lo antes posible a la sala donde ya lo esperaba Baños. El lugar hedía a muerte y a sangre. Aquellos apretados corredores aparentaban más ser los de una cámara de torturas de una prisión que los de un lugar dedicado a la enseñanza.

Resultó que el galeno encargado de la inspección del cadáver era el mismo que había auxiliado a Rafael tras sacarlo de su tumba de barro. Un granadino que llevaba varios años compaginando su labor en el hospital con dar clases en la cátedra de medicina de la Universidad.

—¿Cómo se encuentra el mozo?

—Está bien, en general. Aunque tiene momentos en que todo parece asustarlo. No soporta las estancias en silencio y, sobre todo, teme a la oscuridad.

—Es comprensible. Cualquiera que hubiese pasado tantas horas enterrado tendría tales miedos. Hay que tener paciencia con él —sentenció el médico, estirando los labios hacia delante—. Puedo

daros unas hierbas que lo tranquilicen cuando llegue la noche.

—No será necesario. Suele tomarse una tisana de varias hierbas antes de acostarse y eso lo hace dormir hasta el amanecer.

El médico sacudió la muñeca para restar importancia a las palabras de Diego.

—Raíz de valeriana, manzana, perejil… Menudencias, bagatelas. Yo os hablo de hojas de cáñamo, de las semillas de la amapola. Remedios que pueden ayudarlo a descansar de verdad.

El clérigo tenía prisa por ponerse al tanto de los hallazgos de la autopsia y regresar a la superficie. No quería quedarse más tiempo del necesario allí abajo.

—¿Qué me podéis contar del cuerpo? —urgió al médico.

Habían entrado a la sala donde se había practicado la autopsia. El olor a muerte allí era todavía más intenso. Sobre una plataforma de piedra, cubierto por una fina tela de lino, yacía el cuerpo de Almansa.

—No presenta golpes ni heridas causadas por armas u otros utensilios; excepto, claro está, el tajo en el pecho por el que le extrajeron el corazón.

—Y la de la entrepierna —recordó Baños con evidente aversión.

—Esa es una herida interesante. Luego llegaremos a ella.

—Entonces, ¿podemos deducir que se lo llevaron sin hacer uso de la fuerza? ¿No se defendió? —intervino Diego.

—Decís bien. No hay pruebas de que se defendiese. Mi hipótesis es que lo drogaron con algún tipo de sustancia; mandrágora o beleño. O una mezcla de ambas. Aplicadas en una esponja, hacen que una persona se duerma en cuestión de unos pocos segundos. Yo mismo las he usado en alguna ocasión en pacientes antes de una cirugía.

Aquello correspondía con el modo de operar que había señalado Rafael. Una esponja sumergida en algún tipo de sustancia adormecedora y el sujeto no tendría voluntad. Sería tan sencillo como transportarlo a donde se quisiese.

—¿Podéis decirme algo de sus heridas? ¿Revelan algo?

—La del pecho poca cosa, excepto que la produjo alguien de gran fuerza. Se necesita mucha para abrir en canal a una persona. Amén de un buen conocimiento de anatomía.

—¿Alguna idea del arma que pudo usar?

El cirujano echó un reojo a Baños.

—Creo que la descripción que me hicisteis sobre esa especie de maza con lascas de mineral sería el principal sospechoso. ¡Afilada como un demonio!

—Entonces, debe de haber dos de esas aberraciones en Sevilla. La que encontramos en la casucha de la Laguna de la Pajarería está a buen recaudo en la audiencia —decretó el alguacil.

—¿Y de la herida en la entrepierna? Habéis mencionado que había algo interesante en ella.

—Muy interesante, me atrevo a decir. Es un tajo limpio, dado con precisión y firmeza, digno de admiración. Pero presenta una característica singular. —Había un dejo de orgullo en la voz del galeno, que aguardaba que le preguntasen más por aquel detalle.

Fue Baños quien apuró al médico con un firme ademán.

—No tenemos todo el día. ¿A qué os referís?

Hubo una cierta decepción en el rostro del galeno. Estaba seguro de que su hallazgo se le habría pasado por alto a un colega menos concienzudo que él. Se irguió cuan alto era y engoló la voz para darse aires.

—Para empezar, la emasculación se produjo una vez la víctima estaba muerta. Ya le habían sacado el corazón.

—¿Por qué lo sabéis?

—Por la coagulación de la sangre. De haber estado vivo, habría sangrado mucho más.

—¿Y por eso os parece interesante la herida?

—No solo por eso. Quien dio la fatal cuchillada que capó a ese desventurado no usó la mano diestra. Es lo que se suele decir vulgarmente zocato o zurdo.

—¿Cómo podéis conocer tal cosa solo estudiando un cadáver? —intervino Baños tan admirado como lleno de recelo.

El médico sonrió complacido ante la pregunta. Era el momento que esperaba para alardear de sus conocimientos.

Se colocó frente al alguacil y, enarbolando un imaginario cuchillo en su mano derecha, realizó un corte horizontal en las partes de este. Baños reprimió un escalofrío.

—¿Os habéis fijado en el recorrido de mi mano? Fue de mi diestra a mi siniestra. Ahora —dijo, simulando cambiarse de mano el ficticio filo—, si ejecuto el corte con la mano opuesta, este va instintivamente en sentido contrario. De siniestra a diestra.

—¿Y el corte de Nicolás Almansa tenía ese sentido? —intervino el clérigo.

—Exactamente. Ejecutado, sin duda, por un hombre que usa su mano izquierda.

El franciscano meditó aquella información. Una pregunta le vino a la cabeza.

—¿El tajo del pecho también fue dado por una persona zurda?

—Eso es imposible de determinar. En ese caso el tajo va de arriba a abajo. Puede ser obra de alguien que use cualquiera de las dos manos. ¿Creéis que cada herida es obra de una persona diferente?

—Esperaba que vos me lo dijeseis.

—Lo siento, ya os digo que es imposible saberlo. Lo que sí os puedo asegurar es que el corte en la entrepierna fue dado con un arma mucho más sutil que la que se usó para abrir el pecho. Un puñal o una navaja.

Diego asintió, satisfecho con la información.

—Os agradezco vuestra labor, maese cirujano —dijo a modo de despedida.

—No dudéis en buscarme de nuevo si puedo seros de utilidad —ofreció el médico a la par que trazaba un arabesco en el aire con su mano.

Fuera de la sala, Diego enfiló en dirección a las escaleras. El clérigo estaba deseando abandonar los sótanos. No obstante, Baños lo detuvo tomándolo por el codo.

—Tenemos que hablar, fraile.

—Sin duda. Pero hagámoslo arriba. No me gusta este lugar.

—Soy de vuestro mismo parecer. Demasiada muerte.

Desanduvieron sus pasos y ascendieron al patio del edificio. Diego agradeció el simple hecho de sentir el aire del exterior sobre la piel. De modo inconsciente se restregó varias veces las manos en el hábito. Le daba la impresión de haberse llevado consigo el olor a muerte de los sótanos de la universidad.

Rafael había buscado un rincón del claustro donde la luz del día llegaba directamente y aguardaba sentado en un poyete bajo un macizo de rosas.

Diego lo puso al corriente de la conversación con el galeno. Puso especial énfasis en el asunto del uso de la mano izquierda. Aquello, intuía, podía llegar a ser un hecho relevante.

El alguacil se frotó las narices con fruición.

—¿Y bien? —dijo dirigiéndose al franciscano—. ¿Vais a decirme ahora por qué conocíais el nombre de la víctima antes de que yo os lo dijese esta mañana?

—Encontramos un documento en el archivo de la Real Audiencia —dijo el fraile mientras sus sandalias resonaban en el corredor—. Nicolás Almansa testificó en un proceso por violación. Su declaración fue clave para que los inculpados saliesen en libertad sin cargos. Podéis imaginar de quiénes se trataba.

Baños tascó un juramento. Estar rodeados de estudiantes no le privó de soltar un gargajo en el suelo.

—¡Voto a…! —dijo dejando la blasfemia a medias—. Nicolás Almansa era un viejo conocido de la justicia. Hijo de un hidalgo venido a menos, se había metido en asunto de letras, escribía obritas que no tenían gran éxito. Lo que de verdad le gustaba eran los naipes y los dados. Ahí se jugaba el poco dinero que tenía. Era lo que se conoce por un veleta. Testificaba lo que a alguien le convenía por dinero. Unas veces, a favor del acusado; otras, a favor del acusador. Todo depende de quién dé más dinero.

—Hay muchos que viven de eso —intervino Rafael—. Serían

capaces de jurar que a nuestro señor no lo vendió Judas, sino el mismísimo San Pedro, si les pagan por ello.

Diego se rascó las mejillas.

—Así pues, no es descabellado asegurar que Nicolás Almansa mintió para que las cinco víctimas no pagasen por el crimen que habían cometido. Por lo que alguien se ha vengado de ellos, asesinándolos. Exponiéndolos públicamente como lo que realmente eran: unos violadores que salieron impunes del proceso gracias al poder y riqueza de sus familias.

Baños asintió con convicción.

—Si os entiendo bien —dijo—, lo que decís es que el Sayón ha asesinado a esos hombres como venganza por el atroz crimen que cometieron y por el que nunca pagaron.

—Todo apunta en esa dirección. Por eso ha asesinado también a Nicolás Almansa, responsable final de que los cinco violadores resultasen inocentes.

El alguacil se atusó la barba y suspiró como para darse ánimos. —En tal caso, yo diría que, antes de nada, debemos encontrar a esa tal Inés Aguado.

—Soy de vuestro mismo parecer.

XXXII

En la calle de las Cruces nadie recordaba a la familia Aguado ni que hubiese existido una platería en las cercanías.

Habían pasado demasiados años y muchas de las casas estaban vacías, medio en ruinas u ocupadas por vecinos que vivían allí desde hacía poco. Solo una sirvienta a la que preguntaron mientras regresaba de una cercana fuente con una cántara de agua a la cabeza les dio una ligera esperanza.

—Al final de la calle vive una mujer que lleva aquí toda la vida. Si ella no conoce a esa familia es que nadie la conoce —les dijo antes de colocarse la alcarraza de nuevo en la coronilla y proseguir camino.

Con esas se encaminaron a la casa señalada.

Rafael se preguntó por el origen de las cruces encastradas en las fachadas de las casas. Eran de vistosos colores en tonos verdosos, lo que las hacía resaltar aún más.

—¿Por qué se colocaron aquí estas cruces?

Aunque la cuestión iba dirigida al aire, Diego de Luna la tomó al vuelo y la respondió. El chico llevaba desde la visita a la universidad cabizbajo y apenas hablaba.

—Cien años atrás, esta zona albergaba tal cantidad de tabernas y tablajes que, para evitar que los parroquianos se orinasen en las paredes de las casas, alguien tuvo la ocurrencia de encastrar tres cruces en la fachada de una de ellas. Luego, otros lo imitaron.

—¿Y funcionó? ¿La gente dejó de hacer aguas mayores en las paredes?

Debió de hacerlo, porque otros lo imitaron. Luego, quién sabe si para remarcar su carácter sacro o para ahuyentar con mayor encono a los borrachos, se pintaron de verde.

Dicho aquello, el fraile retomó la marcha. Antes tuvo que darle una cariñosa palmada al chico en la espalda para que lo siguiese. Continuaba embobado contemplando las cruces a la luz de aquella nueva información.

Al final de la vía, la calle se anchaba tanto que formaba una especie de plazoleta triangular sin salida. Un calvario de cruces de forja sobre tres columnas de mármol se alzaba en medio.

Diego localizó la casa por las señas dadas por la criada. Sentado en un poyete junto a la puerta, había una mujer que limpiaba alcachofas. Al ver al fraile venir en su dirección, guiñó los ojos para ver mejor.

—Buenos días —saludó el clérigo.

—Buenos nos los dé Dios.

Su voz dejaba entrever una pizca de recelo.

—Estoy buscando a una anciana que vive en esta casa —dijo Diego junto a su mejor sonrisa—. Según nos han dicho, lleva toda la vida en esta calle.

La pizca de recelo pasó a ser onza.

—¿Qué queréis de ella?

—Ando buscando a una familia que vivía en esta calle hace años. Es por un asunto de herencias.

Aquello pareció tranquilizar algo a la mujer. No obstante, sus ojillos no se apartaron suspicaces de Rafael.

—Estáis hablando de mi madre —dijo—. Cierto es que lleva toda la vida viviendo en esta casa, pero tiene muchos años. Para ochenta con este los inviernos que ha visto. La cabeza no le rige bien desde hace tiempo.

—Aun así, me gustaría tener unas palabras con ella. No le robaré mucho tiempo, lo prometo.

—Ya os digo que no creo que os sea de ayuda, padre.

Diego insistió. Añadió a su voz un dejo de calmada urgencia que sabía que solía intimidar a quien trataba con el clero.

—Seguro que hablar de tiempos pasados la agrada —dijo—. Siempre es placentero recordar cuando se era más joven. ¿No sois de ese mismo parecer?

La mujer dibujó una mueca de conformidad que trataba de pasar por real al tiempo que se ponía en pie. Se guardó el cuchillo con el que sacaba la penca de las hortalizas. Acto seguido, se limpió las manos en el mandil y los hizo pasar al interior de la casa.

Los condujo hasta una cocina donde, en el hogar, la leña chisporroteaba gozosa.

—Aguardad aquí —dijo antes de salir.

Pasaron varios minutos hasta que regresó.

De su brazo venía colgada una anciana ciega, de andar gacho y cabello encanecido bajo una pañoleta. Su rostro estaba tan marcado de arrugas que recordaba a un suelo reseco que ha visto pasar más días de los que puede recordar.

Con pasos cortos y lentos, la mujer arrimó a la viejuca a la lumbre y la ayudó a sentarse en una butaca con asiento de paja.

—¿Queréis un trago de vino? —preguntó la mujer a Diego. La oferta no parecía incluir a Rafael, a quien echaba reojos de tanto en tanto.

El fraile agitó la mano en el aire para negar.

—Como os dije, no quiero quitaros mucho tiempo. —Se volvió hacia la mujer que parecía ensimismada con el sonido del crepitar del fuego. Le habló con ternura—. Soy el hermano De Luna. Según nos han dicho, lleváis toda la vida viviendo en la calle de las Cruces.

—Nací en ella y en ella tengo pensado morirme cuando Dios me lleve.

Pese a la advertencia de la hija, la anciana se expresaba con soltura y velocidad. Aquello dio al franciscano esperanzas de sacar algo en claro. Se echó hacia delante en su asiento, inclinándose hacia la mujer.

—¿Recordáis a un hombre que vivía en esta misma calle? Se llamaba Francisco Aguado.

Durante unos segundos, nada en la anciana pareció indicar que había entendido la pregunta. Sus ojos, aunque privados del don de la visión, parecían escudriñar las llamas. Diego iba a repetir la cuestión cuando el rostro de la octogenaria se iluminó, como una noche cerrada al recibir el sol.

—El platero —dijo, girándose hacia el fraile—. Se fue hace muchos años, pero lo recuerdo bien. Vivía más arriba, en una casa que hacía chaflán con la plaza de los Refinadores.

—¿Qué más recordáis de él?

—Que venía de familia de cristianos nuevos.

Al oír aquello, la hija se removió incómoda en su asiento.

—Nunca nos hemos mezclado con judíos o conversos —se apresuró a declarar mientras se persignaba vehemente.

Fray Diego, conciliador, mostró las palmas de las manos.

—Estad tranquila. Esos asuntos no me interesan. —Volvió su atención hacia la viejuca—. ¿Francisco aún vive en Sevilla?

La anciana negó con dos certeros movimientos de cabeza.

—Se fueron hace muchos años.

El religioso se mordió el labio inferior frustrado. Descubrir que los Aguado aún vivían en la misma casa habría sido un golpe de suerte excepcional.

Coligió que era momento de ir al grano. Se acercó aún más a la vetusta mujer.

—¿Recordáis a su hija? Inés se llamaba.

La mujer dilató los agujeros de su ganchuda nariz. Había reconocido el nombre.

—No la recuerdo —dijo, no obstante.

Después, volvió la cara hacia el hogar y se quedó de nuevo como ausente.

Diego intuyó que, en esta ocasión, tal abandono no era debido a la avanzada edad, sino al miedo. La anciana temía hablar. El fraile volvió a la carga.

—Seguro que, si os esforzáis, la recordaréis. Le sucedió algo. El día del Corpus de nuestro Señor de 1652.

—¡Os digo que no la recuerdo!

La hija se puso en pie como sacudida por un aguijonazo. También ella parecía asustada.

—Ya os advertí que la cabeza no le funciona del todo bien.

Diego la cortó con un firme ademán de muñeca. De nuevo, se inclinó en dirección a la anciana.

—No queréis hablar de lo que pasó —le dijo en tono apaciguador —. Os entiendo, aunque podéis confiar en mí. Solo quiero saber qué fue de ellos.

Pero la anciana no daba muestras no ya de responder, sino de haber siquiera oído al franciscano.

—Dejadla en paz —bufó su hija—. Ella no sabe nada. Yo os contaré lo que queráis.

Las cejas de Diego se alzaron fruto de la sorpresa.

—¿Tú conocías a Francisco Aguado?

La mujer dejó escapar un suspiro pesado y tan ronco que dio la impresión de brotarle del pecho mismo. Bajó la vista al embaldosado del suelo.

—Era una buena persona, pese a que en la calle lo miraban mal por su origen. Nunca faltó la caridad en su casa en fechas señaladas. Incluso con aquellos que lo llamaban marrano a la espalda. —Los ojos se le fueron de modo inconsciente hacia su madre.

—¿Y a Inés? ¿La conocías?

—Teníamos más o menos la misma edad. Éramos las dos únicas niñas en la calle, así que nos hicimos amigas.

—¿Lo erais todavía cuando pasó aquello? Cuando la forzaron.

—Sí —admitió a medias—. Aunque entonces ya no teníamos tanta amistad. Yo ya era mocita. Había salido del nido. Trabajaba de criada para una familia de pañeros portugueses. No nos veíamos apenas. Además, después de ese día, Inés cambió. Se volvió callada. Seca. Huraña.

—Siendo amigas, te contaría alguna vez lo que sucedió en el prado de Santa Justa, ¿no?

La mujer rechazó tal sugerencia con la cabeza. Restalló la lengua contra los dientes, consciente de haberse metido en un asunto del que la prudencia le aconsejaba no hablar.

—Estoy al tanto de lo que pasó ese día, pero ya os digo que no teníamos tanto trato. Solo sé que ella no quería ir a juicio.

—¿Por qué?

—No quería denunciar a nadie. Quería que la dejasen en paz y olvidar lo que había sucedido. Fue su padre, con esas necedades de hombres sobre la honra y el honor, quien la obligó. Me lo dijo la última vez que hablamos.

—¿No volviste a hablar con ella? ¿Tampoco después del proceso?

Las cejas de la mujer se enarcaron escépticas.

—¿Acaso no sabéis qué pasó?

El fraile negó con una briosa sacudida de cabeza.

—Se tiró al río desde el puente de Barcas al día siguiente de acabar el juicio.

Diego no supo qué decir.

Inés Aguado se había quitado la vida tras ser violada y posteriormente humillada en público en un juicio que no tenía manera de ganar. Recordó la declaración de la joven. La crueldad de las preguntas. El modo en que una y otra vez durante el proceso la habían hecho revivir aquel momento doloroso. El falso testimonio de Almansa, veleta cuya palabra estaba en venta. No habría sido extraño que la venganza se le hubiese pasado por la cabeza. Pero los muertos no pueden vengarse.

Un pensamiento, veloz como un relámpago, restalló en la cabeza del fraile.

—¿Se encontró el cuerpo?

—Unos días más tarde, en Coria del Río.

—¿Estás segura de ello?

—Inés Aguado lleva años muerta y enterrada. Podéis comprobarlo vos mismo en el cementerio, cerca de donde la

hallaron.

La seguridad con que se expresaba no daba espacio a la duda.

—¿Y la familia?

—Aguantaron unos meses, pero el negocio no volvió a levantar cabeza y en la calle se los miraba mal. Acabaron malvendiendo la casa y se fueron de Sevilla.

Las cosas no debían haber sido fáciles para la familia. A la muerte de una hija, se le sumaba el desprecio de todo un barrio que siempre los había tratado mal. Económicamente, era fácil imaginar que las cosas no habían ido mejor. Haber denunciado a cinco de las familias más poderosas de Sevilla y perdido el proceso habría tenido repercusiones. Sin olvidar la nada desdeñable cantidad de ducados que Francisco había debido pagar como indemnización a los acusados, según la sentencia.

—¿Sabes adonde fueron?

La mujer subió y bajó los hombros pesadamente.

—No. Después del proceso no volví a esa casa nunca ni a hablar con nadie de los Aguado. Pero no me extrañaría que lo más lejos posible de Sevilla que hubiesen podido.

—¿Las Américas?

—No lo sé. Ya os digo que no supe nada de la familia después de eso. Y, ahora, si me perdonáis, tengo cosas que hacer, padre.

—Gracias por tu ayuda —dijo el clérigo a modo de despedida—. Si tú o tu madre recordáis algo más. Venid a darme recado a la Casa Grande.

Un gesto de la mujer frenó el discurso del fraile.

—No queremos vernos metidas en enredos, padre. Os he contado cuanto sé. Ahora, dejadnos en paz —exclamó, poniéndose en pie y señalando el camino de salida.

Diego no pudo por menos que aceptar las palabras de la mujer. Hizo un gesto a Rafael para que lo siguiera.

Ya en la calle, echaron a andar en dirección al convento.

Al pasar junto a las cruces embutidas en la pared, vio cómo Rafael se persignaba y continuaba el camino cabizbajo.

—No has estado muy hablador hoy —le dijo.

Por toda respuesta el chico se encogió levemente de hombros. Había algo que le ardía en la garganta y que no era capaz de sacar fuera. El fraile solo tuvo que comprobar el modo en que su mirada lo rehuía.

Coligió que lo más sano era coger el toro por los cuernos y dejarse de subterfugios.

—No hemos hablado mucho de lo que te sucedió. —Rafael reaccionó alzando levemente el rostro hacia él; después, lo hundió de nuevo en el pecho—. Quiero que sepas que lo lamento mucho y me hago responsable de tu sufrimiento.

—No tenéis la culpa. No fuisteis vos, sino ese malnacido del Sayón, quien me metió en esa caja.

—Por andar conmigo…

—No os hago responsable de lo que me pasó.

—Agradezco tus palabras, pero no creo que tu hermana sea de la misma opinión.

—Ella os tiene en mejor estima desde entonces. Dice que vio cuánto os esforzasteis por encontrarme. Que talmente pareciera que se os había extraviado un hijo y no un simple ayudante.

El franciscano detuvo su paso, lo que obligó al mozo a hacer otro tanto.

—Nunca has sido un simple ayudante para mí, mi buen Rafael de Camas. —La nuez del religioso subió y bajó al tragar saliva—. Siempre te vi como un pupilo, un aprendiz. Y, más tarde, como un amigo.

La voz del clérigo estaba embebida de tal emoción que a duras penas aguantaba las ganas de soltar una lágrima. Los ojos del muchacho también se emborronaron de emoción. Se los frotó de modo enérgico con la manga de la camisola.

—Ahora soy yo quien os da las gracias —balbució. Tras lo cual hizo una larga pausa. Una pausa que no auguraba que lo siguiente que saliese de sus labios fuese bueno—. Por eso me cuesta tanto deciros esto…

Calló. Fruto de la emoción y la congoja.

Diego de Luna inspiró aire profundamente. Se barruntaba qué vendría a continuación.

—Continúa, muchacho. ¿Qué es eso que tienes que decirme?

Los hombros de Rafael subieron y bajaron como si temblase. Lloraba de pena e impotencia.

—Isabel y yo partimos hacia Cádiz en unas semanas. Ha dejado el trabajo en la botica y ha juntado los ahorros que desde hace tiempo guardaba.

—Eso está bien. Es bueno. No hay razón para llorar por ello.

Los hipidos del chico se multiplicaron. Volvió a secarse las lágrimas, esta vez con auténtica rabia. Las palabras estaban atascadas en el pecho, como si hubiesen sido apresadas en una red.

—No puedo seguir trabajando para vos —dijo entre temblores al fin—. Acompañaros hoy es el último servicio que os hago.

—Aún quedan, según dices, unas semanas para la partida… ¿A qué tanta prisa?

—Isabel dice que es mejor cortar por lo sano cuanto antes.

El fraile se quedó unos segundos mirando algún lugar indeterminado frente a sí. Parpadeó despacio, como despertando de un pesado y largo sueño.

—¿Y qué hay de ser franciscano? No debes decidir tu futuro a la ligera. Tomar los hábitos significaría una oportunidad para ti —dijo.

Frente a la angustia que se adivinaba en las palabras del clérigo, la voz de Rafael era templada y serena. El alumno parecía haberse convertido en maestro.

—No quiero ser fraile como vos —dijo con inusitada calma—. Llegué a pensar que lo quería, lo admito. Pero, después de lo que me sucedió, después de creer que iba a morir sin cumplir los diecisiete años, cambié de opinión. Quizás os decepcione, pero prefiero vivir con mi única familia a hacerlo en un convento.

Diego hizo un último intento, a la desesperada.

—¿Es que no quieres ver ante la justicia al hombre que te hizo aquello?

Diego sintió pronunciar aquellas palabras nada más salir de su boca. Eran hijas de la frustración.

Colocó sus manos sobre los hombros del chico, quien miraba al suelo sin saber qué decir, y le habló con el afecto que brotaba desde el fondo de su corazón.

—Olvida lo que he dicho —musitó y luego elevó la voz—: Os deseo a ti y a Isabel la mejor de las suertes —dijo. No mentía—. Dile a tu hermana que me alegra que deje la mala vida que tantos sinsabores le traerá. En cuanto a ti, esta tarde tendré lista la suma que te adeudo.

El chico negó con vehemencia.

—No es necesario, padre. Cuando acepté, creí que alguien os proporcionaba el dinero, pero he visto que sale de vuestra propia bolsa. Podéis guardároslo. Me doy por bien pagado con vuestros consejos y afecto durante este tiempo.

—El buen trabajo ha de ser siempre recompensado, y una palabra dada no ha de borrarse jamás. Esta tarde tendrás tu dinero. Será de ayuda para comenzar tu nueva vida.

Antes de que pudiese terminar siquiera la frase, Rafael se le abrazó con tanto ímpetu que a punto estuvo de tirarlo al suelo.

—Echaré de menos las caminatas con vos, padre. Las charlas. Vuestra compañía.

—Y yo, mi buen Rafael. Yo también os extrañaré.

Ambos hacían penosos esfuerzos por contener las lágrimas.

XXXIII

A Diego le bastó una visita a la Casa de Contratación para comprobar que los Aguado habían embarcado con rumbo a América en la primavera de 1653, como había intuido.

—Aquí están, padre —le había informado el funcionario, leyendo directamente del legajo que tenía ante sí—: Francisco Aguado, su esposa María de la Encarnación Funes y sus cinco hijos. Domingo, Enrique, Teresa, Lázaro y Lucio. Embarcaron en el Nuestra Señora del Rosario, navío del maestre don Melchor Ribera, y se dio vela el 17 de abril.

Así pues, la partida de la familia constaba en la rigurosa documentación que llevaba la Casa de Contratación.

La pista se perdía ahí.

Qué había hecho la familia en la Indias o dónde se había instalado eran preguntas que no podía responder.

Eran vísperas, pues el sol comenzaba a bajar en el horizonte, cuando regresó a la Casa Grande. Rafael había abandonado el convento y se había instalado de regreso en el tablaje de Manuel. Sentado a una destartalada mesa mientras repasaba documentos de puño y letra del chico, cayó en la cuenta de que lo extrañaba. Extrañaba las conversaciones, su curiosidad, su sabiduría trenzada en la calle.

No contar con su compañía a lo largo del día se le había antojado harto extraño.

Aunque se alegraba por el chico, no podía evitar que una parte de él sintiera un cierto resentimiento. Un resentimiento que sabía no era justo y al que acompañaba una honda decepción, de igual modo inicua, porque Rafael hubiese rechazado ingresar en el convento. Pero, en cuestión de afectos, ¿quién podía determinar hacia qué lugar soplaban? ¿Quién podía controlarlos? Solo podía dejar que el tiempo pasase. En el fondo, el júbilo porque Rafael tuviese una familia y disfrutase de ella era superior a cualquier otra emoción.

Eso no ocultaba el hecho de que, sin él, volvía a estar solo en aquella ciudad. Solo en una Sevilla que, de nuevo, le traía solo sinsabores y amargura.

La luz de la vela tembló e hizo asomo de apagarse cuando Gaspar irrumpió en la Hospedería de Indias con caminar brioso. Portaba una jarra con vino y dos copas. Depositó todo sobre la mesa.

Diego apartó la vista de los documentos. Alzó la cabeza y estudió con detenimiento a su superior.

Aunque mostraba el mismo gesto circunspecto de siempre, había algo en el guardián que mostraba que se sentía agitado, turbado incluso. Sus dedos jugueteaban nerviosos con su cíngulo y tenía los labios fruncidos en una menuda curva descendente.

—No esperaba verte por estos humildes aposentos.

La frase de recibimiento no pareció ser del agrado del superior, quien, no obstante, esbozó un calculado gesto amable y sirvió dos generosas copas. Dio un trago a la suya.

—He venido por algo muy concreto.

Pese a que no le apetecía compañía, Diego se puso en pie y arrimó a la mesa la única otra silla de la estancia. Gaspar se dejó caer en ella con pesadez.

—Desde que vi tu nombre en el documento del proceso, me preguntaba cuándo vendrías a hablar.

Gaspar elevó la vista al techo; luego, la bajó para clavarla en las manos, colocadas de modo recatado sobre el regazo.

—¿A qué documento te refieres?

De Luna estuvo tentado de decirle que no lo tomase por necio. Pero vio que no había deseo de escurrir el bulto en su viejo amigo, sino sencilla vergüenza.

—En el archivo de la Real Audiencia encontré un legajo sobre un proceso contra las cinco víctimas del Sayón —dijo—. Un juicio por forzar a una chica. La hija de un platero de Santa Cruz. TU nombre aparecía en él, como testigo de la defensa. En tu declaración asegurabas que los acusados estuvieron contigo gran parte del día.

—Como dijeron muchos otros —restó importancia a aquel dato el guardián, dando un tiento a su bebida.

—En concreto, doce personas. Doce mentirosos, me aventuro a decir.

Gaspar sacudió la muñeca en el aire, como si quisiese asustar a un invisible mosquito. Depositó la copa sobre la mesita. Se apoyó en el respaldo de su asiento, desafiante.

—Esa marrana quería arruinar la vida de aquellos cinco chicos. Tenían todo el futuro por delante. No podía permitirlo.

—También ella tenía toda una vida que vivir, y eso no impidió que mintieses en tu testimonio. ¿Sabías que se quitó la vida pocos días después del juicio?

El hermano guardián movió afirmativamente la barbilla. Un movimiento lento, que Diego intuyó, aunque no podría aseverarlo, cargado de culpabilidad.

—La noticia llegó unas semanas después.

—Eras amigo de todos ellos, ¿verdad? De Pedro Salazar, Álvaro de Torres, Blas de Henar, Juan de Zúñiga, Luis de Espinosa…

Gaspar emitió un suspiro hondo, que anunciaba su rendición. Habló con la libertad del que ya ha resuelto dejar de huir.

—A quien más conocía era a Salazar. Los dos habíamos estudiado en el seminario de Santo Tomás. Él era amigo del resto y me los presentó. Los cuatro tenían dinero y poder. ¿Quién no querría llevarse bien con ellos? Estaban acostumbrados a hacer lo que les placía sin rendir cuentas a nadie. Niños mimados a quienes nada se les negaba. Usaron a aquella chica como habían usado antes a

otras. Como usaban cualquier objeto que se les antojaba.

—¿Tú participaste de la violación a esa pobre desdichada?

—¡No! Yo no le toqué un pelo. Fueron ellos.

—Pero lo viste todo. Lo viste y, lo que es peor, no hiciste nada por evitarlo.

Gaspar asintió. Humilló la testa. Estuvo unos segundos con la vista fija en el embaldosado del suelo. Después, volvió a alzarla y la clavó en Diego.

La chica no era tan inocente como crees —bufó—. Estuvo tonteando todo el día con ellos. Sabía quiénes eran. Se arrimó a ellos por el interés.

—¡Por Dios! ¡La violaron! Nada justifica lo que le hicieron.

Todo el arrojo que Gaspar parecía haber tenido segundos antes desapareció.

—¡No podía hablar! —Había algo cercano a la desesperación en su voz—. Tienes que entenderlo.

—Lo que entiendo es que mentir en el juicio te saldría rentable. Podrías haber dicho la verdad, pero elegiste ser amigo de esos malnacidos.

Gaspar había tomado de nuevo la jarra, de la que había escanciado una segunda copa para sí. Todavía con ella en la mano, su lengua habló encendida.

—Sí, elegí tener una vida mejor de la que me esperaba —tronó —. ¡Por eso ahora soy guardián del convento más grande de toda Sevilla!

—¿Y ha merecido la pena? ¿Puedes dormir por las noches? —se limitó a decir el fraile. Por toda respuesta obtuvo un encogimiento de hombros—. Por eso me trajiste a España con mentiras. Para investigar estas muertes.

Gaspar negó de modo vehemente.

—Te hice venir porque el excelentísimo señor arzobispo quería alguien de tu valía investigando. Como te dije, le tenía gran cariño a Pedro. No era su secretario por méritos, sino por sangre… Creo que me explico. Y era una oportunidad de que me debiese un favor —

soltó con sorna—. Si te soy honesto, había olvidado el asunto de la chica y el juicio. ¿Para qué recordar algo que no deseas? No fue hasta la muerte de Blas de Henar que comencé a sospechar. Después, tras la de Juan de Zúñiga, até cabos. El Sayón de Santa María estaba asesinando uno a uno a los culpables de aquella violación.

—¿Y no consideraste informarme? Podrías haber salvado al resto.

—¿Para qué? —Un asomo de sonrisa cínica se dibujó en el guardián—. Pensé que, si Dios había decidido cobrarse justicia después de tantos años, quién era yo para interponerme. Luego, el Sayón murió en la Laguna, y creí que todo había acabado.

Diego comprendió cuan equivocado había estado siempre con Gaspar Valdés. Era un ser sin escrúpulos a quien no le importaba nadie salvo él mismo. Los que una vez lo habían ayudado a medrar habían acabado siendo algo prescindible.

—Pero quien murió no fue el Sayón, y Nicolás de Almansa también estaba en su lista.

—Como lo estoy yo.

En el silencio que vino después, el chisporroteo de la llama de la vela se escuchaba con claridad.

—¿Tú? No creo que el Sayón se dedique a matar uno por uno a los testigos de aquella pantomima de juicio. Creo que puedes estar tranquilo a ese respecto.

Una lágrima amenazó con aflorar en los ojos del guardián. Antes de que fuese una realidad, se la secó en un arrebato de ira.

—Si hay alguien de quien ha de cobrarse venganza soy precisamente yo. Seré el siguiente. No solo mentí en el juicio.

—¿De qué estás hablando, Gaspar?

—Yo soy responsable de que esos hombres saliesen libres. Mía fue la idea de crear una red de falsos testigos que desmontase el testimonio de la chica. Hablé con las familias. Me aseguré de que supiesen mi nombre. Ya me cobraría luego los favores.

—¿Nadie se negó? ¿Ninguna familia vio en lo que proponías una aberración?

Gaspar dejó escapar una risa triste.

—Al contrario. Alabaron mi capacidad de iniciativa. Me felicitaron por mi ingenio. Les prometí que sus hijos saldrían libres si confiaban en mí. Todo cuanto querían era no mancharse las manos. Y mi plan era incluso más barato que comprar a los jueces.

—¿Y los falsos testigos?

—Quien más quien menos en Sevilla debía algún favor a aquellas familias. Todo lo que tenían que hacer era decir que habían pasado el rato con ellos. ¿Quién iba a negarse?

Diego abrió la boca, escandalizado, pero no acertó a hallar palabras que diesen razón de lo que ahora sentía.

—Entonces lo de Almansa fue también idea tuya.

—Necesitaba un testimonio que fuese más allá de una simple coartada puntual. El de alguien que no dudase durante el juicio. Un profesional. De Zúñiga conocía a Nicolás. Le había servido de falso testigo durante un pleito por una riña, así que hablé con él. Le ofrecí diez ducados y otros diez cuando pidió más. Luego, otros cinco al acabar el juicio, para que se fuera de Sevilla una temporada.

Al concluir, Diego escudriñó a su superior. Ni su mirada ni su postura denotaban arrepentimiento. No. Gaspar Valdés no se sentía culpable de nada. Había alcanzado ese punto en el que uno cree estar por encima de todo bien o todo mal. Por encima de las leyes del hombre e incluso de las divinas.

Diego sacudió la barbilla para negar. No podía perdonar aquello. Él no.

—Espero que Dios pueda perdonarte alguna vez —dijo.

Una carcajada cruel y cargada de resentimiento brotó de la garganta del guardián.

—No me vengas con santurronerías, Diego. Tú menos que nadie. No estoy pidiendo tu perdón. Lo único que quiero de ti es que atrapes al autor de esta venganza.

—No estoy seguro de estar a la altura de tamaña tarea.

Aquello pareció importunar a Gaspar. Sorbió el vino de modo audible para dar luego un sonoro golpe con el pie de la copa sobre

la madera de la mesa.

—Da la impresión de que, después de lo que te he contado, no vayas a mover un dedo por salvar la vida de tu viejo amigo.

Al escuchar el término «amigo» pronunciado tan a la ligera, Diego de Luna dudó entre echarse a reír o sentir pena por Gaspar.

—Créeme que, pese a todo el mal que hayas podido hacer, no miento cuando digo que no te deseo la muerte. Toda la oscuridad del mundo no puede apagar la luz de una sola vela.

—Vuelves a citarme a San Francisco. —Gaspar chascó la lengua a modo de queja.

—Atraparé a ese asesino, pero no lo haré por ti.

—Me basta con que lo atrapes —replicó Gaspar con un breve encogimiento de hombros—, aunque preferiría que lo hicieses antes de que ese hideputa me mate. Así que, para evitar que eso suceda, te daré algo que ayudará a que te des prisa. *An extra causam*, una motivación añadida, por así decirlo.

Inconscientemente, Diego se había recostado en el respaldo de su silla. Al escuchar el deje venenoso del guardián, se puso recto como un palo. Se barruntó el as que se guardaba bajo la manga.

—¿Con qué mentira sobre Elena vas a venirme?, ¿Acaso ahora que te interesa ha resucitado de nuevo?

Gaspar se permitió saborear unos instantes la angustia que se adivinaba en el otro. Fue ahora él quien apoyó indolente la espalda en el respaldo y colocó las manos sobre la mesa.

—No es de Elena de quien voy a hablarte.

Extrajo de entre los hábitos un documento que tendió al fraile.

—¿Qué es esto? —inquirió Diego, desplegando el legajo.

—Siempre fuiste tan condenadamente listo que seguro que lo sabes con solo leerlo —dijo Gaspar con desdén.

Con evidente recelo, pero espoleado por la sensación de que el papel que sostenía en las manos estaba relacionado con él, sus ojos recorrieron la apretada caligrafía.

Era una partida de bautismo de la iglesia de Santa Ana, en el barrio de Triana, fechada el 14 de enero de 1650, de una niña a la

que habían puesto el nombre de Ana María, nacida siete días antes.

A medida que continuaba leyendo, el pulso de Diego se fue desbocando hasta retumbarle en el pecho con fuerza. El sudor que ya empapaba sus axilas y su espalda se le heló al toparse con el nombre de los progenitores. Como padre rezaba una simple y fría referencia a desconocido; como madre, Elena de Alcázar y Segura.

Las letras se desdibujaron, los renglones se hicieron un borrón difuso.

Apartó la vista del papel.

Gaspar se apresuró a tomar de sus manos temblorosas el documento y volvió a guardárselo entre las ropas.

Diego se secó un asomo de llanto. Lo miró con ojos ausentes, como si estuviese ubicado a miles de leguas de distancia.

—¿El documento es auténtico?

El hermano guardián afirmó con la testa.

—Lo juro por mi vida, que ya ves que tengo en altísimo aprecio.

Las palabras se amontonaban en la cabeza de Diego. No acertaba a entender lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cuándo?

—Como tú, creí que Elena había muerto de peste. Unos meses más tarde, llegó una hermana de Santa Ana. Venía preguntando por ti. Traía el encargo de hacerte llegar una carta de una mujer que había fallecido pocas horas después de dar a luz a una niña.

—Elena —musitó Diego.

—Le dije que entregármela a mí era como dártela a ti en persona. Leí la misiva. Era de Elena. La había escrito horas antes de morir. En ella aseguraba que el padre de la criatura eras tú y que dejaba a tu criterio hacerte cargo de la niña o entregarla al hospicio.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Gaspar se encogió de hombros.

—Tú ya habías tomado la decisión de irte a las Américas. Decirte que eras padre solo te hubiese creado problemas. Resolví que lo mejor era callar y dejar que las cosas siguiesen como estaban.

La palma derecha de Diego golpeó la madera con saña.

—¡No era tu derecho decidir tal cosa!

Gaspar Valdés no se inmutó. Se limitó a dar otro sorbo de su copa y dejarla sobre la madera.

—Hice lo que me pareció mejor para ti entonces. Lo creas o no, en aquella época me tenía por tu verdadero amigo.

Diego no pudo evitar que un asomo de carcajada se le formase en el pecho. Una risa que se heló en los labios de modo súbito. Volvió a dar una palmada en la mesa, esta vez nacida de la frustración.

—De haber sabido que estaba en cinta…

Luego calló. A sus ojos volvieron a asomarse las lágrimas.

Gaspar le arrimó la copa de vino que no había probado hasta entonces.

—Bebe —dijo de modo seco.

Esta vez Diego le dio un largo y profundo trago. Lo necesitaba. Ambos bebieron. Al finalizar, se secó los labios con la manga del hábito y habló. Cínico, amargo.

—Entiendo que esa niña está viva. De haber muerto en estos años, no sacarías el asunto ahora a la luz.

—Vive, pero te diré su paradero solo cuando encuentres al Sayón.

Esta vez Diego no contuvo la carcajada. Dejó que brotase. Triste, amarga como la hiel.

—¿Ahora me chantajeas?

El guardián apuró su vino.

—Llámalo como gustes. —Se puso en pie, presto a concluir aquella conversación—. Me voy de Sevilla. Parto para una casa que mi familia posee en Jerez. No regresaré hasta saber que la ciudad es segura para mí. Si vuelvo a pisar este convento será porque has atrapado al asesino. En tal caso, te daré cuenta de dónde podrás encontrar a tu hija. Por el bien de ambos, confío en que esta vez hagas lo correcto y no salgas huyendo como tienes por costumbre.

XXXIV

Diego salió de la Casa Grande de San Francisco y echó a andar. Sin rumbo. Sin saber dónde ir.

Como un insomne.

Deambuló largo rato sin destino y acabó por cruzar el puente de barcas, en dirección a Triana. Sus pasos lo llevaron, sin ser consciente de ello, al lugar que se había revelado como unido a él por un pasado hasta hoy mismo desconocido.

Elena había sido trianera. Allí había nacido y allí había muerto. No en el monasterio de las Cuevas, como creía hasta ese día, víctima de la peste, sino en Nuestra Señora de la Consolación, el convento de monjas mínimas, de un parto difícil.

Su cuerpo estaba enterrado en una fosa con una lápida sencilla con su nombre en el cementerio que el barrio tenía a poniente. A la vera del camino a Camas.

—¿Por qué no me dijiste nada? —sollozó Diego.

Se hincó de hinojos frente a la tumba. Lloró sin consuelo.

Al cabo de un rato, descubrió que tener un espacio físico, tangible, donde lamentarse por su muerte ayudaba. Saber que, bajo esa tierra, oscura y reseca y llena de hierbajos, yacía el cuerpo de Elena, aliviaba ligeramente el dolor que lo invadía.

Se puso en pie y se limpió con las manos el hábito. Se persignó y se alejó con paso cauto.

Llegado a la plaza del Altozano, buscó el acomodo de un murete

bajo, a la sombra del imponente castillo de San Jorge.

Los vendedores del mercado de abastos que allí se ubicaba voceaban sus mercancías. Olía a verduras y a pescado. A fruta y a especias. Abajo, el Guadalquivir lanzaba destellos plateados a la luz del atardecer.

Allí convergían, no solo el puente de Barcas, paso inevitable si se quería cruzar el río y entrar en Sevilla, sino los caminos de Castilleja de la Cuesta, San Juan de Aznalfarache y Tomares.

Diego se concentró en un grupo de niños que correteaban de puesto en puesto, al acecho de un descuido para llevarse una manzana, un puñado de naranjas recién traídas de Levante o la bolsa de algún incauto que no tuviese la prudencia necesaria. Daba la impresión, al verlos correr de aquí para allá, riendo a carcajadas, que para ellos todo era un juego. Incluso la dura vida que les había tocado en suerte.

De pronto, como la simiente que cae en tierra fértil, una visión creció en su cabeza y dio como fruto una certeza.

Esta vez no podía huir. Esta vez no podía fallar a Elena.

Había alguien en el mundo que era parte de él. Alguien que corría y reía como aquellos niños.

Que se elevaba de la tierra. Que respiraba y sentía.

Alguien que lo necesitaba.

El destino había querido que salvar la vida de Gaspar significase recuperar a ese alguien. Una cruel carambola lo obligaba a encontrar al Sayón si quería que la niña estuviese en su vida.

Pues que así fuese.

Lo importante era Ana María.

Su hija.

Con aquel pensamiento se puso en pie. Cruzó el puente de Barcas. Sabía a dónde dirigirse.

* * *

El fraile ascendió la empinada escalera, conteniendo la respiración. Empujó la puerta, que, pese a tan tempranas horas, estaba abierta, y entró.

En el tablaje, persistía el olor a vino rancio y sudor. Sin el gentío ni las risas ni canciones, era un hedor que resultaba triste. Apestaba a soledad y miseria.

—¡Ha de la casa! —dijo.

Al poco, vislumbró la grandiosa figura de Manuel saliendo de una puerta al fondo. El mocetón se le acercó con cara de pocos amigos. Mudó el gesto al reconocer al clérigo.

—Sois vos, el fraile que sacó a Rafaelillo de la cárcel —dijo.

—Precisamente vengo a buscar al chico.

Manuel señaló con la barbilla la misma puerta que la ocasión anterior.

—Ahí lo tenéis. Preparando su partida.

Había un deje de pena en la voz del hombre.

Diego de Luna agradeció la información y se encaminó hacia la habitación.

Llamó con los nudillos. La expresión de asombro que lucía Rafael dejaba claro que no esperaba ver al fraile en aquel lugar.

—Vos aquí —dijo aún sin reponerse de la sorpresa.

—Quisiera unas palabras contigo. ¿Puedo pasar?

Rafael dio un veloz paso al lado para dejar paso expedito.

El franciscano se puso las manos a la espalda y oteó el interior de la estancia. Todo estaba recogido. En su sitio. Un gran arcón a los pies de la cama, abierto, mostraba las escasas pertenencias del chico.

—Veo que estás preparando el equipaje.

Rafael echó un reojo al baúl con mirada distraída, como si se

hubiese olvidado de su mera existencia.

—No tengo muchas cosas que llevarme —dijo con un leve encogimiento de hombros.

Solo había una silla, que Diego ocupó por invitación del chico, quien se sentó directamente en el catre.

—¿Cuándo tenéis pensado iros tu hermana y tú?

—Dentro de dos días.

—¿No te apena dejar Sevilla?

Rafael se encogió de hombros por toda respuesta.

El religioso se mordió el labio inferior. Se le habían agotado las palabras vacías y las frases huecas. Resolvió dejar de dar rodeos.

—¿Así que no hay nada que te haga cambiar de opinión? —saltó como si tal cosa.

El semblante de Rafael mostró confusión. Lanzó un suspiro quedo. Clavó los ojos en el embaldosado y los alzó poco después. La zozobra que un instante antes se adivinaba en ellos había sido sustituida por una suerte de seguridad, de firmeza surgida de algún lugar profundo.

—¿A qué habéis venido, padre?

Diego tragó saliva de modo audible. Se miró las manos, como buscando en ellas una respuesta. Las colocó sobre los muslos. Se los palmeó varias veces, víctima de un súbito azoramiento.

—Quiero que te quedes y me ayudes a encontrar al Sayón de Santa María. Acabemos lo que empezamos juntos.

Rafael tardó unos instantes en reaccionar. Le sorprendió el modo directo en que el fraile se había expresado.

—No puedo hacer eso y lo sabéis.

Esta vez fue la testa de Diego la que se humilló y paseó la vista por el suelo.

—Me gustaría contar con tu ayuda. Hazlo por nuestra amistad.

Rafael dejó escapar una risa triste.

—No os ofendáis, padre, pero ¿cómo podéis llamar amistad a esto? Siento respeto por vos, incluso admiración, y sé que vos queréis mi bien, pero sé tan poco de vuestra vida que me sobrarían

dedos en la mano para enumerar adjetivos que os describiesen. Apenas sí os conozco, padre de Luna.

Diego concedió con un leve cabeceo.

—¿Qué quieres saber de mí? —invitó.

—¿Por qué os fuisteis a las Américas? ¿Qué hay en Sevilla que os da tanto miedo?

—¿Tanto se me nota?

La sonrisa sin alegría que esbozaba el fraile se contagió al muchacho.

—Os dije una vez que caminabais con temor a que de cualquier esquina os saliese algo al paso y me mandasteis callar. ¿Qué es? ¿Qué es lo que tanto os asusta?

Diego fue consciente de haber retenido el aire en sus pulmones largo rato. Lo dejó salir con cautela, como si al no hacerlo de ese modo pudiese quebrarse algo valioso.

—Un fantasma, muchacho. Un fantasma que ahora se ha transformado en lo peor en que una aparición puede mutar: en algo real. Y eso me asusta aún más.

—Para quien tiene miedo todo son ruidos.

La cita de Sófocles pilló a contrapié al franciscano. Sonrió y afirmó con la cabeza antes de hacer una larga pausa. Para ordenar sus pensamientos, pero sobre todo para infundirse el valor necesario para hablar. Iba a destrabar una puerta que mantenía cerrada a cal y canto desde hacía demasiado tiempo. Una puerta al pasado.

—Cuando vivía aquí, entre mis obligaciones diarias, estaba la de dar clase a varios hijos e hijas de familias donantes de nuestro convento. La Casa Grande siempre ha sido el edificio más importante de Andalucía para nuestra orden, por lo que tener contentos a nuestros benefactores era una labor que no se hacía a la ligera. Entre las familias más pudientes estaba la de los Alcázar, vecinos de Triana. Eran armadores de buques de Su Majestad, además de infinidad de otros negocios. Su única hija, Elena, estudiaba conmigo el *trivium*, lógica, retórica y gramática, amén de latín y griego. Era la alumna más lista e inteligente que tuve jamás. Además, era

hermosa, como solo se es de joven. Tenía el cabello trigueño, como la mies en julio; los ojos, azules. Su piel era tan blanca que parecía transparente.

Rafael intuyó hacia dónde se dirigía aquella confesión. No había que ser un lince. Había amor y no simple deseo en las palabras de Diego.

—Habláis como si os hubieseis enamorado de ella —dijo con prudencia.

El fraile lo miró con fijeza a los ojos.

—Era inevitable que así fuera.

Pese a la naturalidad con que se expresaba, Rafael se sintió perplejo.

—¿Y vuestros votos?

Diego abrió la boca para decir algo. Cambió de opinión. Esbozó una media sonrisa.

—Que Dios me perdone, pero eso me dio igual.

—¿Y ella os correspondió?

—Ojalá no hubiese sido así. Pero me amó. Pese a la diferencia de edad y a mi torpeza en asuntos de amores. Pese a mis votos y mi fe. Y su amor y mi amor fueron como el fuego que prende en un atado de leña seca. Incontenible.

Rafael enmudeció. Era lo bastante joven para alcanzar a entender el hondo significado de la expresión escogida por Diego, aunque él aún no hubiese sentido nada similar. Se sentía atrapado por la narración del fraile. Tanto que demandó más con un deje de impaciencia tiñendo sus palabras:

—¿Y qué sucedió?

—Sucedió lo que era también inevitable —respondió Diego con amargura. Suspiró—. Decidí dejar los hábitos. Mi amor por Elena era mayor que el que sentía por Dios. Pero, entonces, todo se torció. Su familia se enteró. Nos prohibieron volver a vernos, como era lógico. Pero nosotros seguíamos enamorados.

—Aquello sería un escándalo.

—Lo fue. Vivir en Sevilla era imposible, así que decidimos irnos

lejos. A las Américas, donde nadie conociese nuestro pasado. La flota partía hacia el Nuevo Mundo en febrero. Nos las arreglamos para obtener pasaje en uno de sus barcos. Pero los retrasos se fueron acumulando. Llegó abril y la peste se desató en Cádiz, por lo que finalmente el despacho de ese año de 1649 se suspendió. Nos planteamos qué hacer. Elena estaba decidida, quería irse, adonde fuera siempre que estuviésemos juntos. Pero yo… —Diego humilló la cabeza, arrepentido, avergonzado—. Yo empecé a pensar en lo que nos aguardaba. Y nada hay peor contra ese veneno llamado amor que pensar. Cavilé sobre el futuro que nos esperaba. Yo era un fraile que no conocía oficio alguno que no tuviese que ver con libros y estudios. No sabía usar estas manos sino para pasar páginas o empuñar la pluma. Además, iba a salirme de la Iglesia. Tendría suerte si encontraba trabajo dando clases en alguna perdida escuela parroquial a la que no llegasen noticias de mi pasado. Tuve miedo de lo que nos esperaba. Y la orden intentaba hacerme cambiar de idea…

—Vamos, que disteis la espantá.

Sorprendido por la templanza en la voz de Rafael, Diego alzó la mirada. Se quedó unos instantes así y, luego, asintió de modo lacónico.

Aquellas tres simples palabras condensaban lo sucedido mejor de lo que él nunca hubiese sido capaz de expresar. Por mucho que le costase admitirlo, había escurrido el bulto. Había dado la espantá.

—Decidí irme solo a las Indias. Soy consciente de cómo puede sonar esto, pero no podía soportar la idea de vivir cerca de Elena sin estar juntos. Entonces, llegó la peste. Me enteré de que toda su familia había enfermado, incluida ella. Supe que estaba en el hospital que se había improvisado en Santa María de las Cuevas, en Triana. Quise ir a verla. Pero Sevilla era un caos. No se podía entrar en determinadas zonas. Llegar a Triana hubiese sido imposible…

La narración del fraile se detuvo. Las lágrimas habían comenzado a aflorar a sus ojos, pero no callaba solo por ellas.

—Nadie os culparía de no cruzar la ciudad para estar a su lado.

Era una condena de muerte para cualquiera que lo hubiese intentado siquiera.

Para sorpresa de Rafael, tras decir aquello, las lágrimas del fraile cobraron mayor fuerza, como si no hubiese consuelo posible para él. Al mismo tiempo soltó algo parecido a una risa. Aquella contradicción lo llenó de confusión.

Diego reía porque aquel muchacho había intuido la verdad. Una verdad que callaba por vergüenza. Se secó el llanto. Miró a Rafael con una sonrisa beatifica en los labios. Se merecía la verdad, toda la verdad. Tomó aire y se armó de valor para confesar algo que siempre había guardado para sí y que nunca había dicho en voz alta.

—Cruzar la ciudad era ciertamente difícil, pero mentiría si te dijera que no me importaba morir. No quería morir. Tenía miedo. Mucho miedo. La gente enfermaba y fallecía a diario a mi alrededor. Incluso en el convento, donde se había instaurado una política de *quaranta giorni* y pasábamos las jornadas encerrados en nuestras celdas, sin apenas trato con ningún hermano. Convivíamos con la muerte. Se metía en nuestras cabezas…

De nuevo, el fraile fue incapaz de proseguir su narración. Sus hombros subían y bajaban en un frenesí de temblores, y la voz se le quebró, como un junco tronchado por una tormenta. Una tormenta de recuerdos de los que el franciscano se creía a salvo gracias al tiempo.

Qué necio había sido al creer tal cosa.

Rafael acudió al rescate con más interrogantes.

—¿Y Elena? ¿Murió?

Aquello hizo que se rehiciera.

—Eso creía hasta hacía unos días —dijo—. Que había muerto ese maldito verano de la plaga. Meses más tarde, en la primavera de 1650, me embarqué rumbo a Veracruz y me hice la promesa de no regresar jamás a Sevilla.

Rafael hizo las cuentas rápidamente en su cabeza. Ató cabos. Chasqueó los dedos con tanta fuerza que no hubiese parecido más alegre de haber dado con la clave para convertir el hierro en oro.

—¡Por eso volvisteis! ¡Elena no murió de peste y alguien os dijo que estaba viva!

Una vez más, Diego se maravilló de la intuición del chico.

—No, no murió de peste. Lo hizo meses más tarde. Dando a luz a la criatura que llevaba en sus entrañas. A mi hija.

El gesto de asombro de Rafael lo decía todo.

Diego le contó lo sucedido con Gaspar. Sus engaños, la confesión sobre el juicio de Inés y el chantaje con que lo había presionado.

—Así pues, no me queda alternativa que encontrar al Sayón antes de que mate a Gaspar o no sabré dónde hallar a mi hija. Por eso necesito de tu ayuda. Te lo imploro.

Rafael rumió en silencio el ruego de Diego. Estiró los labios hacia fuera. Se los mordisqueó largo rato.

—Os ayudaré, padre —dijo al fin.

Sin ser consciente de hacerlo, el fraile abrazó al muchacho. Lo estrechó contra su pecho y le dio las gracias de mil modos diferentes.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Tenéis alguna idea de dónde buscar una pista?

Diego sonrió artero.

—La tengo, mi fiel Rafael de Camas, la tengo —dijo al tiempo que palmeaba la espalda del chico con efusividad.

XXXV

La madrugada estaba fría y húmeda, y un manto de niebla que subía desde el Arenal cubría Sevilla cuando Gaspar Valdés abandonó la Casa Grande. Aún restaban algunas horas para que clarease. Cruzó la plaza de San Francisco sin dejar de escudriñar a su alrededor. Con la capucha de la capelina subida y las manos dentro de las mangas, parecía una aparición entre la densa bruma. Caminaba deprisa, casi al trote.

No había dicho a nadie aparte de Diego que se marchaba. Solo él conocía su destino. No llevaba consigo equipaje alguno.

Al vislumbrar entre la neblina el farolillo del carruaje que había alquilado sintió algo semejante al alivio, pero la angustia no desapareció por completo. Seguía mirando por encima del hombro, temiendo que en cualquier momento alguien saliese de la bruma y se fuese hacia él puñal en mano.

De los ollares de los animales se escapaban nubes de vaho. Se removían inquietos, pateando el empedrado. El cochero trataba inútilmente de tranquilizarlos con palabras suaves. Sabía que las bestias no estarían en calma hasta que saliese el sol.

—Buenos días nos dé Dios, padre —saludó al ver llegar al fraile. Tras comprobar que no traía equipaje, hizo amago de ayudarlo a subir a la caja. El hermano guardián negó con vehemencia. Tenía prisa por ponerse en marcha.

—Sube al pescante y partamos —ordenó.

—¿Adónde vamos, padre? —inquirió el cochero, asomando la cabeza por encima del embozo calado lo justo para proyectar la voz.

—A Jerez —dijo con desgana el franciscano, poniendo un pie sobre el estribo.

El cochero no ocultó su irritación. Malo era no conocer el destino hasta el último momento, pero ¡Jerez estaba a más de veinte leguas!

—No me dijisteis que el viaje fuese tan largo —se quejó—. Forzosamente habrá que hacer noche y viajar durante la mayoría de las horas de luz, amén de que esos caminos tienen fama de poco seguros.

Gaspar tampoco escatimó en mohines de regaño. Echó pie a tierra y se arrimó al hombre al que retó con la mirada.

—¿Acaso no te pagué por adelantado y generosamente?

El conductor no podía negar que la bolsa que había recibido la víspera era espléndida. A cambio, no debía hacer preguntas y limitarse a cumplir las órdenes de aquel fraile sin chistar.

Asintió a regañadientes.

—Así fue…

—Pues haz tu trabajo.

Sin aguardar respuesta, el fraile puso de nuevo un borceguí sobre el estribo y se dio impulso con agilidad. Entró en la caja y dejó las cortinillas descorridas para que entrase el frío del amanecer; la idea misma de estar aislado del mundo en aquel pequeño espacio se le antojaba imposible. Además, sentir el fresco del amanecer le ayudaría a combatir los sudores que la angustia le provocaba.

El cochero soltó una maldición en voz baja.

Luego, escupió y subió al pescante.

Con un estallido de las riendas, el coche se puso en marcha.

Gaspar seguía inquieto. Sus posaderas parecían no tocar el gastado cuero del asiento. Se mantenía erguido, con las palmas apoyadas en las rodillas y los párpados cerrados. Por primera vez en muchos años, rezaba con fe auténtica.

Concluyó el paternóster justo cuando pasaban junto al convento de las dominicas de la plazuela de San Nicolás. Mostró su extrañeza

enarcando las cejas. Se asomó a la ventanilla de su asiento y gritó para imponerse al traqueteo del carruaje.

—¿Por qué vamos por aquí? —inquirió de mal humor—. La puerta de Jerez queda en la otra parte de la ciudad.

El cochero proyectó la voz por encima del hombro.

—Hoy es día de mercado. Esa entrada estará abarrotada por carros —dijo con un encogimiento de hombros—. Si queréis, doy media vuelta, pero no contéis con salir de Sevilla hasta mediodía.

Aquello hizo que el guardián acabase por claudicar. Volvió a retreparse en el asiento y su gruñido se perdió entre el sonido de las ruedas sobre el frío empedrado.

—Haz lo que creas más conveniente, pero sácame rápido de la ciudad —sentenció.

—Dejadlo en mis manos.

Atravesaron la puerta que decían de la Carne, porque por ella entraba tal bien a la ciudad procedente del cercano matadero del municipio. Al pasar junto a este, un hedor insoportable a muerte se coló en el interior del carruaje. El franciscano sacó un pañuelo de entre sus ropas y se lo colocó en la nariz.

Al cruzar el puentecillo sobre el arroyo Tagarete al que decían de San Bernardo, las ruedas de la diligencia hicieron temblar la tablazón. Interpretó aquello como la primera señal de estar alejándose del peligro. Pero aún era pronto para poder comenzar a relajarse. Se mantuvo tieso como un palo en el asiento.

El camino frente a ellos apenas sí se veía. Los jirones de niebla flotaban lúgubres, trepaban por las ramas de los olivos y alcornoques que se alzaban a ambos lados del camino; los envolvían en un abrazo fantasmal.

Volvió el rostro. Detrás, Sevilla se iba perdiendo en la bruma.

Lo había logrado.

Cerró las cortinillas.

Por fin se permitió recostarse en el respaldo del asiento. Una sonrisa de satisfacción se inflamó en sus labios. Sin ser consciente, soltó un resoplo de alivio.

Sí. Había actuado deprisa. Como siempre hacía. Tomando el toro por los cuernos y no dejando nada al azar. Ni el tiempo ni la fortuna eran de fiar. Si se quería salir triunfante, solo se podía confiar en uno mismo.

Le quedaban aún muchas cosas por hacer. Ser guardián de la Casa Grande solo había sido el primer paso. Le esperaba el arzobispado, para eso había repartido las cartas todos estos años. Y quién sabía si, con el tiempo, incluso vestir de escarlata. Ese era su objetivo máximo. Dejaba para otros lo de ser papa. Él se conformaba con mover los hilos desde la sombra. Era lo que siempre había hecho.

En cuanto el asunto de las muertes se resolviese, regresaría y comenzaría a cobrarse los favores que le debían.

Porque, tarde o temprano, se solucionaría. Diego atraparía al Sayón. Estaba seguro de ello. Tenía las habilidades necesarias y, con la motivación que le había procurado, era imposible que no fuese de otro modo.

Tendría que cumplir y revelarle dónde ocultaba a la niña, pero aquel era un mal menor. En realidad, la chica no había resultado ser de gran ayuda. Contaba con que, al tenerla bajo su ala, se convertiría en un activo importante en sus manejos, pero era una idealista, como su padre. Desprenderse de ella no sería doloroso en modo alguno.

Estar en la lista de aquel asesino podía incluso ser algo bueno, beneficioso. Le había hecho darse cuenta de que lo importante era el hoy, el ahora. Debía darse prisa y acelerar su plan para medrar en la jerarquía eclesiástica.

Un frenazo en secó detuvo igualmente sus pensamientos. Fue tan brusco que a punto estuvo de golpearse con las paredes de la caja del carruaje.

Descorrió las cortinillas sin disimular su enojo.

—¿Por qué te detienes?

Había un árbol caído en mitad del camino.

El cochero se deshacía en explicaciones.

—No podemos continuar —dijo señalando lo obvió. Se persignó asustado—. Ha sido un milagro que lo haya visto entre la niebla.

Asomado a la ventanilla, el hermano guardián sintió que algo iba mal. Pese al frío, una película de sudor se deslizó por su calva coronilla y descendió por la nuca. Se la secó sin dejar de escudriñar cada rincón del bosquecillo en el que se hallaban.

Un silencio pegajoso como una capa de aceite inundaba la escena. Solo el piafar inquieto de los caballos que tiraban del carro lo rompía.

El cochero descendió del pescante de un ágil salto y se acercó al tronco.

—Esto no se ha caído de forma natural —sentenció, viéndolo de cerca—. Está cortado. Alguien lo ha puesto en medio. ¡Madre de Dios, pero en qué me he metido!

Todas las alarmas del franciscano repicaron con fuerza.

—Sube al carro y da media vuelta. Es una trampa. ¡Rápido, botarate!

No dio tiempo a que el cochero cumpliera la orden.

Salió de entre la niebla como un fantasma. Embozado, portando una pistola de chispa en sus manos.

Encañonó con ella al aterrado conductor y lo hizo retroceder varios pasos. Luego, se fue hacia Gaspar. Lo caballos relincharon nerviosos y se encabritaron ante la llegada del desconocido.

—Baja del carro, fraile —gruñó el recién llegado, abriendo la portezuela del carruaje.

Pero Gaspar empezó a barruntar que tal vez, solo tal vez, se trataba de un vulgar salteador de caminos. Abundaban esos días.

Alzó las palmas de las manos. Se asomó al marco de la puerta.

Con calculada pausa, echó mano bajo las ropas y mostró una abultada faltriquera.

—Tengo dinero. No es necesario esto. Os lo daré.

Al hermano guardián no le temblaba la voz. No sentía miedo. Conocía aquel juego. Todo el mundo tenía un precio.

El desconocido estudió la bolsa unos segundos, como si estuviese

contemplando un objeto de origen ignoto que había que tratar con cuidado.

—Bajad del coche —ordenó al tiempo que alargaba la mano para tomar el dinero.

Gaspar obedeció. Mientras echaba pie a tierra hubo de guardarse las ganas de sonreír. En la faltriquera habría sus buenos veinte ducados. Pero, ahora mismo, desprenderse de ellos no le costaba nada. Morir por tan insignificante cantidad cuando acababa de salvar la vida huyendo de Sevilla sería una necedad. Solo era dinero. Había más de dónde había salido este, de la caja oculta del convento donde apartaba lo necesario sin llamar la atención.

Pero su instinto le falló esta vez.

El desconocido torció el gesto. Arrojó la bolsa por encima de su hombro. Cayó entre la niebla y se oyó el tintineo de las monedas al desparramarse.

Gaspar frunció el ceño hasta parecer una caricatura.

—¿Tienes idea del dinero que había?

—No es oro lo que quiero de ti.

Los ojos del guardián amenazaron con salirse de sus cuencas.

—¡Sois vos! —dijo sin poder reprimir que el miedo se apoderase de sus facciones.

Al golpe en la cabeza con la culata de la pistola le acompañó un fulgor que estalló tras los párpados del guardián. Se desplomó en el suelo como un saco de tierra.

Desmadejado.

Inerte.

XXXVI

—La noche que se encontró el cuerpo de Álvaro de Torres. La noche en que el Sayón de Santa María lo abandonó cerca del postigo del Aceite —comenzó Diego—. ¿Quién más había rondado la zona?

Rafael tardó unos segundos en dar con la contestación adecuada. Iban camino de la collación de San Bartolomé.

—Jerónimo. Fue esa noche cuando lo prendieron y llevaron a la Cárcel Real.

—¡Exacto! Lo que debemos preguntarnos es por qué y qué hacía allí. La respuesta ha estado delante de nuestras narices todo el rato y, sin embargo, hasta ahora no nos habíamos detenido para poder verla. Salvador Cano fue aprendiz de Bartolomé Murillo, por lo que Jerónimo y él se conocían. Por eso estaba el crío esa noche en los alrededores de la escena del crimen. Seguía a Salvador.

Rafael sonrió. Era del mismo parecer.

—¡Es cierto! Eso quiere decir que Jerónimo posee más información.

—Una información que podría ser de gran ayuda.

Eso fue exactamente lo que le contó a maese Murillo para que le permitiese entrevistarse por segunda vez con el chico. El pintor miró alternativamente a Diego y a su ayudante. Los dejó pasar al interior de la vivienda, pero no se mostraba muy convencido.

—No sé si te servirá de mucha ayuda —dijo—. Desde que salió de prisión, apenas presta atención a nada más que a sus

carboncillos y sus dibujos. Vive más que nunca en su propio mundo.

—Déjame intentarlo de todos modos. Su testimonio puede ser de gran ayuda.

El pintor los acompañó hasta el taller. En un rincón, sentado a un bufete de patas, se hallaba el chico, afanado en sus dibujos.

El artista dio orden de que sus aprendices abandonaran el lugar.

Al ver llegar a su mesa al trío, Jerónimo se encogió como el cervatillo que ve hombres en las inmediaciones del bosque. Compuso un gesto de terror que se suavizó cuando comprobó que se trataba del maestro. Luego, estudió con aprensión a Diego y a Rafael. Los reconoció.

—¿Me recuerdas? —inquirió el fraile, poniendo cuidado de mantener una distancia que no incomodase al chico.

Como respuesta, Jerónimo esbozó una sonrisa franca y espontánea. Inconscientemente, el franciscano se sorprendió devolviéndole el gesto.

—Claro que me recuerdas. Te llevé carboncillo y papel.

El crío también tuvo un gesto de cariño para Rafael.

—Me alegra que ahora comas algo mejor que el pan y la sopa aguada de la prisión —dijo este.

No quedó muy claro si Jerónimo entendió la totalidad de la frase, pero respondió de igual modo con una sonrisa que dividía su rostro horizontalmente.

Murillo colocó con cuidado la mano sobre el hombro de su ayudante.

—El hermano De Luna quiere hablar contigo —dijo con deje amistoso—. ¿Te parece bien?

El chico miró al religioso y luego posó la vista en los papeles garabateados que tenía frente a sí.

—No te quitaré mucho tiempo —dijo Diego, intuyendo el flujo de los pensamientos del chaval—. Solo quiero preguntarte por la noche en que te cogieron preso. —El chico emitió algo similar a un zumbido, seguido de un gruñido de pavor—. Sé que no te gusta recordarlo, pero necesito que me cuentes qué pasó. ¿Lo harás si te

lo pido como un favor hacia mí?

Debían de ser tan pocas las veces en que había escuchado tal expresión y con tanta amabilidad que, durante una décima de segundo, el rostro de Jerónimo mostró asombro. Luego, asintió con lentitud, como si tuviese que recordar el modo de realizar aquella acción.

—Esa noche, seguiste a Salvador, ¿verdad? Lo recordabas de cuando trabajaba en el taller con el maestro Murillo.

Jerónimo volvió a asentir con la misma gravedad.

—Me trataba bien —balbució.

—Lo cierto es que era violento con todos, excepto con Jerónimo —susurró Murillo.

Diego asintió para sí.

—Por eso lo seguiste.

Otra afirmación.

—¿Lo habías visto antes de esa noche?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la catedral. Sentado en la calle.

—¿Salvador estaba en las gradas de la catedral? —terció Rafael para obtener un escueto pero gratificante sí.

—Hacía mucho tiempo que Salvador no venía a Sevilla, ¿verdad? —retomó el interrogatorio el fraile.

—Mucho tiempo —repitió Jerónimo.

—¿La primera vez que lo viste fue en la catedral?

—En verano. Hacía calor.

—¿Hablaste con él?

El rostro del chico se ensombreció.

—Me dijo que me fuera.

—Pero tú no te fuiste. Te escondiste y lo seguiste, ¿verdad?

No hizo falta confirmación. La sonrisa picara de Jerónimo lo decía todo.

—¿Lo seguiste ese día?

—Sí.

—¿Dónde fue Salvador ese día?

—A la Laguna.

—Lo seguías a menudo. Sabías que vivía en la Laguna de la Pajarería y podías hacerlo cuando quisieses. Por eso esa noche estabas en el postigo —dijo el franciscano sin ser consciente de estar hablando en voz alta.

Comenzaba a hacerse una idea de lo sucedido.

El chico se había topado con Salvador en las gradas de la catedral de Santa María de la Sede. Hacía años que no lo veía, pero recordaba que siempre lo había tratado con cariño en el taller. Así que se había acercado a él. Ante la negativa a hablar, había hecho lo que le parecía más oportuno, seguirlo. Aquello se había convertido en una costumbre. Una peligrosa. Se preguntó qué hubiese sucedido si Salvador lo hubiese descubierto.

—¿Alguna vez viste a Salvador con alguien?

Asentimiento. El clérigo se inclinó sobre el chico.

—¿Con quién? —preguntó sin evitar que la ansiedad se asomase a sus palabras.

Por toda respuesta, el crío se miró largo rato la palma de la mano. Luego, soltó una risotada.

—Una mujer —dijo.

Diego esbozó un gesto de extrañeza. ¿Una mujer?

—¿Quién era esa mujer?

—No la conozco.

—¿Dónde los viste juntos?

—En una taberna.

De nuevo, Jerónimo consultó su mano.

—¿La seguiste? ¿Seguiste a la mujer que estaba con Salvador?

El chico volvió a estudiarse la palma. Volvió a reír de modo bobalicón. Su comportamiento había cambiado en cuestión de segundos. Con la rapidez de una tormenta que cubre el cielo, había pasado de mostrarse colaborador a tener un comportamiento errático e impreciso.

Diego consultó con la mirada a Murillo.

—¿Qué significa ese gesto? ¿Por qué se mira la palma de la mano?

—Que me aspen si lo sé. Es la primera vez que le veo hacerlo.

—¿Seguiste a esa mujer? —insistió el religioso.

Esta vez Jerónimo no dio pruebas de haber siquiera escuchado la pregunta. Su atención seguía fija en la palma, como si encerrase la respuesta a un misterio insondable y que solo él alcanzara a vislumbrar.

Diego repitió la pregunta con idéntico resultado.

Después, Jerónimo volvió la cara y tomó un carboncillo. Apoyó los brazos sobre la mesa, pegó el rostro al papel y se enfrascó en sus dibujos como si el mundo hubiese dejado de interesarle. Como si ya no perteneciese a él.

Maese Murillo soltó un profundo resoplido.

—No vas a sacar nada más de él. Cuando entra en ese estado, no atiende a nadie.

Diego miró al chico. Parecía totalmente abstraído de la realidad, interesado solamente en sus garabatos.

—Me temo que estés en lo cierto. Será mejor dejarlo.

Se alejaron de la mesa.

—Siento que no haya sido de gran ayuda —se lamentó Murillo.

—No te disculpes. Hemos averiguado que Salvador tenía tratos con alguien en Sevilla. Quizá se reuniera más veces con esa mujer. Puede que alguien en el Arenal los viera y lo recuerde.

—Eso espero. Sevilla vuelve a tener miedo. El Cabildo ha prohibido las procesiones de Semana Santa e incluso se habla de que se instaurará toque de queda de noche.

—Esperemos que no llegue a tales extremos…

Las palabras de Diego se detuvieron cuando Jerónimo le tironeó del cíngulo con que cerraba su hábito.

El chico llevaba en sus manos un papel, que tendía al fraile.

—¿Es para mí? ¿Un regalo?

El rostro del chaval se iluminó con una sonrisa amistosa. Sin decir ni amén, entregado el papel, giró sobre sus talones y regresó a la

mesa. Al poco estaba de nuevo sumido en garrapatos y borrones.

Diego estudió el papel. Era un dibujo, tan esquematizado y reducido que le llevó unos segundos adivinar qué representaban aquellos simples trazos y líneas.

—Es una mano —dijo al fin.

Los dedos meñique y pulgar estaban estirados hacia fuera, mientras que el resto se mantenían erguidos, como brotes de una planta que asomaban orgullosos. Pero era claramente el esbozo de una mano.

Una mano en cuya palma había un ojo abierto.

XXXVII

Un corchete salió al paso de Diego y Rafael nada más abandonar el taller del pintor.

—El alguacil don Antonio Baños quiere veros en la Real Audiencia de Grados inmediatamente.

—¿Qué ha sucedido?

Por toda respuesta, el porquerón se encogió de hombros.

—Eso os lo dirá él, pero parece grave, dada la urgencia con la que me ha hecho buscaros por toda la ciudad.

Pusieron rumbo a los juzgados. Antes, Rafael detuvo al fraile para hacerle una revelación que podía ser importante.

—Es sobre algo que ha dicho Jerónimo —comenzó—. Eso de que Salvador se vio con una mujer. Puede no ser nada, pero hay algo de la noche que me secuestraron…

Al franciscano le impacientaba el modo en el que el chico daba rodeos. Cruzó los brazos sobre el pecho y le conminó a proseguir.

—¿Qué es lo que quieres contarme? ¡Habla!

Azorado, Rafael frunció los labios y se pasó la mano por el cogote.

—Tras colocarme aquella esponja con alguna sustancia adormecedora, estuve varios segundos como alelado. Borracho. Veía luces, colores y oí las voces de los que se me llevaron. Y… que me aspen si una de ellas no me pareció demasiado dulce, como de terciopelo.

—La voz de una mujer —completó el fraile.

—Eso mismo. Creí que era fruto de la droga, pero, al mencionar Jerónimo a esa mujer, me ha venido a la cabeza.

El religioso quedó largo rato ensimismado en sus pensamientos.

—¿Y si quien le dice al Sayón a quién ha de matar es una mujer?

Baños los aguardaba, así que el tiempo apremiaba. Reanudaron la marcha, pero el fraile no conseguía apartar aquella idea de su cabeza.

En su despacho del segundo piso, el alguacil esperaba, paseándose impaciente de arriba abajo.

Al verlos llegar, dio un respingo y se fue hacia Diego. Lo tomó por los hombros.

—Han secuestrado al guardián de vuestra orden —soltó.

Diego enmudeció. Su semblante se tornó una máscara de perplejidad y se llevó las manos a la cabeza.

—¡No puede ser! —balbució.

—He querido ser yo quien os diera la noticia —replicó el golilla—. ¿Tenéis idea de quién se lo ha podido llevar y por qué? ¿Y por qué marchaba a Estepa de madrugada?

¿Estepa? No era mala elección para esconderse, la ciudad malagueña estaba a suficiente distancia de Sevilla. Pero Gaspar había hablado de irse a Jerez, donde su familia tenía una finca.

Diego inspiró aire para expulsarlo tras retenerlo unos segundos dentro.

—He de contaros algo, don Antonio —dijo.

Con todo lujo de detalle, puso al tanto de la relación de Gaspar con el proceso de Inés Aguado.

—¡Hideputa malnacido! —bufó el golilla al saber del chantaje del superior.

—Ahora lo importante es encontrarlo antes de que el Sayón lo mate.

Baños cabeceó convencido de que se debía actuar deprisa. No juzgaba al clérigo. Saber que tenía una hija ni le había escandalizado ni era de su incumbencia. Había suficientes niños y niñas fruto de

fornicaciones de hombres de la Iglesia como para que uno más importase. Además, aquel hombre al menos intentaba encontrar a su hija, hacer lo correcto. Aquello era motivo más que suficiente para que tuviese su simpatía.

—Hablad con el cochero.

—¿Está aquí?

—En los calabozos, hasta que se aclare qué sucedió. Aunque está bien tratado. Incluso un cirujano le ha curado del golpe que le dieron en la mollera.

—Que eso no os ablande —intervino un hasta entonces silente Rafael—, no sería la primera vez que un cochero arregla un negocio con unos maleantes y le arriman el jubón al cuerpo para que parezca más creíble.

Diego tomó nota mental de aquello.

Acompañados de la luz de un farol que portaba un corchete, descendieron las escaleras que conducían a los calabozos. Hacía tan solo unos días, habían pisado aquellos mismos escalones para dirigirse a la cámara donde habían hallado el legajo del proceso de Inés Aguado.

Se detuvieron frente a la puerta de una de las celdas. Un corchete montaba guardia junto a ella.

—Entraré solo con Rafael —indicó el fraile—. No quiero que vuestra presencia lo intimide.

Baños apretó la mandíbula y asintió al tiempo que Diego y el chico entraban en el calabozo; luego, le lanzó una mirada de advertencia a su hombre. Acababa de ser testigo de cómo un curita le daba órdenes.

—En boca cerrada no entran moscas —gruñó.

El otro captó la indirecta a la primera.

El interior de la celda presentaba mejor aspecto que los calabozos de la Cárcel Real de la calle Sierpes. Aun así, olía a moho, a miedo y a humedad lo suficiente como para que Diego quisiera pasar en su interior el tiempo estrictamente necesario.

Al ver al fraile, el cochero se puso en pie de un salto. Una mueca

de pavor congelaba su rostro.

—¡Santa madre de Dios! Pues no me traen un cura. ¿Eso significa que me van a dar cuerda?

La referencia a la horca pilló por sorpresa a Diego.

—No te inquietes —le dijo, señalando la yacija para que el aterrado hombre volviese a tomar asiento en ella—. Solo he venido a hablar contigo.

El cochero, gesto receloso mediante, aceptó regresar a su postura inicial. Conjeturó que la presencia del franciscano tenía que ver con el secuestro de Gaspar Valdés.

—¿De qué queréis hablar conmigo? Yo no sé nada de por qué se llevaron a vuestro superior.

El fraile sonrió con calculada calma. Colocó sus manos a la espalda.

—Cuéntame lo que sucedió. ¿Cuándo te contrató el hermano Gaspar?

El cochero se rascó el mentón, nervioso.

—Hace dos días. Me pagó por adelantado. Me dijo que debía estar en la plaza de San Francisco antes de las cinco. Frente a la Casa Grande.

—¿Y estás seguro de que te dijo que lo llevaras a Estepa?

—Así es.

—¿Qué pasó luego?

—Salimos de Sevilla…

—¿Por qué puerta?

—Por la de la Carne, es la que lleva directa al camino que va a Alcalá de Guadaira.

—Continúa.

—Dejamos atrás el matadero del Cabildo. Y al poco nos encontramos un árbol en medio del camino que nos impedía continuar. No chocamos con él de milagro.

—Ese árbol, ¿estaba colocado allí para hacer que os detuvierais?

—Sin duda, padre. No lo supe hasta que aquellos maleantes salieron del bosque.

—¿Cuántos eran?

—Tres. Iban embozados. Llevaban pistolas de chispa. Me apuntaron con una de ellas. Luego, fueron a la caja en busca del padre. Lo hicieron bajar, le dieron un golpe en la cabeza y se lo llevaron.

—Parece que también a ti te dieron un buen porrazo.

—¡Sí, señor! Como que hay Dios que me dejaron un buen recuerdo. Si hasta perdí el conocimiento.

—Entonces, ¿no pudiste ver hacia dónde se fueron?

—Eso pude verlo. Me desperté poco antes de que se fueran con el padre a caballo. Debían de tenerlos ocultos en el bosque.

—¿Y hacia dónde se fueron?

—Hacia el este.

—En la misma dirección en la que vosotros ibais. ¡Qué curiosa casualidad! —reflexionó el clérigo sin reprimir un deje irónico.

Intuyendo lo que pasaba por la cabeza del fraile, Rafael hubo de hacer un esfuerzo para que no se le escapara una sonrisilla malvada.

—Y te dejaron allí, sin más —prosiguió Diego.

—Me ataron a un tronco, junto al camino. Quiso la providencia que al poco pasara un carromato con cisqueros que, extrañados al ver el árbol caído, se detuvieron y, al oír mis gritos, me liberaron.

Fray Diego continuaba con las manos a la espalda. Dio un corto paseo por la celda.

—¿Crees que os detuvieron también para robaros o solo para llevarse al hermano guardián? —preguntó en un tono tan inocente que logró engañar al cochero.

—Se llevaron también el dinero del fraile.

—Parece que no todo, ya que el alguacil me ha dicho que, cuando te encontraron, estabas en posesión de una gran cantidad de monedas.

El cochero parpadeó azorado unos segundos, pero se recompuso al instante.

—Tuve suerte. No me registraron. Debieron de creer que no llevaba gran cosa encima.

—¿Es habitual que viajes con tanto dinero?

—Era lo que el padre me había pagado por llevarlo a Estepa.

Diego de Luna hizo una breve pausa. Cuando volvió a hablar, sus ojos estaban clavados en el cochero.

—Antes has dicho que el hermano Gaspar te pagó por adelantado. ¿No es más normal que hubieses dejado el dinero en casa?

Un carraspeo incómodo precedió a la respuesta del conductor.

—Era para pagar una deuda que tengo en Osuna. Como nos quedaba de paso…

El embuste sonaba tan desesperado que ni siquiera él mismo se lo creyó. Se miró las manos; luego, al suelo, y se mordió el labio inferior antes de hundir la cabeza en el pecho.

El fraile se detuvo junto al camastro. Cruzó los brazos a la altura del pecho. Boqueó unos instantes, como si no supiese qué decir, pero la voz era clara y firme cuando habló:

—Todo lo que dices me produce gran extrañeza. Sobre todo, saber que os dirigíais a Estepa, y no a Jerez, donde el propio hermano Gaspar me dijo que se iba.

—Cambiaría de parecer.

Diego ni siquiera hizo asomo de creerse tal cosa. Se giró y echó a andar por la celda, de nuevo con las manos a la espalda.

—Eso me hace preguntarme por qué saldrías por la puerta de la Carne en lugar de la de Jerez, que es la que cualquiera hubiese utilizado.

—Imaginé que habría mucho trajín a esa hora.

En el silencio que siguió, se escuchó con claridad la garganta del cochero tragando saliva de modo ruidoso. Acababa de descubrirse él solo. Se sabía atrapado.

Diego dejó que aún se cociese un poco más a fuego lento. Permaneció en silencio largo rato.

—¿Sabes lo que creo que pasó? —comenzó al fin—. Creo que alguien te pagó para que llevarás a Gaspar al camino que lleva a Estepa y no al de Jerez. Por eso dejaste Sevilla por la puerta de la

Carne y no por la que habría sido lógico usar de ir a Jerez.

El cochero enmudeció. Se secó el sudor que corría por su frente, al tiempo que se removía incómodo.

—No quiero tener ningún pleito con vos —se rindió al fin.

—¡Entonces, deja de tomarme por un necio!

La colera que se adivinaba en la voz del franciscano sorprendió incluso a Rafael, quien hasta entonces se limitaba a mirar la escena, divertido, apoyado en una de las paredes de la celda.

—Empieza a piar antes de que llamemos al golilla para que te apriete las tuercas —soltó.

El cochero se llevó las manos a la coronilla. Comenzaba a atisbar el futuro que le aguardaba y no era nada halagüeño. Se puso en pie de modo tan repentino que dio la impresión de que algo le había picado en el trasero. Sudaba a mares y frotaba una mano con otra, como si así pudiese conjurar la ansiedad que se había apoderado de él. Suplicante, se colgó de los hombros de Diego.

—Yo no sabía lo que iba a pasar. No quería que nada sucediese al fraile —se arrancó tras unos instantes más de zozobra—. No lo hice por el dinero. No me delatéis. Os lo ruego, no deis parte al alguacil. Tengo mujer y tres hijos que se quedarán sin modo de ganarse la vida si me encierran.

—Está por ver qué pasa contigo. Pero te advierto: lo único que puede hacer que no acabes en la cárcel es que me cuentes qué sucedió realmente.

Aquella simple posibilidad fue suficiente para el asustado hombre. Se frotó las manos de nuevo y se repeinó el poco pelo que le quedaba.

—El día que el padre me contrató, vino un hombre poco después —dijo—. A los pocos minutos. Me jugaría el cuello a que lo estaba siguiendo. Me dijo que me daría el doble de lo que me pagaba el fraile por hacer una simple cosa.

—¿Qué te pidió que hicieses?

—Que saliéramos de Sevilla por la Puerta de la Carne y tomáramos el camino a la diestra del puente de San Bernardo.

—¿Solo eso?

—Os lo juro. Yo no sabía que iba a colocar un árbol en mitad de la vereda ni que se lo iba a llevar a punta de pistola.

—¿Solo era un hombre?

—Uno solo. Dije que eran tres por hacerlo más creíble.

—Continúa.

—Me ató al tronco de un árbol y me dijo que de ese modo nadie sospecharía. Al poco escuché el sonido de mi propio carruaje. El muy hideputa me lo estaba robando. Le grité que no se lo llevara, que era lo único que tenía para ganarme la vida. Pero como el que oye llover. Por eso cuando me desataron los cisqueros me hice con la bolsa que vuestro hermano llevaba encima, que es el dinero que el alguacil encontró en mi poder. De algún modo tenía que compensar lo del carro.

—¿Y el carruaje partió hacia el este o en eso también mentiste?

El cochero desvió avergonzado la mirada hacia el suelo.

—Me ordenó que cuando me preguntaran dijera que se fueron hacia levante, pero en realidad fueron en dirección opuesta.

—¿El carruaje regresó a Sevilla?

—El destino no lo sé. Pero os juro que se fueron en esa dirección.

El fraile se dio unos segundos para integrar aquella información.

—¿Y el golpe en la cabeza? —inquirió, señalando la sencilla venda que el cochero lucía.

—Eso fue cosa mía. Le dije que me diera un golpe o nadie creería que me habían robado el carruaje y al pasajero.

Diego se palmeó el mentón, pensativo.

—Así que se llevó al hermano guardián en tu diligencia —dijo, aunque daba la impresión de hablar para sí y no para los presentes.

Rafael resolvió dejar de ser una mera comparsa y preguntar lo que desde hacía tiempo le corría por las tripas.

—Ese hombre del que hablas —intervino—, ¿tiene acento de ser de las Indias?

—Sí. Así es —confirmó el conductor—. He llevado a muchos de ellos a lo largo de estos años desde el puerto. Y os digo que tiene el

deje de Ultramar.

Diego y el chico compartieron una mirada de complicidad.

—Ha de ser Salvador.

—El hideputa que me enterró vivo —gruñó Rafael.

XXXVIII

—Si, cómo decís, se fueron por el camino a Estepa y además se llevaron el carruaje de ese pobre desgraciado, podrían estar en cualquier parte. Encontrarlos será un milagro.

La opinión de Baños no admitía reserva posible; encontrar en la enorme campiña sevillana a Gaspar y a sus captores era una misión imposible. En cualquier otro momento, Diego hubiese sido de su mismo parecer. Pero ahora le convenía que el alguacil creyese que era al este de la ciudad donde debían buscar. Por eso le había ocultado la confesión del cochero.

—Buscad en cortijos y casetas de la zona —dijo—. No pueden estar más allá de unas leguas de distancia.

—He hablado con la Santa Hermandad, nos ayudarán en la búsqueda. Eso añade diez de sus mangas verdes a los quince corchetes que llevo bajo mi mando.

—Os será fácil peinar una zona amplia con tanta gente.

—¿Estáis seguro de no querer venir con nosotros? Toda ayuda es bienvenida.

Diego negó haciendo un vehemente aspaviento con la muñeca.

—No aportaría nada. Necesitáis gente de piernas ágiles para patear el campo, no a un fraile que solo sabe de libros.

El golilla se tironeó de la barba y sacudió la cabeza para afirmar.

—Como vos deseéis —dijo antes de girarse y ordenar a sus hombres comenzar la marcha.

—Buena suerte, Baños.

—Y a vos, fray Diego. Y a vos.

El grupo de corchetes se perdió calle arriba tras cruzar la plaza de San Francisco. El gentío se arremolinaba para presenciar su partida. No se veía a diario tal cantidad de hombres de armas desfilando en dirección a las puertas de la ciudad.

Rafael se rascó la nuca indeciso. Se acercó a Diego y le susurró al oído:

—Padre, ¿estáis seguro de que ha sido buena idea no contarle al alguacil lo que averiguasteis? Lo habéis enviado en dirección contraria.

Diego torció el gesto ante la pregunta.

—No pienso dejar que lo que pasó en la casa de la Laguna se repita. No puedo permitir que Gaspar muera como Juan de Zúñiga, delante de mis ojos. Esta vez está en juego algo más.

Rafael concedió con un ademán de barbilla. El fraile tenía razón. El hermano guardián debía sobrevivir, era el único modo de que fray Diego recuperase a la hija que aún no conocía. Eso le hizo preguntarse hasta dónde estaría el fraile dispuesto a arriesgarse por lograrlo.

—¿Dónde vamos a buscar? El cochero dijo que el carruaje se fue en dirección a Sevilla, pero bien pudo desviarse antes de llegar a la ciudad; ese canalla puede estar oculto en cualquier casucha de las muchas que hay en la zona.

—Ha regresado aquí. El Sayón quiere que Sevilla sea testigo de su venganza, así que no mataría a Gaspar en ningún otro sitio.

—Pero es imposible que haya entrado en la ciudad sin ser visto. Ningún carro ni diligencia queda sin revisar por los corchetes que guardan las puertas. Y a pie ya me diréis vos cómo ha hecho entrar a vuestro superior como si tal cosa…

—No ha utilizado las puertas.

La extrañeza se apoderó de las facciones del chico.

—¿Y por dónde ha entrado, entonces?

—Siempre se ha hablado de un túnel que pasa bajo la muralla y

se adentra en la antigua judería, en la collación de la Santa Cruz. Se dice que muchos hebreos salvaron la vida al usarlo para escapar de la matanza del siglo XIV.

—Ese túnel de los judíos es un cuento para niños. Nadie lo encontró nunca.

—Si nadie lo encontró, quizá sea porque no supieron dónde debían buscar.

Sin añadir nada más, el fraile indicó que se ponían en marcha.

Echaron a andar. En el cielo, el sol comenzaba su rutinario camino hacia el ocaso, creando un incendio de ocre y rosa en el horizonte.

—¿Adónde vamos, padre?

—¿Conoces los jardines a los que dicen Huerta del Retiro, al otro lado de los Reales Alcázares?

—¿Y quién no ha oído hablar de ellos? Dicen que están llenos de fuentes de las que mana vino y miel y naranjos que dan frutos tan grandes como sandías, y otros árboles extraños traídos de todas partes del mundo. Y flores de todos los rincones del reino; incluso unas que, según aseguran algunos, comen la carne que se les pone al alcance.

Diego sonrió ante la descripción que tenía más de fantástica que de realidad.

—Entiendo que nunca has estado en ellos. Pues lo que ocultan es mucho más sencillo y mundano de lo que dices.

—¿Cómo iba a haberlos visto si son propiedad del rey y hay pena de prisión para quien salte sus muros?

Los jardines de recreo de la Huerta del Retiro estaban ubicados en el espacio comprendido entre el arroyo Tagarete, la antigua judería y otros jardines de los Alcázares que decían de la Alcoba. Como bien señalaba el chico, estaban protegidos por muros en sus tres lados, que en levante se transformaban en una muralla almenada.

—Se dice que en esos jardines había un cementerio hebreo. Y en él una entrada a ese túnel por la que los judíos podían salir de

Sevilla. Yo la vi con mis propios ojos cuando era niño. Solíamos saltar el muro para jugar.

Rafael miró con aprensión al clérigo.

—¿Y cómo pensáis entrar en ellos ahora? No creo que nos dejen simplemente pidiendo permiso.

—No vamos a los jardines. La entrada de la que te hablo lleva cientos de años cegada. No se puede acceder al túnel por ella.

—Que en mala galera me vea si os entiendo, padre. ¿Queréis dejar de ser tan misterioso y decirme dónde vamos?

Por toda respuesta Diego continuó caminando. Antes, se permitió una leve sonrisilla que dirigió al chico para que mantuviese el ánimo en alto.

Pasaron bajo el arco de la puerta de la Carne y giraron a la derecha, bordeando la Huerta del Retiro y recorriendo el espacio entre esta y el arroyo Tagarete.

Cruzaron el riachuelo por un puentecillo que decían del Ganado. Rafael alzó la vista y, finalmente, intuyó hacia dónde se encaminaban.

Adivinando sus pensamientos, el fraile señaló el palacio almohade que se alzaba a escasa distancia.

El complejo palacial de la Buhayra había sido construido por orden de Yusuf I en el siglo XII. Se trataba de una almunia, una finca agrícola y de recreo, localizada a algo menos de un cuarto de legua de Sevilla. Se decía que para la consolidación de sus fértiles suelos se habían traído tierras de varios lugares de Sevilla, así como olivos, vides y otras plantas de todos los rincones de Al-Ándalus.

Recibía el nombre por una inmensa alberca, *buhayra* en dialecto africano, donde se almacenaba el agua proveniente de un ramal del antiguo acueducto romano expresamente erigido para tal fin.

Convertido en un palacete al estilo español, abandonado y semiderruido, de su antiguo esplendor apenas quedaba algo. La alberca, algunos muros exteriores de ladrillo y la *qubba* que se erigía en medio de los jardines, resistiendo los embates del tiempo.

—El túnel no lo construyeron los judíos, sino los árabes que

vivieron aquí durante quinientos años. Comenzaba en la almunia que tenemos delante y la usaban los moros para ir y venir en secreto de la ciudad a la finca. Los judíos añadieron una segunda entrada en su cementerio.

Durante el resto del atardecer y hasta que empezó a oscurecer, tea en mano, Rafael y Diego revisaron cada palmo del antiguo complejo palacial sin encontrar entrada alguna.

Estaban a punto de perder la esperanza cuando se oyó el relincho de una montura en las cercanías. El sonido provenía de un bosquecillo cercano.

Echaron a andar en su dirección.

Allí, oculto en un claro, encontraron un carruaje que identificaron al momento como el del cochero. Los dos caballos enganchados al tiro corcoveaban inquietos.

Rafael se acercó a ellos con precaución y les soltó los arreos. Los animales salieron al galope y se perdieron entre los árboles.

—Pobres. Los han dejado aquí sin agua ni comida desde esta mañana —comentó con indignación.

—Sigamos buscando. No debemos andar mal encaminados si hemos encontrado la diligencia.

Prosiguieron peinando el terreno. Pero, tras un buen rato, ninguna entrada a túnel alguno apareció a la vista.

El chico decidió extender la búsqueda unos pasos más allá. Entró en el bosque.

Al poco se topó con un tapial derruido, de indudable fábrica árabe. Había trozos de mampostería sueltos y ladrillos que asomaban aquí y allá, entre la retama y la aulaga. Para entonces la noche había caído definitivamente y el halo de luz de la tea no podía combatir la oscuridad que empezaba a cubrirlo todo. Hubo de afanarse en iluminar donde pisaba. Pese a la cautela, no pudo evitar tropezar con una rama. Se hincó de rodillas, soltando una maldición.

—¿Qué te ha pasado, muchacho? —exclamó el fraile, acercándose a ver.

La antorcha que portaba en las manos reveló una zona en la que

había una gran acumulación de ramas. Demasiadas para ser algo natural.

Comenzó a apartarlas y al poco se le unió el chico, adivinando su intención. Oculta bajo ellas encontraron una puerta de madera de doble hoja. La abrieron sin esfuerzo. No hacía mucho que alguien había hecho lo propio. Aquello infundió ánimos en el corazón del fraile.

A la luz de la tea surgieron unos empinados escalones de piedra que se internaban en el subsuelo.

Diego y el chico compartieron una mirada eufórica.

—¡Lo hemos encontrado! ¡Vos teníais razón, padre!

El fraile alargó el brazo para iluminar más abajo. No se veía el final.

—Tengamos prudencia, no sabemos qué nos vamos a encontrar ahí abajo —indicó sin ocultar cierto recelo.

Instintivamente, Rafael echó mano al cinto. Sentir en la palma la empuñadura de su estilete le llenó de una falsa seguridad.

Comenzaron el descenso.

La caja de la escalera era tan angosta que habían de caminar en fila de a uno. El franciscano abría la marcha. Tras él, un asombrado Rafael que, tea en mano, contaba los escalones. Estaban toscamente labrados en piedra y daban la impresión de ser muy antiguos. Al llegar a cincuenta y dos, la escalera finalizó.

Ante ellos se abría un corredor excavado en la dura piedra y que se adentraba en la oscuridad más absoluta.

Diego calculó a vuelapluma que estaban a unas ocho o diez varas por debajo de la superficie.

El túnel no había sido cuidado en años, aunque en origen no se había reparado en su construcción. Una hilera baja de piedras recorría la parte inferior de las paredes y en algunos tramos se había apuntalado el techo con una bóveda de cañón forrada de ladrillos y vigas.

¿Cuántas personas habrían sido necesarias para horadar el subsuelo de aquel modo? ¿Cuánto sudor y sangre habría sido vertido

para construir aquel túnel? Pensar en el ingente esfuerzo que construir aquella estructura requería producía vértigo.

—¿Cuánto tiempo creéis que tiene este lugar? —interrumpió sus pensamientos Rafael.

—Mucho, sin duda. Si lo que se cuenta es cierto, lo ordenó construir el califa Al-Mansur, para poder salir de Sevilla sin ser visto. Dicen que se reunía aquí con una esclava cristiana.

Continuaron caminando.

Al poco, se toparon con una pendiente que se fue haciendo más pronunciada y Diego hubo de agarrarse a las raíces que crecían en las paredes ante el riesgo de resbalar. Notó que las palmas se le humedecían.

—Debemos de estar pasando por debajo del arroyo. Hay filtraciones —dijo, secándose las manos en la tela del hábito.

El muchacho alzó la vista con aprensión. Hasta ese momento, la adrenalina le había hecho no ser consciente de que se hallaba a varios pies bajo tierra. Recordó la experiencia en el ataúd y hubo de hacer un esfuerzo para seguir adelante. Tomó aire, lo retuvo varios segundos y lo soltó con lentitud. Se conjuró. No iba a dejar que el miedo lo detuviese. Diego lo necesitaba. Aceleró el paso con determinación.

La pendiente se fue aligerando poco a poco hasta extinguirse.

Se toparon con un ramal proveniente de su derecha. Alumbraron el angosto espacio y, a la luz de la tea, apareció una ingente cantidad de rocas que impedían el paso. Bajo las piedras se adivinaba el arranque de una escalera.

—Debe ser la entrada cegada del cementerio judío —calculó el fraile—. Luego debemos de estar bajo los jardines de la Huerta del Retiro. Ya no queda mucho.

Varios cientos de pasos más adelante, el pasaje finalizaba abruptamente en una pared y se abría a ambos lados en sendos corredores. Diego supuso que ya se hallaban dentro del perímetro amurallado de Sevilla.

Alumbró ambos pasillos.

—¿Hacia dónde ahora? —inquirió Rafael.

El franciscano dirigió el haz de luz hacia el suelo, con la esperanza de que algo en él le revelase hacia dónde debían encaminarse. No había huella o marca alguna. Así pues, dejaron en manos de la fortuna su destino y tomaron el ramal de la derecha. Desembocaba en unos antiguos baños árabes.

Pese al tiempo, las galerías columnadas de arcos de herradura se mantenían orgullosamente en pie, y la luz de las antorchas arrancaba reflejos de los azulejos de figuras geométricas que decoraban las paredes. No costaba imaginarse el lugar en plena época almohade, las piletas y bañeras a rebosar de agua, con visitantes disfrutando de los placeres del baño y el vapor caliente.

La boca de Rafael se abrió en una o de sorpresa. Daba vueltas sobre sí mismo, el brazo con la tea estirado para alumbrar a su alrededor, maravillado ante la belleza que lo rodeaba. Alzó la cabeza para admirar la bóveda, decorada con frescos que representaban estrellas y otros patrones abstractos.

—Es increíble que un sitio así de bello esté bajo tierra. Tan cerca y a la vez tan lejos de la Sevilla de la superficie —dijo fascinado.

Tan absorto estaba contemplando el esplendor de los baños que no prestaba atención al suelo que pisaba. No vio que la estrecha galería por la que ahora deambulaba concluía en un depósito.

Diego llegó a tiempo de tomarlo de la camisola e impedir que cayera en el aljibe. El sorprendido muchacho miró a sus pies y estimó que la caída lo habría matado. En el fondo solo se veía un brazo de agua.

—Gracias, padre —balbució.

—Por aquí no hay salida —dictaminó el fraile—. Volvamos.

Un trecho más adelante, una segunda bifurcación los puso a prueba. Y no habían recorrido ni cien pasos cuando un tercer cruce apareció a la luz de las antorchas, retándolos a elegir de nuevo. ¿Debían avanzar? ¿Tomar esta vez el camino de la derecha o el de la izquierda?

Prosiguieron por el de la izquierda, como si aquella decisión

aleatoria encerrase alguna clave oculta.

Tras un rato, se toparon con una especie de rotonda de techo abovedado y con tres caminos para elegir.

Esta vez tomaron el de la derecha. Mala elección. El pasaje acababa de sopetón en una pared. Por allí no había salida posible.

Desanduvieron sus pasos con la intención de regresar a la rotonda, pero, antes de llegar, vislumbraron un ramal que se internaba a su derecha. ¿Estaba aquel desvío allí cuando habían pasado antes?

Diego calculó una nueva ruta.

—Antes elegimos la diestra, luego esta vez iremos por la izquierda.

—Estáis equivocado, padre. En este cruce ya hemos estado, giramos en ese mismo sentido.

Diego compuso un mohín de confusión.

—¿Estás seguro…?

Rafael resopló resignado.

—Creo que estamos perdidos —anunció con desánimo.

Verbalizaba el parecer de ambos. Diego había llegado a la misma convicción solo unos instantes antes.

Aquel lugar era un auténtico laberinto lleno de bifurcaciones, cruces, desvíos y callejones sin salida. Sin un plano, sin una referencia, nunca encontrarían la salida.

—Siempre se ha dicho que bajo la antigua judería se extendía una red de túneles. Algunos iban de una a otra casa. De un sótano a otro. Otros, se dice, llegan hasta más allá de la catedral.

—Eso no es muy alentador que digamos —bufó el chico.

—Solo podemos seguir avanzando y rezar.

Así pues, continuaron andando. De nuevo, se encontraron mi cruce con dos posibles elecciones.

Diego se pasó la yema de los dedos por la mejilla, se pellizcó el puente de la nariz. Suspiró hondo, en un intento de encontrar algo de racionalidad a aquella situación.

—Es imposible no perderse en este lugar. Nadie recordaría de

memoria los giros y cruces que debería tomar. Luego debe di haber algo que indique hacia dónde seguir.

Hablaba para sí mismo. En voz baja y entre dientes.

Apartado del clérigo, Rafael alumbraba el ramal que se adentraba a su derecha. Vio en la pared algo que llamó su atención.

—Hay algo grabado en la piedra —exclamó—. Es una especie de… mano.

Diego escuchó aquello y volvió la cara hacia él como activado por un resorte.

—¿Has dicho una mano? ¿Dónde? —dijo, recorriendo al trote la distancia que separaba a ambos.

La tea de Rafael alumbraba la parte alta del muro. En ella, pese al desgaste del tiempo, se adivinaba un símbolo toscamente grabado.

El fraile se pegó al muro y se irguió sobre las puntas de sus pies para estudiarlo. Pidió al chico que alumbrara de más cerca. Tras un rato, sonrió. Definitivamente era una mano. Una mano con sus dedos meñique y pulgar en sentido horizontal y el resto de los dedos erguidos. En la palma tenía un ojo humano abierto de par en par.

—¡Es una jamsa! —exclamó. Se dio un manotazo en la frente—. ¡Una jamsa! ¿Cómo no me di cuenta antes?

Rafael volvió a observar el símbolo. Se rascó la nuca. Miró al clérigo de nuevo.

—No entiendo ni una palabra de lo que decís.

Diego le devolvió una mirada eufórica. La extrañeza que persistía en el rostro del chico lo impelió a explicarse.

—Es un símbolo de protección usado por cristianos, islamitas e incluso hebreos. También se le llama mano de Fátima.

—¿Y por qué encontrarla aquí os alegra? ¿Cómo nos va a ayudar eso a hallar la salida?

El franciscano revolvió entre sus ropas y extrajo de ellas un papel doblado en dos. Se lo tendió. Era el garabato que Jerónimo había dibujado en el taller de maese Murillo. Una mano con un ojo en su palma.

—La jamsa es la clave para no perderse en este laberinto. Todo lo que tenemos que hacer es seguir el camino que indique.

Diego acompañó sus palabras internándose en el ramal. Rafael hubo de esforzarse por no perder su ritmo.

Menos de cien pasos después, dieron con un nuevo cruce que se abría a derecha e izquierda. Estudiaron ambos ramales y hallaron la jamsa en el de la diestra. Otro tanto sucedió en el siguiente cruce. La teoría de Diego era correcta.

—Jerónimo debió de seguir a Salvador hasta aquí abajo y se fijó en que siempre tomaba el camino que indicaba la mano. Nos dio el dibujo para guiarnos en esta maraña de túneles —sentenció el clérigo.

Fue entonces cuando escucharon las voces. Llegaban amortiguadas a través del túnel desde la distancia, pero eran claramente audibles.

Las siguieron.

XXXIX

Alcanzaron una zona donde el pasaje se convertía en una estancia rectangular, que finalizaba en una abertura desde la que arrancaban unas escaleras descendentes. De allí abajo procedían las voces.

Cruzaron la estancia en silencio.

Se asomaron y echaron un vistazo. Antes, depositaron las teas en un hueco de la pared, para evitar que su luz los delatase.

A los pies de la escalera, divisaron una sala amplia, dividida en tres naves por dos filas de columnas, sobre cuyos capiteles descansaban los arranques de bóvedas de cañón recubiertas de ladrillo. Contrafuertes de gran tamaño se abrían en los muros laterales.

—Esto no es árabe, sino romano —susurró Diego—. Es una cisterna para almacenar las aguas de lluvia.

Olía a moho y a agua estancada, pero, por encima de aquellos hedores, apestaba a muerte. Supo al instante que aquel lugar era el matadero del Sayón.

En las paredes se desparramaba el reflejo verdoso de los dos codos de agua que inundaban la estancia. Al fondo, la luz de las antorchas diseminaba sombras que se agitaban nerviosas. Las voces llegaban más claras. Diego distinguió por lo menos dos, aunque no llegaba a entender qué decían.

Le hizo un gesto al chico y, en silencio, se adentraron en la cisterna a través del bosque de columnas. Caminaban cautelosos,

pero al mismo tiempo decididos. El chapoteo en el agua despertaba ecos en la piedra.

Había llegado el acto final de aquella trama y estaban deseando afrentarlo.

Sobre una sección de la cisterna elevada cinco escalones, vieron a dos desconocidos. Con ellos estaba Gaspar. El hermano guardián estaba desnudo, embadurnado de azul y amarrado de pies y manos a una especie de altar bajo de forma semicircular. Su mirada vidriosa y postura calma denotaban que estaba bajo el influjo de las drogas. Tras él, una estrecha escalera pegada a la pared ascendía hasta el piso superior, donde se adivinaba un pasillo en la más completa oscuridad.

Al verlos llegar, los dos desconocidos echaron mano de sendas armas.

Uno de ellos un puñal, cuya hoja brilló acerada. Portaba una máscara que le ocultaba el rostro, similar a la que usaba el hombre al que habían tomado en la casucha de la Laguna por el Sayón. El otro iba a cara descubierta y sostenía una maza con engarces de un oscuro mineral que tanto Rafael como Diego reconocieron.

Ninguno de los dos mostró sorpresa.

—Fray Diego de Luna. Habéis tardado en encontrarme. Ansiaba conoceros desde hace mucho —dijo el de la maza con una sonrisa falsamente amable.

Diego supo al instante quién tenía en frente.

—Y vos debéis de ser Salvador Cano, el Sayón de Santa María.

—Nunca me gustó ese nombre si os soy sincero —dijo el otro, arrugando la nariz, como si hubiese olido algo repulsivo—. Tampoco respondo a Salvador desde hace mucho, pero os consiento en llamarme así.

Bajó el arma para dejar claro que su presencia no representaba peligro alguno.

Diego resolvió que a aquel juego podían jugar dos. Hizo una seña a Rafael para que no lo siguiese y, con firmes y serenas zancadas, se plantó frente a los escalones.

—¿Quién era el hombre que murió en la Laguna de la Pajarería aquella noche?

—Un fiel servidor y ayudante —proclamó el Sayón. No había ni un ápice de lamento en sus palabras—. Fue cuestión de mala fortuna que lo encontraseis a él en lugar de a mí. Aquella noche yo me ausenté por una cuestión urgente; de no ser así, vuestra visita nos habría sorprendido a ambos.

Duró unas décimas de segundo, pero fue suficiente como para que Diego se diera cuenta. El enmascarado que sostenía el puñal volvió el rostro hacia Salvador y le dedicó una mirada. En sus ojos, de un marrón oliváceo, el fraile vio refulgir cólera. El instinto le dijo que podía usar aquello a su favor. Divide y vencerás.

—No parece que os apene mucho que otro muriera por vos.

Fue ahora Salvador quien miró a su enmascarado compañero. Había una cautelosa precaución en sus pupilas.

—En ocasiones, las cosas no salen como se planean.

Todo el mundo parecía haber olvidado a Rafael, incluso Diego, que, al adelantar su posición, lo había dejado atrás. Pero el muchacho había permanecido atento a todo. Escuchando, mudo, con los dientes apretados y los puños cerrados de rabia. Dio dos ágiles trancos y puso un pie en el primer escalón.

—¡Tú me enterraste, hideputa! —bufó—. Quisiste matarme.

De no ser por el fraile, que lo sujetó con firmeza, Rafael habría concluido su irresponsable ascenso. Diego hubo de afanarse, el empuje del chico era difícil de contener.

—Si te acercas a él, te matará —le susurró—. No le concedamos ese gusto.

Aquello pareció templar el ánimo del muchacho. Aflojó la postura.

El Sayón había vuelto a alzar la maza. También él se relajó al ver que la bravata del chico concluía ahí. Se sintió tan decepcionado como cuando tuvo que dejarlo vivo tras atraparlo. Bajó la cabeza y lo retó con la mirada.

—De haber sido por mí, no te habría dejado el tubo para respirar

—dijo, mostrando una herida en la palma de la mano. La que Rafael le había provocado con el estilete la noche en que lo secuestró.

Pero la respuesta que esperaba del chico no llegó. Rafael miró al fraile, quien afirmó con gesto leve, y colocó sus manos alrededor del cinto de sus calzas. No obstante, no retrocedió. Se quedó allí de pie, junto al religioso, con los ojos fijos en aquel asesino.

Diego decidió retomar el control de la conversación antes de que el muchacho perdiese los nervios otra vez. Tenía que lograr que Gaspar sobreviviese para dar cuenta del paradero de Ana María.

—Te hago sabedor de mis pasos, Salvador —dijo.

Aquello pareció agradar al Sayón.

—Desde que os embarcasteis en esta inútil caza contra mí.

—Entonces, os hago igualmente al tanto conocedor de mi colaboración con el alguacil don Antonio Baños. —Un asentimiento como respuesta invitó al fraile a proseguir—. ¿No os preguntáis por qué he decidido venir solo esta noche y no acompañado por él y sus hombres?

—El gato no se preocupa por las razones del ratón.

Diego ignoró el comentario.

—Quiero que liberes a ese hombre.

El índice de Diego señalaba a un ausente Gaspar.

Salvador miró al guardián de modo distraído, como si su presencia no fuese relevante. Luego emitió una risita sorda.

—Dame una sola razón para que haga tal cosa.

En lugar de responder, Diego lanzó el anzuelo que llevaba largos minutos dando forma en su cabeza. Debía hacerlo con cuidado de no agitar las aguas.

—Antes, quisiera entender algunas cosas de ti, si me lo permites —dijo con interés fingido.

—No te vas a llevar conocimiento alguno de este sitio, porque vas a morir en él, pero si te place…

El franciscano hizo oídos sordos de la amenaza. Templó la voz. Se aprestó a hacer que su presa picase.

—A lo largo de esta caza, como tú la llamas, he llegado a

vislumbrar ciertas cosas en tu arte. —El fraile eligió aquel término en concreto sabedor de que sería del agrado de Salvador—. Creo que, cuando matas, quieres enviar un mensaje al mundo. ¿Estoy en lo cierto?

—No existe tal mensaje. Lo único que hay es mi talento.

—Un talento que maese Murillo no supo ver.

Los labios de Salvador se plegaron en una arruga. Se frotó la palma de una mano contra el muslo, del mismo modo que hubiese hecho de tenerlas sucias.

—Ese santurrón nunca supo ver más allá de sus vírgenes y santos. Me despreció como el ser patético y corto de miras que es. Pero yo aspiraba a elevarme por encima de toda esa basura religiosa.

—¿Por eso te fuiste a las Américas?

—Me fui porque aquí nadie podía enseñarme nada nuevo. Estaba por encima de todos esos maestrillos de tres al cuarto a los que solo les guía el brillo del oro. En cambio, en las Indias, en sus insondables selvas, en sus ciudades olvidadas, descubrí un arte nuevo. Un arte que llevaba toda mi vida persiguiendo. Hecho de carne y sangre. De músculos y vísceras. Conocí a sacerdotes que supieron abrir ante mí nuevos caminos. ¡También a ellos los superé!

—Por eso no matas del mismo modo que ellos sacrifican ritualmente a sus víctimas.

—¡Qué sabe un seguidor del crucificado de sacrificios rituales! —se burló Salvador.

—Sé más de lo que crees. Sé que usas esa arma que tienes en las manos, que es un arma de guerra, en lugar del cuchillo de pedernal que sus sacerdotes usan en su liturgia. Supongo que porque lo que pretendes es abrir el pecho para sacar el corazón como quien quiebra una nuez.

Que alguien reconociese que su modo de matar difería del de otros satisfizo a Salvador. Su voz fue como la corriente largo tiempo contenida y que finalmente es libre de fluir.

—Incluso allí encontré gente que no se atrevía a ir más allá.

Temerosos a los que abrir la carne, como aquel al que llaman el Apestoso demanda, les llena de pavor. Por eso elegí empuñar el macuahuitl. Porque yo soy el que sigue a Popol Vuh, el hijo de Yum Kimil, el que mata en nombre de Lek-Toah. Mi arte se nutre de la sangre, del dolor, del sacrificio. Usa la carne y los cuerpos como el artista utiliza el lienzo y el barro. Es un código para comunicarme con dioses que tú, frailecillo ridículo, no comprenderías ni en cien vidas. Me convertí en algo más que un ángel vengador, me convertí en la muerte misma.

Diego sonrió por dentro. La presa había mordido el anzuelo, era el momento de tirar del sedal.

Entonces, ¿por qué regresaste? ¿Por qué mataste a esos hombres? ¿Por qué elegiste miembros de algunas de las familias más poderosas de Sevilla? ¿Quién te lo ordenó?

Un gesto de ira se abrió paso en las facciones de Salvador hasta contraer su rostro en una máscara de pura cólera.

—¡Nadie me ordena qué hacer!

El franciscano no se dejó intimidar. Puso las manos a la espalda y habló con deje pausado.

—Eres la herramienta de una venganza que nada tiene que ver contigo. ¿Por qué quieres seguir siendo solo eso, un arma? ¿Por qué te sigues dejando dirigir por alguien que se oculta en las sombras?

—¡Callaos, fraile! ¡Os digo que a mí nadie me dirige!

—Demostradlo. Soltad a ese hombre. No sigáis siendo cómplice de una venganza que en nada os atañe. Demostrad que es cierto eso que decís de que nadie os dice qué hacer.

Rafael se maravilló de la labia del fraile. Solo con palabrería, sin mover más músculos que sus labios, había logrado que la duda anidase en el corazón del Sayón. Dudaba. Estaba claro. Solo había que ver su rostro. Pero ¿era aquello suficiente para que perdonase la vida a Gaspar?

Nunca lo sabría. El enmascarado se enfrentó a Salvador con saña.

—¡Se te ordenó concluir tu labor! Mata a ese hombre y después a

estos dos fisgones —bufó.

Diego enarcó las cejas. La máscara no lograba disimular el claro tono femenino de aquella voz.

El Sayón se volvió enrabietado hacia su compañero.

—¡Nadie me dice qué he de hacer!

Las manos del otro se deshicieron de la máscara, que arrojó a los pies de la escalera. Bajo la careta, había un rostro de mujer. El mismo del hombre que había muerto aquella noche en la Laguna de la Pajarería. Rafael soltó un quejido de sorpresa. Era el rostro que había visto cuando lo secuestraron. No había sido un engaño de las drogas.

—No voy a consentir que mi hermano haya muerto en vano —ladró la mujer.

Su hermano. Eso explicaba el parecido con el hombre muerto en la Laguna.

—Ese demente tenía a una pareja de gemelos indios como ayudantes —se le escapó en voz alta al chico.

Ajenos a aquella revelación, la pelea entre el Sayón y la mujer crecía en intensidad.

—¡Tú harás lo que yo ordene! —gritó el primero.

La mujer taladró con la mirada a Salvador.

—Si tú dudas, yo misma acabaré tu labor —tascó al tiempo que lanzaba una estocada al cuello del Sayón con tanta velocidad que el filo solo fue un borrón acerado que hizo brotar un chorro de sangre.

Salvador soltó su arma y se llevó las manos a la herida. La sangre manaba abundante de la carótida. Estaba muerto, era solo cuestión de minutos.

Con la misma asombrosa celeridad, la mujer se desplazó hasta la especie de altar donde yacía Gaspar. Se aprestó a dar un segundo lance mortal. No llegó a hacerlo. El estilete de Rafael se le clavó en el brazo y soltó un aullido de dolor. Luego su mano trazó un arco con el puñal que habría logrado su objetivo si el chico no hubiese estado listo y retrocedido con agilidad.

La llegada del alguacil Baños con tres de sus corchetes impidió

que hubiese un segundo intento. La mujer soltó algo en una lengua ininteligible, ni uno solo de los presentes dudó de que se trataba de un juramento. Echó a correr escaleras arriba y se perdió en el corredor que se abría al final de estas.

—¡Seguidla, Baños! No dejéis que huya —tronó la voz del fraile, señalando el lugar por el que la mujer había huido.

A la carrera, los corchetes siguieron a la mujer escalones arriba. Rafael hizo amago de hacer lo propio, pero el franciscano se lo impidió reteniéndolo por el brazo.

—Deja que ellos se ocupen. Libera a Gaspar —le dijo.

El muchacho asintió con gesto lento y cumplió con lo que se le encomendaba.

Diego se arrodilló junto al moribundo Salvador. El asesino estaba pálido como la cera. Su respiración era entrecortada y la sangre había formado un océano grana bajo su cuerpo.

—Solo quería que el mundo admirase mi arte —balbució.

—Te estás muriendo. Ponte a bien con Dios antes de irte —le urgió el fraile.

Salvador prorrumpió en una suerte de risotada que truncó en una fea tos. Le siguió un gorgoteo que no anunciaba nada bueno.

—Yo ya no rezo a tu Dios.

—¿Quién está detrás de todas estas muertes?

Las pupilas de Salvador se clavaron en las del fraile. Durante un segundo, dio la impresión de estar viendo al religioso y al mismo tiempo algo más allá de la misma realidad.

Como si el fraile y el mundo entero se hubiesen esfumado, Salvador comenzó a desvariar. Solo estaban él y aquellos dioses a los que adoraba. A los que hablaba a voz en cuello.

—El mundo tenía que contemplar mi obra. Debía ser testigo de mi arte supremo —dijo entre delirios.

Su discurso se transformó en apenas un susurro. De su boca manaba sangre oscura y tenía los ojos en blanco.

Luego, el pecho se le hinchó como si quisiese contener todo el aire del mundo y, tras ello, soltó su último aliento.

Pese a la negativa, Diego trazó con sus dedos la señal de la cruz en su frente y le cerró los ojos. En silencio, rezó por aquel pobre desgraciado. Deseó que alguna de las divinidades paganas a las que se había entregado recogiese su alma. Allá donde estuviese, esperaba que hallase por fin la paz.

En ese momento, Baños y sus hombres regresaron a la cisterna.

—Esa condenada se nos ha escapado. Este lugar es un laberinto —se lamentó el alguacil, tratando de recuperar el aliento.

Miró el cuerpo inerte de Salvador tirado en el suelo e interrogó con la mirada al fraile. Este negó para dar razón de que el Sayón de Santa María, esta vez sí, había muerto.

XL

Al anochecer del Jueves Santo, Sevilla era un incendio carmesí en el cielo y una brasa de silencio en la tierra.

La Semana Santa a punto había estado de suspenderse por las acciones del Sayón de Santa María. Muerto este, y esta vez definitivamente, la ciudad celebraba aquellos días como un acontecimiento aún más extraordinario de lo que ya de por sí era.

El recogimiento de los centenares de fieles que se agolpaban al paso de las cofradías llenaba la ciudad de fervor religioso. Los penitentes y costaleros se afanaban en su labor. Sevilla era esos días un lugar de profunda fe.

Incluso en las tabernas y figones se trasegaba menos vino que de ordinario y las barajas estaban silentes. Las mujeres de la calle, jayanes y asesinos asistían a misas y procesiones, intentando lavar así sus muchos pecados.

Pero no siempre había sido así.

Antes del sínodo de 1604, convocado por Niño de Guevara, era habitual que tuviese tanto de escéptica diversión como de celebración religiosa; algo que el excelentísimo y severo arzobispo no había visto con buenos ojos. A resultas, legisló a favor de un mayor control de hermandades, abogando por el carácter devoto de la semana.

Aquel sínodo también había regulado las estaciones por las que las decenas de hermandades debían de pasar; incluyendo como

obligatoria la de la Santa María de la Sede a la que las cofradías debían de peregrinar por ser el templo mayor de Híspalis.

Frente a la catedral, una muchedumbre aguardaba la salida del primer paso procesional. Entre el gentío, se encontraban Diego de Luna y Rafael. Un ufano Baños departía con el fraile, demandándole explicaciones de lo sucedido bajo la collación de San Bartolomé dos semanas atrás.

—Nunca me explicasteis cómo nos encontrasteis en los túneles, alguacil.

El golilla esbozó una sonrisita de superioridad.

—Supe que me ocultabais algo en cuanto os despedisteis de mí en la plaza de San Francisco. Nunca juguéis a naipes, se os ve el farol de lejos —añadió con sorna.

—Así que nos seguisteis.

—En efecto. Aunque ordené peinar la campiña, por si estaba equivocado. Cogí tres hombres y fui tras vos hasta la Buhayra. Allí os vimos entrar en el pasadizo.

—¿Y cómo acertasteis a guiaros bajo tierra? Esos túneles son un laberinto.

—Fue cosa de milagro oír vuestras voces. Las seguimos hasta aquella cisterna. Os juro que hasta ese momento creí que nos quedaríamos para siempre dando vueltas bajo tierra, como los topos.

—Sea como fuere, no logramos atrapar a esa mujer. Ella nos habría llevado hasta el verdadero responsable de todas esas muertes.

—Seguís sin creer que fuera ella misma.

Diego negó con vehemencia.

—Ella y su hermano eran solo dos piezas más, dos herramientas para su venganza, como Salvador.

—Pues podéis despediros de ella. Como os dije, los hombres que custodiaban ese día la puerta de Jerez están seguros de haber visto a una mujer que se ajusta a su descripción salir de la ciudad. Puede estar en cualquier parte.

—Pero quien mueve realmente los hilos de esta macabra trama sigue en Sevilla, estoy convencido.

—Podéis contentaros con el hecho de que esto haya acabado por fin. Y al menos salvasteis la vida de vuestro superior.

Diego no dijo nada, su rostro habló suficiente por él.

—Por lo que a mí respecta, padre —terció Rafael—, esos hideputas se merecían lo que les sucedió. Forzaron a una mujer y amañaron el proceso para librarse de la pena. Que Dios me perdone, pero así lo pienso.

Diego no solo no podía estar en desacuerdo con aquel parecer, sino que no entendía en qué momento la venganza se había convertido en justicia.

—La mejor venganza es no actuar como quien causó daño —dijo citando uno de sus libros favoritos.

La salida de la Cofradía de la Veracruz, portando la sagrada reliquia de la Santa Cruz donde fue crucificado Cristo, interrumpió la conversación. Un silencio fervoroso cubrió la calle. Los fieles formaban dos organizadas filas a ambos lados de la vía, por entre la que los penitentes desfilaban portando antorchas y hachones.

Era aquella una de las pocas hermandades que seguía procesionando a la antigua. La inmensa mayoría lo hacía siguiendo los dictados de Trento, que abogaban por una mayor teatralidad para lograr una reacción más visceral en los fieles. Así, las últimas décadas se había vivido una explosión de imágenes monumentales, pasos bajo palio y nazarenos que con el rostro oculto desfilaban arrastrando cadenas o castigando su carne con fe.

La cabeza de Diego estaba lejos de allí. No podía rendirse a la lógica de Baños. Era muy probable que las muertes hubiesen acabado para siempre y que el Sayón terminase como un recuerdo con el que las madres asustasen a los niños que no querían irse a dormir, pero él sabía que un asesino, el verdadero asesino, quien había orquestado aquella matanza, aún caminaba por Sevilla.

Soltó un suspiro hondo y quedo y miró en rededor. Era incluso muy probable que el hombre que había manejado al Sayón para

lograr su venganza estuviese allí esa noche.

Al otro lado de la calle, se alzaba una tarima con lustroso palio destinada a las autoridades y personas notables de la ciudad. Su excelencia el arzobispo y al asistente conversaban en comandita junto a otros altos cargos del Cabildo. Distinguió también las personalidades que hacía tan solo unas semanas se habían dado cita en el corral de comedias de la Montería: miembros del Consejo de Indias y de la Casa de la Contratación, regentes de la Real Audiencia, cónsules de la Casa Lonja; todo el mundo que era alguien en Sevilla estaba allí.

Echó en falta a Gaspar. A buen seguro, de no haber estado recuperándose de sus heridas en la finca de la familia en Jerez, habría estado sentado entre tanto personaje notable.

Su mirar se topó con una dama que contemplaba con sentido fervor el desfile de la sagrada reliquia. Se la quedó mirando largo rato. Intentando ubicarla. La mujer se abanicaba regularmente mientras se retocaba con la mano derecha el caro y discreto velo con que cubría su rostro.

¿Quién era? ¿De qué la conocía?

La identificó al fin. Era Catalina de la Cruz, la esposa de aquel banquero genovés al que maese Murillo había definido como un petimetre engreído. De hecho, el pintor estaba amistosamente sentado junto al banquero, como si de lo dicho no quedara nada.

Había alguien más entre aquel privilegiado grupo a quien Diego conocía de sobra: Alonso de Núñez. Él mismo había intercedido para que el rufián estuviese esa noche junto a las autoridades. Ese había sido el favor pedido a cambio de la libertad de Rafael. Un precio exiguo, en opinión del fraile.

El Padrecito estaba cogiendo un pellizco de tabaco en polvo de la tabaquera. Al ver que el fraile lo miraba, sonrió hasta mostrar todos los dientes debajo de su mostacho pelirrojo.

El fraile le devolvió el gesto. Muchos en aquella tribuna eran menos dignos de estar esa noche allí.

Su mente regresó de nuevo al hombre que se ocultaba tras el

Sayón, era como tener una costra que le urgía a rascarse una y otra vez.

¿Qué sabía de él? Poco ciertamente.

Estaba relacionado de algún modo con la familia Aguado y debía de ser muy rico para poder permitirse aquel juego.

Poca cosa era esa, por no decir nada.

Debía ser realista. Era imposible atraparlo.

Tal vez aquello era lo mejor. Podía dejar de perseguir asesinos. Olvidar el pasado y centrarse en el futuro, en su hija, en Ana María.

De repente, algo que había desterrado a algún recóndito lugar de su memoria se abrió camino entre sus pensamientos. Un chispazo que prendió una hoguera. Volvió a fijar su atención en la tribuna durante unos instantes.

Luego, se acercó a Baños y le susurró al oído.

—¿Recordáis aquella tarde en el corral de la Montería, cuando os asalté a la salida?

El alguacil invirtió unos segundos en avivar su memoria.

—¿Cómo olvidarlo si fuisteis como un perro de presa conmigo?

Fray Diego ignoró el comentario.

—¿Le dijisteis a alguien ese día que yo os acompañaba la noche que entramos en la casucha de la Laguna de la Pajarería?

Baños arqueó las cejas.

—A nadie. Vos mismo me dijisteis que evitara dar vuestro nombre. ¿Por qué preguntáis eso precisamente ahora?

Diego volvió el rostro de nuevo en dirección a la tribuna de autoridades.

Catalina de la Cruz fue consciente de la atención que despertaba en el religioso. Al punto supo qué pasaba por su cabeza.

Sin mediar palabra, descendió de la tribuna y comenzó a alejarse del gentío. Diego la imitó. Hubo de cruzar la calle, por lo que aguardó a que la procesión concluyese su paso y se alejara.

Se afanó en no perder de vista a la mujer.

Catalina caminaba pegada al muro de la catedral. Daba veloces y ágiles pasos, aunque no trataba de huir. Su caminar permitía que el

fraile pudiese seguirla pese a la aglomeración de gente. De tanto en tanto, volvía la cabeza para comprobar que el clérigo la seguía.

Entró en el templo. Diego hizo lo propio.

Dentro, una multitud se agolpaba a ambos lados de la nave central. Catalina evitó la muchedumbre y torció a la derecha.

Diego supo a dónde se dirigía.

—Padre —escuchó a su espalda. Se giró y vio a Rafael venir en su dirección—. Os habéis ido sin decir ni amén a nadie. ¿Adónde vais?

—Ve en busca de Baños y aguardad junto a la entrada a la Giralda, mientras yo subo a la torre.

El muchacho lo observó confuso durante varios segundos.

—¿De qué estáis hablando? ¿Por qué razón vais a subir a la Giralda?

Las manos de Diego se aferraron a los brazos del chico. Lo miró con fijeza.

—No dejéis que nadie entre hasta que yo baje. Y, si quien sale por esa puerta es Catalina de la Cruz sola, prendedla de inmediato. Ella es quien está tras el Sayón.

Rafael boqueó unos segundos sin que ninguna palabra acudiese a su garganta.

—¿Es que vos no pensáis bajar de allí arriba? —balbució al fin.

Diego ignoró los interrogantes. Abrazó al chico. Luego se apartó de él y lo urgió dando sonoras palmadas.

—¡Vamos! No te quedes ahí. Ve en busca del alguacil y cuéntale lo que te he dicho.

Rafael pareció querer decir algo más, pero al final giró sobre sus talones y, a la carrera, salió de la catedral.

Diego se persignó antes de acceder al interior de la Giralda y acometer el ascenso a la torre.

Pensó que era curioso que nunca hubiese subido las treinta y cinco rampas que conducían a lo más alto. Quizás aquella sería su primera y última vez.

XLI

La Giralda, que recibía su nombre de la veleta de forma humana colocada en su cúspide, era el símbolo de Sevilla. Tras numerosas reformas, la más importante debida al terremoto de agosto de 1356, el aspecto del antiguo alminar almohade había sufrido cambios radicales. Tantos que ni el mismísimo caíd de Sevilla durante la toma de la ciudad por Fernando III, Axataf, lo reconocería.

El cuerpo inferior conservaba la fisonomía islámica, con sus ventanas de arcos polilobulados y de herradura y decoración geométrica de ataurique, y el superior, realizado por manos cristianas y dividido a su vez en varios cuerpos. Aunque aquella división religiosa no era tal, ya que en la parte más baja de las fachadas norte y este se habían plasmado numerosos frescos de temática cristiana.

A nadie encontró Diego en el cuerpo de campanas, salvo aquellas gigantes de metal ahora silentes, pero que podían escucharse desde cualquier parte de la ciudad.

Resolvió que debía seguir subiendo. Se remangó el hábito y continuó su ascenso, ahora a través de las angostas escaleras centrales.

Desembocaban en la llamada terraza de las Azucenas, pues en sus cuatro esquinas se colocaban otros tantos jarrones con flores simbolizando la pureza de la Virgen María.

Allí, apoyada en el pretil, aguardaba Catalina de la Cruz. A sus

pies se extendía la ciudad. Desde tal distancia parecía un lugar sereno y en calma. Por encima de ellos, un manto de estrellas, Titilaban como si un dios soplase para apagar sus llamas.

—Padre de Luna, me agrada comprobar que venís solo. Por un momento temí que traeríais con vos a ese patán de Baños.

Diego se adentró varios pasos en la terraza, pero mantuvo una distancia prudente.

La mujer se puso de perfil. Miró un instante de reojo al fraile antes de regresar al punto a su postura inicial.

—¿Cómo disteis con la cisterna en los túneles?

Diego extrajo el dibujo de Jerónimo de entre sus hábitos. Se lo mostró. Confundido, vio ternura en el rostro de Catalina al reconocer al autor del garabato.

—Sorprendí al crío una noche, espiándonos. No llegó a ver lo que allí hacíamos, pero le advertí que no era conveniente que estuviese en aquel lugar. Por lo visto no atendió a mis consejos.

—¿Por qué sabíais vos de la existencia de esos túneles?

—Los conocía desde niña. Mi familia los usaba para asistir a una sinagoga oculta. Estaba ubicada bajo la iglesia de San Bartolomé.

—¿Cómo preferís que os llame? ¿Catalina de la Cruz o Teresa Aguado?

Aunque no se giró, Diego supo que los labios de ella habían trazado una sonrisa triste.

—Hacía tantos años que no escuchaba pronunciar mi nombre que se me antoja extraño.

—Catalina, entonces.

—¿Cómo habéis sabido que era yo?

—El abanico. Me fijé en que usabais vuestra mano izquierda para daros aire con él. El galeno que inspeccionó el cuerpo de Nicolás de Almansa dijo que quien lo había emasculado era zurdo.

Catalina fue consciente de que sostenía el abanico en su siniestra. Lo estudió con interés. ¿Cómo aquel objeto aparentemente tan simple podía decir tanto de una persona?

—Os felicito —dijo.

—Imagino que el privilegio de humillarlos castrándolos lo reservasteis para vos.

Catalina asintió para sí.

—Con Pedro Salazar y Alvaro de Torres precisé de ayuda, pero después me basté sola para arrancar los huevos a esos cerdos. Salvador se ocupaba del resto. Era un loco, pero se podía contar con él para que hiciese un buen trabajo.

—¿Cómo lo conocisteis?

—¿El destino, quizá? —dijo. Después, hizo una larga pausa. Sus ojos oteaban un tiempo y un espacio más allá del que se adivinaba en aquel mar de tejados rojos—. Mi vida no fue fácil después de irnos a las Américas. No pretendo justificarme, pero fue así. No teníamos una blanca. Mi madre murió de unas fiebres, y mi padre al poco, arruinado. Mis hermanos se marcharon, no sé nada de ellos desde entonces. Así que me vi forzada a hacer lo que fuese para sobrevivir. Trabajé en la calle. Vendiendo mi cuerpo aún sin formar a hombres que no tenían reparo alguno en metérmela donde les placiera por unos cochinos reales.

—Eso no os da motivo para hacer lo que os plazca.

La mujer soltó una risotada triste antes de proseguir.

—Con dieciséis entré al servicio de una mancebía, fue una mejora, pero sabía que aquello solo duraría lo que mis carnes luciesen firmes y prietas. Así que me esforcé por ser algo más que una puta. Me convertí en la «mujer enamorada» de varios terratenientes. La barragana de ricachones viejos a los que era fácil engatusar. Con esas mismas me hice ama de la botica. Fue entonces cuando conocí a Salvador. Era cliente habitual del negocio. Tenía gusto por diversas depravaciones, y en mi casa siempre encontró lo que buscaba. Una noche se le fue la mano. Mató a una de las chicas. En lugar de llevarlo a la justicia, lo tomé a mi servicio. Supe ver en él ciertas cualidades.

—¿Qué podía tener ese demente aparte de su locura?

El rostro de la mujer se volvió hacia Diego.

—Era un loco, no os falta razón. Pero tenía un gran sentido de la

lealtad que, junto a su falta de escrúpulos, lo convertía en un servidor idóneo. Con su ayuda y mi buen tino para los negocios, llegué a acumular una fortuna que muchos envidiarían. Nos llevábamos bien. También él estaba herido. Era imperfecto, como yo. Y también él había huido de España. En las Indias, entró en contacto con santones y sacerdotes que practicaban rituales paganos, estaba obsesionado con sus ritos y su religión. Incluso se cambió de nombre.

—¿Así conoció a los dos hermanos que lo acompañaban?

—Marcos y Lucía, al menos, esos eran sus nombres cristianos. Eran sus esclavos, aunque los trataba más como si fuesen familia. Y a fe mía que entre ellos existía una relación extraña, pero funcionaba a su manera. Al menos hasta que Marcos murió en la Laguna de la Pajarería. Esa noche, Salvador debía de haber estado en la casa, pero andaba encamándose en una botica cercana con un par de izas y un bujarrón. Lucía no le perdonó nunca aquello.

—Por eso acabó matándolo.

—Salvador debía morir una vez acabada su labor. Era lo mejor para todos. Aquello solo me puso más fácil las cosas. Convencer a Lucía de hacerlo fue infinitamente más sencillo tras la muerte de su hermano.

Diego se persignó al oír aquella confesión. La perversidad de aquella mujer parecía no tener límites.

—¿Y cuándo trazasteis este enrevesado plan para vengaros de los violadores de vuestra hermana?

—Vendí todos los negocios de Nueva España y regresé. Me casé con Guido. Era un pobre diablo prácticamente en la ruina, pero manejable, y yo necesitaba un esposo que diese la cara. Llegamos a un acuerdo. Así me convertí en una esposa sumisa, devota, obediente a ojos de todos, mientras era en realidad quien manejaba los negocios. Comencé a planear mi venganza. Hice venir a Salvador y lo instalé en Sevilla. Le di instrucciones de cómo debía proceder. Estaba obsesionado con crear arte a partir de la muerte, era algo que lo dominaba. A mí me daba igual lo que hiciese con los cuerpos

siempre que esos bastardos sufriesen.

—¿Por qué? ¿Por qué arriesgarlo todo después de tantos años?

Los ojos de Catalina volvieron a posarse en la figura de fray Diego. Lo observó en silencio durante unos segundos que al religioso se le antojaron siglos. Luego, volvió a darle la espalda.

—Porque lo que le sucedió a Inés no ha dejado nunca de atormentarme. Habéis leído los legajos del proceso, sabéis que todo fue una farsa. Pero no visteis el estado en que regresó. Yo sí. Traía la ropa hecha jirones. El cuerpo lleno de moretones y heridas. Pero, sobre todo, tenía la misma mirada que se le pone a alguien al que un galeno da por desahuciado. Vacía, sin vida. La mirada de una muerta en vida. Murió ese día. Cuando esos animales la forzaron sin piedad. Uno tras otro. Vos no podéis ni imaginar lo que eso es. Yo tenía once años cuando sucedió. Era mi hermana mayor, la quería más que a nada en este mundo. Juré que no pararía hasta hacerle justicia.

—Lo que vos hicisteis se llama venganza.

—¡Fue justicia!

Catalina había saltado como una culebra enterrada bajo la hojarasca a la que pisan. El fraile no se amilanó.

—La justicia solo puede nacer de la misericordia de Dios.

—¿Dios? ¿Dónde estaba Dios cuando violaron a mi hermana? ¿Dónde, cuando esos malnacidos fueron declarados inocentes? —dijo ella al tiempo que su índice señalaba al clérigo, retador—. El día que se falló la sentencia, Inés acababa de enterarse de que estaba embarazada. De alguno de esos hideputas. Por eso saltó del puente de Barcas. Por eso se quitó la vida.

Diego enmudeció. No supo qué decir. Los ojos de Catalina estaban arrasados en lágrimas. Se limitó a apartar la mirada hasta que la mujer se calmó.

De improviso, el viento al que llamaban ábrego se levantó y comenzó a soplar con fuerza desde poniente. Sobre sus cabezas, el Giraldillo se movía a su merced con un rumor metálico.

—¿Por qué secuestrasteis a mi ayudante? ¿Por qué no lo

matasteis? —inquirió el fraile.

Catalina se encogió de hombros.

—Cuando me enteré de que pretendíais rebuscar en el archivo de la audiencia, supe que no tardaríais en encontrar lo que relacionaba al Sayón conmigo. Aunque era difícil que averiguaseis quién soy en realidad, no podía correr riesgos. No tan cerca de concluir mi venganza. Debía manteneros ocupado. Pero el chico no era culpable de nada. Por eso os di la oportunidad de salvarlo. De salvaros a vos mismo.

—Eso os honra, pero no puedo dejar que os vayáis. No después de lo que habéis confesado. Sois culpable de cada una de esas muertes. Bajad conmigo. Entregaos de buena fe a Baños, os prometo un juicio justo.

La mujer hizo el asomo de soltar una risotada.

—¿Es que no habéis aprendido nada, fraile? No hay justicia para nosotras.

—El alguacil espera abajo. No podéis huir.

—Eso ya lo sabía cuándo subí aquí.

Diego compuso una mueca de confusión.

—Entonces, ¿por qué no has huido?

—Porque alguien tenía que conocer la verdad.

Por segunda vez, Diego se quedó sin palabras. Solo el frufrú de las ropas de Catalina agitadas por el viento quebraba el silencio.

De improviso, se oyeron voces procedentes del tramo inferior. Baños y Rafael ascendieron el ultimo trecho de la escalera de la torre.

—No he podido hacer que aguardara abajo —se justificó el chico.

El alguacil llevaba la ropera bien sujeta en la diestra. Miró al fraile. Luego hizo otro tanto con Catalina. Hizo amago de abrir la boca, pero se quedó a medias.

—¿Alguien me va a explicar qué sucede aquí? —reclamó malhumorado.

—Me temo, señor alguacil, que hayáis llegado al final de esta función —dijo Catalina.

En ese preciso instante, Diego supo lo que iba a suceder a continuación. Trató de asir el brazo de la mujer, pero no llegó a tiempo.

Con agilidad, Catalina de la Cruz se puso de pie sobre el pretil de la terraza. Sus manos se aferraban a una de las jarras de bronce de las esquinas.

—No lo hagas —imploró el fraile.

Pero en las pupilas de la mujer se adivinaba una determinación tal que supo que sus palabras no servirían de nada.

Catalina volvió la cara, echó un reojo abajo. Luego miró a Diego.

—Me alegra que hayáis podido encontrar a vuestra hija —dijo. Una sonrisa, la primera real y espontánea en mucho tiempo, se formó en sus labios antes de dejarse caer de espaldas.

Diego llegó a tiempo de asomarse para ver su silueta alejándose en dirección al suelo. Se apartó. No quería verlo.

Incluso desde aquella altura oyó el impacto del cuerpo al golpear el suelo. Segundos más tarde, se escucharon gritos de pavor entre la multitud.

Catalina de la Cruz yacía muerta a los pies de la Giralda, a escasa distancia de donde había sido encontrado el primer cadáver del Sayón. Al fraile no se le escapó la macabra ironía.

Epílogo

Poco hacía que el cielo ya clareaba cuando doña Jacinta entró en la casa de los Valdés. Desde que el fraile se alojaba en la finca de la familia, su tranquila existencia se había visto interrumpida por sus demandas y peticiones.

¿Cuándo demonios ese condenado fraile regresaría a Sevilla? Iban para dos los meses que llevaba en Jerez y no hacía amago de irse.

Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la cocina. Dejó las verduras que había comprado de camino y, mientras se anudaba el delantal, se asomó a la escalera y llamó a gritos.

—Padre Gaspar. Ya estoy en casa. ¿Queréis que os lleve el desayuno a vuestra cámara o preferís comer en la cocina?

Nadie contestó.

Estiró los labios. Terminó de anudarse el delantal y echó a andar escaleras arriba.

La puerta de la cámara estaba entreabierta. Escamada, se asomó al vano. Dentro, los postigos seguían cerrados y escudriñó la oscuridad.

—Padre Gaspar —musitó.

De nuevo silencio.

Entró con cautela. Descorrió las contraventanas y la luz del amanecer gaditano entró a raudales, inundando todo de claridad.

Sobre la cama yacía el cuerpo de Gaspar Valdés. Estaba aún

vestido con la ropa de dormir y había un gesto de terror en sus facciones. Una mancha de sangre que nacía en su entrepierna empapaba las mantas. Un tajo le recorría el cuello de parte a parte.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó doña Jacinta al tiempo que se llevaba la mano a la boca.

Estaba tan asustada que no atinó ni siquiera a persignarse.

* * *

Diego llegó junto a la barcaza y echó un vistazo alrededor. Aguardó. Aún no había señales del chico ni de Isabel.

La mañana estaba fresca pese a que el viento ya traía anuncio del cercano verano. El Arenal hervía de actividad y, aparte de él mismo, nadie estaba desocupado o contemplativo. Los esportilleros cargaban sus carros y las voces de los mercaderes reverberaban en las murallas.

Mientras observaba las naves mecerse sobre las aguas del Guadalquivir, pensó en lo sucedido en las últimas semanas.

La noticia de la muerte de Gaspar fue como un puñetazo en pleno estómago. Aunque el guardián era un manipulador y un mentiroso redomado, el final que había recibido era en exceso cruel. No lo merecía, ni siquiera aunque sus actos en el pasado hubiesen sido detestables. Ni aunque él mismo le hubiese deseado en secreto la muerte tras las mentiras sobre Elena.

A Diego no le cabía duda alguna de que la responsable de su muerte había sido Lucía, la esclava india de Salvador, cumpliendo los dictados de Catalina. Al final, aquella mujer había completado su venganza.

¿Y qué había ganado con ello?

Sevilla desconocía lo que realmente había sucedido aquella noche en la terraza de las Azucenas. Para todos, Catalina había caído al vacío al asomarse despreocupadamente al pretil al paso de las

procesiones de Semana Santa. Nada la relacionaba con los asesinatos del Sayón de Santa María.

Y era mejor así.

El fraile no había sido de ese parecer al principio, pero los argumentos del golilla acabaron por convencerlo. Si permitían que los actos de Catalina saliesen a la luz, si hacían que Sevilla conociese sus razones, si contaban su historia de venganza, ¿cuántos otros desfavorecidos por las leyes podrían tomar aquello como justo e imitarla?

Así pues, fraile y alguacil sellaron un pacto para que lo sucedido en la Giralda nunca fuese público. Ellos nunca habían estado allí arriba y la muerte de Salvador era el final de la leyenda del Sayón.

De los presentes aquella noche en la terraza solo uno mostró su desacuerdo con aquella medida. Rafael sostenía que hacer tal cosa, permitir que unos ricachones se saliesen con la suya, era deshonrar la memoria de Inés Aguado.

Y no le faltaba razón. Pero, en ocasiones, el bien común está por encima incluso de la verdad. Un día, cuando el tiempo le hubiese dado las lecciones necesarias, también él lo entendería.

Solo una persona aparte de ellos tres conocía la verdad: Maese Murillo. Diego se la había confesado, quien sabe si para hacer que el artista se sintiese menos culpable por su antiguo aprendiz. Lo cierto era que el pintor guardaría el secreto, como ellos. Pero se había permitido utilizar aquella información. Su inacabada Magdalena penitente tenía ahora el rostro de Catalina de la Cruz.

La llegada del muchacho interrumpió sus cavilaciones. Llevaba de la mano la rienda del borrico cargado con el equipaje. Isabel caminaba a su lado.

—Veo que ya está todo listo para la partida —señaló el franciscano.

Rafael se encogió de hombros levemente.

—La barcaza no suelta amarras antes de mediodía, pero queríamos tener tiempo para despedirnos.

—¿Os apetece un jarro de vino, padre? —terció Isabel—. Dicen

que no hay mejor bebida para los adioses que el néctar rojizo de las bayucas del Arenal.

El fraile la miró agradecido. Aquella propuesta era ideal para alejar la tristeza de la partida.

—Sea —dijo.

Dieron unos reales a unos pilludos que a tales menesteres se dedicaban y los dejaron al cargo de las pertenencias.

Con la garganta bien lubricada por el vino y la buena compañía, la mañana pasó tan veloz que cuando el sol estaba en lo alto les pareció que acababan de sentarse a la mesa de la taberna.

Regresaron junto a la barcaza. Era la hora de subir a bordo.

La Cobriza se valía y servía por sí misma, pero dejó que su hermano la ayudase a saltar a la embarcación. El muchacho se sentía tan culpable que no había nada que no hubiese hecho por ella.

—No estés triste, Rafaelillo —le dijo ella, tomando su rostro entre las manos—. Haces lo mejor para ti.

El chico bajó la mirada.

—Si tú me lo pides, cambio de parecer y me voy contigo y tu prometido.

—¡Quia! Que tú has de ser el primero de la familia en tener estudios.

A duras penas el chico contenía las lágrimas. También su hermana, aunque el orgullo le impelía a ocultarlo a los presentes y alzaba la voz para disimular.

—¡Y vos, padre! —exclamó, apuntando con un desafiante dedo a Diego—. Cuidad bien de mi hermano.

—Así será por la cuenta que me trae.

—Más os vale, fraile. Que, si me entero de que volvéis a meterlo en asuntos de asesinos, os las habréis de ver conmigo.

Una sonrisa afloró en los labios del religioso, pese a ser sabedor de que poco de chanza había en la amenaza.

Rafael y su hermana se fundieron en un abrazo que les supo a poco y al punto la barcaza soltó amarras. Desde el muelle, el

muchacho sacudió la mano para despedirse. Cuando volvió el rostro, estaba arrasado en lágrimas.

Diego lo atrajo hacia sí.

—Siento que al no irme con ella la estoy traicionando —sollozó el chico en su pecho.

—Nadie, ni siquiera las personas que amamos, puede vivir nuestra vida, solo nosotros.

Aquellas palabras lograron que el llanto se convirtiera en un hipido y al poco cesara. Y, aunque la pena seguía ahí, con el tiempo también esta se esfumaría. Tomar los votos era la mejor decisión posible para él.

Echaron a anclar. En el cielo se estaban arremolinando nubes y el sol salía y se ocultaba. Un calandrón iluminó el río como si de él brotara oro.

Caminaron sin pronunciar palabra, a buen paso. El fraile con las manos a la espalda y la cabeza gacha; Rafael, la vista fija en el cielo. De tal guisa, sin apenas pronunciar palabra, llegaron a su destino. Se detuvieron frente al convento de Santa Clara.

—¿Queréis que os acompañe?

Diego negó con firmeza.

—Debo hacer esto solo —dijo con determinación.

Dio dos pasos y hasta ahí le llegó el arrojo. Se detuvo frente a la puerta de entrada. Alzó la mirada, se topó en lo más alto con el azulejo que representaba a la santa.

El muchacho se le acercó y le puso la mano en el hombro.

—Toros más bravos habéis burlado ya. Que no se diga que Diego de Luna tiene miedo de una chiquilla.

Al fraile se le escapó una sonrisa. Palmeó agradecido la mano del muchacho, suspiró hondo y entró.

Mientras recorría el compás de acceso al convento, recordó la primera vez, hacía tan solo unas semanas, que había pisado aquel mismo camino.

No había visto a Ana María ese día. La madre abadesa así lo había sugerido. Y él lo había agradecido. No se sentía preparado

para tal cosa.

La superiora se había mostrado comprensiva y amable. Estaba al tanto del origen de Ana. Aseguraba que Gaspar se había ocupado de su bienestar desde niña.

No fue hasta la segunda visita que tuvo valor para ver a su hija. Desde la distancia y a través del enrejado que daba al claustro central, pero la vio. No se le escapó el parecido con Elena. Los mismos ojos, el mismo pelo claro, la misma manera de reír.

Aquella tarde hubo de hacer un esfuerzo para que las lágrimas dejasen de manar a sus ojos. La madre abadesa le puso una mano en el hombro y con voz dulce le dijo que no tuviera prisa en conocerla. Que el día llegaría.

Bien era cierto. El día había llegado.

En los jardines de la torre de don Fadrique, aguardaba la madre abadesa, a la sombra de un castaño de indias. Los dedos entrelazados a la altura del vientre. A su lado, una nerviosa novicia se frotaba compulsivamente las manos.

Al ver llegar a Diego, humilló la cabeza, se rascó las mejillas.

También los ojos del fraile se posaron en el suelo cuando se detuvo frente a ambas. Lanzaba reojos a cada tanto, pero sin atreverse a mirar a la niña directamente.

—El padre De Luna quiere conocerte, hermana Ana. Os dejaré solos.

La afable sonrisa de la abadesa no logró tranquilizar del todo a ninguno de los dos. No obstante, la novicia elevó ligeramente la vista y cabeceó para afirmar.

—Como vos digáis, madre.

—Estaré cerca por si me necesitas.

Al pasar junto a Diego, la mano de la superiora se posó en el hombro de este, como queriendo infundirle valor.

La muchacha y el fraile se quedaron a solas. El sol continuaba su inevitable camino en el cielo; pasado ya su cénit, creaba sombras alargadas de ambos.

—La hermana abadesa me dijo que conocisteis a mi madre —dijo

la chiquilla al ver que el franciscano no se decidía a romper el hielo.

—Eres idéntica a ella.

Aquella sencilla frase hizo que un asomo de sonrisa se formase en Ana María. Algo se había destensado en el ambiente.

—Yo no llegué a conocerla. Murió tras mi llegada al mundo.

—Tienes su mismo color de pelo. Y los mismos ojos azules. Y como a ella se te forma un hoyuelo en la mejilla izquierda cuando sonríes.

Ana María coligió que la relación entre su madre y aquel fraile debía de haber sido especial para que él se fijara en tales detalles. Entrecerró los ojos, balanceó la cabeza a un lado.

—¿De qué la conocíais?

Diego tragó saliva. Se agarró las manos para evitar que el temblor en ellas lo delatase. Tomó aire y dibujó una sonrisa tierna. La sonrisa de un padre hacia su hija.

—Habrá tiempo para responder a eso dijo ¿Qué te parece si comenzamos por un paseo?

Sobre sus cabezas, los árboles murmuraban mecidos por el viento. En sus hojas, el rocío acumulado durante la madrugada lanzaba reflejos de plata. Los ecos del Guadalquivir llegaban transportados por el viento y Sevilla seguía soñando su sueño del Nuevo Mundo; tarde o temprano, habría de despertar de él, pero no sería ese día.

Padre e hija echaron a andar. Tenían toda la vida para conocerse. Lo harían. Poco a poco.

FIN

Bibliografía

—*Sevilla barroca y el siglo XVII,* Manuel Castillo y Joaquín Rodríguez (Editorial Universidad de Sevilla, 2017).

—*Germania y sociedad de los siglos de Oro / La cárcel de Sevilla*, César Hernández y Beatriz Sanz (Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial de la Universidad de Valladolid, 1999).

—*Las flotas de la Nueva España (1630-1710),* Mervin Francis Lang (Muñoz Moya Editor, 1998).

—*Historia de las calles y plazas de Sevilla*, Joaquín Passolas (Ediciones Ulises, 2015).

—*Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de esta ciudad de Sevilla*, Félix González de León (Imprenta José Morales, 1839).

—*Corpus Murillo; biografía y documentos*, Pablo Hereza (Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla, 2017).

—*La España del Siglo de Oro*, Manuel Rivero (Alianza Editorial, 2023).

—*Autos de la Inquisición de Sevilla en el siglo XVII,* Antonio Domínguez (Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla, 1981).

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud, en primer lugar y como no podía ser de otro modo, al jurado de la LVII edición del Premio de Novela «Ateneo de Sevilla», que consideró esta humilde historia digna de tan insigne galardón.

A la organización del Ateneo y a la gente de la editorial Almuzara, especialmente a Antonio Vileya, Pepe Arévalo, Rosa García Perea y Manuel Pimentel.

A mi pareja, amigos y familia.

Y, especialmente, a fray Joaquín Domínguez Serna, hermano guardián del convento Nuestra Señora de Loreto, en Espartinas, cuya información acerca de su orden y del convento Casa Grande de Sevilla fue de inestimable ayuda.

Y, por supuesto, a ti, lector, por firmar ese pacto que permite que lo que aquí se cuenta sea todo lo real que tú quieras.



ÓSCAR SOTO COLÁS (Villamediana de Iregua, 1973) es autor de las novelas «El Diablo en Florencia» (2017) con la que ganó el Premio de Novela Círculo de Lectores, «La Sangre de la Tierra» (2019, Esfera de los Libros) y «Rojo Veneciano» (2023, Espasa). Ha sido traductor de inglés y articulista en páginas sobre ciencia, arte, tecnología y videojuegos. En la actualidad vive en La Rioja, desde donde colabora en diversas publicaciones sobre arte y cultura en general, estudia Historia del arte, presenta el podcast La Divina Comedia y es coordinador literario de las Jornadas de Novela Histórica Reino de Viguera.